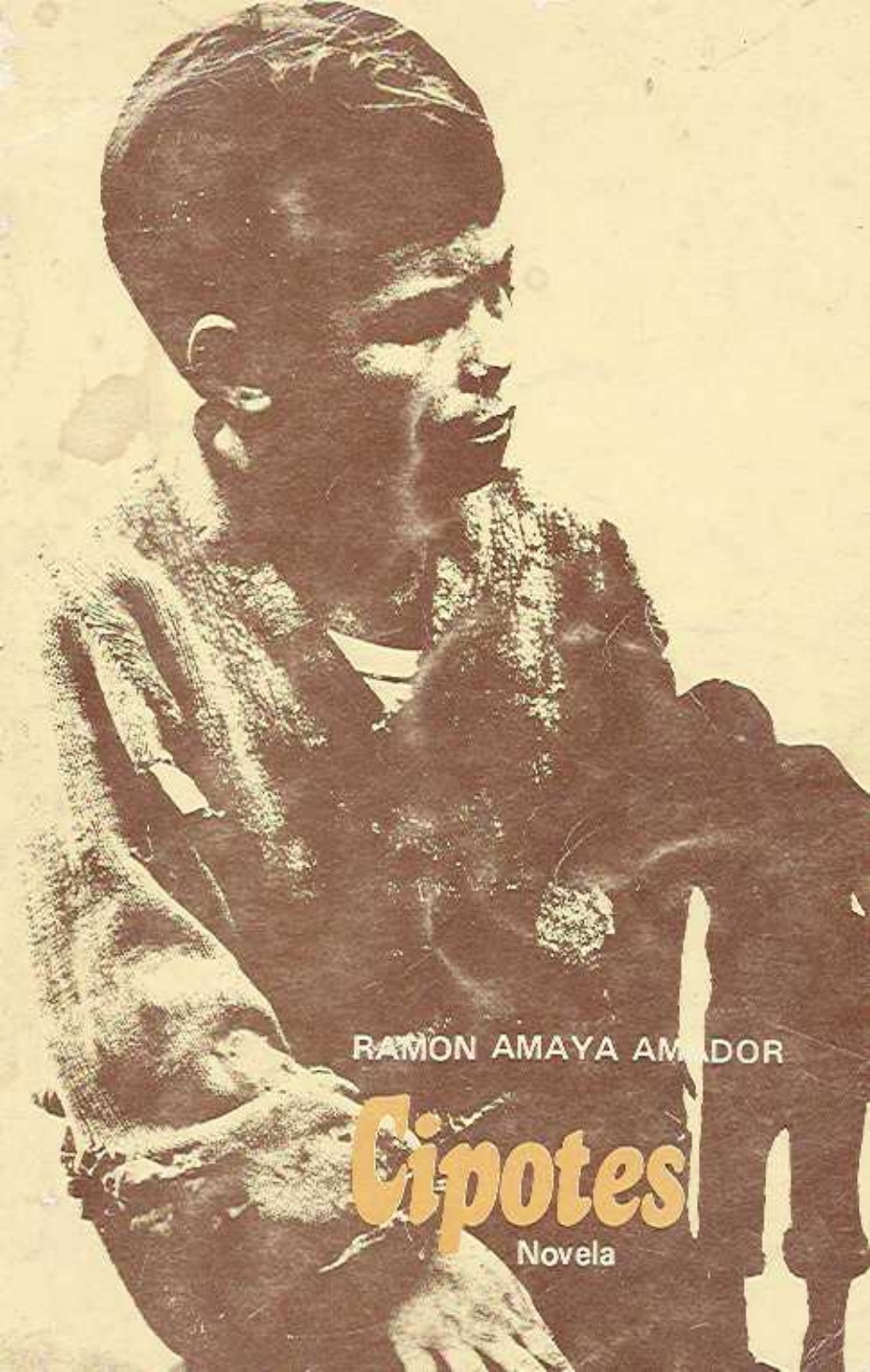




RAMON AMAYA AMADOR

Cipotes

Novela

Colección Letras Hondureñas No. 7



**UNIVERSIDAD
NACIONAL AUTÓNOMA
DE HONDURAS**
Editorial Universitaria

Colección Letras Hondureñas

- No. 1 Salatiel Rosales: Antología**
- No. 2 Daniel Laínez: Manicomio**
- No. 3 Hernán Antonio Bermúdez: Retahíla**
- No. 4: Medardo Mejía: Froylán Turcios en los campos de la
 estética y el civismo.**
- No. 5: Froylán Turcios: Memorias**
- No. 6: José del Valle: Antología**
- No. 7: Ramón Amaya Amador: Cipotes**

Cipotes

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE HONDURAS

RAMON AMAYA AMADOR

Cipotes



EDITORIAL UNIVERSITARIA
Tegucigalpa, Honduras
Abril 1986

**Universidad Nacional
Autónoma de Honduras**

Cuarta edición

Agosto, 1983

Quinta Edición

Mayo, 1985

Sexta Edición

Abril 1986

Derechos Reservados

Portada: Gustavo A. Pérez

**Editorial Universitaria
Tegucigalpa, Honduras**

PRESENTACION

Esta obra de Ramón Amaya-Amador fue escrita, definitivamente en Praga durante el año 1963. Sin embargo, los materiales básicos de la misma fueron elaborados por el autor en el corto período que estuvo en Honduras después de su regreso del exilio, o sea en 1956-1959. El tema le fue sugerido por las conversaciones que, a su paso por el Parque Central, rumbo a la redacción de El Cronista, tenía frecuentemente con los lustrabotas que permanecen en dicha plaza. La obra, por lo tanto, recoge la dolorosa y agitada vida de ese pequeño mundo que tiene como centro la estatua en bronce del mártir de la unidad de Centroamérica, y cuyos límites son la catedral metropolitana, dos agencias bancarias y varios comercios de algún talante. Por supuesto, en el libro también intervienen otros escenarios, como las calles de Comayagüela, el barrio Casamata, el Parque Herrera y el Parque La Libertad, pero ello solamente es en seguimiento de los protagonistas en sus correrías de excomulgados sociales.

Inicialmente la obra fue escrita con el nombre de Cipotz, vocablo de indiscutible prosapia criolla, cuyo significado no es necesario recordar. Tal denominación responde, naturalmente, al hecho de que el libro describe los ires y venires de varios lustrabotas, compinches todos de uno de los personajes centrales de la novela: el pillastre Folofó Cueto, profesional también del betún y de la tira de franela. Pero Ramón

Amaya-Amador, considerando que dicha denominación restringía el ámbito geográfico de la obra, le cambió ese título y le puso Huellas Descalzas por las Aceras. Con tal nombre, un tanto descriptivo, envió el libro al Concurso Casa, en La Habana, el año 1964, sin que los doctos jurados repararan mucho en la historia de unos niños hondureños convertidos prematuramente en hombres. Por eso la presente edición se hace con el primer título, pues consideramos que esta obra no está dirigida a un público extranjero, sino a nuestro pueblo, lo que torna innecesario sacrificar los hondureñismos.

Esta novela, como todas las de Ramón Amaya-Amador, no es un ensayo estetizante. En la misma no se encontrarán esfuerzos por crear un lenguaje novedoso, al estilo del que emplea el cubano Carpentier o el peruano Salazar Bondy. Todo lo contrario. El autor trabaja aquí con un vocabulario coloquial: el que se escucha en los mercados, las calles y los hogares más humildes de Honduras. Pero Amaya-Amador hace eso, no porque se proponga elevar a una jerarquía estética dicho lenguaje, sino simple y sencillamente porque cuenta los hechos tal como éstos se dieron en la realidad, con el objeto de que sean conocidos así y no de otra manera. Los hechos, por lo tanto, no son utilizados como pretextos para comunicar propósitos que son única y exclusivamente del autor. En esta novela, como en la mayor parte de las que escribió el célebre hijo de Olanchito, los hechos valen por sí mismos y no son llamados a desempeñar el modesto papel de sirvientes de la docta creación literaria.

Tampoco hay en la obra ninguna novedad en cuanto a forma y estructura, al estilo de Lezama Lima o Cortázar. Amaya-Amador no era un académico de las letras. Los ejercicios formales no figuraron jamás en sus preocupaciones de escritor. Por eso, si bien se mira, sus obras son algo así como rápidos cronicones sobre los hechos vividos personalmente o los conocidos en el contacto estrecho con los hombres, las mujeres y los niños de nuestra Patria. Para él lo importante no era cómo relatar sucesos reales o verosímiles, sino los sucesos mismos. ¿Con qué propósito? Simple y sencillamente para fijarlos como vivencias del pueblo al que perteneció y de la época en que le tocó vivir. Si alguna definición literaria se puede formular acerca de Ramón Amaya-Amador, ninguna quizá le corres-

ponda mejor que la de "cronista literario del pueblo hondureño".

Como hemos dicho, *Cipotes* es la crónica de la vida azarosa de los lustrabotas del Parque Central, sin más pretensiones que dejar constancia de una realidad existente en Honduras a lo largo de un determinado período de su evolución histórica. De esa manera, en un porvenir no muy lejano, cuando, por el advenimiento de una verdadera revolución social, hechos como los descritos sólo sean un triste recuerdo, las nuevas generaciones podrán conocer el pasado doloroso de donde proceden. Se trata, pues, de algo así como de una fotografía o una pintura sobre el drama de los niños que lustran zapatos en la Plaza Morazán, trabajo que aún ejercen, pero que dejarán indudablemente de hacerlo cuando el pueblo hondureño, dirigido por su clase obrera, imponga un nuevo orden social. Precisamente uno de los personajes de la obra, afirma indignado: "— ¡Maldita injusticia, que nos ahoga por todas partes! ¡No es posible que esto sea eterno! ¡La quebraremos!".

El libro de Amaya-Amador nos pinta un hecho brutal, frecuentemente olvidado en la sociedad donde vivimos: los niños que se dedican a ese trabajo van a él no porque lo deseen o porque les agrade arrodillarse frente a quienes llevan zapatos lujosos, mientras ellos andan con los pies desnudos. En realidad, como dice el autor: "dentro de cada caja de lustrar zapatos hay una tragedia humana". En efecto, por lo general se trata de familias que pierden el padre, bien porque muere en un accidente de trabajo, en una riña callejera o porque simplemente abandona el hogar. A partir de ese momento, los niños ya no pueden ir a la escuela y deben incorporarse a cualquier actividad para aportar algunos centavos a la casa. Lustrar zapatos, por el hecho de que no requiere músculos adultos, se vuelve así el refugio de estas víctimas del sistema. Esa es precisamente la historia de Fololo y Catuca Cueto, contada sin sombra de circunloquios. Por supuesto, el relato es brutal, pues ¿quién no sabe a cuántos peligros se expone una pareja de niños huérfanos en una sociedad donde impera la ley de la selva?

Pero si al autor le interesa el relato de este dolor humano por el relato mismo, ello no es óbice para que aquí y allá engarce mensajes de carácter político y ético. Sin embargo, esto lo

hace de pasada, sin dejarse atrapar por el deseo de convertir su obra en un manual de concientización política. Para el caso, Amaya-Amador nos describe las conversaciones que se escuchan en los autobuses cuando éstos se encaminan hacia los barrios periféricos de la capital. En uno de tales diálogos, alguien afirma cosas como éstas:—"¡Son papadas! Para mí son iguales los "colorados" y los "azules". Eso que te ha pasado no es nuevo. Siguen los mismos métodos de engaño, de explotación, de montarse en los humildes". Esas eran las opiniones del autor y bien pudo aprovechar este libro para insistir más en sus puntos de vista políticos. Sin embargo, no lo hizo, lo cual es una clara demostración de que había alcanzado plena madurez en su oficio de escritor.

Lo importante para Ramón Amaya-Amador, en este libro, no es, pues, el mensaje explícito, sino las reflexiones que el relato mismo es capaz de sugerir en el público. Por eso toda la obra no es otra cosa que la presentación de múltiples y variadas escenas de la vida en el Parque Central, en las calles de la ciudad o en la penumbra humosa de los tugurios capitalinos. Hay cuadros alegres, como cuando los niños se divierten a su manera, olvidándose de que no han comido ese día. Pero también hay escenas brutales, como el estupro que un viejo de alma perversa trata de llevar a cabo en la persona de la huérfana Catica. Y hay, asimismo, escenas verdaderamente sórdidas, como la que describe la habitación de unos depravados sexuales a la que fue conducido Folofó por un perillán muy ducho en la vida de los bajos fondos. Todo eso es puesto ante los ojos del lector para que conozca lo que es la sociedad hondureña bajo el régimen de la sacrosanta propiedad privada y, conociéndolo, reflexione con seriedad sobre un destino mejor.

La obra misma sugiere la ruta que puede seguirse para lograr este cambio necesario e imperioso. En efecto, mientras los lustrabotas y todos los subhombres, vinculados a ellos, son des-cristos en su impotencia histórica, los obreros aparecen como el destacamento que organiza la gran batalla por la justicia social. A causa de ello, la alianza de los "marginados" con los proletarios surge como la vía magna de la liberación de unos y otros. Así lo confirma todo el relato, pues cuando Folofó y Catica se encontraban sin más vínculo social que sus amigos de la Plaza Morazán, eran víctimas de toda clase de atropellos. Pe-

ro al ponerse en contacto con una familia obrera —la familia Pinos— no sólo pudieron hacerles frente a las hostilidades de que eran objeto, sino que también le encontraron una perspectiva firme a sus vidas. No es casual que la obra termine con los preparativos de una huelga en la fábrica donde trabaja Roque Pinos y que los dos niños, antes pertenecientes al submundo de los lustrabotas, ahora se comprometan a participar en una batalla de clase que se propone "arrancarle un mendrugo a la canalla".

Tegucigalpa, D.C., 12 de marzo de 1981.

LONGINO BECERRA

- ¡Ahora a la panza, Pachán!
- ¡Otro sopapo a la trompa, Folofó!
- ¡Metele las patas, inútil!
- ¡No te rajés, Folofó: ya lo tenés domado!
- ¡Tan grandote, Pachán, y tan la reata!
- ¡Noquealo, Folofó! ¿Qué esperás, majadero?

Son gritos acompañados de expresivos gestos de los muchachos lustrabotas que, haciendo rueda, presencian y animan a dos chicos empeñados en brava y dura pelea a puñetazos, puntapiés y mordiscos. Numerosos mozalbetes de la ciudad se agrupan frente a la estatua ecuestre del General Francisco Morazán, en ese atardecer de otoño. Ríen, animan, azuzan, lanzan palabras chabacanas, gritan. Entre ellos se han formado dos bandos: pro-Pachán y pro-Folofó. Hay también adultos. Los transeúntes han detenido el paso para presenciar la riña entre los dos niños descalzos, que, resoplando como toros, se agreden sin piedad, pero dando ya demostraciones de cansancio.

— ¡Cipotes tan garañones! —exclama un señor vestido de casimir, mientras despliega una sonrisa admirativa.

— Pelean con todo: hasta con los dientes —dice otro individuo que tranquilamente fuma un puro demostrando complacencia por el espectáculo. Sólo al verle el rostro podría cualquiera adivinar que ese regordete señor que ha detenido su

marcha es un aficionado a las peleas de boxeo, las corridas de toros o las riñas de gallos.

— ¡Mordele la oreja, Pachán! —Grita un niño moreno, de ojos inquietos y ropas remendadas. — ¡Arrancale un pedazo!

— ¡No! ¡Si ya Pachán no puede ni estar parado!

— ¡Folofo: una zancadilla! —aconseja uno de sus partidarios.

Ahora los dos ruedan por el pavimento. Folofo siguió el consejo y por ello están rodando entrelazados en una riña que parece de hombres por la rudeza. A veces se oye un ¡ay! o una palabra cortante de alguno de los lidiadores. Nadie interviene. *Poyoyo*, *Fierabrás*, *Cara-de-hacha* y otros muchachos mayores gozan presenciando. No hay tampoco un policía que se aproxime. Muchos sos los lustrabotas y canillitas que hacen rueda, aunque van perdiendo el entusiasmo al notar que la pelea llega a su fin por el agotamiento de los rivales.

— ¡Ya está bien tanto relajo! ¡Dejen de pelear, carajitos!

Un hombre joven, en mangas de camisa, se abre paso entre los espectadores y, tomando con fuerza a cada contendor, los separa e incorpora.

— ¡A la policía los voy a llevar por escandalosos! —amenaza el intruso, que es un chofer de taxi con estacionamiento en el parque.

Los lustrabotas no protestan por la intervención y rodean a Pachán y Folofo, los que muestran rasguños y moretes en sus rostros sudorosos. El hombre del puro, único descontento con el chofer, siguiendo su camino, murmura:

— Hay que dejarlos que se atraquen: así se hacen hombres.

— Si fueran hijos suyos no diría lo mismo —le increpa, retador, el chofer de puños macizos; y, alejándose también, en voz alta, dice: —son los grandes los que los echan a pelear. ¡Carajitos!

— ¡No, no—no—no! —refuta, tartamudeando, un chico descalzo que lleva en la diestra una caja de lustrar zapatos y la sucia camisa desabotonada. —Fu-fu-fue Pachán que le qui—qui—quiso pegar al jo-jo-jo-jorobadito.

El chofer se aleja, sin replicar, hacia uno de los automóviles de servicio que permanecen estacionados en el sector norte del parque. Los dos reñidores están arreglándose los vestidos rotos y limpiándose el sudor con las faldas de la camisa. Ha pasado la

prueba de hombría y no tienen deseos de continuar peleando. Pachán y Folofó tendrán unos diez años, a lo sumo, pero el primero es de mayor altura y desarrollo que el segundo; sin embargo, éste ha sido el vencedor.

Folofó es de piel canela, pelo liso, negro, desconocedor del peine. Sus pies están empolvados y oscuros y en el dedo gordo del derecho lleva una venda sucia, porque, dos días antes, por querer jugar fútbol con una piedra, se despegó la uña. Delgaducho, inquieto, reidor. Su cara infantil muestra las huellas de las fieras uñas de Pachán. Ya le pasó la cólera, pero no el cansancio, que le agita el pecho. Ahora se muestra alegre con sus amigos. Sabe que ha triunfado. Otro muchacho de su misma edad le entrega la caja de lustrar que le cuidaba. El grupo se disuelve, pero Folofó, viendo a Pachán a la distancia, aún le dice:

— ¡Si volvé a molestar a Miguelito te voy a zampar otra sopapeada! ¿Lo oís, *Catreco*?

Pachán, apodado *Catreco* por el ahuecamiento de sus piernas, dice algo entre dientes y le da la espalda, alejándose hacia la Catedral, en compañía de *Garañón*. Folofó toma rumbo opuesto, seguido de Miguelito y de Lalo, el tartamudo. Lalo es el mejor amigo de Folofó; siempre andan juntos y regularmente trabajan en sociedad. Se prestan entre sí los materiales de labor: un cepillo, una lata de betún, un lienzo de lustrar. Lalo es blanco y de cabellos claros, ojos negros, peludo y sucio, como andan casi todos los muchachos menores que lustran zapatos por unos cuantos centavos en calles y parques. Miguelito es pequeño, diminuto, jorobado de nacimiento, pero muy inteligente. Pelirrojo y con pecas; no lustra, pero vende periódicos con mucho entusiasmo y éxito.

— ¿Le doy lustre, señor?

— Sí, ven acá.

El ciudadano se sienta en una de las banquetas de cemento y los dos muchachos corren hacia él, poniendo ambas cajas frente a sus pies. El hombre se sorprende y vacila, no encontrando a cuál preferir. Dice:

— A uno solo . . .

— No se preocupe — aclara Folofó, mientras prepara sus materiales — los dos vamos a darle lustre: un zapato cada uno.

— Pero yo sólo voy a pagar a uno.

—Así es, señor.

—E—e—e—es que somos so-so-so-socios —agrega Lalo, con seriedad.

Miguelito permanece un momento de pie, observándoles y luego les dice:

—Me voy. Ya va a ser de noche. Mañana vendré temprano.

—Está bien, Miguelito; pero tené cuidado con el *Catreco* Pachán.

—Si—si—si te encuentra solo, te—te—te va a querer pe—pe—pe—pegar...

—Con la paliza que le diste hoy no volverá a molestarte; Pachán sólo es golillas. Ya lo veremos. ¡Adiós, compas!

El pelirrojo se aleja con su figurita grotesca, mientras los dos amigos, de rodillas ante el cliente, sacan brillo a sus zapatos marrones, con la pericia de expertos lustradores. Lalo termina primero y, con su precoz mirada, observa que al frente se ha sentado otro señor de elegante aspecto. Debe ser rico por la traza. El lustrabotas acomoda con presteza sus utensilios en la caja y, llevándola izada al hombro, corre hacia el presunto cliente.

—¿Lo—lo—lo lo lustro, se—se—se—señor...?

El hombre, de grave aspecto que despliega un periódico, apenas le dirige una oblicua mirada y, con gesto despectivo, dice no, moviendo la cabeza. Se quita el cigarrillo de la boca y expele el humo perfumado por la nariz. Lalo está acostumbrado a este trato y vuelve donde ya Folofó está recibiendo el pago. El cliente le da una moneda y, como Folofó no tiene el cambio, es Lalo quien lo aporta. Folofó ve al hombre elegante y va hacia él.

—E—e—e—ese no quiere —advierde Lalo—. E—e—e—es "gorguera" y pa—pa—pa—paga por no ha—ha—ha—hablar...

Folofó no atiende el consejo y se aproxima al hombre.

—¿Lo lustro, Doctor?

El hombre aparta la vista del periódico y observa al lustrabotas, quien repite su oferta con voz afable:

—¿Un lustrecito, Doctor? ¡Le dejaré sus superfinos como espejo!

—Lústramelos —dice el cliente, en cuyo rostro grave se dibuja una sonrisa.

Folofo, con un gesto, llama a su socio y ambos lustran los zapatos, que nada tienen de superfinos. El humo del cigarrillo es fragante. Folofo, después de recibir la paga por su trabajo, se despide con afectada cortesía:

— ¡Hasta la vista, Doctor! ¡Muchas gracias mi estimado Doctor!

El hombre murmura algo y se recuesta en el banco, sacando el pecho y mirando con porte señorial a su contorno. Dos mujeres pasan taconeando y han oído las palabras del chico; la mirada del señor es como lengua de toro tras el ritmo de sus caderas pomposas. Lalo pregunta a su socio:

— Qué—que—que carajo ese que—que—que que a mí ni me—me—me me contestó. ¿E—e—e es cliente tuyo e—e—e ese doctor?

— ¡Ah, mi cuate, tan grande y tan maje i —se burla Folofo, sonriendo con picardía. — ¡Qué doctor va a ser ese trompudo! Yo lo he visto cambalacheando en el mercado y una vez, bolo, se lo levantó la policía. ¡Ese no es más que un "coyote"!

— ¡Có—có—có—cómo es la gente, com—com—compa! U—u—u—uno se engaña . . .

— La gente es la gente. Si ves a uno de corbata, decile doctor, licenciado o coronel, y ya verás cómo se pone ñango. Ya viste: ese trompudo, cuando le dije doctor, se infló como sapo.

— E—e—e—es verdá: la—la—la la gente e—e—e—es la gente.

Los dos continuaron sus correrías por el parque, proponiendo lustrar zapatos por unos cuantos centavos, igual que decenas más de muchachos descalzos, famélicos y desgarrados. Un altoparlante expandía música, transmitida por una radioemisora local. El atardecer estaba teñido de crepúsculos que se diluían ante el avance de la noche hondureña.

El Parque Central, bautizado con el nombre del General Francisco Morazán, es pequeño, provisto de algunos árboles que proporcionan sombra a las banquetas de cemento, donde suelen chismorrear los capitalinos. Por su pequeñez, da la impresión de estar terriblemente presionado entre los edificios que lo circundan. Al Este se encuentra la antigua catedral metropolitana, reminiscencia de la época colonial, con amplio atrio, donde, a veces, da conciertos la banda filarmónica nacional. Por los otros rumbos hay edificios nuevos y viejos, todos con locales de comercio: almacenes, tiendas, refresquerías, una relojería, el Banco de Honduras, el Palacio del Distrito Central. En verdad es una plaza, pero todo el mundo le llama parque.

Tegucigalpa es una ciudad pequeña, llena de contrastes y colorido. La capital está formada por dos ciudades gemelas: Tegucigalpa y Comayagüela. Ambas están separadas por la curva antigua del Río Grande, que cada vez se vuelve más exíguo y pobre. Sobre el río hay varios puentes de cemento, piedra y hierro. La parte de Tegucigalpa está ubicada en terreno muy quebrado, entre cerros que la aprisionan y restringen, aunque la ciudad se evade por las propias faldas de los cerros haciendo retroceder, a los pinares. Las calles son angostas, de tipo colonial, con muchos edificios antiguos, bajo cuyos balcones estrechos se desfloraban ensueños en románticas

serenatas. El sector que corresponde a Comayagüela tiene una parte plana y sus vías son amplias y rectas.

Los contrastes en las edificaciones antiguas y modernas, pueden tomarse como reflejo del desarrollo socioeconómico de Honduras: el surgimiento del capitalismo en un marco todavía semifeudal. Junto al *chalet* confortable, la barraca de bahareque; a la par del *cadillac* de último modelo, la carreta de bueyes; constante rumor de aviones en el límpido espacio y rebuznar de asnos cargados de leña o carbón en alguna calleja palúdica; la sirena estridente de la fábrica y el tradicional taller de artesanía. Y, dentro de todo esto, la gran línea divisoria, honda, sensible y objetiva de las clases sociales antagónicas.

En los atardeceres, el Parque Central está pletórico de visitantes; unos que van a pasar el rato en charla amena sobre las cosas cotidianas; otros que hacen las transacciones del pequeño comercio callejero o de algún contrabando; y, la mayor parte: los que sólo pasan hacia sus hogares o quehaceres. Folofó y Lalo conocen a mucha gente de esa que va a sentarse habitualmente al parque; les saben sus nombres y de lo que viven; a qué partido político pertenecen los que se sientan en un extremo del paseo y a cuál los que llegan a tal hora a sentarse al otro lado. Allí, los políticos de barrio critican, conspiran, hacen revoluciones, programas de gobierno; arreglan el mundo a su manera, con el verbo y el gesto doctoral y bajo el humo de los cigarrillos y puros. ¡Lo que escuchan las banquetas del Parque Francisco Morazán!

Folofó y Lalo son amigos de los choferes de taxi, de los cargadores, de los vendedores callejeros. A veces, los dos colaboran con las mujeres que venden billetes de las loterías Grande y Chica; sirven de mandaderos para algún recado urgente o se prestan para llevar una maleta por unos cuantos céntimos. Con los únicos que están en abierta hostilidad, es con los agentes policíacos, a los que el pueblo odia desde las épocas no lejanas de las sanguinarias dictaduras. Algunos llaman con el alias de *El Tártaro* a Lalo, debido a su defecto de pronunciación. Folofó oficia siempre como protector de Lalo y varias veces se ha fajado con otros muchachos para defenderle, así como ha defendido hoy a Miguelito.

Ambos son independientes. Folofó tiene diez años y Lalo once. Es la bella edad de asistir a la escuela, pero ellos no

tienen ese privilegio. Son ya trabajadores en la lucha por la subsistencia porque proceden de familias muy pobres y deben contribuir, con los centavos que ganan lustrando zapatos, a la economía familiar. Se consideran hombres y, a esa edad, tienen ya muchas experiencias como hijos de la calle y del infortunio; como sombras del hambre en las aceras grises. Van pregonando como cosa natural su servicio de lustrar, sin enterarse siquiera de la tragedia que los envuelve.

— ¡Lustre! ¡Lustre! ¡Lustre!

Allí, en el Parque Central Morazán y en las calles capitalinas, han crecido. Su verdadero hogar está en ese sitio y en los mil recodos de los callejones de las ciudades gemelas que conocí hasta en sus menores detalles. La sombra de los árboles del parque es su techo y, a veces, muchos de ellos utilizan como camas esos fríos bancos de cemento o las aceras de los mercados, junto con los pordioseros.

Es allí, en el parque, donde se reúnen para planificar su trabajo y recorrer calles, edificios públicos, bares y estancos en busca de clientes para luego retornar a su centro de operaciones. Para ellos la mayor desgracia sería que un día las autoridades les prohibieran situarse en ese lugar donde se levanta la estatua del gran Paladín de la unión centroamericana y al que, durante sus aniversarios, llevan grandes coronas de laurel. Los lustrabotas, los canillitas, los vendedores de billetes de lotería y los choferes de taxi son los verdaderos amos del parque. Allí están los desheredados de la sociedad; allí se les puede ver su verdadero rostro de desnutrición y miseria, desnudez y libertinaje. En el Parque Central Morazán manda ese pueblo desarrapado, triste, lleno de problemas, pero agresivo frente al mundo y a la vida.

Folofo y Lalo avanzaron por la calle hacia el Palacio Legislativo, un edificio de paredes de cristal. Ahora el Congreso está en sesiones y los diputados son seguros clientes para los lustrabotas, pero en este momento el edificio se encuentra cerrado. La tarde se va desvaneciendo ante el empuje de la noche enemiga de crepúsculos, aunque éstos tratan de hacerse fuertes en las cumbres de los cerros, como los guerrilleros de antaño. Mujeres de hermosura morena cruzan por la calle, agregando la alegría de su andar al anochecer otoñal. Hombres indiferentes o de charlatana palabra van y vienen.

Los automóviles de fabricación norteamericana o europea amenazan a los viandantes, mientras los busitos y camiones, por milagro no se destripan en las calles angostas. Es un anochecer alegre con gritos de muchachos en el Instituto Central y risas femeninas en las aceras.

— ¡Mi-mi-mi-mirá, Fo-Fo-Fo-Folofo, mi-mi-mi-mirá! dice Lalo.

Folofo sigue la dirección de la mano de Lalo, que señala hacia las ramas de una acacia de la plazoleta La Merced, situada frente al Palacio Legislativo, el paraninfo de la Universidad Nacional Autónoma y la iglesia de La Merced, de arquitectura colonial.

— ¿La-la-la-las viste? ¡Golondrinas!

Folofo descubre a las golondrinas, posadas en una débil rama. Deja la caja de lustrar sobre un muro antiguo y, sacando de su bolsillo mugriento un chilinchate y una piedra, sin quitar la vista de los pájaros, prepara su arma.

— ¡No te acerques mucho, Lalo, porque se irán!

Lalo queda inmóvil, observando con interés el tiro de honda de su amigo. A Lalo, como a Folofo, le gusta mucho matar pájaros con honda. Ambos sienten placer en lanzar sus piedras y hacer blanco en los emplumados cuerpos. Es un placer que no cuesta nada. Para comer un helado, un dulce o una paleta, hay que gastar dinero; más, para darse el gusto de matar un pájaro, nada tienen que pagar. Los pájaros carecen de dueño; nadie reclama por ellos. ¡Y tantos por todas partes! Ni siquiera la policía se mete en eso. No es como cuando toman frutos maduros en los cercados ajenos, que siempre encuentran a una persona pronta a gritarles, amenazarles y si no huyen, también a propinarles golpes. A veces azuzan contra ellos a perros muy bravos. En ambos casos, hay que correr más que los perros. Las frutas tienen dueño; pero las aves, no. Eso lo saben bien todos los muchachos.

— ¡A-a-a-asegurá a las dos, Fo-Fo-Fo-Folofo!

El chico no contesta porque está como el cazador frente a la presa incauta. Todos sus pensamientos y su emoción están puestos en el ángulo agudo de su honda y en las dos cintas de hule que se estiran por la presión de sus manos pequeñas, sucias de betún. Ha puesto el ojo y isuelta el disparo de piedra! Se oye un chillido y las dos golondrinas saltan de la

rama, que queda meciéndose. Una vuela vertiginosa hacia el cielo, después de hacer un semicírculo en la calle; la otra se desploma, verticalmente, con el pecho destrozado.

— ¡Qué—qué—qué qué pulso, Folofó! ¡Qué—qué—qué qué pulsito tenés.

— Buen tiro hubiera sido si doy la carambola y me truena a las dos.

Corren ambos hasta el lugar donde está la avecilla inmóvil, pico arriba, con las alas desplegadas y el pecho gris ensangrentado.

¡Está—tá—tá muertecita! —señala Lalo, arrodillándose para palparla y suspenderla de un ala. Folofó le imita en silencio, como si estuviera arrepentido de su acción.

Los dos niños quedan unos instantes contemplando a la golondrina asesinada; es bella, con su plumaje suave, negro en el dorso y blanquecino por debajo. Folofó la ha tomado en sus manos y busca la herida con sus dedos sucios, palpándola en forma suave, cariñosa, como si no quisiera molestarla porque él sabe, eso sí, que las heridas duelen.

— ¿Se-se-será macho o-o-o hembra?

Folofó no ha pensado nunca en el sexo de las aves y menos en el de las golondrinas. La pregunta le sorprende. Recuerda solamente al gallo y a la gallina; quizá así sean las golondrinas, pero todas son iguales y no hay cómo identificarlas. ¿Será macho o hembra? Folofó y Lalo no han ido nunca a la escuela. Saben muchas cosas, cosas que quizá ignoran los niños que asisten a las escuelas, pero nada saben de las aves, a no ser que ponen huevos. Dejan en la tierra la golondrina y, a lo mejor, piensan en averiguar su sexo, pues están meditativos.

— ¿Por qué mataron a la pobrecita golondrina?

La voz, con todo y ser suave y sin enemistad, les sorprende. Ambos levantan la cabeza. Un hombre joven les observa. Desde su posición de rodillas, los chicos ven al hombre con una altura enorme, como la torre de la catedral. Su primer impulso es de vacilación. ¡Qué pregunta más tonta! Al ver el rostro del joven, sonríen. Ellos saben distinguir la gente por la cara, por los ojos, por lo que dice una boca cerrada en su gesto breve.

— Matar un pájaro es un crimen —dice el hombre, que luce una corbata azul y lleva unos libros en la diestra—. Los niños

no deben ser criminales. ¿Por qué ustedes, que son niños buenos, han matado esa golondrina? ¿Qué mal les hacía? Yo nunca he sabido que una golondrina haga daño a los niños ni a nadie.

Folofo y Lalo se ponen de pie. Nada tienen que contestar. Folofo enrolla su honda y la guarda en el bolsillo. Ve el rostro del hombre y chocan sus miradas. Folofo se fija en ese color de los ojos y en la amistad extraña que revela todo el rostro. Folofo ha visto otra cara igual, otros ojos así, con esa amistad que no da miedo. Baja la vista hacia la golondrina. ¿Quién es el que se parece a ese hombre? A Folofo no le interesan ya las palabras del hombre, entremetido, que hace preguntas raras sobre una vulgar golondrina. No le interesa tampoco la golondrina; ella está muerta y lo muerto ya no tiene importancia; él sabe que las cosas muertas, muertas están. Ha visto gatos, perros, sapos muertos en los solares baldíos y nadie se preocupa por ellos, ni hace preguntas. Lo que le interesa son los ojos.

—E-e-e-es que Folofo que-que-que-quería hacer una ca-ca-ca-carambola —explica Lalo, que tampoco siente temor ante el joven—, ha-ha-ha-había dos golondrinas e-e-e-en la rama y que-que-que-quería probar pu-pu-pu-puntería a ver si se-se-se bajaba las dos de u-u-u-una sola pe-pe-pe-pedrada. . .

El joven pasa su mano por la despeinada cabeza de Lalo y luego por la de Folofo. Por la calle transitan gentes, pero a nadie interesa la golondrina muerta.

—No hay que matar a los pájaros —aconseja paternal—. Es una obra mala que sólo la cometen los niños malos, y ustedes son niños buenos. No vuelvan a matar golondrinas ni a ningún otro pajarito, pues ellos sienten y tienen vida como nosotros. Los pájaros son hermanos y sólo alegran con su canto.

—Es verdad —murmura Folofo, bajando la cabeza—. Al verle los zapatos, piensa que podría lustrárselos sin cobrarle, pero no dice nada.

Los dos lustrabotas, en silencio, ven alejarse al hombre. Miran la golondrina muerta. Ahora sienten remordimiento porque, en verdad, ella nada les hacía posada en la rama del árbol. Viene la noche. Las luces del alumbrado público se encienden en las calles. Folofo, preocupado, se fija en las luces y luego dice a su amigo:

—Ya no voy hasta tu casa. De aquí me regreso.

—¿Po-po-po-por qué? ¿No va-va-va- vamos a juntarnos co-co-co-con los muchachos. . .?

—Otro día, Lalo. Mejor regreso y voy a ver a mi hermana. Ya es de noche y, la verdad, me está llorando la panza.

Lalo insiste, pero inútilmente. Cuando Fololo toma una determinación, nadie lo hace cambiar. Los lustrabotas dicen de él que tiene la obstinación de un burro. Lalo se queda inmóvil, viéndole regresar hacia el Parque Central; luego levanta los hombros y, silbando, se marcha hacia el puente Mallol, porque él vive en una cuartería de La Chivera, por el lado del cementerio, en Comayagüela.

Sobre el cuerpo de la golondrina comienzan a explorar las hormigas, mientras las campanas de la iglesia La Merced dan el toque del Angelus. Estudiantes universitarios entran y salen de la Universidad, cuyo Paraninfo y la facultad de Leyes están allí. Sobre el murmullo de voces y ruidos se oyen los gritos modulados de los muchachos:

— ¡Lustre! ¡Lustre!

— ¡*El Cronista!* ¡Buenas noticias! ¡La mejor información del día!

A medida que entra la noche va quedando tranquilo el mercado Los Dolores.

Las gentes se retiran poco a poco y las locatarías cierran sus puestos. Las expendedoras de frutas y hortalizas en el Callejón se marchan también. Las últimas en abandonar el maloliente mercado son las vendedoras de tortillas de maíz, pues esperan hasta terminar su producto o hasta cuando ya no hay posibilidades de que lleguen más clientes.

Muy pocas han quedado sentadas en la acera con sus canastos al frente. Los transeúntes son escasos. Ahora van entrando mujeres a la iglesia cercana, a rezar el Rosario. El policía de tránsito se ha marchado; hay poco movimiento en las calles adyacentes. Los comercios vecinos, propiedad de sirios, libaneses y chinos, van cerrando sus puertas. Una docena de canes rebusca desperdicios en las balseras de basura, mordisqueándose ante cualquier hueso encontrado por uno de ellos. Unos mendigos preparan sitio en las aceras para pasar allí la noche. Perros y hombres siguen un mismo destino: vagabundear por la ciudad ladrando y pidiendo un pedazo de pan ...

Fofofo, con su caja de lustrar colgando del hombro, llega apresuradamente al mercado en busca de su hermana. Es posible que ya se haya ido para la casa, pues es tarde. ¡Y tanta hambre que trae su estómago! ¿Tendrá que gastar algunos

centavos? Pero no: ella aún está allí, sentada en el borde de la acera, junto a otra mujer que, ocupando un banco de tres patas, vende yuca con chicharrón en una pequeña mesa.

—Tengo hambre, Catica —dice Folofó por saludo.

—¿Y cuándo no? —contesta la muchacha —¿Hambre, hambre y hambre es lo que nunca te falta!

—No me regañés y dame una tortilla siquiera.

Catica mete su diestra en el canasto semivacío y saca, de entre las hojas de plátano, dos tortillas de maíz, redondas y amarillentas. Folofó casi se las arrebata; se sienta a su lado y come las tortillas sin ninguna otra cosa. Catica es una niña delgada, descalza, con un vestido de saraza que en un tiempo fue azul. Lleva delantal, por lo que, ceñida su cintura, parece más mujer. Trece años de miserias no la han detenido en su desarrollo. Cuando se pone de pie, parece alta, pero es por su delgadez. Sus senos apenas apuntan, como limones aún sin madurar; sus brazos, desnudos, son fuertes y laboriosos. El cabello, negro y lacio, hecho trenzas, le cae hasta la cintura. Su voz es suave y parece triste, pero la lumbré de sus ojos tiene mucho brillo en el óvalo de su faz de cobre.

—¿Hiciste algunos búfalos hoy? —pregunta a su hermano.

—Sólo tengo para el bus y me quedan veinte centavos.

—Es que vos sólo andás picardeando por esas calles, Folofó, y por comprar paletas te olvidás de mamá.

—Tú crees que lustrar es como vender tortillas; aquí vienen a comprártelas y ni siquiera te levantas de la acera. ¡Quisiera verte, moviéndote como yo, en un trabajo de hombre!

La jactancia de Folofó pasa indiferente para Catica. El está comiendo sus tortillas con voracidad. Luego se fija que la mujer de madura edad que está cerca, tiene bajo la mesa un banco y, sobre el mismo, una tabla llena de chicharrones. Conoce a la mujer. Es Mónica, vendedora de yuca con chicharrón, que también vive en Casamata. El olor de los chicharrones le hiere el olfato, despertándole más su apetito. Despaciosamente se aproxima a Mónica, masticando con escándalo canino. Ella vende una porción de su mercancía a un hombre medio borracho. En un descuido, Folofó estira la mano y toma un chicharrón de los que están en la tabla; Mónica no se entera, aunque sí el cliente.

—Vea, señora, ese cipote le está güeviendo los chicharrones.

Folofo se había introducido el chicharrón en la boca, con el pedazo de tortilla. Se pone de pie y estira sus brazos para mostrar que en sus manos nada tiene, de no ser un trozo de tortilla; pero el chicharrón es grande y no le permite hablar. Mónica le mira con ojos fulminantes.

—¿Me estás robando, Folofo Cueto?

El sigue mostrando sus manos a los ojos de la señora, mientras hace esfuerzos por tragar lo que tiene en la boca. El cliente insiste, con aguardentosa voz:

—¡Yo lo vi! ¡Agarró un chicharrón y lo tiene en la boca!

Folofo hubiera querido que sus ojos fueran chilinchates para ponerle una piedra en la mera frente a ese borracho, que se mete en lo que no le importa. Hace un esfuerzo y, casi entero, se traga el chicharrón y la tortilla, sin degustarlos. Se siente ahogar, pero no hay otra alternativa. El bocado, raspando como gruesa lija su garganta, pasa al fin, dejándole un acceso de tos.

—¡Mentira! —niega Folofo, mientras se soba la garganta dolorida—.

Ese hombre está bolo y miente, doña Mónica. Usté me conoce bien.

Tal vez por oírse llamar doña, con palabra respetuosa o por la simpatía que le guarda al chico, Mónica no insiste. Catíca, que ha oído, pregunta a la señora:

—¿Le ha hecho alguna travesura Folofo, niña Mónica?

—No, Catíca; no es nada: cipotadas.

El cliente, comiendo un chicharrón con yuca se encoge de hombros y se retira. Al fin y al cabo, aquello tampoco tiene importancia.

—Este Folofo —explica la muchacha— se está volviendo muy desvergonzado.

—Así son los cipotes, Catíca. Además, mucho hace el pobre lustrando zapatos todo el día en la calle.

Catíca calla, mientras Folofo piensa que bien pudo hurtar no sólo un chicharrón; al fin y al cabo la señora Mónica no es mala mujer y es una de las pocas amigas de su madre.

—¿Ya te vas, Catíca? —pregunta Mónica, al ver a la jovencita preparar su canasto ya casi vacío de tortillas.

—Sí, ya no hay quien compre. Además, me quedan muy poquitas. Mejor me voy; mamá sigue muy mal.

—¿Y quién hace las tortillas? .

—Pues yo. Mi mamá no puede levantarse por la enfermedad.

—Malo, malo, Catica. Cuando la desgracia se le pega a una, es como si fuera esparadrapo: cuesta arrancarla. Pero hay que tener confianza en la mano de Dios, hija.

—Así es; así dice mi mamá. Bueno, ahora me voy, niña Mónica. Hasta mañana. Que pase buena noche.

—Buena noche, muchacha; saludos a Natalia.

Tomando sus caja de lustrar, Folofó sigue a su hermana. Afortunadamente, el autobús se tomaba cerca y contaban con los diez centavos para el pasaje. Otras veces Folofó tenía que irse a pie, desde el centro de la ciudad hasta Casamata, en la ruta de El Picacho. Cuando le ocurría eso, llegaba tarde de la noche a casa y eran seguros los regañíos de su madre y de su hermana, quienes atribuían su tardanza a otra clase de motivos; principalmente a la manía de irse a jugar al barrio donde vivía Lalo.

—¡Folofó!

El muchacho se vuelve; es Mónica quien lo llama. A lo mejor quiere que le haga algún mandado. Regresa. Mónica le entrega un puño de chicharrones con yuca suavecita en un pedazo de papel periódico. Se apresura a tomarlos con alegría.

—Muchas gracias, doña Mónica. ¡Me ha dado en el pelo! Aquí, en confianza, le diré que tenía mucha hambre.

—Se te conoce en el ojo, picarón. Andate que ya viene el bus. Y otra vez no me cachés los chicharrones porque en una atragantada como la que te escapaste de dar, te puedes ahogar. Además, así como me ves, vieja, tengo manos duras, ¿eh, Folofó Cueto?

—Es verdá, doña Mónica: le robé un chicharrón; pero era que tenía mucha hambre. —Y, ya para irse, agrega como en secreto. —Cuando quiera que le haga un mandado, dígame con confianza que yo se lo hare sin cobrarle un centavo. Mi mamá dice que a la gente buena se le hacen favores sin ningún interés.

Mónica sonríe y masculla algo que Folofó no entiende. Ella es madre. Tuvo cinco hijos, de los que sólo dos varones vivieron hasta llegar a hombres: el uno murió en un accidente, en la carretera de Olancho, y el otro . . . el otro . . . ¿dónde estará? Se había marchado en busca de trabajo a la costa norte, a las compañías bananeras, y durante diez años, sólo

supo de él una vez, por un paisano que vino de allá y dijo haberlo visto trabajando de peón en un bananal. Después, nada. Los hombres morían allá sin saberse siquiera quiénes eran. Así, su única esperanza ya la había perdido. ¡Ah, los hijos varones... son como pájaros: nacen, crecen junto a las faldas de la madre y, un día, apenas emplumados, alzan el vuelo para no volver! ¿Por qué la vida no le había traído una hija? Las hijas son más apegadas a la falda materna, aunque también, como los pájaros, crecen, empluman y se van...

—Hasta mañana, doña Mónica.

—Hasta mañana, hijo; saludos a tu mamá.

Folofo se fue corriendo hacia la parada del autobús, donde le esperaba Catia. Pensando en la bondad de la señora Mónica se propuso darle al día siguiente una buena lustrada a sus zapatos como recompensa por su obsequio. La vendedora de yuca con chicharrón quedaba rumiando recuerdos en espera de clientes bajo el rocío de la noche. Se sentía Mónica tan sola como deben sentirse las viejas islas en el mar...

De un salto subió al autobús el lustrabotas, con su caja colgante y mientras comía el regalo inesperado de Mónica. Conocía al conductor y a muchas de las personas que ya estaban sentadas; eran vecinas de Casamata o de El Hatillo. Catica iba sentada junto a una mujer y Folofó se paró cerca de su hermana, porque todos los asientos estaban ocupados.

— ¿Compraste chicharrones, Folofó?

— Me los regaló la niña Mónica— y separando una parte, le dio a Catica, que la tomó y fue comiéndola despaciosamente.

En el vehículo iban hombres y mujeres, casi todos conocidos. Las conversaciones eran altas. El autobús era antiguo, pintado de amarillo, cuyo motor padecía de una asma incurable. Frente a los hermanos y la otra pasajera iban dos hombres, dos trabajadores. Folofó conocía a uno, al más viejo; era su vecino más próximo, pues vivía en el mismo solar. Su nombre era Roque Pinos y tenía un hijo llamado Lucero, buen muchacho, que trabajaba en un cinematógrafo y quien, en varias oportunidades, lo había llevado a él y a Catica a ver películas de vaqueros. Roque trabajaba en una cervecería; muy temprano de la mañana salía de casa y no regresaba hasta el anochecer. Muchas veces laboraba horas extras y entonces tenía que irse a pie hasta su vivienda, pues ya tarde no corría el autobús. Regularmente los sábados llegaba ebrio. Ahora Folofó escuchaba su conversación con el otro obrero.

—Yo estoy seguro —decía Roque, con voz enronquecida— que si no ponemos en la dirección del sindicato al compañero Zúniga, nos irá mal. Ese otro sindicato de empleados, de cuello blanco nos va a bloquear. Ellos tienen el apoyo de la empresa y del Ministerio del Trabajo y nos van a romper la organización. Pero si llega Zúniga a la secretaría general, eso no sucederá. Estando unidos saldremos adelante y Zúniga es enérgico, insobornable y con un gran prestigio.

Folofo escuchaba, aunque sin comprender aquellos asuntos de sindicatos. Oía hablar de ellos, pero aún estaba muy pequeño para interpretar su sentido justo. Dejó de atender la plática para pensar en él mismo. Esperaba y deseaba con impaciencia llegar a hombre cuanto antes y tener un oficio para obtener dinero, mucho dinero, y poder comprar un sin fin de cosas. Le gustaría ser conductor de taxi, un chofer. Cuando en casa le preguntaban cuál sería su oficio, él no vacilaba en afirmar que sería chofer y tendría un automóvil treintero, de su propiedad. Ese era un gran oficio; les pagaban por manejar autos, por llevar a las gentes ¡y él que tanto deseaba andar en autos! Sí, sería un gran conductor para hacer volar los vehículos por las calles metiendo ruido con el claxon. ¡Cuánta variedad en el pitar de los automóviles! Esa era su voz y seguramente conversaban unos con otros y se decían adiós, como las personas.

Luego, Folofó puso atención a otro diálogo. Dos jóvenes se referían a un partido de fútbol que iban a jugar el domingo entrante. Ambos pertenecían al mismo club y esperaban tener un triunfo rotundo, con muchos goles de ventaja.

Folofó se entusiasmó. El fútbol era su deporte favorito. Lo era de todos los muchachos del Parque Central y de toda la capital. Los lustradores estaban divididos en sus simpatías: unos eran hinchas del club *Olimpia* y otros del *Motagua*, los dos equipos mayores y más antiguos del país. Cuando ambos se enfrentaban por el campeonato nacional, era obligatorio ver el partido, aunque tuvieran que entrar de trampa al estadio. Folofó gustaba practicar fútbol en cualquier parte donde apareciera una pelota o algo semejante a pelota; el tropezón que le despegara la uña del pie tenía su origen en su afán balompédico.

Oía y miraba a los dos futbolistas con admiración. Y luego pensó que él iba a ser un gran jugador de pelota, un defensa formidable o un guardameta impar. Mas, pensándolo bien, era mejor ser un delantero, un centrofóguard con puntería infalible para meter goles desde largo o con cabeza, dejando boquiabiertos a los mejores porteros, y que el público aplaudiera y gritara de pie en el estadio: " ¡Folofo, otro gol! ¡Folofo, otro gol! " Sí, iba a ser un gran centrofóguard como nunca había habido en el país y jugaría con el *Motagua* para tenerlo siempre de campeón.

El autobús ascendía y ascendía por la calle empinada del cerro. Abajo se miraba gran parte de las ciudades gemelas, como un maravilloso espectáculo de luces y colores. Era hermosa de noche la capital, prendida de los cerros Juana Laínez, El Berrinche, Las Crucitas, La Montañita, La Leona y, más allá, hacia el norte, el soberbio e imponente Picacho, cubierto de pinares perpetuamente verdes y musicales.

Unos pasajeros bajaban en las paradas reglamentarias y otros subían ocupando los asientos libres. Folofó logró asiento, junto a un hombre de edad. Catuca iba callada, con el canasto en las piernas, pensando en quién sabe qué cosas. En una de esas paradas ascendió un hombre de uniforme caqui: era un militar, armado de revólver. Como ya todos los puestos estaban ocupados, se quedó de pie, precisamente frente a Folofó. Este, sentado, tenía ante sus ojos curiosos el arma reluciente del militar. Su inquietud le impulsaba a ponerle su mano y tocarla, porque Folofó nunca había tenido un arma de fuego en sus manos, ni siquiera de juguete. Cuando pasaba por la casa de don Sebastián, que tenía un almacén en el centro, se detenía para ver si asomaba su hijo, al que los muchachos de Casamata llamaban *Cometierra*, por su palidez. Este chico andaba siempre calzado, pero nunca salía a jugar con los demás. *Cometierra* tenía pistolas de juguete que disparaban. Para Folofó, tener uno de esos objetos hubiera sido el paraíso.

— ¡"Qué bonito sería —cavilaba el muchacho, dando rienda suelta a su imaginación— que yo llegara a ser militar; tener uniforme como ése; llevar una gorra como ésa, así, tirada sobre una oreja; portar una pistola, mango de nácar; saber tirar y pegar en el blanco, como hago con mi chilinchate! ¡Yo voy a ser también un soldado! "

Pero luego, recordando las películas de vaqueros a las que lo llevara a ver su amigo, Folofó rectificó esos pensamientos. Era bonito ser soldado, pero ¿no era lo mismo soldado que policía? Siendo así, era mejor, como en el cine, ser villano; el hombre bravo, sin Dios ni ley. Ser bandido resultaba más interesante que ser soldado y policía. En las películas gringas los bandidos eran simpáticos por su arrojo ante la muerte y los peligros; los bandidos pegaban mejor que los policías, aunque, a fin de cuentas, salían perdiendo. Pero, para hacer todas las proezas que ellos hacían, bien valía la pena ser bandido: a lo mejor, sólo perdían en las películas. Folofó pensaba en esos proyectos y no se dio cuenta en las películas. Folofó pensaba en esos proyectos y no se dio cuenta que ya llegaban a la parada de su vivienda. Fue Catica la que lo empujó para que bajara del autobús. Catica había pagado por los dos. Folofó aún se quedó en el pescante esperando que el vehículo se pusiera en marcha. Gustaba ser el último en bajar porque una de sus diversiones era lanzarse cuando el autobús iba en marcha.

— ¡Folofó! ¡Folofó! ¡Folofó!

Unos cuatro chicos de su edad, descalzos, sudorosos y prietos de polvo, lo llamaron con insistencia. Folofó, con aire de mayor, de hombre, les esperó con la caja de lustrar pendiente del hombro izquierdo y su mano derecha en la cintura. Esa era una de sus preferidas poses ante los demás muchachos del barrio.

— ¿Venís a jugar con nosotros? ¡Estamos en un atraque de policías y ladrones! ¡Nosotros somos los policías! ¿Querés ser vos nuestro jefe?

— No me gusta. Si me dan de jefe de ladrones, sí juego.

Los muchachos quedaron desilusionados porque sabían que Folofó era valiente y audaz, por lo que, a cualquier bando que él apoyara en la barriada siempre ganaba. Otro grupo llegó corriendo y disparando armas de palo.

— ¡Folofó: nosotros somos los bandidos! ¡Venite con nosotros!

— Bien, pero voy a la casa un ratito. Y eso sí: a los que lloren y no aguanten la yuca, no los volveremos a meter en la guerra por maricones. ¿Lo oyen? Los alfeñiques mejor que vayan a

jugar muñecas con las chigüinas. ¡Aquí sólo jugaremos los machos! ¿Qué?

El grupo aceptó, pues todos los compañeros de Folofó se consideraban hombres capaces de parangonarse con él. Andaban descalzos, rotos, despeinados, sucios, pero la perspectiva del juego les daba alegría. Su punto de reunión era la esquina, bajo el farol público, frente a la trucha de don Chombo, un señor de más de sesenta años, medio miope y cascarrabias, al que hacían pasar muchos dolores de cabeza con sus picardías infantiles.

—Chito: —dijo Folofó a uno de los muchachos— ¿hiciste las paces con don Chombo? .

—Sí, ya somos buenos amigos —contestó el aludido, que era un chico de cabeza grande y ojos saltones.

—Apuesto que ahora no le volvés a decir —instigó Folofó, sonriendo con cierta burla— Se ve que todos le tienen miedo a la escoba del viejucu ése. ¿Y, es que pega duro, verdá Chito?

Varios muchachos seguían a Folofó hasta el portón del cercado de la casa donde vivían los Pinos, lugar por donde los Cueto pasaban al interior del solar, hacia su barraca. Chito afirmaba que no tenía miedo al truchero.

—Quiero ver si es cierto —dijo Folofó, azuzador—. ¡Andá, pues!

—Ya lo verás. ¿Creés que no soy hombre?

Chito se apartó de los demás muchachos y fue hasta la puerta de la trucha. Adentro estaban algunas personas comprando víveres. Los otros muchachos lo siguieron a regular distancia. Luego, gritó:

*¡Don Chombo,
Don Chombo,
panza de bombo!*

Repitió la chanza, mientras los otros gritaban. Momentos después, Chito salía corriendo porque el viejo don Chombo, con una larga escoba y, al paso que le permitían los años, irrumpió desde su mostrador, encolerizado, persiguiendo a Chito.

—¡Maldito; Judas Iscariote! ¡Desvergonzado! ¡Sin oficio! ¡Bandolero! ¡Paráte y te enseñaré la panza, cipote judío! ¡Volvé! ¡Volvé! y te enseñaré la panza, recondenado! ¡Ojos de sapo!

—No le haga caso, don Chombo —dijo Fololo, aproximándose al viejo, como amigo—. Déjemelo a mí, un día de estos le voy a meter una sopapeada para que deje de molestario. ¿Qué juego es ese de gritarle panza de bombo? ¡Ni respeta sus canas, don Chombo!

—Tenés razón, hijo —expresó don Chombo, regresando a su trucha—.

¡Ah! ¡Pero vas a ver lo que le va a pasar a ese lépero!

¡Don Chombo,

Don Chombo,

panza de bombo!

— ¡Cipote desvergonzado! ¡Isariote! ¡Mataperros!

Quizá don Chombo hubiera seguido a Chito por la calle, con la escoba en alto, de no llamarlo una señora que estaba esperando que le vendiera unas velas. Don Chombo no podía soportar la chanza de los muchachos y, por eso, permanentemente estaba en abierta hostilidad con ellos, lo cual causaba pasatiempo a los niños y, a veces, hasta a los mayores. Y sucedía también que el día que los cipotes no le molestaban, don Chombo no estaba conforme y se salía a la acera a provocar al primero que cruzaba de los muchachos conocidos. Sentía necesidad de refiir.

El barrio Casamata está en la falda de un cerro, viendo hacia el oriente; las calles eran sin pavimentar, pedregosas y con enormes baches, propicios para romper vehículos. Las casas parecían escalonadas, como si estuvieran unas sobre otras. La mayoría de los vecinos era de clase trabajadora. Allí todos se conocían y se llamaban por su propio nombre; se sabían de pe a pa los vicios y virtudes de los demás y muchas veces se escuchaban pleitos a gritos entre mujeres de una casa a otra; no obstante, cuando llegaban horas de desgracia, las que no eran pocas, todos se mostraban solidarios.

Hubo cierta vez un verdadero motín en el barrio contra la policía. De eso pasaban ya varios años, pero las gentes lo recordaban a menudo. Una mujer lavandera, viuda y con cuatro hijos pequeños, por retrasarse en el pago de alquiler del cuarto donde residía, fue mandada a poner en la calle por el propietario. La noticia cundió y, cuando un par de gendarmes se presentó a cumplir la disposición, encontraron una muralla humana vociferante, dispuesta a impedir el desalojo. Llegaron

más policías del cantón del barrio y se hizo tal pelotera que hasta los periódicos hablaron del asunto.

El dueño del inmueble se vio forzado a esperar el pago de la lavandera, cosa muy improbable. Sabiendo esto el casateniente, hizo llegar días después a un grupo de hombres para destejar la casa porque iba "a construir un nuevo edificio". Descubrieron la mitad, dejando la otra para el día siguiente; pero, cuando llegaron por la mañana, resultó que el tejado estaba en su lugar de nuevo. Los vecinos, por su propia iniciativa, habían trabajado durante la noche, reconstruyendo el techo.

El pleito de todo el vecindario de Casamata con el rabioso propietario de la barraca, sólo concluyó cuando la lavandera dejó la capital para trasladarse a San Antonio de Oriente, de donde era oriunda. Desde entonces el casateniente, al alquilar sus míseros cuartos a nuevos inquilinos, les hacía firmar unos contratos con muchas cláusulas leoninas, previendo nuevos conflictos.

Pero ahora, más que antes, Casamata era muy tranquilo, muy pobre y con mucho polvo en sus calles empinadas.

En Casamata había muchas casas de tierra y madera; barracas humildes; cuartos estrechos, antihigiénicos, sombríos. De la calle principal, que era más bien la carretera de tierra que llevaba a El Picacho, se desprendían unos callejones cerro-arriba y cerro-abajo. Uno de ellos, casi empinado, concluía en una residencia diferente a la mayoría: un chalet de ladrillos y piedras de colores, labradas. Allí residía don Plutarco Romo, con su familia. El trabajaba en un ministerio y en el barrio casi no se relacionaba con nadie, de no ser con don Sebastián, el comerciante que tenía almacén en el centro, y algunos más de buena posición económica. Se consideraba que los Romo eran gente feliz y de muchos entronques políticos.

Aproximadamente en el centro de ese callejón sin nombre había una casa de tierra, casa de alquiler, con puerta a la calle. Vivía en ella Roque Pinos, su señora Rosaura, su hijo Lucero y Felito, el nieto, hijo de la primogénita de los Pinos, que estaba casada y residía en Choluteca, al lado de su marido. Por un zaguán se entraba de la calle al patio de esa casa, donde, en el fondo, se levantaba otra vivienda más pobre y destartada. En ella residía la familia Cueto: Natalia y sus dos hijos, Catica y Folofó.

Natalia Cueto, con sus treinta y ocho años, parecía ya una anciana de faz cadavérica; desde hacía unos meses se mantenía en cama, a causa de un dolor de estómago que había sido

diagnosticado como cáncer por los médicos del Hospital General. Canosa, cetrina, con hondos surcos y arrugas en el rostro moreno, de rasgos indígenas. La desnutrición y el trabajo constante, desde la muerte de su marido, Salvador Cueto, acaecida en un accidente de trabajo, la habían minado con rapidez increíble. Cinco años hacía del fallecimiento de Salvador, pero para ella significaban mucho más por la dureza con que tenía que ganarse la existencia.

Muerto su marido, con dos hijos pequeños bajo su responsabilidad, Natalia tuvo que afrontar la vida de cualquier manera. Trabajaba de día y de noche. En el día, como sirvienta en una casa del centro; y, por la noche, lavando y aplanchando ropas ajenas. Cuando perdió el trabajo diurno, se dedicó exclusivamente a la venta de tortillas en el mercado Los Dolores. La pérdida de su trabajo fue toda una tragedia porque estuvo a punto de ser llevada a la cárcel. En la casa donde trabajaba, la patrona consiguió otra sirvienta más joven y más barata: por eso para despedir a Natalia, usó perversamente de un truco muy generalizado en las casas ricas: la acusaron de robo. Tuvo que ceder su mísero salario de ocho lempiras del último mes para evitar la cárcel. Tal injusticia fue una pena moral que abatió por mucho tiempo a Natalia, sencilla mujer del pueblo, que incluso era iletrada.

La miseria se le había prendido como un garfio, atrapando, asimismo, a sus hijos en una edad tan crítica. Catia, desde sus años tempranos, aprendió a trabajar el maíz para elaborar las tortillas y el pinol, y, en tiempos de cosecha, hacer el atole y los tamalitos de elote. A los trece años, Catia podía sostener la economía familiar con el trabajo de las tortillas y la ayuda de Fololofo, dedicado al lustre de zapatos.

Los dos cuartuchos que alquilaban en el interior del patio habían sido improvisados por el propietario del solar. Entre la pared de la cocina de los Pinos y los dos cuartuchos de los Cueto, quedaba un espacio ancho, en el que había tres árboles: dos naranjos y un ciprés; bajo ellos estaba desyerbado y los muchachos jugaban allí mables, trompos y al fútbol.

En el resto del solar crecía la yerba.

Frente a la barraca construyeron la cocina. Dentro de la misma estaba el fogón de barro y una artesa con el viejo molino que funcionaba a punta de brazo. La cocina estaba

protegida contra los perros por un cerco de estacas; tendría un metro de altura y, cuando llovía con viento del Este, se mojaba todo su interior. La casa sólo tenía una puerta hacia el frente y una ventana lateral. Sus dos cuartos se comunicaban entre sí. Uno servía de dormitorio. Dos catres de lona y una cama de madera, forrada de cuero y ya roto en el centro, eran los muebles principales. Tenían cajones, un baúl viejo con enseres de la familia . . . cosas ya inútiles.

En el otro cuartucho, dos mesitas; en una de ellas, convertida en altar, estaba una Virgen de Suyapa, patrona de Honduras; un San Antonio, una Santa Marta, la Sagrada Familia, un Crucifijo y otros santos, todos en estampas compradas en las iglesias, después de ser bendecidas por los sacerdotes católicos. La familia Cueto veneraba esas imágenes con sinceridad, devoción y esperanza. Como todos los pobres del lugar, confiaban su miseria en la divinidad.

De las paredes colgaban numerosas fotografías de artistas, recortadas de diversas publicaciones. También podía verse un retrato del General Morazán y otro del presidente de la República, obtenido por Folofo en tiempo de elecciones. Y, en un cuadro especial, estaban las fotografías de la familia, ya un poco amarillentas porque eran de esas que sacan en las calles por unos cuantos centavos; entre ellas estaba la de Salvador Cueto.

Las sillas eran de madera de pino, viejas, pero limpias. Poseían dos gallinas que fecundaban los gallos de la vecina Rosaura, pues al gallo de la casa se lo habían robado una noche. Los robos eran frecuentes y el patio de la casa, para el lado de la carretera y para otros solares, sólo estaba cercado con alambre de púas, de tres hilos, y cualquiera podía meterse, así como se metían los perros y los cerdos.

La enfermedad de Natalia se había agudizado en los últimos días, hasta el extremo de no poder levantarse en absoluto. Sufría mucho de dolores agudos y casi no se alimentaba. Su pena era aún mayor al contemplar a su lado a los dos hijos todavía menores sin ningún apoyo efectivo y luchando contra las necesidades y la miseria. ¡Ah, si estuviera con vida su Salvador, aquel hombre tan honesto y laborioso . . . !

Pero el trágico accidente había torcido para siempre el destino de todos; ya no había esperanza de enderezar la mala

suerte, por más oraciones que elevara a los santos de su devoción. Ahora, ella, tirada en la vieja cama de cuero, sin poder ayudar en nada y necesitando de la ayuda de sus hijos, hasta para hacer sus necesidades físicas, era el colmo de la infelicidad.

Natalia era muy religiosa y eso le daba cierta resignación ante los tormentos desatados por la adversidad contra su hogar. Ciertamente siempre habían sido pobres, pero estando vivo Salvador nunca faltó el pan; tampoco cuando ella trabajó de sirvienta, de lavandera, aplanchadora y tortillera; hasta su hija había podido asistir entonces dos años a la escuela pública. La vida presente era muy distinta, un flagelo, un sacrificio, una pesadilla. Folofó partía al trabajo callejero de lustrar zapatos y Catica, después de "echar las tortillas" y de hacer los alimentos: té de hojas de naranjo para la madre enferma y los frijoles para Folofó, iba al mercado tres veces diarias para vender su producto casero. De eso pasaban y las ganancias que podían obtener eran exiguas, míseros centavos, insuficientes para sostener a la familia y mucho menos para comprar medicamentos.

Los vecinos eran buenos con los Cueto; les estimaban y no era poca la cooperación que les prestaban, a pesar de que ellos, los Pinos, tampoco estaban libres de problemas. Natalia no tenía enemigos, nadie podía tenerle rencor ni odio; era una mujer sencilla y honesta, que ahora sólo provocaba lástima. Natalia se quería dar fuerzas a sí misma repitiendo constantemente:

— ¡Que se haga la voluntad de Dios y de la Virgen Santísima!

Y, sin embargo, allí tirada, la vida le contradecía a cada instante su resignación. ¡Qué de pensamientos y recuerdos los que estrujaban su mente! ¡Cuántas ideas le surgían imaginando el futuro de sus hijos! Las horas que pasaba sola eran torturantes. A veces se indignaba y deseaba protestar a gritos altos, pero no encontraba fuerzas para hacerlo ni contra quién. Acaso contra su ex patrona que la acusara de robo, pero ese asunto hacía mucho que se lo había dejado a la justicia divina, a la mano del Altísimo...

Rosaura le había aconsejado, cierta vez, que pidiera ayuda al gobierno, pero Natalia era tímida y sabía que el gobierno, el

presidente del país, como personaje tan elevado, no podía alcanzar a ver el sitio tan bajo donde ella se encontraba. Además, no olvidaba la visita que meses antes le hicieran unas señoras muy empingorotadas que dijeron venir en nombre de la esposa del presidente a proporcionarle ayuda, pues la Primera Dama de la Nación, como la llamaban con sumo respeto, era el prototipo de la caridad cristiana y dirigía sociedades de beneficencia pública. Ya Natalia andaba muy mal de salud, pero hizo un esfuerzo y se levantó. ¿Cómo no atender a tales visitantes que llenaban su mísera barraca de fragancia y del destello de sus ricas joyas? .

— ¡Sírvase aceptar este presente de la Primera Dama de la Nación!

— ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Dios se lo pague y a ustedes también!

Al recibir Natalia el paquete de arroz y leche condensada de la que distribuía una agencia de las Naciones Unidas, un flash encefalizador la dejó boquiabierta ante las sonrisas estudiadas de las damas. Un fotógrafo captaba la escena. Las visitantes se retiraron después, ofreciendo volver; pero, seguramente, pensaba Natalia, habían olvidado la ubicación de la barraca por estar tan escondida en el barrio. No obstante, dos días después de esa visita, su vecino, Roque Pinos, llegó, como casi todas las noches lo hacía, y le mostró un periódico.

— ¿Conoces a estas personas, Natalia?

No las conocía, no las recordaba, pero poco después reconoció su covacha y a ella misma recibiendo el presente de caridad. No comprendía aquello. ¿Natalia Cueto en los periódicos? ¿Era broma, escarnio o qué? Sintió una gran vergüenza y, como no sabía leer, Roque lo hizo para que se enterara. Naturalmente, nada decía de Natalia Cueto, de su enfermedad, de su miseria, de sus hijos; era un artículo sobre las bondades de la Primera Dama de la Nación y de su permanente actividad social en apoyo de las familias necesitadas del pueblo. Los elogios que se le prodigaban eran extraordinarios. A más de la foto de la presidenta, había otras como ilustraciones objetivas del interesante artículo. Entre éstas estaba la de Natalia con las damas. La enferma no comprendió aquel asunto y le deseó larga vida a la Primera Dama. Tampoco pudo comprender por qué razones su vecino,

Roque Pinos, había dicho esa noche, con desatada cólera, tantas cosas feas contra las damas de altura que hacían caridad.

Aquella noche, cuando Folofó regresó de la calle, también traía el periódico y venía jubiloso. En la prensa sólo sacaban a la gente distinguida, a las gorgueras, y, al ver a su madre en primera plana, su alegría infantil brotó como raudal de primavera. Catíca también estuvo contenta y, de no haber sido por las expresiones de Roque, habría puesto el fotograbado junto a los santos de la mesita. Para Catíca y Folofó durante toda una semana fue aquello un acontecimiento singular, pero Natalia meditaba sobre las duras palabras del obrero, sin lograr justamente comprender el porqué de su indignación. Por eso, cuando Rosaura le sugirió que pidiera ayuda al gobierno, consideró que si Pinos se había encolerizado debía ser por algo, y Pinos había sido siempre un amigo y compañero leal de su difunto marido.

—“Mejor es aguantarse —decía para sí Natalia—; al fin y al cabo mi mal ya no tiene remedio”.

Catica, al bajar del autobús con el canasto bajo el brazo, se dirigió a su vivienda, media cuadra más arriba. Una fila de cuartos, con puerta a la calle, arrojaban cierta claridad hacia afuera, ayudando así a las débiles bujías eléctricas del servicio público, situadas a larga distancia unas de las otras. Era muy visible y molesto el desperfecto de las aceras; unas altas o más anchas que las otras, y algunas casas no tenían más que un terraplén endurecido por las pisadas.

A esa hora, en las puertas de las viviendas solían sentarse los inquilinos a recibir el vientecillo refrescante. Desde allí se miraban las luces de una parte de la ciudad. De algunas de las casas salían voces de locutores radiales, músicas populares o el diálogo de alguna radionovela extranjera, pasada por una estación local. Alguna pareja se paseaba por la calle, diciéndose la eterna canción del amor juvenil. En la esquina, el grupo de muchachos jugaba a "policías y ladrones", gritando, corriendo, peleando y disparando sus armas de madera. En la "trucha" de don Chombo, los vecinos compraban o fiaban víveres para el día siguiente.

Un hombre, que descansaba en el umbral de una de las puertas, vio venir a Catica por la acera. Era un hombre ya maduro, en camisa, de rostro redondo y mofletudo; de haberse puesto de pie se hubiera visto su prominente abdomen.

—¿Por qué regresas hoy tan tarde, Catica? ¡Te dejaste

agarrar de la noche!

—Cosas, don Angelo: no podía vender las tortillas —y, siguiendo su camino, saludó: —Adiós, Don.

—Espera, Catica, no vayas tan a la carrera, o, ¿es que me tienes miedo? ¿Soy tan repugnante acaso?

—Es que mi mamá me está esperando y no puede levantarse sola.

—¿No mejora Natalia? — El hombre veía a la chica con una mirada libidinosa y malévola; sacó unas monedas y, haciéndolas tintinear en su gruesa mano, murmuró: —Catica, yo te podría ayudar mucho; tendrías bastantes lempiras para cuidar a tu madrecita. Yo soy hombre bueno, de gran corazón, Catica— Y agregó otras zalamerías del mismo jaez.

—No me gusta que me diga esas cosas, don Angelo . . .

—Pero, muchacha, si no son cosas malas; por el contrario, son buenas para ti. ¿O es que no quieres ayudar a tu mamacita?

—Pues no me gustan y es mejor que no me siga molestando.

Catica siguió caminando hacia su casa. Iba preocupada y al borde del enojo. Ese don Angelo se las traía con ella desde hacía algún tiempo, largándole proposiciones que, más por instinto que por conocimiento, intuía perversas, desvergonzadas, impropias de un hombre honrado. ¿Qué era eso de “dejarse hacer” como él le decía? .

A consecuencia de esa persecución tan insistente, ella esquivaba, cuanto podía, los encuentros con don Angelo, quien era cobrador de impuestos del Concejo del Distrito Central y vivía solo. Le ofrecía dinero para que entrara a su residencia y le arreglara la cama o la cocina o que le barriera el piso, pues él no tenía tiempo; pero ella comprendía que sus propósitos eran otros. Quería decírselo a su madre; sin embargo, estando tan enferma, era una pena irle con esa información tan desagradable.

En la trucha, la saludó una muchacha de la vecindad, amiga suya, que andaba comprando frijoles. Luego subió al callejón empinado y entró, por el zaguán, en su residencia. En la cocina de Rosaura se oía ruido de cucharas y, hasta su olfato, llegó el olor de la carne asada .

—Qué tarde regresas, Catica —dijo la madre—; ven, por Dios,

y ayúdame a darme vuelta que ya no aguanto este cuero de la cama.

—Ya voy, mamá —y, Catica, dejando el canasto en la cocina, fue al lado de su madre para ayudarla a cambiar de posición.

—No podía vender las tortillas —dijo Catica, mientras se inclinaba hacia su madre—. Aún traigo algunas. Hoy fui yo la que menos vendió y estuve hasta más tarde. Es que ahora somos muchas las vendedoras de tortillas.

—¿Y, a Fololo, lo viste?

—Ahí quedó, con los cipotes, afuera; creo que trae unos treinta centavos. Yo vendí cincuenta, pero le pagué el bus a Fololo.

—¡Peor es nada, hija de mi alma! —expresó Natalia con voz dolorida.—Demos gracias a Dios porque al menos siquiera eso. ¡Ayayayyy... qué dolor! Enciende la luz y saca esa bacinica que está muy llena.

Catica buscó fósforos y encendió un candil alimentado por kerosene, cuya luz rojiza iluminó lánguidamente el miserable cuarto. En el rostro cetrino de la enferma sólo los ojos parecían vivir.

—Hoy la niña Mónica estaba de buena suerte, pues vendió casi toda la yuca con chicharrón —informó Catica, después de asear el bacín.

La madre no contestó porque el terrible dolor en el estómago la atenaceaba con dureza. En la cocina Catica encendió el fogón aprovechando algunas brasas que aún quedaban. El viento suave acariciaba con manos amorosas, y la muchacha, mientras preparaba la cena, canturreaba una tonadilla popular.

En un bosque de la China
una china se perdió...

Afuera se escuchaban los gritos de los muchachos que molestaban a don Chombo. Se oían también risas y el ruido de los vehículos. Un par de gatos se desperezaba estirándose muy cerca de las piernas de la muchacha.

—¡Zape! ¡Haraganes! ¿Por qué no cazan ratones, habiendo tantos en la casa? .

La voz de la madre vino desde adentro:

—Mañana no me dejes la puerta abierta; mejor amárrala por

fuera. Perros y gatos se meten como en su casa y hacen unas moloterías que mucho me molestan.

—Está bien, mamá.

—¿Y, Folofó?

—Todavía no ha llegado. ¡Ah, pero aquí viene ya!

Folofó entró casi corriendo y fue a depositar la caja de lustrar junto a la pared de tierra, en una esquina.

—¡Bendiga, mamá!

—Dios te bendiga, hijo. Caramba, ni porque estoy tan enferma tú no dejas de andar sólo jugando en la calle. Mal camino el de la vagancia, hijo.

—Si acabo de llegar, mamá —se disculpó con alegre voz Folofó y luego, sacando los treinta centavos, se los entregó a Natalia. — ¡Hoy sí que fue un día salado, mamá! En toda la tarde sólo dos lustres completos.

—No importa, hijo mío —dijo la madre, tomando las monedas del trabajo de Folofó y, acariciándole la cabeza, continuó: — ¡Sea la voluntad de Dios, m'hijito! Pero no hay que renegar. La suerte es así. Ayayayyy . . .! ¿Cenaste ya?

—Un poco. La niña Mónica me dio chicharrón con yuca. Es muy buena la niña Mónica, ¿verdad mamá?

—Es buena, hijo. En el mundo hay muchas personas buenas, más que las malas. Por eso debemos ser siempre buenos para con todos.

—Para con todos no, mamá. Fíjese que hoy le dí una trompeada al *Catreco* Pachán.

—¿Peleaste, hijo? ¡No! No debes pelear con nadie. Dios castiga. Tú tienes que ser bueno y honrado como tu padre. La honradez es tu única herencia.

—Me dí de sopapos con Pachán porque le quiso pegar a Miguelito, el jorobado, que con nadie se mete y es chiquito. Pachán es malo, mamá, muy malo y muy golillero.

—Pero no hay que pelear, Folofó. Bien hiciste en defender a tu amiguito, pero no hay que pelear. Eso no está bien.

—Pero, mamá, ¿y de qué otra manera iba a parar al *Catreco* cuando ya tenía a Miguelito agarrado del pescuezo?

—Bien, bien, pero que no vuelva a suceder eso. La riña es mala. Sólo los animales pelean; los cristianos, no. Sé como tu padre, que nunca hizo mal a nadie.

—¿Nunca peleó mi papa?

— Nunca, hijo, nunca. Míralo allí: su cara dice todo lo bueno que era por dentro.

Folofo pasó al otro cuartito y se puso a ver las fotografías a la luz del candil. Quedó observando el retrato de su padre. Sonreía, pero su boca estaba firme y cerrada. Folofó observó fijamente aquel rostro, aquellos ojos tan amigos que conocía de memoria. Se rascó la cabeza y lanzó un silbido.

— ¡Este era el hombre que yo había visto!

La madre, intrigada, le preguntó sobre el significado de esas palabras. Folofó volvió a la orilla de la cama, rascándose la cabeza desgredada, en la que sentía la presencia de algún piojo.

— Fue que hoy me miró un hombre que tenía una cara y unos ojos que yo conocía. Y no me lo va a creer usted: eran esos de mi papá. ¡Igualitos! Y no me podía acordar ¡qué tonto!

— ¿Quién era ese hombre?

— No sé; como que es un maestro del Instituto Central.

— Folofó iba a relatar su encuentro con aquella persona a raíz de la muerte de la golondrina, pero se acordó que lo esperaban los amigos para jugar en la calle. Salíó precipitadamente. Al verlo su hermana, le gritó:

— ¡No te vayas, Folofó! Ven, ayudame. Tengo que hacer el nixtamal. ¿Qué cuento es ese de juego y más juego? ¡Vení acá! Lavame esos platos mientras hago la cena. Hoy no hay más vagancia.

— Sólo un momentito, Catita, si ya vuelvo.

— ¡Nada! ¡A trabajar, si no, se lo digo a mamá!

— ¡Meee! —Y Folofó le hizo un gesto de burla, pero se quedó.

Catita trabajaba en la cocina con pericia. Sabía cocinar muy bien. Una vez que hubo servido los frijoles con tortilla a su hermano y echó un té de hojas de naranjo a su madre, comió ella en la cocina. Los gatos molestaban refunfuñando y unos perros de la vecindad oteaban cercanos. Había luna en la noche y, en el patio, los árboles formaban sombras extrañas. Catita mandó a Folofó a la trucha a comprar el maíz de las tortillas y una panela. Folofó, con alegría, se marchó.

— Mamá, me está preocupando mucho Folofó. Esa vida de andar todo el día en la calle lo está torciendo.

— Folofó es bueno, hija. Además ¿qué otra cosa puede

hacer? Está muy pequeño para aprender un oficio.

—Pues yo creo que ya es tiempo de meterlo a un taller. Hoy anda con la cara llena de moretes por haber peleado —Luego, rectificando, se expresa: —Para aprender el oficio tendrá que pasar mucho tiempo y, mientras tanto, no ayudaría al sostén de la casa. ¡Es triste ser pobre, mamá, y lo peor que una se cansa de vivir así!

—Muy triste, es verdad; sin embargo, hay que tener paciencia; todo lo que Dios hace, está bien hecho, hija. Yo tengo fe en que ustedes dos van a salir bien en la vida, tengo fe en Dios...

Catica, en silencio, no sabía más que secundar el pensamiento de su madre y abrigar esa esperanza, aunque era una esperanza que no se veía.

—Si no fuera por mi dolencia —continuó pausada la enferma— ya deberías estar trabajando en alguna parte, hija. Ya te sabés desempeñar como persona grande... ¡Ayayayyy... qué puñales en mi estómago, Dios mío...! aunque fuera para hacer el aseo de una casa... ¡Ayayayyy...!

—Viera usted cuánta muchacha anda buscando trabajo y a veces sólo por la comida y la dormida. ¿Qué será que anda tanta gente así, mamá?

—Así es siempre, hija, los pobres hemos abundado. Es ley de Dios.

—Don Roque dice que no. Cuando se embola habla un montón de cosas contra los ricos. El otro día gritó que ya venía el tiempo en que “no habrá más zánganos”, así dijo, con esas palabras.

—No hagas caso, el pobre don Roque dice chifladuras siempre que bebe. Ya una vez lo llevaron preso por hablar cosas.

—¿Y ponen presa a la gente sólo por hablar, mamá?

—¡Ayayayyy, hija, qué dolor! Méteme una cobija bajo las costillas; no aguanto este cuero de la carnia... A veces, las palabras dicen cosas que hacen daño a la gente... Así estoy mejor... Hay palabras que no son ofensa, pero duelen como pedradas... Oye, esos perros en la cocina...

Catica salió rápidamente y fue a espantar los perros que reñían. Los correteó y, aún después, les lanzó piedras hasta sacarlos del solar. Allí, en la calle, se oían gritos:

¡Don Chombo,
don Chombo,
panza de bombo!

—“Ese debe ser Folofó, molestando al pobre viejo —pensó Catica— Este cipote se está torciendo; antes no era así tan caralisa”.

Después, bajo la luna retornó a la choza. Al rato, regresó Folofó, corriendo, con el maíz y la panela. Catica lo increpó por molestar al truchero, pero el muchacho negó:

—Andá y preguntale a don Chombo, panzá de bombo, si alguna vez yo lo he molestado ¡Andá y convencete!

—Lo que pasa es que te estás haciendo muy zalamero.

Folofó se puso serio y fue a arreglar las latas de betún en la caja de lustrar. Estaba incomodado, porque él, en verdad, directamente no molestaba al anciano, aunque sí le gustaba que otros lo hicieran para oírlo lanzar denuestos y salir con la escoba detrás de alguno.

Al cabo de un rato, cuando Catica atendía el fuego haciendo el nixtamal, Folofó fue a sentarse al borde de la cama de su madre. Le dijo:

—Yo nunca he molestado a don Chombo. Catica dice mentira.

La madre lo observó con los ojos húmedos.

—No le hagas caso; es que ella quiere que seas hombrecito formal.

—Y qué más formal quiere? ¿No trabajo todo el día acaso?

Natalia le puso la diestra en la mejilla, acariciándole el sitio donde Pachán le dejara las huellas de sus uñas, y nada comentó porque el dolor en el estómago era para ella como una puñalada sin fin.

— ¡Ayayayyy . . . Señor, apiádate de mí . . . !

Folofó, a su vez, le pasó su mano, oscura de betún, por los cabellos prematuramente canos.

Hace frío en la madrugada. Los gemidos de Natalia han sido más frecuentes en esa noche. Una vez tuvo Catica que levantarse a prepararle una bolsa con ceniza caliente, traída del fogón, a fin de aminorarle el dolor. Eso la calmó un poco. Cuando cantaron los gallos del vecindario, Catica despertó. Estaba habituada a levantarse muy temprano y los gallos eran

su cronómetro. Encendió el candil y rezó una corta oración frente a los santos.

—Has de haber dormido poco, Catica —dice la madre suavemente.

— ¡Ah! ¿Está usted despierta? Pensé que dormía.

—No he dormido ni un momento en esta noche, hija. ¡Ay, tu madre no se levantará más de esta cama!

— ¡No diga eso, mamá! La Virgen la va a sanar. ¡Le he pedido tanto . . .! Ya le hice una promesa.

—¿Promesa de qué . . .?

—Una promesa buena —Catica se acerca hasta la madre y le pasa la mano por la frente, que está ardiendo—. Le he prometido que si me la cura visitaremos su santuario a pie, en romería, y que, desde la entrada de la Villa de Suyapa, iré de rodillas hasta su altar y con usted y Fololo rezaremos un Rosario y le encenderemos veinte candelas de a real, no de una vez, sino que poco a poco, pues juntas no las podré comprar.

— ¡Dios y la Sagrada Virgencita te oigan, hija! Pero no . . . yo siento que me voy acabando cada día más . . . este dolor me va deshaciendo por dentro; me voy pudriendo, hijita, pudriendo . . .

— ¡No diga eso, mamita . . . no diga . . .! —Y, con un impulso emotivo de ternura infinita, la abraza fuertemente, y derrama muchas lágrimas, como si la viera morir. — ¡Mamita mía, mamita Natalia, no diga . . .!

— ¡Cálmate y no llores, Catica . . . Dios es grande!

Catica, al pensar en la posibilidad de muerte de su madre, ha sentido encogerse el corazón y no ha podido resistir el llanto. Natalia la consuela y la acaricia y trata de evitar que Catica vea desprenderse de sus ojos las lágrimas que derrama conmovida. Natalia sabe que está condenada a morir de esa enfermedad cruel e inexorable; el cáncer no perdona, pero quiere dar valor a su hija, que entra ya en la adolescencia y es toda una mujercita, una verdadera ama de casa. No quiere pensar en lo que ha de venir muy pronto y menos en lo que después será de sus hijos. Hace esfuerzos por alejar tales pensamientos, pero es imposible.

—Anda, hija de mi alma, no llores más y comienza la molida del maíz. Despierta a Fololo para que te ayude.

—Si, mamá, ahorita mismo voy.

Catica se incorpora presto y va al catre donde reposa Folofó, indolentemente. Este duerme con tranquilidad, con una sonrisa. ¿Qué soñará? Mejor sería no despertarlo. Ella tuvo una vez un sueño lindo, sin concluir. Andaba bien vestida de blanco, un vestido como de nubes en verano, y usaba zapatos, también blancos. Iba de viaje con muchas otras muchachas como ella, por un camino cubierto de flores. Las iban cortando y, riendo, se las tiraban unas a otras o hacían guirnaldas para coronar a las que mejor cantaban. De pronto, una voz que venía de todos los rumbos y de ninguno, les ordenó: "¡Vamos que es la hora!" Todas corrieron a tomar unos libros muy hermosos en los que se aprendían mil secretos; pero Catica sintió que iba como si volara, así como deben sentirse las mariposas y los pájaros en el aire. Y de los libros salía una gran luz. Y de las flores un exquisito perfume. Y reían avanzando hacia algo que Catica ya no pudo conocer porque despertó del sueño, zarandeada del brazo por su madre, quien decía: "Vamos, que es la hora de moler el nixtamal". Catica no olvida aquel sueño maravilloso, con un despertar tan ingrato. Y, ahora, viendo a su hermano que sonríe dormido, recuerda su traje y sus zapatos blancos, los libros luminosos y las guirnaldas de las muchachas bullangueras.

Con pena, lo tironea hasta despertarlo. Folofó protesta y quiere quedarse en el catre, mas Catica lo incorpora y le hace ponerse los sucios calzones que pesan mucho debido a las piedras, honda y cuantos más objetos guarda el muchacho en sus bolsillos.

Abre la puerta. Afuera hace frío. Catica va a lavarse las manos y la cara a la canilla del agua que está en el patio y que también utilizan los Pinos. Folofó, de mala gana, la ha seguido y la imita, limpiándose después en las faldas de su camisa sucia.

— ¡El día que yo tenga pisto —dice malhumorado Folofó— me voy a levantar al mediodía, sólo a comer para volverme a echar!

— Pues tendrás que esperar mucho para ese día —se burla Catica—. El pisto no se halla tirado en la calle.

— A veces, sí. ¿No te acordás cuando yo me hallé aquel billete de diez lempiras en el Parque Finlay?

— Casualidades, Folofó. El dinero no viene si no es sudando.

— ¡Mentira! Allí está don Plutarco: ¿cuándo ha sudado

alguna vez? ¡Y ese sí tiene plata como para tirar para arriba! Lo mismo don Sebastián, el papá de *Cometierra* que sólo pasa sentado en su almacén, mientras las empleadas le hacen el trabajo. Yo conozco muchos así, en el centro, que no hacen nada y están cargados de pisto. En cambio, don Roque, que trabaja sudando todo el día, está casi como nosotros.

—¿Y de dónde viene la plata, entonces? .

—Bueno, yo no sé. Habría que preguntarle a don Plutarco.

Catica no dice nada. Enciende el fogón y coloca en él un comal de barro cocido. Luego ajusta el molino en la artesa, le echa el nixtamal reblandecido y comienza a moler. Folofó, conversando de hallazgos afortunados, ha puesto el agua a hervir para hacer el café; luego viene y ayuda echando el maíz al molino. La masa va saliendo poco a poco, cayendo en un calabazo grande. Catica la prueba: está muy gruesa. Ajusta el molino hasta que la masa sale más fina, pero ahora requiere mayor fuerza para rotar la manivela.

—Hoy creo que voy a ganar buenos búfalos —dice Folofó, y se pone a enumerar a las personas que serán sus posibles clientes para darles lustre a sus zapatos.

Catica, mientras da vueltas al manubrio con fuerza, está pensando en cosas distantes, lejanas ya en su corta pero intensa existencia. Las palabras de Folofó sobre don Plutarco la han hecho recordar a Gladys, la hija del vecino rico que es apenas un poco mayor que ella y con la que estuvo un año en la escuela del barrio, el primer año, porque después Gladys pasó a otra escuela privada, a donde sólo van los que pagan. Entonces ocuparon bancos contiguos en la escuela. Eran amigas. Conversaban y se ayudaban en los deberes escolares. Jugaban juntas y, como seguían el mismo camino, también lo hacían juntas. Eran días hermosos que Catica recordaba con cariño y nostalgia. ¿Por qué después Gladys había cambiado tanto al ir creciendo? ¿Por qué ahora, cuando, por casualidad se encuentran, ni siquiera le dice adiós? Catica no comprende ese cambio en su amiga del primer año en la escuela. ¿Será quizá por que siempre anda bien vestida, calzada, muy bonita, con el uniforme de un colegio? ¿Será que los vestidos y los zapatos pueden hacer cambiar a las gentes, a las amigas? .

Catica no le guarda rencor porque no la recuerde ni le dirija la palabra en la calle. Catica se conformaría con un adiós

donde la gente no la viera, como cuando pasa por el callejón; pero Gladys no la distingue y menos cuando va en el automóvil de su padre. La ha visto con un muchacho galán que debe ser su novio; al menos así dicen las jovencitas de la vecindad. Es muy bien parecido; anda siempre limpio y lleva corbata. El hombre que usa corbata es porque es de la alta sociedad y va a los casinos. ¡Debe ser bonito tener un novio! Pero ¿qué es un novio? ¿Para qué sirve tener un novio como el que tiene Gladys Romo? ¿Será bueno o será malo? Ella ha oído conversaciones sobre enamorados, sobre novios que se aman. Sí, ella sabe que para casarse una mujer necesita un vestido blanco y una corona de azahares para verse como un ángel del cielo, así como se vio ella en aquel sueño inolvidable. Y el novio se viste de negro y se pone una flor blanca en el ojal de la levita. Intercambian anillos. Ella ha visto varios matrimonios en la iglesia Los Dolores, cerca del mercado. Pero, ¿para qué se casan las gentes? ¿No basta con vivir sólo con sus padres? .

— ¡Me vas a agarrar los dedos, Catita! —protesta Folfofo, retirando la diestra del molino— ¿Es que no ves, zonga?

—No importa, te retoñarán. —Deja de moler y se limpia el sudor—. Ahora ven a darle al molino, mientras yo voy echando las tortillas. No tarda en amanecer.

—Sí, pero colá el café antes. Ya con el trago de café negro en la panza, yo te muelo un quintal de maíz en un despabilar. — ¡Cho! ¡Con café y sin café sos el mismo haragán!

Afuera va desapareciendo la blancura del alba y las cosas van tomando forma. En la cocina de Rosaura hay luz y se oyen voces. Folfofo hace que Catita cuele el café y cuando ha tomado una taza con deleite, va a darle vueltas al molino. Moler cansa, hace sudar, a pesar de la frescura de la madrugada.

Catita comienza a fabricar las tortillas. Toma la masa; la va redondeando y, con palmadas expertas, la aplana en forma circular, extendida en la palma de la mano izquierda. Luego la coloca en el comal, que está caliente. Comienza otra tortilla con rapidez; da vuelta a la que está en el comal, mientras prepara la que tiene en la mano. Cuando se ha cocido la tortilla por los dos lados, la saca con presteza para no quemarse los dedos y la pone en el canasto, forrado con hojas de plátano. Ahora pone la otra en el comal y comienza a moldear la nueva.

Todo rápido, igual que como se van sus pensamientos, mientras el molino sigue chirriando y los quejidos de la madre se reanudan en el cuarto a oscuras.

Gladys no tiene que levantarse a las tres de la mañana a echar tortillas de maíz. Ella, sí. ¿Por qué es eso, cuando tienen casi la misma edad y estuvieron un año juntas en la escuela? ¿Es que no son iguales? . Sin embargo, Gladys tiene lo mismo que ella: ojos, boca, manos, piernas, todo; y come, duerme, habla, siente; pero están distantes una de la otra. ¿Por qué? Catica no puede comprender bien. Desde la muerte de su padre la vida ha cambiado en su hogar. Todo es desgracia y más desgracia. ¿Por qué la vida es así? Allí, al lado está la familia Pinos. Es obrera. Ellos no viven como don Plutarco ni como don Chombo, el truchero, pero no tienen tanta desgracia en las costillas. Ciertamente que don Roque a esta hora ya está levantándose para ir a la cervecería, pero ellos viven como los Cueto antes de morir el padre. Los Pinos son buenas personas. Para Catica el hijo de don Roque es el mejor de la familia. Lucero está joven y es bueno; no es feo.

¡Ah, si a ella le pidieran escoger un novio, buscaría sin vacilar a Lucero Pinos, ese muchachón que trabaja en un cine y que regresa muy tarde de la noche a casa! . Ella lo quiere porque la ha llevado con Folofó varias veces a ver películas y hay domingos que le regala helados y hasta le ha traído revistas y programas de cine. Es buen amigo. No así Gladys, y menos ese señor, don Angelo, que le dice cosas que a ella le disgustan. ¡Cómo son las gentes: tan iguales y tan desiguales! Entre Lucero y don Angelo la comparación es como entre el día y la noche sin luna. ¡Huy, ese don Angelo, cara de pelota de fútbol, con panza de sapobuche! ... ¡Qué modo de verla! Da miedo. ¿Por qué le da miedo don Angelo y Lucero no?

— ¡Me canso, ganso, dijo un zancudo cuando volar no pudo! — exclama Folofó, jadeando— ¡Cómo hace sudar este molino, Catica!

— ¿No tomaste café negro? ¿No sos hombre, pues? Los hombres nunca se quejan del trabajo.

— ¡Bah, una cosa es trabajar y otra cosa es moler maíz en la madrugada, cuando todavía se tiene sueño! ¡Yo trabajo todo el día y no me quejo! ¡Lustrar sí es trabajar, Catica!

— ¡Haragán!

Se van amontonando las tortillas elaboradas por Catica y su hermano. Y, cuando ya el sol aparece y los pájaros cantan en los árboles del patio y en la calle hay ruido de vehículos, la faena llega a su fin. Catica atiende a su madre; le lleva más té de hojas de naranjo y en él moja pedacitos de tortilla tostada, aunque ello le causa siempre más dolores a la enferma.

Catica se prepara con Folofó para ir al mercado a vender su mercancía, que es el pan del pueblo. Rápidamente se alisa el cabello, se arregla la trenza oscura y reluciente, como azabache, y, a hurtadillas, va al patio y se ve en un pedazo de espejo. Al instante piensa en Gladys. Quizá la diferencia está en el color de la piel. No. Se ve fijamente y casi exclama: " ¡Es que ella es más bonita! "

—¿Es que no te conocés, Marilín Monroe?

— ¡Entremetido! ¡Sacón!

— ¡Ajá! —Folofó la señala con el índice sonriendo picarescamente— ¡Ajá, Catica, vos tenés novio! ¡Tenés jalón!

— ¡Ve, que te doy tu moquete, chigüín lengualarga! ¿Ya no se puede ver una en el espejo, pues?

— ¡Ajá, tenés novio, tenés jalón, Catica!

— ¡Te voy a dar tu moquete, ve!

Le lanza una manotada a la cabeza, pero el muchacho, diestro y ágil, da un salto hacia atrás y le hace muecas de burla, con deseo de seguir el juego; más Catica le para en seco.

— ¡Ayúdame a ponerme el canasto en la cabeza!

Desde el cuarto la madre llama y Catica regresa, disgustada.

— ¡Es que este Folofó cada día es más bausán! ¡Ya no puede una verse en el espejo sin estar él con majaderías! ¡Mírelo, mamá; le voy a dar su buena tunda para que agarre formalidad!

—Oiga, mamá, si yo no le digo nada —niega, sonriendo, Folofó y, en voz baja y listo para escapar, le repite a su hermana: —Tenés novio!

— ¡Déjense de changonetas, hijos —regaña la madre—. Armonícense. Ya están grandes, son hermanos y tienen que andar juntos sin pleitos. Catica, no olvidés amarrar la puerta por fuera ¡esos perros...!

—Pero mamá ¿cómo la vamos a dejar encerrada?

—Vaya, pues, déjala así. Tal vez no vienen los perros.

—Mire, mamá —interviene Folofó, llevando de la cocina una

vara larga y maciza—, si vienen, aquí le dejo esto para que les dé una buena aporreada.

Natalia sonríe con tristeza. Da las gracias al hijo, cuya ingenuidad no le permite comprender que ella carece de fuerzas para esgrimir ese garrote.

Con el canasto lleno de tortillas, Catica sale como todos los días, incluso los domingos, a tomar el autobús para ir al mercado a vender lo que le proporcionará los centavos para comprar algunas cosas necesarias y poder comer, aunque sólo sean frijoles sancochados. Folofó la sigue con la caja de lustrar. Cuando llegan a la parada del autobús, ya se han reconciliado.

Las tortilleras son muy madrugadoras y llegan temprano al puesto de venta. En el mercado Los Dolores, como en todos los de la capital, se reúnen numerosas gentes por la mañana. Vendedores y compradores. Allí se obtiene de todo y a precios más bajos, especialmente comestibles, productos agropecuarios; productos malos, pero baratos, accesibles a la mayor parte de la gente. Vendedores y compradores se arremolinan, sobre todo, por la mañana.

Las tortilleras se sientan en las aceras con sus canastos o calabazos al frente. Las tortillas son el pan popular. Las mujeres las llevan cubiertas con hojas de plátano para que se conserven calientes y suaves. Catica ha llegado y ocupa su lugar habitual en la acera de la avenida Jerez, junto a otras vendedoras. Varias de ellas son sus amigas, especialmente Ña Panchita, señora de avanzada edad que la trata maternalmente. Delgada, desdentada, de ojos vivaces y juveniles, Ña Panchita es de las gentes que viven, como los Cueto, con la desgracia pegada a las costillas, como si fuera un esparadrapo, según el decir de Mónica, la que vende yuca con chicharrón.

- ¡Tortillas! ¿Va a llevar?
- ¿A cómo las das hoy?
- A cuatro por medio real.
- ¿Por qué tan caras?
- Así las vendemos siempre . . .
- A cinco por medio las llevo.

Hay mucha competencia hoy y Catica quiere salir pronto de la venta para regresar cuanto antes al lado de su madre. Lo que le dijo por la mañana la tiene muy preocupada. ¿Qué sería de ella y de Folofó si muriera Natalia?

— ¡Llévelas, pues, ¿cuánto le doy?

— Dame real y medio y de las más grandecitas.

Catica cuenta las quince tortillas, las entrega a la mujer que le paga con sencillo, y continúa ofreciendo a las personas que pasan:

— ¡Tortillas! ¿Va a llevar? ¡Cómpreme a mí! ¡Están calientitas!

Mientras permanece sentada en la acera, ofreciendo la vital mercancía típica, observa todo lo que pasa en su contorno. Igual hacen todas sus compañeras: la Juana, que viene desde Suyapa; la Dominga, que anda siempre con sus hijitos gemelos y que, por ser tan callada y tímida, "paga por no hablar", como dicen de ella las demás tortilleras; la Eudósia, india legítima, de pocas pulgas y de muchas palabras obscenas cuando se enoja; Benita y Concha, dos muchachas un poco mayores que Catica, las cuales andan siempre bien pintadas de cejas y labios y, según se dice, tienen muchos novios, con los que se van de parranda los sábados. En fin, Catica examina a todas las tortilleras que están allí, cantando su mercancía con los ojos puestos ávidamente en las personas que llegan. Se ven muchas y distintas clases de gentes; calzadas y descalzas; olorosas a perfumes o hediondas a sudor de muchos días; blancas, trigueñas y negras; buenas y malas; amigables o endiabladas, como esas que quieren llevarse las tortillas sin pagar los miserables centavos que cuestan.

— ¡Tortillas calientitas! ¿Va a llevar? ¡Cómpreme a mí!

También Catica conoce a las vendedoras que tienen puestos permanentes y pagan tributos mensuales al Concejo del Distrito Central. De éstas, hay una que le simpatiza mucho: es Domitila, mujer blanca, que vende frutas y hortalizas; es muy hermosa, sobre todo en las mañanas, cuando viene bañada, bien peinado el pelo color jilote y con un vestido rojo, muy ajustado a su cuerpo. Para Catica es Domitila una gran señora, que ya desearan su hermosura esas mujeres que pasan taconeando, altivas, sin mirar siquiera a las vendedoras del mercado.

— ¡Tortillas! ¿Va a llevar? ¡Cómpreme a mí! ¡Están calientitas!

Hoy, quién sabe porque Catica encuentra a Domitila más hermosa que nunca y, con cierta extraña alegría, piensa en

Gladys, por lo que, mentalmente, compara: ¡Ni qué hablar! ¡Si es por hermosura, Gladys no es digna ni siquiera de descalzara Domitila. "Entonces, razona Catica, la desigualdad entre Gladys y yo, no es por su cara bonita. A cada instante mira a su amiga que trabaja todo el día, sin que su hermosura le ayude a tener una casa como la de Gladys. Domitila es pobre, como todas las demás vendedoras del mercado. Quizá por eso Catica le hace cualquier servicio, con el mismo gusto que se lo puede hacer a Ña Panchita o a la Mónica; pero ésta sólo viene al atardecer y permanece allí hasta la media noche.

— ¡Tortillas calientitas! ¡Cómprame a mí!

Catica mira de reojo, con insistencia, a Domitila que está a la entrada del callejón. Realmente en esta mañana está muy hermosa, más que otros días; tiene puesta una flor en su pelo y lleva los labios pintados al rojo vivo. ¿Cuánto costará un lápiz labial? ¡Huy, las cosas que está pensando! ¿Es que, acaso, ella es grande, como Domitila, para pintarse los labios?

— ¡Tortillas! ¡Cómprame a mí! ¡Están calientitas!

Sin saber cómo, a la entrada del callejón Dolores, se ha hecho un barullo. Las gentes se detienen y escuchan gritos altos, insultos, ofensas de una voz femenina.

— ¡No quiero volverte a ver, muerto-de-hambre!

— ¡Pero si son mentiras, nena! —dice una voz apaciguadora de hombre.

— ¡Anda a emporcarte con esa sinvergüenza! ¡Y a mí no me llames nena porque yo soy una mujer completa! ¡Aquí no volvés a buscar ni comida ni plata ni mujer! ¿Ya l'oiste! ¡Y sacá tus cosas de mi cuarto!

— ¡Pero si yo . . . !

— ¡Te voy a malmatar, marrano!

Un aguacate maduro ha volado de las manos de la hermosa Domitila para ir a estrellarse, reventándose, en el rostro pálido del hombre, cubriéndolo de la amarilla pulpa. Y detrás de ése, parten otro y otro.

— ¡Desvergonzado, después de pasar la noche con esa puta, tenés cara de venir a tocarme! ¡Marrano! ¡Chanchito, igual a ella!

Unos muchachos descalzos corren siguiendo a los aguacates que no han hecho blanco en el hombre, para comérselos. Es un

regalo inesperado. Unos ríen del espectáculo. Otros critican, ofendidos en su moralidad. Todos observan. Catica permanece sentada, sorprendida, y asegura su canasto de tortillas porque sabe, por experiencia, que aprovechando esos líos nunca faltan pícaros que roban cualquier cosa a las vendedoras descuidadas.

El hombre, ante aquella tormenta de insultos y proyectiles, está impotente, con una sonrisa forzada en su cara de mediocre. Domitila es su querida, pero prefiere retirarse porque sabe de la dureza de sus puños, tanto como de la dulzura de sus caricias. Queda la mujer hablando hasta por los codos y con una cólera estupenda.

A Catica esto la ha sorprendido. Ciertamente que Domitila a veces se incomoda e insulta, pero es cuando la quieren engañar en el pago de las frutas que vende. ¿Por qué ahora trata de esa forma a *Colocho*, su marido o su novio? Todos saben que el novio de Domitila es el *Colocho*, el del pelo ensortijado que nadie sabe dónde trabaja o si trabaja en algo. Se les suele ver muy juntos, acariciándose con bastante liberalidad. ¿Por qué ahora la mujer hace eso con el muchacho? ¿Qué de malo habrá hecho para despertar la cólera de Domitila?

—Es que le está quemando la canilla con otra mujer —explica Ña Panchita, indiferentemente—. ¡Cosas de la vida, hijas; cosas pasajeras del amor!

Catica no comprende ni a Domitila ni a Ña Panchita. Si esos dos se quieren, no ve por qué han de tratarse así. Según cree ella, ser novios debe significar algo muy bonito y no causa de peleas con blasfemias y aguacatazos. La vida de los novios debe ser como aquella alegría sin fronteras de su sueño. ¿O será otra cosa el amor? Si ella y Lucero fueran novios ¿cómo podrían pelear así y hacer escándalos? ¡Huy, las ideas que le ha dado por pensar en este día!

—¡Tortillas! ¿Va a llevar? ¡Se están acabando ya! ¡A cuatro por medio!

Y el día avanza sin sentirse. Ahora Catica se irá a su vivienda. Ha vendido todo su canasto de tortillas. Está alegre, palpando en la bolsa de su delantal las monedas de su negocio. Es temprano; podría quedarse un poco más, conversando con Ña Panchita y las hermanas Benita y Concha o con la Domitila, para saber algo de su disgusto con el *Colocho* pero debe irse pronto, al lado de su madre, que está sola y ni siquiera puede

espantar los perros que entran en la casa. También tendrá que lavar un montón de trapos sucios, para luego echar las tortillas del mediodía, trabajo que tiene que hacer sin ayuda de nadie. Sin embargo, con el canasto bajo el brazo se ha quedado oyendo a Ña Panchita que habla de diversas cosas.

Ña Panchita es muy simpática e inteligente y, por su buen carácter, es querida y respetada de todo el mundo. Hace muchos años que viene a trabajar vendiendo tortillas. Conoce a muchas gentes y tiene una memoria prodigiosa. En sus tiempos de joven fue una de las muchachas más renombradas del Barrio Abajo, pero no supo aprovechar el buen tiempo o lo aprovechó mal. Siendo tan solicitada para el matrimonio, se burló de los enamorados y nunca quiso formalizar nada; cuando reparó en esto, ya comenzaban a blanquearle los cabellos. Entonces decidió casarse y la vida se burló de ella: nunca llegó al altar con los azahares de desposada, pero fue madre. Tuvo un hijo "natural" que fue el mejor de los hijos. Salió a su padre: hacía versos y cantaba. Se metió a la política y, en el sitio de Tegucigalpa, durante la guerra del veinticuatro, murió en combate. Una bala, una sola, acabó con él. Ña Panchita lloró y maldijo a las guerras y a los políticos empujadores de la oligarquía, pero lo perdió todo. Fue decayendo y, con el tiempo, devino en tortillera; en vendedora, porque las tortillas que vende son ajenas. Hace esa labor para ganar un lugar dónde dormir.

Ahora Ña Panchita no llora ante el recuerdo del hijo. Se ha conformado con vivir y esperar la hora inexorable; pero es una anciana lúcida, alegre, que nunca se disgusta por nada y cuenta muchas cosas del pasado con gracia e ingenio.

—Ña Panchita, cámbieme un tostón.

—No seas anticuada, hija. La gente de hoy dice: una moneda de cincuenta centavos. Tómala y no te enfadés. ¡La moderna es la moderna!

Las muchachas que están cerca, se ríen. Benita y Concha tenían los labios pintados, pero a ellas, por más pintura que se pusieran, no las hermoseaba como a Domitila.

—Ña Panchita —dice Benita, sin dejar de ver con malicia al policía de tránsito que se ha venido a la acera del frente y le hace guiños— ¿Cree usted en los augurios?

—Según y cómo, hija.

—¿Es cierto que si una se muerde el pelo tres veces pensando en alguien, esta persona recuerda el nombre de quien hace la prueba?

—Pues, hija, yo no te puedo asegurar nada. Es cuestión de fe.

—¿Tener fe en qué?

—Pues en lo que una cree. ¿Cuánto de tortillas, doña Meches? ¡Ah!, ya sé! Usted siempre lleva dos reales. Tiene muchos de familia.

La señora, cliente asidua de Ña Panchita, recibe las tortillas y paga justo, retirándose con una sonrisa bondadosa, no sin antes afirmar:

—Es cuestión de tener fe. La fe salva, dicen los sacerdotes.

—Y también lo dice la Petrona Chimuz. ¿Conocen a la Petrona Chimuz? ¡Bah, qué la van a conocer, si es de Yorito! Pero es toda una señora comadrona, a la que no se le para mosca. Les voy a contar.

Catica quiere irse, mas la palabra de Ña Panchita le simpatiza. Todas están acostumbradas a los cuentos y anécdotas de Ña Panchita.

—La Petrona Chimuz tenía fama de comadrona. Cuando había un caso difícil la llamar a la Chimuz! y ella llegaba, aparatosamente, con cierto objeto misterioso que escondía debajo de la almohada de la enferma; rezaba una oración milagrosa a la Santa Cruz y ¡zas! la mujer paría hasta sin dolor. Eso que dicen ahora de que los doctores comunistas hacen tirar al hijo sin dolor ¡bah! para la Petrona Chimuz es asunto muy viejo. Sólo que el secreto de la Chimuz estaba en la oración de la Santa Cruz, puesta debajo de la almohada. ¡Mirá, Concha, ese perro te llevará las tortillas!

—¡Soh! ¡Chucho sarnoso, largo de aquí!

—Con la oración que sólo la Chimuz sabía y tenía en un papel arrugado, se enriqueció. Una vez la esposa de don Sinforoso, el mayor hacendado del lugar, se vio en apuro. Llegó la hora de dar a luz su quinto retoño y no podía. El asunto era grave, pues podían morir madre e hijo, y en el pueblo no había médico. Bueno, eso no es extraño: en casi todos nuestros pueblos no hay médico y la gente que no se va al hoyo es porque se cura a la buena de Dios, con agüitas y cataplasmas. Pues don Sinforoso, que no era muy favorable a

las ciencias ocultas ni a los secretos de los curanderos, se vio forzado a llamar a la Chimuz.

— ¡Tortillas calientitas! ¡A cuatro por medio! ¡Si quiere, si no, no...!

— Llega la Petrona y comienza su trabajo. Pero, ¡qué desgracia! Había olvidado la célebre oración. Sin ella, todo sería inútil. Y allá va un mandadero, en veloz corcel, a traer la oración hasta la casa de la Chimuz. Ya se moría la parturienta. Eran minutos desesperantes para don Sinforoso y para todos. Por fin, regresó el mozo, casi reventando el caballo. La madre de la Chimuz se había tardado bastante buscando la oración en un baúl de cierre antiguo. Petrona agarra el milagroso papel y, rápidamente, lo introduce bajo la almohada. Hace unos cuantos pases de mago. Dice algunas palabras cabalísticas y, en ese momento, con toda naturalidad: ¡pan, viene el crío, tan grande como un melón! “¿Lo ven?”, decía la Chimuz, orgullosa de su secreto milagroso: “¡En cuanto puse mi oración, saltó el cipote!” Y todos, decían: “¡Caramba, Petrona Chimuz, qué poder el tuyo con esa oración milagrosa!”.

— ¿Y el final? —pregunta Catíca, que quiere irse pronto.

— Esperá, hija. Ya vendrá. Pero como los ricos son los ricos —prosigue la anciana—, don Sinforoso vio que sacaba cuenta tener la tal oración y, como quien no quiere la cosa, va y le echa pesca al santo papel y, sin dar lugar a que la Chimuz se lo arrebate, lo despliega y lee. ¿Y qué creen que era la célebre oración del milagro? ¡Pues, la carta de venta de un burro que la Chimuz había comprado! La madre, que no sabía leer, le mandó el primer papel viejo que encontró en el baúl.

Las muchachas reían de buena gana por el cuento de Ña Panchita y hasta Catíca se había olvidado de marcharse para saber el final.

— Don Sinforoso se encolerizó por el chantaje, pero la Chimuz le dijo tranquilamente: “calma, hombre, no importa que sea la carta de venta de un burro y no la oración de la Santa Cruz: lo que importa es tener fe”. Mas, don Sinforoso, que no era lerdo, a la hora de pagar los servicios a la milagrosa comadrona, le entregó un sobre, así de grueso. ¡Qué alegre se puso la Chimuz con tanto billete! Pero al abrirlo ¡qué

sorpresas! Eran pedazos de papel periódico, bien cortaditos, como billetes. La Chimuz se puso furiosa, caliente como agua para chocolate; pero don Sinforoso, le dijo: "calma, mujer, no importa que sean pedazos de papel; si tenés fe, se convertirán en billetes de banco y inuevecitos!". Así terminó la cosa y la Petrona Chimuz se tuvo que ir sin recibir, por primera vez, ninguna paga por su milagrosa oración. Por eso yo les digo, muchachas, que es cuestión de tener fe para que sucedan las cosas.

Benita, a pesar de reirse, sentía como si el cuento de Ña Panchita se tradujera en una sola palabra, dicha para ella con la ironía de la anciana. Esa palabra podía ser: imajadera! Por eso recogió su calabazo y, viendo de reojo al policía, se fue para la otra acera, a fin de estar más cerca de él. Catuca dio un salto, asustada, pensando en su madre.

—Adiós, Ña Panchita; nos veremos más tarde.

—Adiós, hija; salúdame a Natalia.

—Bueno; muchas gracias.

Y, casi corriendo, se fue en busca del autobús.

El río constituye una atracción irresistible para los muchachos. Recorrer sus riberas, probar el paso de sus corrientes, zambullirse en sus pozas azuladas, buscar cangrejos bajo las piedras, pescar con anzuelo, aunque sean sardinas; pasarse horas enteras bañándose y pajareando, es placer que los chicos de Tegucigalpa y Comayagüela pueden proporcionarse sin gastar dinero. Pero no todos pueden hacerlo con frecuencia porque los padres, cuidadosos, no les permiten esos vagabundeos que, muchas veces, concluyen en tragedias. El Río Grande ha cobrado numerosas vidas en sus recodos profundos y sus remolinos traicioneros. Pero los hijos de la calle; los que, como Folofó Cueto y sus colegas, viven en una libertad extraordinaria, sin control paterno, pueden irse para el río en cualquier momento.

Por eso, en este día, siendo aún temprano, Folofó se ha juntado con Lalo para seguir a *Cara-de-hacha*, Poyoyo y *Fierabrás* en una excursión por el río, al conocido lugar de El Sauce. Su objetivo es pescar. Para Folofó y Lalo este paseo es una gran aventura. Ellos han ido muchas veces a bañarse, a buscar pájaros e, incluso, a pescar. Otras veces han acompañado a Poyoyo, que tiene anzuelos. Cierta que sólo en una ocasión lograron pescar un robalo grande, que Poyoyo vendió por un lempira. Pero la pesca de hoy es singular.

Conversan con entusiasmo y van casi corriendo, ansiosos de llegar al sitio señalado, donde, esta vez, han de hacer la pesca más fantástica: del año. Sus pies descalzos levantan el polvo del camino. A veces, uno de ellos se detiene, levanta la pierna y se saca una espina de la planta del pie.

—Mi tío dice que más arriba de El Sauce es donde hay robalos grandes. El ya ha pescado allá.

Es Poyoyo el que habla fervoroso y afirmativo. Su tío ha dicho eso y, por ello, debe tomarse como una verdad inquebrantable. *Fierabrás*, en cambio, duda y cree que sería mejor ir a una poza que él conoce, aunque está muy lejos.

—Y fijate que mi tío —defiende Poyoyo— ha pescado aquí sólo con anzuelo.

—Pues hoy no vamos a poder con los pescados —secunda Folofó, que va adelante, dando saltitos, casi corriendo para no perder su puesto de vanguardia.

—Una vez —cuenta *Cara-de-hacha* a gritos, como si en el monte los demás hubieran perdido el oído— yo vi con mis propios ojos pescar un animal bárbaro en el propio sauce. No me lo van a creer, pero era de largo como de aquí hasta donde va Folofó.

—¡No seas mentiroso, *Cara-de-hacha*! —le censura *Fierabrás*—. Tené gracia para mentir; para "echar guayabas" tan pesadas. ¿Dónde has visto un pescado así de grande? ¡Ni en el mar; y eso que en el mar hay hasta ballenas!

—¿Ha-ha-ha-hasta qué, de-de-de-decís? —pregunta Lalo.

—Hasta ballenas, hombre. Son animales del tamaño de una casa, más grandes, como un cerro.

—¡Cho, *Fierabrás*: vos sí que ya trabaste! —se burla Poyoyo— No querés creer a mi compa que vio un pescado grandote y querés que nosotros creamos que una ballena es como un cerro. ¡Buscate otro maje porque yo no me trago semejante bola!

—Callate, Poyoyo ¿qué sabés vos? Un hombre que naufragó en el mar una vez, llegó a una isla desierta y se tiró más muerto que vivo a la playa ¿y qué pasó?

Folofó y Lalo son los más intrigados y no quieren perder ni una sola sílaba del cuento.

—Pues, que al rato, cuando se puso a caminar, la isla se hundió.

—¿Algún terremoto? —pregunta *Cara-de-hacha*.

—No ¡qué terremoto y en el mar! ¡Era una ballena!

Poyoyo se ríe, burlesco, mientras los más pequeños hacen preguntas. Eso sí era fantástico y digno de ver, aunque en verdad ellos no sabían cómo era una isla ni cómo el mar, pues no lo habían visto ni en película.

—¿Quién te metió semejante guayaba? —pregunta Poyoyo.

—No me creás —dice *Fierabrás*— pero vos no podés ser más inteligente que don Geño, el profesor. El contó eso en casa de las Agurcia y hasta dijo que el hombre se llamaba Simbad. ¡Ah, las cosas que dijo de ese Simbad . . .! Don Geño es muy sabido.

—Oíme, *Fierabrás* —refuta Poyoyo—, no me vengás con cuentos. Es verdá, purita verdá: yo oí en el velorio del chele Motuco, el que murió de goma en La Chivera, al mismo don Geño contando cuentos. Sí, me acuerdo que era ese mismo de Simbad y dijo también que eran cuentos de *Las mil y una Noches*.

—Yo no sé si eran de las mil noches o los mil días o qué carajos —dice amoscado *Fierabrás*—, pero él contó y yo lo oí. Y, puesto que él lo dijo, es porque las ballenas son grandes.

—¿Sabés qué es de grande como tu ballena? —pregunta Poyoyo, para contestar a continuación: — ¡La guayaba que nos querés zampar!

Folofo y Lalo sólo escuchan a los mayores. Después comentarán allá, solos. Siempre gustan oír las conversaciones de los grandes porque aprenden muchas cosas nuevas. A lo mejor, *Fierabrás* tiene razón. ¿Por qué no ha de haber ballenas así? Y Folofó, ahora, recordando, comprende por qué a Ña Toñita, una vendedora del mercado San Isidro, la llaman los muchachos *La Ballena*, pues casi no puede entrar por las puertas de gorda que es.

—En mi pueblo —cuenta *Cara-de-hacha*, que es originario de Olanchito— todos los años, para la Semana Santa, van a pescar en grupo. Se juntan y cortan pate.

—¿Qué es eso, vos?

—Pate es pate. ¿Quién no lo conoce? Es un bejuco del monte.

La gente lo machuca y lo tira al río. Pero antes, ponen abajo talanqueras de varas en la corriente.

—¿Y para qué, vos?

—Para agarrar el pescado. ¡Son tendaladas! Se mueren todos o se atontan, desde los más grandes hasta las sardinitas.

—Este *Cara-de-hacha* —dice Poyoyo, riendo— le quiere ganar a *Fierabrás*. ¿Y los pescan todos de una sola vez con tu mentado pate, vos?

—Nada más. Fijate qué tal será la pesca que las autoridades prohibieron pescar con pate.

—Pues son brutas las autoridades de tu pueblo —señala *Fierabrás*— ¿Qué mejor que poder pescar así, tan fácil? .

— ¡Pues mirá que sos más bruto vos! ¿Que no ves que se mueren hasta las sardinitas y, ya para la próxima Semana Santa, no hay pescado ni para remedio? .

Se oyen gritos. El terreno es quebrado y la vegetación raquítica, porque han talado el monte para hacer leña. En un potrero se ven vacas pastando bajo alguna pequeña sombra. El río cruza allí con rápida corriente, pero, más arriba, hay un sitio donde es más ancho y con árboles en las riberas. Un perro ladra en la casa de una hacienda cercana. Van por la orilla del río, donde ahora aparecen sauces llorones, con sus ramajes rozando la corriente. A pesar del sol, hay un vientecillo muy agradable.

Las aguas de la orilla, dejan ver la arena y las piedras por donde corren. Beben agua con vasos hechos de "hojas de piedra". Cada uno lleva su caja de lustrar. Folofó va haciendo colección de lajitas y llenando sus bolsillos. Ha sacado su chilinchate y va disparando a cualquier cosa.

—Vos no tenés pulso, Folofó —le dice *Cara-de-hacha*— prestame tu honda y verás cómo me bajo aquel clarinero que está allá.

—Pulso, tengo. ¡Que te cuente mi compa Lalo! Lo que pasa es que no me gusta matar pájaros. ¿Qué mal hacen los pájaros para matarlos? ¡Es un crimen!

Cara-de-hacha se ríe de Folofó, pero éste no le presta la honda para matar el clarinero. Folofó se acuerda de la

golondrina y del hombre que tiene los ojos iguales a los de su padre.

— ¡Mi-mi-mi-miren! —grita Lalo, señalando el agua—
¡Qué-qué-qué-qué pescadón?

Corren a ver; más, el pez ha desaparecido. Es un buen indicio. Se detienen porque Poyoyo dice que allí es la poza que descubrió su tío. Se desnudan todos, precipitadamente. *Fierabrás* parece un tizón, pero es membrudo y fuerte, de espaldas anchas, cabeza grande y rostro oscuro algo feo. A eso se debe el origen de su apodo. *Cara-de-hacha* es un esqueleto al que se le pueden contar las costillas desde largo. Poyoyo es también delgado, pero con más carnes. Lalo y Folofó están prietos, más del sucio que del pigmento de su piel. Hacen bromas sobre el sexo y dicen palabras vulgares.

— ¡Sacá las cosas, Poyoyo! ¡Vamos a probar!

Poyoyo saca una candela de dinamita de su caja de lustrar, un fulminante y mecha. Todos le rodean, quieren ver y tocar la candela. Folofó y Lalo no la conocían y hacen preguntas. El experto en dinamita, según sus propias alabanzas, es Poyoyo y fue él quien invitó a los demás para venir a pescar de esta manera. Todos han puesto contribución para obtener la dinamita, aunque Poyoyo se ha negado en absoluto a revelar quién y dónde se la vendieron. La candela está allí y van a dispararla para pescar. Es algo que nunca han hecho, pero Poyoyo afirma que él sabe porque ha ido muchas veces con su tío a pescar con dinamita. ¿Cómo será el tiro en el agua? Folofó y Lalo están que no caben en su pellejo por ver esa maravilla. El agua moja y el fuego se apaga con agua. ¿Será posible que la mecha se mantenga encendida? Por nada del mundo hubieran perdido esta oportunidad.

— ¡Vaya, Poyoyo, tirá ligero la candela, hombre!

— ¿Me-me-me pongo abajo pa-pa-pa para agarrar el pe-pe-pe pescado?

— Déjenme hacer. No es tan fácil. Hay que arreglarla como se debe. Hay que ponerle el fulminante a la mecha, así... ¿lo ven?

Todos ven. Incluso *Fierabrás* y *Cara-de-hacha* están admirados de los conocimientos de Poyoyo, quien se hace el importante en esta ocasión. Prepara la candela y la ata a una

piedra como de una libra de peso. Después enciende un cigarrillo, tranquilamente.

—¿Dónde la vas a tirar?

—Allá —señala un poco más arriba—. Tirándola allá, todo el pescado de aquí recibirá el quemón y quedará panza arriba, blanqueando. Nadie se meta al agua hasta que reviente la bruta. No es el primero que se muere por tirarse al agua antes de tiempo. Lo que quiere cabeza y güevos es lo que voy a hacer: tirarla. No es el primero que perece o se queda sin manos, porque le reviente antes de tirarla. Una vez un pescador...

—¡Andá, hombre! —apura *Fierabrás*, impaciente— ¡Después contás!

—Estas cosas se hacen despacio porque uno se va jugando la vida.

Un momento después, Poyoyo está listo a encender la mecha. Los demás, detrás de él, observan teniendo en un hilo la respiración. ¡Qué cosa más emocionante pescar con dinamita!

—¡No se queden allí como pendejos! ¡Escóndanse por allá, no sea que reviente en el aire y nos destripe!

De mala gana se retiran un poco y adoptan posiciones absurdas. Folofó pone dos piedras al frente como trinchera y se tira a la arena, detrás de ellas; no le cubren nada, pero se siente protegido. Lalo es el que se aleja más, por ser el más timorato.

—Bueno —dice Poyoyo, sintiéndose en ese momento más importante que el presidente de la República, con la dinamita en la diestra y en la siniestra el cigarrillo— ¡A la mano de Dios y del Diablo! —luego irectifica: — ¡Vení vos, *Fierabrás*, serví de algo: da la voz de fuego, contando hasta tres!

—¡Eso está macanudo! ¡Listo, pues, artillero! —*Fierabrás* levanta el brazo prieto y lo va bajando al contar: — ¡A la una! ¡A las dos! ¡Y a las ...tres!

Poyoyo enciende la mecha. De ella sale un tenue humillo. Lanza al río la dinamita y retrocede, rápido, tirándose a tierra junto a *Fierabrás*. Silencio. Sólo se oye, como un reloj, el picotear de un pájaro carpintero en un árbol cercano. Ya piensan que no explotará. Folofó afirma la cualidad invencible del agua contra el fuego.

— ¡No fregués, eso ya se apagó, hombre!

Pero, en ese momento, como si todas las piedras, agua y arena del río fueran lanzadas por una mano gigante hacia todas direcciones, se remueven con un estruendo inimaginable.

¡ ¡BUMMMMMM! ! !

Quedan perplejos ante semejante explosión, la que debe haberse oído quién sabe a cuántas leguas de distancia. Al menos a Folofo así le pareció. Poyoyo grita triunfalmente:

— ¡Ai agua! ¡A recoger pescados antes de que se los lleve la corriente! ¡Ai agua, campeones!

No obstante, los muchachos no obedecen a Poyoyo. Están pálidos y *Cara-de-hacha* sangra. Al ponerse de pie se ven cubiertos de fango y arena. Folofo y Lalo, asustados, vienen hacia el río con timidez, mirando con desconfianza las aguas revueltas. Han silbado piedras por todas partes, como proyectiles.

— ¡Putá, Poyoyo, qué pencazo!

— ¡Ay, ay, ay, me han matado! ¡Estoy muerto, muertecito, compas!

Cara-de-hacha gime y su rostro enlodado es una mueca que hace reír a Poyoyo, más, al verle sangrando, se pone serio y va hacia él, asustado. ¿Lo habrá matado la dinamita? *Cara-de-hacha* no se levanta. Ve a sus amigos con ojos de espanto y lloriquea. Todos le rodean.

— ¡Estoy muerto, compas! ¡Me dio en el pecho la bala!

— ¡Enseña! ¿Cómo es posible, si la dinamita no tiene balas?

— ¡No trabés,! —dice Fierabrás, tocándole el hombro— ¡Si es un raspón de piedra!

Poyoyo le limpia el hombro con solicitud fraternal. Apenas es un rasguño. Le regaña:

— Este *Cara-de-hacha* es un marica. —Y lo remeda:— “ ¡Estoy muerto! ¡Muertecito! ” ¡Cojonudo! ¡Se ha cagado del susto! ¡Ai agua!

Fierabrás le sigue, y *Cara-de-hacha*, viendo que sólo es un rasguño, se pone de pie, avergonzado, y va a la orilla. Folofo y Lalo se han metido al agua y comprueban que es bastante seco el lugar donde estalló la dinamita, tan seco que pudo realmente

causar una tragedia. Pero ellos lo ignoran. Blanquean en la corriente algunos pescados muy pequeños. Los atrapan zambulléndose y gritando:

— ¡Aquí tengo uno!

— ¡Yo he agarrado dos, tres!

— ¡Recogelos, finado *Cara-de-hacha*!

— ¡*El Finado* —dice Folofo— tiene miedo de entrar en el río!

— ¡Juntá el pescado y olvidate de *El Finado*!

Los muchachos, con un entusiasmo extraordinario, buscan y rebuscan en la corriente abajo. Lalo, que tenía miedo al principio, saca un pescado grande y sale corriendo: es una rana despanzurrada. Al fin, hasta *Cara-de-hacha* participa, aunque es el objeto de todas las burlas. Más tarde, cansados de revolverse en el agua, saltan a tierra, victoriosos. Hacen el recuento. Sólo han caído sardinas de dos pulgadas, renacuajos, congos rayados y unos cuantos cangrejos. Bastantes sí. Hay para una buena porción de sardinas a cada uno. Todos ríen ahora y comentan la fantástica explosión y la actitud de *Cara-de-hacha*, quien piensa, con razón, que ya no se quitará el nuevo apodo de *El Finado*.

— ¿Por qué no asamos pescados aquí? —sugiere *Fierabrás*.

— ¡Buena idea! —aprueba Poyoyo, el artillero—. Yo sé cómo se hace, con mi tío hemos asado en el monte. Cortemos unas varas que sirvan de asadores y hagamos fuego. ¿Qué dice *El Finado*?

Pero *Cara-de-hacha* no pone atención. Está viendo fijamente, hacia el camino del río que va a la ciudad. Avanzan tres hombres. ¡Tres policías uniformados! Los reconoce a lo lejos y da la voz de alarma.

— ¡Compas, viene La Jura! ¿Será prohibido pescar con dinamita aquí, como con pate allá, en mi pueblo?

— ¿Policías? —pregunta Poyoyo y, al ver a los uniformados, corre a vestirse apresuradamente—. ¡Si nos agarran nos meten en chirona! ¡La dinamita es prohibida!

Este hecho inesperado causa locura. Se visten en un dos por tres. Es fácil ponerse un calzón y una camisa y tomar su caja de lustrar. Las sardinas ensartadas por la boca y las agallas en una vara no se perderán. Se oyen las voces de los policías refiriéndose a la explosión, al menos a Folofo así le parece.

Huyen. No por el camino, porque serían vistos, sino por el monte, agachándose entre los arbustos. Abre la marcha *Fierabrás*.

— ¡No te quedés, Folofó, ni vos Lalo!

Folofó y Lalo corren detrás de los mayores, con los ojos muy abiertos, cargando las cajas de lustrar. Folofó, en la huida, no tiene tiempo de recoger sus sardinas, todavía sin ensartar. ¡Qué desgracia! Mas, es preferible perderlas antes que caer en manos de la policía. Hablan muy bajo y avanzan ocultos en los montes. Ya no oyen las voces porque han puesto buena distancia. Salen a otro potrero. Cruzan por un zacatal. Saltan un cercado de alambre espigado y siguen adelante, dando un gran rodeo para regresar a la ciudad.

— ¡Dejé mis pescados! ¡Dejé mis pescaditos!

— ¡Por tonto —le dice *Cara-de-hacha*—, te miaste al ver los uniformes de los cuilios!

— ¡Vean quién me habla de güevos! —se burla Folofó disgustado— ¡Meado quedaste vos, llorando como marical! “ ¡Estoy muerto! ¡Muertecito! ” ¡Y tamaño cojonudo! ¡No, *Finado*, los llorones no pueden hablar!

Cara-de-hacha sigue callado, detrás de todos. Por fin, salen a la carretera. Están a salvo. Sólo Folofó va incómodo por haber dejado su botín. ¿Y si regresara? Eso no es posible. ¡Qué se pierdan! Se da valor y conformidad a sí mismo. Con gesto fingido y despectivo, dice:

— ¡Bah, si sólo eran congos! ¡Fue más el trueno que el rayo!

— Pero bien que te hubiera caído una sopita de pescaditos.

— ¿Qué creés, vos? ¡Si a mí, ni me gusta la sopa de pescado: la vomito porque me da calambres en el estómago!

Folofó miente, ya que, en el fondo, deplora haber perdido su porción y más cuando observa que hasta Lalo lleva los suyos colgados de una vara. Ya, al ir a separarse de su socio, éste le ofrece una parte de ellos. Folofó tiene deseos de aceptar, pero, como para castigarse a sí mismo, rechaza la propuesta.

— De verdad, no me gusta el pescado me da calambres. Muchas gracias.

— Bu-bu-bu-bueno, como vos que-que-que-rás . . .

Folofo se fue enojado, maldiciendo su mala suerte y a los policías.

¡Qué mala suerte la de Catica al tomar aquel autobús! Allí iba ese hombre de la cara redonda y los ojos malévolos: don Angelo, el cobrador de impuestos. La muchacha siente deseos de bajarse y esperar el próximo vehículo, pero su madre está muy enferma y necesita regresar pronto; además, van muchos pasajeros.

—¿Qué tal te va Catica? Regresas temprano.

—Sí, don Angelo, voy temprano a la casa.

Hay sólo un lugar donde sentarse, es al lado de don Angelo. Catica prefiere ir más al fondo y quedarse de pie, entre dos señores desconocidos. Don Angelo la observa y sonríe; ha comprendido el desaire de la tortillera, pero nada importa, él sabe cómo son esas mujercitas; él es experto en la conquista de niñas como Catica, no precisamente en la conquista, sino en la seducción. Don Angelo, con su medio siglo de vida es un hombre soltero que vive solo en un cuarto donde han ocurrido hechos por los cuales la justicia le hubiera otorgado otra residencia más apropiada en una celda de la penitenciaría central. Mas, don Angelo, a pesar de sus públicas inclinaciones por los menores de ambos sexos, es respetado y tiene un puesto de responsabilidad. El que se atreva a decir algo contra su conducta, lo procesa por calumnia; para eso está su partido político en el poder.

—Ya no cabemos aquí, chofer.

— ¡Acomódense, acomódense; sí caben!

Catica está entre aquellos dos hombres desconocidos; al frente, una mujer robusta protesta porque el autobús no parte y ya está completamente lleno. Por fin, emprende la marcha, tosiendo con su asma de metal. Cativa va como un emparedado. Por los lados, por detrás y por delante, cuerpos humanos que transpiran, la van estrujando. Don Angelo la ve y piensa que debió estar de pie, junto a ella. El bus asciende por la calle; a veces, suena el claxon. Va despacio por las curvas de la vía. Se oyen voces adentro y en las calles.

—No hay tal —dice alguien, con aspereza— ¡Son papadas! Para mí son igualitos los “colorados” y los “azules”. Eso que te ha pasado no es nuevo. Siguen los mismos métodos de engaño, de explotación, de montarse en los humildes, de enriquecerse a costa de . . .

— ¡Que se calle ese majadero! ¡Aquí no queremos agitadores!

— ¡Bah, pues, —protesta una tercera voz— ya ni siquiera se puede decir en alta voz lo que se piensa! ¿Dónde está entonces la mentada democracia? ¡Cómo están acostumbrados muchos a ver a la gente con freno! ¡Y cómo quisieran arrancarle la lengua a las personas honradas!

Va a comenzar la disputa política, pero un asno cargado de carbón se atraviesa en la vía y el chofer frena con brusquedad. Los que van de pie pierden el equilibrio y casi se caen; otros se golpean en los asientos del frente. Hay voces de protesta contra el conductor. La cuestión política se olvida. Casi todos los pasajeros la emprenden, disgustados, contra el chofer.

—Ya está, pues. Si yo hubiera matado ese burro, a esta hora ustedes mismos estuvieran insultándome en defensa de su pariente. ¡Uno nunca queda bien con nadie aquí! ¡Si no cumple su deber, malo; y si lo cumple, malo también!

Y cosa rara, nadie protestó porque el chofer les dijera parientes de los poliinos, ni siquiera el pundonoroso don Angelo.

Al bajar del autobús Cativa siente en su nuca una respiración fuerte y molesta, como si fuera la respiración de una bestia. Es don Angelo. Nada le ha dicho ni hecho en ese instante, mas la muchacha siente aflorar su aversión hacia ese hombre. Algo se ha venido rebelando en ella, desde su interior, de manera

defensiva. Corriendo, se dirige a su casa para evitar la conversación con don Angelo. La calle a esa hora está casi solitaria y el hombre hace esfuerzos por darle alcance, sin lograrlo. Cuando ella dobla la esquina de la trucha de don Chombo, respira tranquila.

—“Ese hombre —piensa— me cae tan mal; es odioso”.

El automóvil de don Plutarco Romo baja por el caliejón, sin hacer ruido; está a punto de arrollar a Catíca, que se defiende asustada. En el asiento delantero van Gladys y su padre. Siente el impulso de saludarles, mas, ante la ensoberbecida mirada de su vieja amiga de escuela, baja la cabeza y continúa hacia el zaguán, humillada por la actitud altanera de Gladys. Por asociación de ideas, vienen a su mente las palabras y los aguacatazos de Domitila, la vendedora.

—¡Catíca, Catíca: ya íbamos a mandar a llamarte!

El timbre de voz de Rosaura Pinos ha hecho saltar violentamente su corazón. La esposa de Roque, su más próxima vecina, viene de su vivienda y allá, en la cocina, está Mónica. ¿Qué pasa en su hogar? ¿Se habrá agravado su madre? No puede pronunciar palabras y siente en su garganta una sequedad extraña.

—¡Mi mamita! —exclama, al fin, temblorosamente.

—Se ha puesto mala tu madre; está grave —le informa Rosaura—. Yo le traía una sopa de fideos, sin imaginarme que estaba tan grave.

Catíca corre hacia la choza. Su madre está callada, escuálida, muy estirada en la cama, con los ojos vidriosos y un semblante que anuncia la proximidad de la muerte.

—¡Mamita, mi mamita!

La palpa, le acaricia la cabeza, las mejillas flácidas, el pecho marchito, las manos... Tiembla todo el cuerpo de Catíca y su corazón adolescente salta, como queriéndose evadir para posarse en los labios de la madre y encender en ella todo el calor de la vida y del amor que la muchacha no sabe ni puede expresar con palabras.

—¡Mamita, mi mamita del alma...!

—No llores, mi hijita —murmura Natalia, sordamente, con extraña quietud en sus miembros—. No es nada... ya pasará... mi dolor ya no es dolor, hijita...

Las dos mujeres, Mónica y Rosaura, que contemplan esa dolorosa escena, se conmueven y ocultan sus miradas de consternación. También ellas son madres. Retiran a Catica con suavidad. Obedece la muchacha, sin poder contener su llanto de niña.

—No llores, Catica. Tu madre está muy grave, pero no es caso de muerte. El dolor, la enfermedad . . .

—Ahora, Catica, lo más conveniente es llevarla al hospital.

Natalia llama. Rosaura va al instante. Esta es una mujer baja, de ojos cariñosos, tendrá unos cincuenta años; usa calzado y lleva aretes grandes y redondos que semejan oro; su rostro es ancho; el pelo gris, enrollado en un moño grande; cuando habla muestra unos dientes que parecen postizos, pero su dentadura es natural.

— ¡Folofo . . . tráiganme a Folofo . . . !

—Está bien, Natalia; mandaremos a buscarlo. ¿Cómo te sentís con el remedio que te pusimos? .

—Igual, niña Rosaura, igual . . . Venga . . . acérquese por favor —la enferma habla como en secreto, para que no se entere su hija—. ¡No hay modo, es inútil: me moriré . . . siento la muerte, Dios mío, la estoy sintiendo llegar . . . !

— ¡Cálmate, Natalia, amiga mía! Te llevaremos al hospital.

—Es inútil . . . Venga niña Rosaura . . . óigame, por favor: Dios no ha escuchado mis súplicas . . .

—No digás eso ¡Dios es grande! —expresa, por decir algo, Rosaura.

—Lo sé y su voluntad es omnipotente. Voy a morir . . . yo sólo le recomiendo echar una manita a mis chigüines . . . no tienen a nadie en el mundo . . . y están muy pequeños para enfrentarse a la vida . . .

— ¡A nadie le falta Dios, Natalia Cueto! —Rosaura en vano hace esfuerzos de serenidad; su voz es tan quebrada como la de la enferma. —No pienses en la muerte. ¡La Virgen de Suyapa pondrá su mano!

Las dos vecinas están nerviosas. Ven que la enferma se encuentra muy grave. ¿Qué hacer? Mónica se ofrece a ir donde Plutarco, que tiene teléfono, para llamar al Hospital General, a la Cruz Roja o a donde sea necesario, para que vengan a llevarse a Natalia.

— ¡Andá, andá, pues; pero corriendito! —y, dirigiéndose a

Catica—: ¿A dónde se podrá encontrar a Folofó a esta hora? .

—Quizá en el Parque Central. Será difícil hallarlo.

—¿A quién mandamos en su busca? Mi nieto Felito anda haciendo un mandado, tal vez no se tarde mucho; está pequeño, pero yo creo que no se ha de perder en el centro.

—Se limpiaba las manos en su delantal con no oculta nerviosidad— ¿Quién iba a esperar esto hoy?

Regresa Mónica satisfecha de haber logrado el contacto necesario para que la Cruz Roja mande una ambulancia a recoger a la enferma y llevarla al Hospital General San Felipe, único al que pueden ir las personas pobres.

—Catica, debemos preparar a tu madre para llevarla al hospital. ¿Tenés ropa limpia?

—No, niña Mónica; toda está sucia. A eso venía, apresurada, a lavar todo ese bojote de ropa.

Rosaura, con paso ligero, va a su casa y regresa con una sábana limpia. Con Mónica envuelven en ella el cuerpo de Natalia. Es un cuerpo decrepito, minado por el cáncer en el estómago. Catica lo ve y llora. Las condiciones en que se encuentra su madre le restan facultades para actuar conscientemente. Ella sólo ve la inmediata muerte de su progenitora, del único apoyo y oriente de su vida. ¿Qué sería de ella sola, con Folofó? ¿A dónde llevarán a su madre después? No hay amparo, no hay razonamiento; es una pena sin nombre en esta hora dolorosa. Catica, en ese momento, no encuentra otra protección y se pone de rodillas frente a la mesita donde tienen a los santos, tal como le enseñara su madre y con lágrimas y gemidos pide a la Virgen de Suyapa por la salud de Natalia. Nadie la interrumpe, nadie tiene valor para dirigirle una palabra de consuelo, hasta que la ambulancia llega haciendo vibrar su sirena, escandalosa y lúgubremente.

Dos enfermeros sacan a Natalia en angarillas; visten de blanco y hablan bajo, sin emoción. Catica les observa y siente simpatía por ellos. Mónica y Rosaura van también en la ambulancia. Natalia, callada, abre los ojos de cuando en cuando y ve el rostro asustado de su hija que va derramando lágrimas. Natalia hace impulsos supremos para no llorar; todo es inútil. Ruedan sus lágrimas por las mejillas pálidas y Catica se las limpia con los dedos.

—No llore mamita; la Virgen de Suyapa nos hará el milagro.

La madre no habla y cierra los ojos. Rosaura observa y mastica nerviosa, sin tener nada en la boca. Siente pena por su vecina. Ella la conoció muchos años antes, cuando aún existía Salvador Cueto. Entonces Natalia ocupaba la casa donde alquilaban ahora los Pinos. Siempre habían vivido en gran amistad y Rosaura deseaba tener posibilidades económicas para ayudarla en sus infortunios, pero su vida se diferenciaba muy poco de la de los Cueto.

Viendo a su amiga en tal situación, Rosaura se resistía a admitir que ese cuerpo flácido fuese el mismo de aquella Natalia incansable y resistente, que tomando un machete, iba al Picacho en busca de ocote y leña para su cocina y su luz; que fuera la misma que después de moler toda la madrugada el nixtamal, echar las tortillas e ir a venderlas al mercado, regresaba de nuevo al trabajo duro, a lavar y aplanchar ropas y, después, de nuevo a tortillar para hacer su segundo viaje al mercado y un tercero todavía, al atardecer. ¡Qué mujer más recia había sido Natalia Cueto! Y, ahora, sobre la camilla, como un esqueleto o como un mazo de varas. ¡Qué cosas tan increíbles tenía la vida, la realidad!

—Débil, muy débil —es lo que dice Mónica después de tomarle el pulso a Natalia, pero al ver a Catica, agrega —:En cuanto llegue al hospital le pondrán buenas inyecciones y la recuperarán.

Son frases, frases mentirosas que duele decirlas. Mónica sabe que miente, mas hay momentos en que una mentira de esas sirve para aminorar el dolor de las personas. Ella comprende el estado de la enferma, y también el estado de la muchacha, por lo que trata de reconfortarla, de elevarle su moral, de imprimirle valor para enfrentar la situación.

—Catica . . . —murmura Natalia, y cierra los ojos.

Rosaura y Mónica se vuelven a ver temerosas de que sea el final, pero, en ese momento, la enferma vuelve a abrirlos y susurra:

—Catica . . . no te separes de tu hermanito . . .

De regreso del Hospital San Felipe, en compañía de Rosaura y Mónica, Catica ha entrado en un mutismo que no puede romper la vendedora de yuca con chicharrón, a pesar de ser tan conversadora. El hospital le ha causado una nueva impresión de horror, de pánico, de una gran desgracia. Solamente dos veces ha estado en ese centro: cuando fue con su madre a recibir el cadáver de su padre, caído en el accidente de trabajo al construir una casa. Entonces estaba muy pequeña, pero recordaba precisamente por la fuerte impresión de miedo que le había causado. Catica tiene ya, no el presentimiento, sino la seguridad fatal de que, también esta vez, en el mismo centro hospitalario moriría su progenitora.

Era ya cerca del mediodía cuando regresaron del hospital a Casamata, donde Catica no hallaba qué hacer en esos instantes. Las dos señoras la acompañaron hasta la barraca. A esa hora la muchacha debería estar en la plaza vendiendo las tortillas del almuerzo. Folofó no había llegado, por lo que Rosaura, habiendo vuelto ya Felito, lo envió al Parque Central a buscarlo para evitar que Catica tuviera que ir personalmente.

—Bueno, Catica —dijo Mónica con acento maternal—, yo me voy. Te aconsejo que tengas valor. Acordate que vos sos la jefa de esta casa y que tenés que comportarte como toda una mujer. Ya estás grande para saber pensar. No son los años los que dan formalidad: es el bien discernir y obrar. Prepará tus

tortillas para la tarde. Mañana, por la mañana, debés ir al hospital y tratá de que Folofó no ande muy lejos; lo pueden necesitar y es mejor que te haga compañía. Cualquier cosita en la que yo pueda ayudarte, hablame que en algo te he de servir; soy muy pobre, pero, aunque sea para darte un consejo sano, he de tener fuerzas.

—Así le digo yo también —expresó Rosaura—. Los pobres sabemos el peso de todas las penas y comprendemos y tratamos de ayudar en la medida de nuestras posibilidades. No lo olvidés, Catica, y tranquilízate. Los médicos también hacen a veces sus milagros... otras veces, no. ¡Qué le vamos a corregir al destino! Pero hay que tener valor; todos somos hijos de la muerte.

Catica quedó sola. Buscó la vela para encenderla a los santos, mas no encontró ninguna. Fue a la esquina y en la trucha de don Chombo compró dos candelas de a cinco centavos. También obtuvo su maíz.

—¿Así es que a tu mamá la llevaron al Hospital General? —preguntó el truchero, aunque lo sabía muy bien por haber visto cuando la introducían a la ambulancia.

—Sí, don Chombo. Se puso malita y hubo que llevarla. Está muy grave mi mamá.

—¡Sea por el amor de Dios, muchacha! ¡Esta vida sólo es de dolores y más dolores! —Y, luego, cambiando de tema, le recordó—: A propósito Catica, ustedes tienen una deudita aquí en mi trucha...

—Es verdá, don Chombo; le estamos debiendo las mejorales, el ruibarbo, el mentol y otras medicinitas. Yo se las voy a pagar luego. ¿Cuánto es, don Chombo?

—¡Como siete lempiras, hija! Pero está bien, está bien, yo sé que sos honrada; te lo recordaba nada más. ¿Cómo voy a desconfiar de los Cueto? Yo conocí a tu padre como a mis manos: limpio, siempre correcto, un hombre de carácter, aunque pobre. —Y, haciendo muchos ademanes, como le era habitual mientras miraba por sobre las gafas, afirmó—: Yo digo: “de tal árbol, tales ramas”. Ese tu hermano, Folofó, que muchos dicen que es un picarito...

—¡Ay, don Chombo, ya lo decía yo: ¿qué travesuras le hará Folofó a don Chombo? ¡Perdónelo usted, está muy chigüín todavía y...!

—Muchacha ¿a qué vienen tus cosas? ¿Es que no me entendés? Yo digo, y lo afirmo, que Folofó será como su padre: un hombre de carácter. ¡Desde que nace se conoce el pino por su tallo recto! Para mí es el cipote más decente de la vecindad. ¡No tengo una queja!

—Perdone, don Chombo, es que con esta gravedad de mi mamá yo estoy tan atontada. No le entendí al principio.

—No te apurés, Catica. Yo comprendo a la gente, aunque muchos me llaman loco y se mofan de mí. —Y, volviendo a su asunto—: No creas que te esté cobrando, muchacha. Ya sanará tu madre y entonces arreglaremos la cuentecita.

—No, don Chombo, mi mamá está muy grave, hay perdone la tardanza; le prometo que yo le pagaré después, por partes, tal vez mañana le pueda traer un abono.

—No te preocupés, te digo. Otros deben millares de lempiras y viven muy tranquilos.

Catica regresó a la barraca. Prendió una vela y, en voz alta, oró las mismas oraciones que su madre le enseñara. Después puso el maíz a sancochar en la olla de barro. Reunió la ropa sucia y la llevó al patio, junto a la canilla para hacer el lavado. Sacó agua en un calabazo y, arrodillada, se puso a restregar un vestido sobre una piedra que servía de lavadero, después de untarle “jabón de la tierra”.

El tiempo transcurría y Folofó no retornaba. Tampoco volvía Felito. A lo mejor, el nieto de Rosaura se había extraviado en el centro. En esta ocasión era posible esperar cualquier otra desgracia.

Por fin, ya a media tarde, llegó Folofó, con Felito. Venía agitado, sudoroso, quemado de sol y con la caja colgando del hombro.

—¿Se murió mi mamá? ¿Es verdad que se murió, Catica?

Tenía los ojos exaltados, prontos a explotar en llanto. La noticia dada por el niño no había sido clara y explícita. Le había dicho que lo necesitaban “porque su mamá estaba muerta o casi muerta”.

—¿Qué ha pasado, Catica? ¿Se murió mamá? —y corrió, precipitadamente, hacia la puerta abierta del cuarto.

—Mamita no ha muerto, Folofó; pero está muy grave en el Hospital San Felipe. Tuvimos que llevarla en una ambulancia.

Folofó dio un suspiro muy hondo, como para desahogar su

intranquilidad, y, sin embargo, no pudo reprimir el llanto. Silencioso, fue al cuarto; al ver la cama vacía y la vela encendida ante los santos, le pareció que nunca ese cuarto había estado así, tan solo, tan triste, tan desolado. Sin comprender la magnitud de la desgracia, se rascaba la cabeza, mientras Felito lo observaba con una gran seriedad.

—Voy a ir al hospital —dijo a Catita—. ¡Pobrecita mamá, con ese dolorazo de barriga!

—No te dejarán entrar hoy. Mañana en la mañana iremos con la niña Mónica.

—¿Y si se muere...?

—La Virgencita la salvará; yo estoy segura. Nunca me ha fallado y le ofrecí una promesa: ir en romería al Santuario con mamá y con vos cuando ella se alivie.

—¡Ojalá! Le llevaremos candelas y reventaremos cohetillos ese día ¿verdad? Desde hoy iré juntando bufalitos para mercar una de esas candelas grandotas y un montón de cohetillos, porque la Virgencita, si le dan cosas, si le pagan limosnas, puede hacer milagros ¿verdad?

—Puede. ¡Y yo le pido con toda mi alma!

Folofo sacó de sus bolsillos varias monedas y se las entregó a Catita. En voz baja, como en secreto, le dijo:

—Ahora que no está mamá te entregaré a vos el pisto que gane para que lo gastés como mamá.

Ella lo vio con ternura. Amaba a su hermano y aquellas palabras la hicieron comprender que Folofó también la amaba y confiaba en ella, como hermana mayor; comprendía que, como dijera Mónica, ahora era la cabeza de la familia; la jefa de la casa. Quiso decir algo sobre ello y solamente se atrevió a preguntar:

—¿Cuánto hiciste hoy?

—Casi un lempira, y en un ratito. ¿Te acordás que te dije que era un día de buena suerte? —Mas, luego, calló, recordando que su madre estaba grave en el hospital, y rectificó. —Bueno, yo digo, suerte para encontrar clientes y hacer lustres—. Quedó pensativo, como dudando; después dijo: —Hoy anduve pescando con los muchachos; por eso he venido tarde, Catita.

—¿Y los pescados? ¿No trajiste ninguno?

—Ninguno, eran sólo congos.

—Los congos también se comen, Folofó.

¡Cuánto lamentaba haber perdido sus sardinas! Tuvo el propósito de contarle el suceso de la pesca con dinamita, pero pensó que era mejor callarlo por ahora y relatárselo con prolijos detalles en otra oportunidad. Folofó se sentó en el suelo, bajo la sombra de uno de los naranjos, viendo lavar a su hermana. Catíca le fue informando lo ocurrido con su madre. Rosaura llamó a Felito para que le fuera a comprar algo a la trucha.

—¿No tenés hambre, Folofó? —preguntó la muchacha.

—No tengo.

—¡Qué raro! Primera vez que la barriga no te pide nada. Estás enfermo o es que ya comiste.

—No he comido ni estoy enfermo: es que no tengo ganas— Y, viendo que en la cocina sólo había fuego en una hornilla con el nixtamal, le propuso: —¿Te enciendo la otra hornilla y te caliento frijoles colorados? .

—No para mí. Yo tampoco tengo hambre.

Folofó fue de nuevo al cuarto; rondó alrededor de la cama como husmeando el lugar donde estuviera su madre; entró al otro cuartucho buscando algo que ni él mismo sabía; volvió a salir rascándose la cabeza despeinada, lo cual era signo de que alguna preocupación lo afectaba.

—Yo quiero ir al hospital, Catíca; quiero ver a mamá.

—No dejan entrar, Folofó; esperate hasta mañana.

El chico estaba intranquilo. No encontraba qué hacer en la casa. Entraba y salía de los cuartos, daba vueltas en la cocina, regañaba a los gatos por dormilones y haraganes, le molestaba el cacareo de las gallinas. Todo le era impertinente. No sabía lo que le pasaba; era algo extraordinario que nunca le había sucedido y sólo se concretaba a decir en voz baja:

—Mi mamá, mi mamita . . .

Más tarde insistió con Catíca:

—¡Yo quiero ir al hospital! ¡Quiero ir ahora mismo!

—No te dejarán entrar —y Catíca, bajo su aparente serenidad ante su hermano, estaba queriendo prorrumpir en alto llanto. Folofó descubrió en sus ojos una lágrima.

—¿Por qué estás llorando? ¡Vos me estás engañando! ¡Mi mamá quizá ya se murió y no me querés decir! ¡Yo voy al hospital en este momento! ¡No quiero que me engañés!

Catica le juró que estaba viva su madre; mas el muchacho ya no hizo caso y después de lograr que su hermana le dijera en qué sala estaba, tomando su caja de lustrar, salió a la calle para ir al Hospital General que, desde Casamata, se miraba hacia el oriente. Iba repitiendo:

—Yo veré a mi mamá... yo la veré porque, a lo mejor, Catica me ha querido engañar.

Una parte del trayecto de Casamata hasta el Hospital General la hizo Folofo en autobús y otra, a pie. Llegó sudando; el sol estaba fuerte, pero el chico, acostumbrado a él, no lo sentía y, además, iba obsesionado por ver a su madre, por convencerse de que su hermana no lo había engañado. Contrario a su costumbre, ahora no silbaba ni jugaba al fútbol con los pequeños objetos tirados en las aceras. Iba entristecido.

Ya en el Hospital General, un edificio de varias alas, el portero lo detuvo. No se podía pasar; pero Folofo tenía muchos recursos para el logro de su objetivo, por algo era un "cipote de la calle". El conocía a muchas gentes, y entre ellas, al director del hospital, a quien había lustrado sus zapatos más de una vez.

—Si yo no vengo porque sí —dijo Folofo con seriedad—. He venido porque el director me llamó para darle un lustre. Yo lo lustro todos los días en su casa, pero hoy me pidió que viniera aquí. Me paga por semana.

El portero lo quedó viendo con minuciosidad, como buscando en el rostro del lustrabotas la denuncia de una mentira. Luego, dijo:

—Bueno, cipote, pasá y regresá pronto, no sea que te querrás levantar algo del hospital.

—¡Vaya, como si fuera fácil levantarse un enfermo o un muerto, que es lo único que hay aquí de sobra!

La respuesta hizo gracia al portero, alejándole la desconfianza, y ya no se preocupó más por el muchacho. Folofó entró. No conocía el hospital y no podía orientarse, mas, al ver a una enfermera que lo observaba con curiosidad, sin vacilar la abordó preguntándole respetuoso:

—Señorita enfermera, ¿me puede decir en qué lugar se encuentra Natalia Cueto? .

La enfermera lo examinó un instante, cortada en su intención de interrogarle sobre su presencia allí, a esa hora, cuando no era día de visita. A su vez, preguntó:

—¿Cuándo la internaron? ¿No lo sabes . . ?

Hoy, señorita; esta mañana la trajo mi hermana, Catica, la niña Mónica y la niña Rosaura en una ambulancia. Yo soy su hijo . . .

Folofó dijo eso en forma atropellada, con emoción, mirando directamente a los ojos azules de la enfermera.

—Mi hermana dijo que la habían dejado en el pabellón no sé cuál, pero es la Sala Tres, de esto estoy seguro.

—Ven conmigo —dijo la enfermera, condescendiente, ya sé cuál es.

—Y, haciendo recuerdos mentales, se decía “Natalia . . . Natalia Cueto . . . cáncer en el estómago . . . situación gravísima . . . caso perdido. Tratamiento: morfina para que muera tranquila . . . Prepararla para operación experimental”.

—¡Señorita enfermera . . . !

—¿Qué deseas?

—Dígame: ¿se morirá mi mamá?

—Está muy grave, pero la ciencia hace milagros.

—¿Quién? ¿Cuál es esa santa que yo no la había oído mentar?

—La ciencia, muchacho, no es ninguna santa—. La pregunta ingenua de Folofó le captó cierta simpatía a la enfermera, pues había sido expresada de manera espontánea, sin malicia. —La ciencia es el saber humano; y aquí la ciencia se llama Medicina. ¿Cómo es tu nombre?

—Folofó, señorita; para servirla.

—¿Vas a la escuela?

—No; trabajo, señorita: lustro. —Y, como dando explicación por su ignorancia, agregó: —Es que como usted dijo que la ciencia hace milagros yo pensé que se refería a alguna santa . . .

como Santa Marta y Santa María, que también hacen milagros. Con Catica hemos hecho una promesa por mamá a la Virgen de Suyapa. Dicen que hace milagros.

La enfermera callaba y no hizo ninguna observación al muchacho. Se detuvo frente a una puerta de vidrio y siguió adelante por una sala. Adentro olía a alcohol. Enfermeros de uno y otro sexo, con botas blancas, iban y venían entre las hileras de tupidas camas, donde estaban acostadas muchas mujeres, todas de semblantes pálidos.

Con los ojos muy abiertos, Folfo miraba a uno y otro lado, siguiendo a la enfermera. El olor del alcohol y el cloroforno le molestaba. Observaba con algo de miedo a las personas que se hacinaban en la sala. En algunas camas se acostaban hasta dos enfermas e incluso en el piso se veían otras. Por aquí conversaban unas, por allá salían sollozos, quejas, plegarias. Una monja estaba en el extremo opuesto, junto a un altar, y el muchacho tuvo el pensamiento de que eso podía ser para rezarle a su madre muerta. Algunas enfermeras lo miraban con desconfianza, pues resultaba quizás extraño que un muchacho con su apariencia, sucio, empolvado y sin peinar, anduviera por ahí y con la caja de lustrar en las manos. Pero la presencia de la enfermera que lo guiaba le ponía a salvo de cualquier contratiempo. Casi le pisaba los talones.

Por fin, detrás de un cancel, la enfermera se detuvo, mostrándole la última cama que había y en la que su madre estaba con otra mujer. La enfermera le dijo en voz baja:

—Sólo un ratito, Folfo: cinco minutos.

—Está bien, señorita.

Quietas estaban las dos mujeres y Natalia, boca arriba, no vio a la enfermera ni a su hijo, sino hasta cuando éste le habló:

—Mamá...

—¡M'hijo Folfo! —exclamó con vehemencia, pero muy suavemente; quiso incorporarse sin lograrlo — ¡M'hijito del alma! ¿Dónde estabas que tardaste tanto? .

—Lustrando en el parque y... tuve que ir largo, a Comayagüela. Supe que estaba más enferma porque me mandaron a llamar con Felito, pero cuando llegué a la casa ya se la habían traído.

—No debés quedarte al mediodía en la calle...

La palabra de Natalia era baja, muy baja, como un susurro,

pero con un acento de amor y ternura que Folofó notó enseguida. Nunca antes le había hablado de esa manera. Puso la caja de lustrar en el piso, mientras la enfermera salía silenciosamente.

—¿Y qué tiene, mamá? ¿Es el dolor de la barriga?

—Eso mismo, hijito, ese terrible dolor, pero que ahora ya no lo siento. Me pusieron una medicina que me lo quitó de viaje —con lentitud estiró un brazo escuálido y Folofó le estrechó la mano con sumo cariño—. Tu madre está muy enferma . . . muy enferma, Folofó. Por eso, yo quería verte . . . ¡Gracias a Dios porque has venido...!

Folofó se apoyaba en la cama y le pasaba la diestra por el pelo, mientras Natalia se mordía los labios para no prorrumpir en sollozos, pues la presencia del hijo le destrozaba el corazón. Ella no ignoraba, no podía ignorar su empeoramiento fatal.

—Yo quiero decirte, hijito . . ., que quizá tenga que estar mucho tiempo aquí . . . por eso es bueno que tú . . . y Catuca . . . se entiendan . . . como buenos hermanos . . . sin pleitos tontos . . . Catuca es la que manda ahora en . . . la casa . . . Tú tienes que ayudarla . . . ¡en todo . . . en todo!

—Sí, mamita; pero usted no se va a morir ¿verdad, mamita?

Natalia quedó callada, viendo el cielo raso de la sala. Nadie mejor que ella para saber su enfermedad y saber que ya no se levantaría más. Eso no se lo podía, ni quería, decir a su pequeño.

—No, hijo, los cristianos morimos cuando Dios quiere . . .

—¿Y Dios querrá que se muera usted, dejándonos solitos?

La ingenua pregunta de Folofó hizo cerrar los ojos a la enferma. ¡Qué palabras más torturantes para su alma aplastada por la pena!

—Dios es grande, hijo . . . nunca hace mal a nadie . . .

—La señorita enfermera me dijo ahora que usted podía salvarse porque la ciencia hace milagros, y yo de tonto creí que la ciencia era una santa del cielo. De seguro la enfermera se ha reído por dentro de mí ¿verdad, mamá? .

—Las enfermeras son buenas y ayudan a los enfermos . . . La ciencia . . . la ciencia . . . pues sí . . . debe hacer milagros también . . . ya lo creo . . .

Convencido de que su madre estaba viva, que no se quejaba por el dolor y que no moriría porque Dios no hace mal a

nadie, volvió a su despreocupación habitual y comenzó a enterarse de lo que le rodeaba. Había muchas enfermas con cara de cera y la mujer que compartía la cama con su madre parecía morir, apenas le podía ver una parte del rostro. En una mesita estaban varios pomos con líquidos de color.

—¿Qué es eso que está en esa botellita, mamá?

—Medicina, Folofó . . . es lo que me va a curar . . .

¿Cómo comunicar a su pequeño la verdad de su situación?

Era necesario mentir y hacerle mantener la esperanza de verla sana en casa. Viendo a su hijo tan pobremente vestido, tan desgredado y sucio, sintió más tristeza. ¿Qué sería de sus dos hijos queridos cuando ella muriera en este hospital? ¿Qué camino irían a tomar sin tener siquiera un pariente cercano? Mentalmente, suplicaba: ¡Dios mío, trastórname, quítame el don de pensar porque su dolor es más terrible que el cáncer!

—Oye, cipote, ya debes salir de la sala. No hay que molestar a la enferma que necesita mucha tranquilidad. ¿Entendido?

—La enfermera le guiñó un ojo, amigablemente.

—Es mi mamá, señorita —dijo por toda respuesta.

—¡Muy bien! . Eres un buen hijo, muy cariñoso, y has venido a verla, aun sin ser día de visita. Eso quiere decir que la quieres mucho; pero debes irte ahora mismo. Si continúas aquí, harás mal a tu mamá.

—Está bien, señorita, si eso hace sanar a mi mamá, yo me largo como el viento. Quiero que mi mamita no se muera como se murió mi papá.

—Ella puede curar, Folofó; los doctores hacen todo lo posible. Hay que tener siempre esperanza.

El pasó su mano por la frente de Natalia con suma suavidad. Ella quería sonreír, mas solamente dibujaba una mueca, como de niño.

—Me voy, mamita, pero volveré mañana.

—Bien, hijo, ándate . . . no te quedes hasta muy tarde en la calle . . . acompaña a Catita . . .

— ¡Adiós, mamita mía! ¡Hasta mañana!

— ¡Adiós . . . hijito . . . anda . . . con . . . !

Trémula era la palabra de Natalia y no pudo concluir porque su garganta se hizo un nudo; mientras sus ojos comenzaron a derramar torrencial llanto. Folofó tomó su caja de lustrar, echó una mirada más a la enferma y salió siguiendo a la

enfermera. Callados, abandonaron la sala. El muchacho iba contento porque había constatado que su madre vivía e iba a sanar pronto. Preguntó a la enfermera:

—Señorita ¿se le puede traer alguna fruta a mamá?

—Si tú quieres; naranjas, por ejemplo.

—Señorita ¿y me dejará verla mañana?

—Mañana será día de visita y nadie te detendrá. En otros días, si puedes entrar y estoy yo de turno, no habrá inconveniente. Eso, si el estado de tu madre lo permite.

Meditó un momento el cipote. Si lograba que el portero lo dejara pasar los días que no eran de visita, la enfermera no se opondría y le permitiría ver a su madre. A continuación dijo con seriedad:

—¿Sabe una cosa, señorita?

—Hablá, muchacho ¿qué querés ahora?

—No quiero nada. Es que me estoy acordando que mi mamá me dice siempre que la mayoría de la gente es buena, que los malos son pocos.

—Puede que tu madre tenga razón.

—Sí, yo lo sé —Y, observándola como persona adulta, declaró: —Usted, señorita, es de la gente buena, de la mejor gente.

— ¡Eres un pilluelo, Folofó! ¡Que te vaya bien!

— ¡Gracias, señorita! —Luego, después de dos pasos, Folofó regresó a preguntarle: —Dígame, señorita, para encontrarla a usted ¿por quién pregunto?

—Por Estela. Todos me conocen: Estela Flores.

— ¡Muchas gracias, no lo olvidaré! ¡Hasta mañana, señorita!

La enfermera, con una sonrisa, lo vio alejarse. Después pensó en la inexorable enfermedad de Natalia y sintió pena. Dio media vuelta murmurando:

— ¡Ay, cuánta desgracia en nuestra vida!

Folofó buscó la salida del hospital. Un grupo de estudiantes de medicina entraba en ese momento y reconoció a varios. Unos camilleros trasladaban a un enfermo de una ambulancia. En la puerta de la sala de consulta externa había una larga cola de personas en espera de turno, a pesar de ser ya tarde. A Folofó no le agradó aquel ambiente.

Al pasar por la portería, dijo al guardián:

—Muchas gracias, jefe; me hizo ganar mi buen pisto: recibí propina —y le guiñó un ojo con mucha confianza.

—Eso está bien, cipote. Ojalá que siempre lo ganés así, trabajando decentemente.

— ¡Eso ni hablar, jefe! ¡Salú; hasta otro rato!

Se alejó del Hospital San Felipe muy contento. Era ya algo tarde, aunque su permanencia apenas duraría unos veinte minutos. Como carecía de dinero, tuvo que regresar a pie. Caminaba con rapidez e iba silbando porque su preocupación había desaparecido. Vio un camión detenido y, al arrancar éste de nuevo, Folofo se prendió de su parte posterior, sin que el chofer lo advirtiera. Así fue hasta un puentecillo donde conducía la Avenida de la Paz. Allí se tiró, con pericia, del vehículo en marcha. No fue más allá porque sabía que una cuadra adelante estaba un cantón de la policía. ¡Buena la iba a pasar si lo descubrían viajando de esa manera!

Se dirigió al Parque Central en busca de sus amigos para contarles el suceso de la hospitalización de su madre y comentar los acontecimientos de la pesca con dinamita.

—A lo mejor ya se han ido mis cuates —dijo a media voz.

Y aún tuvo que llegar más tarde al parque, porque, a pesar de toda la desgracia que implicaba la gravedad de su madre, el día había sido de buena suerte respecto al trabajo, pues, hasta en el trayecto del hospital al parque, inesperadamente, hizo dos lustres. Con los treinta centavos agitándose en su bolsillo sucio, se decía con regocijo infantil:

— ¡Con esto podré comprar naranjas para mamá!

Folofo llegó al Parque Central pletórico de júbilo, como podía apreciarse en la inquietud de sus gestos, en su semblante iluminado por una sonrisa limpia, en sus palabras altas y juguetonas, dirigidas a sus compañeros; en su afán de dar puntapiés a las cáscaras y pedrines que encontraba en el pavimento. Esa alegría era provocada por el hecho de que su madre estaba viva y porque había obtenido treinta centavos con los que compraría naranjas y se las llevaría al hospital. Había comenzado con buena suerte y era de esperar que antes de llegar la noche duplicaría la cantidad. El sol ya estaba para ocultarse tras El Berrinche. Muchas personas estaban descansando y, entre ellas, como siempre, andaban sus colegas ofreciendo lustre.

—¿Dónde estabas, Folofo?

—¡Por ahí, andando!

—¿Pa-pa-pa-para qué te que-que-querían? —preguntó Lalo al verle—. Mi-Mi-Mi Miguelito contó que te-te-te buscaban.

—Era para que llevara a mi mamá al Hospital San Felipe.

—¿Y la-la-la llevaste? .

—Cuando llegué ya la habían trasladado en una ambulancia, pero fui al hospital. Ahora vengo de allá. Mamá está muy grave. Mañana le llevaré naranjas y luego estará buena para regresar a casa.

— ¡Po-po-po pobrecita tu mama! —lamentó Lalo, mientras Folofó lo miraba con agrado; él sabía que su amigo sentiría pesar; por eso lo quería como a un hermano. Si en ese momento Lalo le hubiera pedido su honda, se la hubiera regalado complacido.

— ¿Hiciste tu sopa de pescado, Lalito? .

— Ni-ni-ni la probé. Mi-mi-mi-mi mama Colacha me sa-sa-sa-sacudió el po-po-po-polvo. ¡Mi-mi-mi- mírame el lomo! —Levantándose la camisa, Lalo le mostró a su amigo las huellas cárdenas que en la espalda le dejara el castigo materno—. Mi-mi-mi- mama dice que co-co-co-con la dinamita no-no-no se juega.

— ¡Ayayay, compita, si te dejó crucificado! ¡Pega tan fuerte como un hombre tu mama Colacha! ¡Ayayay, tenés que ponerte *sebo*! ¡Estás reventadito! ¡Qué pencazos, Lalo!

— ¡To-to-to-todo por la co-co-co-condenada dinami-mi-mi-mita:

En rueda, al pie de la estatua de Morazán, estaban los mayores discutiendo o quizá comentando sobre la pesca con dinamita realizada durante la mañana. Se encontraban Poyoyo, *Garañón*, *Fierabrás*, Pachán y *Cara-de-hacha*. Era lo que podía decirse, el Estado Mayor de la pandilla de lustrabotas del Parque Central. Prácticamente ellos jefeban a las decenas de chicos dedicados a esa labor en dicha zona, pues en otras de las ciudades gemelas, había diferentes conglomerados de este tipo, con sus correspondientes líderes; pero no existían rivalidades que les llevaran a la violencia; más bien había entre todos cierto sentimiento primario de solidaridad.

— ¡Ya llegó Folofó! ¡Allá está con Lalo, *El Tártaro*!

— ¡Hola, Folofó, vení acá! —le gritó *Fierabrás*.

El muchacho llegó a la rueda con gallardía y confianza; cuando estaba con ellos se sentía mayor, un igual en todo.

— ¿Qué se tienen ahora? ¿Otra pesca con dinamita?

— ¡Callate la trompa! —le ordenó Poyoyo con seriedad, y, en voz baja, le explicó—: No seas papo ¿no ves que si te oye un cuñío, nos va a llevar a todos a la chirona? Esas pescas se hacen de contrabando porque es prohibido tener dinamita.

—Yo no sabía. —Y, hablando en voz alta les dijo a los otros: ¿Qué hubo cuates?

—Un reto —dijo *Fierabrás*— queremos darle el desquite a Poyoyo y a Pachán...

—¿Desquite de la sopapeada que le dí a Pachán? ¡Bah, hoy no quiero pelear con nadie, ni siquiera con ése!

Rieron algunos del gesto despreciativo de Folofó para Pachán, quien no escuchó o se hizo el disimulado; pero contestó:

—El desquite es en el chivo. Hoy podemos seguir la jugada del otro día.

—¡Yo nunca me rajo! —afirmó Folofó, engréido. Luego se arrepintió de sus palabras; tenía treinta centavos en su bolsillo, pero destinados a comprar naranjas y llevarlas a su madre. No. Esos no los podía gastar en el juego de dados. Muchas veces había jugado y sabía que nadie estaba seguro de ganar o perder.

—¡Bravo, Folofó: así se habla! —aplaudió Poyoyo— ¡Así me gustan los hombres! ¡Y para que veás que me gusta tu modo, tomá un cigarillo, es puro *Camel*, norteamericano.

Poyoyo puso entre los labios de Folofó la colilla del cigarrillo que fumaba. Folofó quiso fumar, pero se lo devolvió a Poyoyo porque le causó un fuerte acceso de tos. Nunca había podido aprender a fumar, por más que lo intentara impulsado por los demás lustrabotas. Esa incapacidad le molestaba porque todos los mayores fumaban, incluso el *Catreco* Pachán.

—Es que estos cigarrillos —comentó Poyoyo, con ironía— no se dejan fumar de ningún trompudo.

—Vamos a la jugadita —reiteró la invitación *Garañón*.

Ir a jugar dados era una prueba de hombría y esta vez con mayor razón porque se trataba de darles la revancha a Pachán y a Poyoyo, a quienes habían ganado en la última vez que se enfrentaran con los chivos en la semana anterior. Pero ¿y las frutas de su madre? Dudaba en ratificar su apresurada afirmación; sentía cierta duda interior que le retenía.

—Vamos, pues —dijo *Cara-de-hacha*, tomando su caja de lustrar—, el tiempo perdido hasta los santos lo lloran. Se va hacer de noche.

—Sí, hombre —secundó *Garañón*, muchacho bien parecido,

de voz ya enronquecida, que usaba bigotillo recortado, pues se preocupaba mucho de su presencia, sobre todo de sus cabellos brillantes para afianzar la fama que tenía de ser afortunado con las muchachas en casas de dudosa reputación—. ¡A mí me pican las manos por "echar senas" y arrastrar la plata!

—No te hagás, *Garañón* —criticó Pachán, estirando las palabras—, a lo mejor esta vez sólo "echás culos".

—Déjense de palabras y vamos al grano ¿verdá, Foloyo?

Poyoyo le pasó el brazo por el cuello a Foloyo, presionándole amigablemente para marchar hacia el sitio donde practicaban el juego prohibido de los dados.

—Pues, hombre —dijo Foloyo, despaciosamente—, quizá no voy a ir.—Y, como dando explicación por su comportamiento, agregó—: Es que necesito ganar por lo menos un lempira porque mi mamá...

—¡Pero, qué burro se está volviendo Foloyo! —expresó *Garañón* dirigiéndose a los otros—. Necesita dinero y no quiere ir a traerlo donde es más fácil y seguro encontrarlo.

—Es que prefiere andar de arriba-abajo chaineando durante toda una semana y no ir diez minutos donde se puede obtener la plata, no digamos de una semana ¡de un mes!

—Así es —se burló Poyoyo—, yo digo que Foloyo cada día se está volviendo más papo y más miedoso que una hembra. Anda como cangrejo.

—¡Chol! —refutó el aludido con su amor propio lacerado — ¡Ni soy papo ni tengo miedo de jugar con ustedes! ¿Verdá, compa Lalo? ¿Verdá, *Fierabrás*?

—¡E-e-e-es... —comenzó Lalo a contestar, mientras *Fierabrás* aprobaba con optimismo:

—¡Cierto! ¡Cierto! ¡Yo sé que nunca te rajás!

—... ve-ve-ve-verdá! —concluyó Lalo, que por querer decir las palabras con mayor rapidez se enredaba más.

—Probalo, pues. ¡Vamos a echar unas paraditas para ver si es cierto que como roncás, dormís!

Esta vez Foloyo ya no pudo reflexionar. Su hombría no le permitía vacilar ante todos sus compañeros. Rehusar ahora significaba el desmedro de su personalidad, de su prestigio.

—¡Vamos, pues! ¿Y por quién me toman? ¡Yo soy Foloyo Cueto y no me parezco a nadie, carajo!

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva Foloyo! ¡Viva el gañán del

Parque Central!

Con gritos saludaban la determinación de Fololo y, hasta su rival, Pachán, exclamó algo alegremente. Lalo quiso acompañarles, pero los mayores se lo prohibieron. Si jugaba, le permitirían ir, de lo contrario, como mirón, no lo admitían.

—Aquí esperame, Lalo —recomendó Fololo—, ya volveré. Sólo voy a demostrarles a éstos que yo no soy marica.

Dejaron el parque regocijados. Sólo *Garañón* andaba calzado y más o menos limpio de sus ropas. Fueron hasta el Palacio Legislativo, edificio cuyas paredes de vidrio no llegaban a tierra y se sostenía sobre fuertes columnas. Se metieron al ascensor de una de las alas. Los muchachos habían descubierto que nadie lo utilizaba, ya fuera por estar descompuesto o porque las gentes prefirieran la amplia escalera. Un sitio ideal para jugar a los dados y naipes o a la pirinola.

Los lustrabotas practicaban los juegos de azar siguiendo el ejemplo de los hombres. Los más pequeños jugaban "a la rayita", apostando estampas, de las distribuidas por las casas comerciales como propaganda para llenar álbumes. Regularmente, por este camino, comenzaban a iniciarse en los juegos de azar; luego apostaban centavos y, después, la senda del juego estaba expedita. Legalmente los juegos de azar eran prohibidos; sin embargo, había muchos garitos públicos regentados por algún político de turno. Los garitos aristocráticos eran un pingüe negocio. En los billares y cantinas se jugaba todo. Nada de extraño tenía que los chicos siguieran el camino de los mayores.

Comenzaron jugando con apuestas de centavos. Los dos pequeños chivos trotaban a su entero antojo por aquel piso encerado del ascensor y los ojos ávidos de los lustrabotas seguían como lebreles aquel mágico movimiento.

— ¡Senas! ¡Qué presada! ¡Tiro a la más gorda!

— ¡Tirá, pues! ¡Paro cinco centavos!

— ¡Presada de culos!

— ¡E! que arrastra con senas lo da con culos! ¡Es la ley!

— ¡Tírame a mí! ¡No, no! ¡Barajo todo tiro por bajo!

— ¡Pero si yo no te hago trampa, es mi modo de tirar!

— ¡Qué modo: para meterle a uno la negra!

El juego fue rápido. De los centavos pasaron a las paradas de cinco centavos y luego a las de diez y hasta de veinte. Se

acalararon frenéticos, igual que tahúres experimentados. Repetían sus mismas palabras, sus mismos métodos y hasta sus mismas trampas. Cuando perdían eran seguras las blasfemias, los escupitajos, los reniegos y el mesar de cabellos, protestando ante la mala suerte. El primero que quedó sin un centavo fue Folofó, después de haber tenido un comienzo afortunado. Luego, fueron marginados *Garañón* y *Fierabrás*. Esta vez ganaban Poyoyo, *Cara-de-hacha* y *Pachán*, como si de antemano hubieran preparado el plan de la jugada. *Fierabrás*, que era más experto, entró en sospechas y quiso protestar, pero extemporáneamente.

—Yo creo que nos han echado “la negra”. ¿Enseñáme esos chivos, *Cara-de-hacha*?

—Míralos —dijo el aludido, tirando los dados al piso—. ¡Es cuestión de suerte! Cuando vos ganás yo no digo que me has hecho trampa.

—Los chivos están buenos —afirmó Poyoyo, con sonrisa maliciosa— Lo que pasa es que, el que entra ganando, sale perdiendo. Es la ley del chivo.

El desplume había sido muy rápido y los tres perdidosos no hallaban la manera de poder culpar de marrulleros a los afortunados. Folofó sentía las orejas muy calientes. Estaba encolerizado y rechinaba los dientes, como siempre que se disgustaba; pero, más que para sus amigos, tenía rencor para sí mismo. ¿Por qué diablos había aceptado jugar cuando sólo tenía treinta centavos para comprar naranjas a su madre enferma? ¿Por qué no se quedó en el parque con Lalo, buscando clientes para aumentar su ganancia con trabajo y llevar más frutas a su vieja? Ahora sentía tal remordimiento que casi le brotaban las lágrimas.

—No hay que enojarse, Folofó —aconsejó Poyoyo—, cuando yo he perdido nunca me he puesto a chillar.

—Esto es cosa de hombres —expresó, zumbón, *Cara-de-hacha*, haciendo sonar con jactancia las monedas obtenidas.

—Yo no digo nada —se disculpó Folofó, tomando su caja y retirándose con andar pausado; pero si *Pachán* hubiera hecho alguna alusión seguramente hubiera reñido de nuevo, tal su concentrada cólera.

¿Qué diría su madre si supiera lo que había hecho?

¿Cuántos coscorrónes le pegaría Catita, al enterarse de su fea acción? Folofó comprendía que no estaba bien hecho lo que hizo. Y ahora se preguntaba cómo obtener dinero para comprar las naranjas. ¿Cuánto costaba una naranja? Estaban caras; las más baratas valían cinco centavos. ¡Y él que había pensado llevarle de las mejores, de las de Valle de Angeles, tan famosas! Pensaba que era un majadero. ¿Por qué no abandonó el juego cuando estaba ganando, aunque se hubieran enojado los otros? ¡Y ya tenía noventa centavos!

—Lalo ¿tenés un tostón que me prestés para mañana o pasado?

Fue lo primero que dijo a su amigo, al encontrarlo comiéndose un helado en el parque. Pero Lalo estaba de mala suerte también; no tenía más que diez centavos y los gastó en comprar ese barquillo.

—¿Te-te-te te pelaron chi-chi-chiviando?

—¡No preguntés porque vengo echando chispas! ¡Tenía treinta centavos y eran para comprarle naranjas a mi mamá! ¡Pedazo de bruto que soy! ¡Y llegué a tener noventa centavos! ¿Te das cuenta?

Juntos anduvieron ofreciendo sus servicios a los hombres que llegaban al parque. En el reloj de la Catedral iban a ser ya las seis de la tarde. El malhumor de Folofó no amenguaba. ¿Quién podría prestarle dinero? Quién sabe por qué recordó los ojos bondadosos de aquel señor de la golondrina, ojos que se parecían tanto a los de su padre. Pudiéramos ser que la desgracia de esos días se originara en la muerte de aquella golondrina del parque La Merced. "Sólo los niños malos matan a los pájaros", había dicho el hombre, lo cual directamente expresaba que él, Folofó Cueto, era malo... Murmuró:

—¡Achís, por una golondrina...!

—¿Qué-qué-qué qué decís...?

Folofó no contestó porque había hablado involuntariamente.

—Poyoyo: —suplicó al amigo al encontrarlo en una de las vueltas— ¿me querés prestar un tostón?

—¿Para qué querés? ¿Estás pelado de verdá?

—Sólo tenía treinta y los perdí. Necesito por lo menos un tostón porque mañana debo llevarle naranjas a mi mamá al hospital.

—Bueno, yo te lo puedo prestar, pero si me dejás tu caja empeñada por unos días.

—¿No me tenés confianza?

—Yo no desconfío de cuates como vos, Folofó; pero tratándose de plata, vos sabés que es cosa aparte. ¡Plata es plata! ¡Negocio es negocio! Dejame la caja y te presto el tostón.

Folofodudó. Sabía lo que significaba la caja de lustrar, su instrumento de trabajo. Y tampoco ignoraba que el empeño de ella era perder sus latas de betún y sus botes de tinta, cuando no hasta sus cepillos y lienzos. Hacer eso resultaba muy caro, pero necesitaba el dinero a cualquier precio. Con displicencia, aceptó:

—Vaya, pues; tomala.

Le empujó la caja que ya tenía la pintura deslucida. Poyoyo la abrió y fue destapando las latas de betún negro, amarillo y café. Las tintas, los cepillos y lienzos de franela fueron sacados para hacer el inventario de la propiedad. Luego los volvió a guardar en la caja. Le dio vueltas a ésta, comprobó si el soporte para poner los pies estaba firme. Sólo después, tasó concreto:

—Cuatro días, Folofó.

—Vaya, pues, dame el pisto.

Con la moneda de cincuenta centavos en el bolsillo, Folofó se dirigió al mercado Los Dolores, donde encontró aún a su hermana, sentada, vendiendo las tortillas. Se colocó a su lado entristecido. Haber empeñado su caja de lustrar era una tragedia más.

—¿Te dejaron entrar al Hospital General? —preguntó ella.

—Sí. Estuve con mamá en la sala. Una enfermera dijo que se puede salvar si la ciencia hace un milagro. Mañana le llevaré naranjas —y Folofó sacó la moneda reluciente, mostrándola a su hermana.

—Andá a comprárselas a Domitila; tiene de las buenas.

Obedeció, mientras las palabras de las vendedoras se oían como un canto monótono o una lánguida plegaria.

—¡Tortillas! ¡Cómpreme a mí! ¡Están calientitas!

Domitila le vendió las naranjas y, cuando Folofó le dijo que eran para su madre, le agregó dos más para que se las llevara en su nombre. La noticia de la gravedad y hospitalización de Natalia ya circuía por el mercado de boca en boca, entre las

vendedoras que la conocían. Mónica, al llegar, contó los sucesos de la mañana y cuando Catica vino a vender sus tortillas la acosaron a preguntas. Todas decían que en el Hospital General iba a sanar, al menos esos eran sus deseos y su anhelo de tranquilizar a Catica; pero allá, apartadas de ella, en voz baja, hablaban con entera franqueza.

—Es un caso perdido. El cáncer es incurable.

Y, como si ya hubiera muerto, decían las palabras sacramentales:

— ¡Pobre Natalia Cueto, tan buena que era . . .!

Esa noche en la barraca de los Cueto la soledad imprimió a los dos niños verdadero pavor. Nunca se habían quedado solos. Temprano estuvo con ellos Rosaura y su marido, aconsejándoles y alentándoles. No debían temer porque allí cerca estaban ellos; era casi la misma casa.

Catica realizó el trabajo de preparar el nixtamal como todos los días, y esa noche, Folofó, muy consecuentemente, atendía el hachón alimentado de ocotes que daba luz rojiza a la cocina y al patio; obedecía todo y conversaba con su hermana más cariñoso que otros días. Para él, Catica esa noche era como su madre, la persona mayor en quien podía encontrar respaldo y defensa. Durante el día, Folofó era valiente y, hasta cierto punto, fanfarrón; pero ya por la noche, cuando había oscuridad, la valentía aminoraba, sobre todo porque se acordaba de los relatos populares de aparecidos, diablos, fantasmas y cuantos espíritus malignos poblaban las sombras, según el decir de los muchachos del barrio y también de algunos mayores.

Había escuchado a Mónica, a Ña Panchita, a Rosaura, personas formales, contando historias de esa clase, y también, allá entre sus camaradas lustrabotas, se contaban espeluznantes sucesos de misma índole. Ciertamente era que su madre le decía constantemente que no debía tener miedo a los fantasmas y que se acordara de Dios y los santos porque ellos protegían a

los niños buenos. Pero Folofó prefería estar junto a las demás gentes y no aventurarse solo en las noches oscuras más allá de la hora en que las casas estaban abiertas y se encontraban conocidos en la calle.

Había un lugar en el barrio, como a seis cuerdas de su casa, por el cual ninguno de los chicos de Casamata se aventuraba a pasar de noche, sin ir acompañado de persona adulta. Era frente a la casa de don Sebastián, el padre de *Cometierra*, el chico que tenía pistolas de juguete que parecían de verdad. Sucedió que, una vez en Semana Santa, tiempo de horno por el verano, un hombre llamado Crescencio, en ciega borrachera, había caído allí a pleno sol. Cuando lo fue a levantar la policía, estaba muerto y morado como una morcilla. Se había ahogado por el calor y por la cantidad del aguardiente ingerido. Fue sensacional el caso y la chiquillada fue a verlo porque lo dejaron allí hasta que vino el juez de lo criminal para reconocerlo. Algunos conjeturaban que si la policía lo hubiera levantado se habría salvado porque aún vivía; pero nadie comprobó la especie y el borracho fue enterrado por sus familiares.

Una semana más tarde ni los chicos se acordaban del suceso, pero cierta noche una vecina, llamada Magdalena, que dijo regresar sola muy tarde de un baile en el centro, como era su costumbre, pues era muy aficionada a las parrandas y sus derivados, llegó corriendo y gritando hasta su casa, presa de terror. Se levantaron sus familiares y los vecinos más próximos ante el extraordinario escándalo. La mujer sólo alcanzaba a gritar, histéricamente:

— ¡Aparecido! ¡Me salió un muerto! ¡Yo lo ví! ¡Huy, huy, huyhuyhuy!

Le dieron a beber aguardiente y así se fue calmando y pudo contar el suceso. Venía muy tranquila cuando, al pasar frente a la casa de don Sebastián, tropezó con el cuerpo de un hombre. Creyó que era algún borracho, pero luego sintió un intenso olor a candela; una mano fría, como de hielo, le pasó por la nuca y todo el espinazo y vio, con espanto, que el cuerpo se incorporaba, vestido con un largo camisón blanco, como las almas en pena. No caminaba sobre la tierra, sino como volando. Y una voz, como de ultratumba, le había dicho, suplicante:

*Soy yo, Crescencio, pobre alma en pena;
debo una promesa a nuestro Señor Eterno.
¡Te pido que me la cumplas, Magdalena,
porque si no, me quemarán en el infierno!*

Magdalena, la trasnochadora, juraba y rejuraba por todos los santos del cielo que era cierto ese espanto y que, al subir éste por los aires, se había convertido en humo y despedido un fuerte olor a chamusquina, como de carne asada, por lo que era de suponer que no anduviera muy lejos del infierno. Los más valientes fueron a inspeccionar el lugar, armados de pistolas, otros de cuchillos; éste llevaba un palo, aquélla un escapulario. Pero no encontraron nada, aunque una vieja afirmó que aún se sentía "el juerte tufo de la esperma del finado".

Los comentarios duraron mucho y la leyenda de que, frente a la residencia de don Sebastián, salía el alma en pena del finado Crescencio, se fue confirmando, no una vez más, sino por una veintena de veces, porque el muerto se aparecía a cualquiera en las noches, pero especialmente los sábados y a las gentes que regresaban tarde y que habían pescado alguna borrachera. Crescencio jamás apareció a un abstemio sino, siempre a gente ebria; pero decían en el barrio que eso se debía a que Crescencio falleció bajo una soberana crápula y que ahora muerto, pedía favores a sus colegas. Nadie pagada la promesa, porque, como decían los que lo oyeron, Crescencio no especificaba concretamente cuál era la manda incumplida al Creador.

Los mayores relataban todo esto y los muchachos lo repetían en sus reuniones nocturnas. Por eso, ni siquiera Fololo, que tenía fama de valiente, pasaba solo, durante la noche, por la casa de don Sebastián. Las historietas de la fantasía popular se grababan fuertemente en los pequeños y eso provocaba, como en el caso de los Cueto, hoy que se han quedado solos, un instintivo temor a lo sobrenatural.

Para Catia el miedo era eclipsado por la preocupación. Era tímida, pero siendo mayor y más comprensiva que su hermano, observaba su situación con forzado realismo, con más conciencia de su desgracia. Lo que le preocupaba era pensar que si su madre fallecía, ellos no tenían a nadie a quien

recurrir. Su madre era de muy lejos, de allá por La Esperanza, y su padre, decía Natalia, que había sido originario de Amapala. Nunca habían conocido parientes.

Después de realizar todas las labores en la cocina, llevaron la luz de ocote a la sala. Allí encendieron el candil, pues no dormirían a oscuras y la hoguera sólo se podía mantener si estaban constantemente atendiéndola. Aseguraron la puerta con pasador y tranca y se acostaron juntos, sin desvestirse. Al principio conversaron en voz baja y Folofó aprovechó para contarle con entusiasmo la pesca con dinamita. Esperaba que Catuca lo regañase por eso, ya que a Lalo le habían dado una buena tunda, pero la muchacha no se disgustó y apenas comentó fríamente lo que él consideraba una verdadera hazaña.

Terminaron las palabras y Folofó se durmió. Catuca permaneció despierta, nerviosa, oteando la cama de su madre, como si esperara verla acostada, igual que durante las noches anteriores. Había dejado adentro los dos gatos para que cazaran ratones, pero sea que éstos eran más listos o bien aquéllos más haraganes, lo cierto es que, oyéndose ruidos en los rincones y en las vigas, ningún ratón cayó durante toda la noche en las garras de sus enemigos tradicionales. Ya muy tarde, tuvo que levantarse para ponerle el último kerosene de que disponían al humoso candil.

Al hacer la operación, pensó en la deuda que tenían con don Chombo, la cual había que pagar cuanto antes porque el recuerdo que le hiciera de ella el truchero equivalía a una cobranza. Se puso a hacer cuentas de los gastos del día siguiente, de las posibilidades de venta de las tortillas. Y, según sus cálculos, no le quedaría para abonarle algo a don Chombo. Hubo un momento en que quiso despertar a su hermano. Había oído ruidos misteriosos en la cocina, como si anduvieran gentes y, aunque la puerta estaba bien cerrada, sintió temor. Este llegó al clímax cuando, inesperadamente, allí cerquita, como si estuviera posada en una viga de la casa, lanzó su lúgubre graznido una maléfica lechuza. Eso fue como el principio de algo espantoso que sucedía afuera, pues en el silencio de la noche se oyó un prolongado aullido de perros, como dicen que saben aullar cuando ven las sombras a los espíritus en pena o al propio satanás. No había terminado de

espantar la noche aquel perro fatídico, cuando, en el patio de la casa, sin haber razón, las gallinas comenzaron a cacarear.

— ¡Jesús, María y José! ¡Santísimo Sacramento!

Sentada en el catre, Catita temblaba, próxima al espanto. Pero, luego, en la cocina se oyó la riña de los perros y eso le dio cierto ánimo. Se acostó de nuevo, observando con envidia el tranquilo sueño de su hermano.

— ¡Dios mío, que pase luego esta noche!

Al no poder conciliar el sueño, aguzaba su imaginación sobre innumerables cosas distantes para apartarse del miedo. Pensaba en las gentes conocidas del mercado; en la bondad de sus vecinas, Rosaura y Mónica; en la gallardía que tanto le gustaba de Lucero Pinos; en las borracheras que se ponía los sábados don Roque; en Gladys Romo, su ex compañera de escuela; en el automóvil de ésta y su novio; en Domitila, tan hermosa, tirando aguacatazos al *Colocho* por celos respecto a otra mujer; en los enfermeros que llevaron a su madre al hospital. De repente, vino el recuerdo de la sonrisa demoníaca de don Angelo, con sus gruesas manos siempre sonándole dinero, y vio sus ojos de culebra. No. No debía recordar a ese hombre porque le causaba tanto miedo como los fantasmas.

Y volvía a lo fundamental, la raíz de sus ansias y pesares; la enfermedad de su madre, la necesidad de medicinas, su pobreza, su soledad. Quizá si consiguieran dinero para medicinas, su madre curaría pronto, pero eso era un sueño porque ni vendiendo sus pertenencias podría reunir lo suficiente. ¿Qué podía vender?. Una cama de cuero, destrozada por el centro; dos catres de lona, viejos, rotos y repletos de chinches; las mesitas y sillas de madera de pino; las ollas, el molino; los santos. Mas, todas esas cosas no podrían producir sino unos pocos lempiras, en caso de hallar comprador para ellas. El molino era lo que podía valer más, el molino y los santos. Pero éstos no se vendían, era pecado hacerlo, únicamente los sacerdotes podían hacerlo en las iglesias. En cuanto al molino, ése fabricaba la masa para las tortillas y era el que daba el sustento cotidiano. ¿Qué podían vender?.

Interrumpieron esos pensamientos incoherentes de su duerme-vela los cantos de los gallos de Rosaura en los árboles del patio. Era ya la madrugada. Se levantó, desperezándose, y,

de nuevo, encendió los ocotes, apagando el candil. Despertó a Folofó, quien, por primera vez, se guardó la protesta.

—¿Te dormiste, Catica?

—No; he pasado despierta toda la noche.

Ambos salieron al patio, a la cocina, con la hachonada de madera de pino. Estaba bastante fresca la madrugada y la tierra muy húmeda. Los altos cerros, como si durmieran, estaban arropados con sábanas blancas de neblina.

Comenzaron su faena como todos los días. Así, la madrugada y las primeras horas del día se sucedieron como siempre: echar las tortillas, ir en el autobús al mercado, vocear su mercancía, vender y, de nuevo, retornar a casa. Esta vez acompañó a Catica su hermano y regresó con ella. Mónica vino para que fueran al hospital.

Folofó iba muy contento. Llevaba una bolsa de pita y, en ella, ocho naranjas hermosas. Cumplir su ofrecimiento a la madre era para él un compromiso de honor. Si Poyoyo no le hubiera recibido la caja como prenda de empeño, él hubiera buscado y encontrado el tostón de cualquier manera, incluso vendiendo su instrumento de trabajo.

Entraron en el hospital sin dificultad. Folofó fue adelante, alborozado con sus naranjas, impaciente por llegar a ver a Natalia. Buscaba con la vista a la enfermera Estela Flores. Sin embargo, ella no apareció por ningún pasillo. Como era día de visita, fueron directamente a la sala. Folofó quedó desconcertado al no encontrar a su madre en la cama donde estuviera el día anterior, detrás del cancel; creyó que se había equivocado, pero allí estaba la otra enferma, acostada.

—Dígame, doña: ¿dónde está mi mamá, la señora que ayer quedó aquí, con usted?

Mónica y Catica habían llegado y estaban también esperando la contestación con visible nerviosismo. ¿Qué habría pasado? Sólo el presentimiento era ya un peso enorme en el pecho.

—A la señora —contestó la enferma, despaciosamente— la llevaron muy temprano a la sala de operaciones.

—¿La van a operar? —preguntó Catica, nerviosa y tímida.

—Así dijeron los médicos; ya deben haberla operado.

—¿Y cómo pasó la noche? ¿Empeoraría su mal?

—Pues yo digo que tal vez no. Se quejó mucho al principio,

pero cuando le pusieron otra inyección, quedó tranquila. Yo creo que hasta durmió bastante.

— ¡Gracias a Dios y a la Virgen de Suyapa! —exclamó Catica, suspirando, con un poco de esperanza y consuelo.

—Y usted ¿de qué adolece, señora? —le preguntó Mónica, como al desgair.

—Pues vea que ni yo sé lo que tengo. Salí embarazada por tercera vez y usted va a creer... —la enferma bajó más la voz, como para que sólo la escuchara Mónica, por lo que ésta se aproximó más a la cabecera, afinando el oído—. No me lo va a creer: no podía parir.

—¿Y eso...?

—Allí está el asunto. La cosa tenía pelos. Ya una amiga mía que es muy sabida me había dicho: "Marcela, ten cuidado con esa panza; ve no te hayan hecho maleficio". ¡Como si lo hubiera dicho Dios! Me habían "amarrado los meses".

— ¡No me lo diga, usted...!

—Pues así es, así como lo oye. Una maldita que anda, como chucha, atrás de mi marido, fue la que me hizo el mal. ¡Qué no se sabe en este mundo, señora! A la mujer, por lo visto, le gustaba mucho conversar y viendo que la desconocida se interesaba por su salud, consideró oportuno hablar de su "mal".

— ¡Cierto, del cielo a la tierra no hay nada oculto! ¿Y, después?

—Pues qué, me sacaron el chigüín en pedazos, porque no hubo de otra manera.

— ¡Válgame Cristo, qué barbaridad! ¿Y su marido, qué decía?

—No me lo va a creer: ¡bravo conmigo! En vez de sacársela con aquella maldita que me "amarró los meses", se la quería sacar conmigo. ¿Habrás visto? No; hay hombres ciegos, pero como mi marido no hay otro. Nadie le puede hacer creer que fue maleficio el que me hicieron ¡y se enoja cuando yo le cuento eso a la gente!

—Así son los hombres: no creen en el maleficio. Se toman el bebedizo y como si nada. Por eso después quedan babeando, azonzados.

—Pues así fue. Desde entonces quedé malita. Dolorcito en el entresijo un día; dolorcito aquí o allá, hasta no aguantarlo. Es

como si en mi vientre tuviera un chigüín que me estuviera mordiendo. Y aquí me tiene, que si no me ponen esa mentada morfina, no se espanta el dolor. ¡Y qué dolor: peor que ¡parir, se lo aseguro!

— ¡Sea por el amor de Dios, las cosas que se ven en este mundo!

— Eso digo yo: ¡Las cosas que se ven! Fíjese, sabiendo bien que fue que me "amarraron los meses" para que perdiera el crío ¿cree usted que estos médicos buscan a curarme por ese lado? .

— ¿Tampoco creen en el maleficio, usted?

— Están peor que mi marido ¡Cerraditos de ceja a ceja! No se imagina lo que dicen. Yo me río.

— ¿Y qué dicen los incrédulos médicos?

— Que es cáncer —y la enferma dibujó en su rostro cierta sonrisa, parecida a mueca, en parte despectiva, en parte compasiva por la ceguera de los médicos.

Mientras las dos señoras conversaban en secreto, Catica y Folofó estaban intranquilos, junto al cancel, viendo la sala donde las conversaciones formaban un rumor de colmena mezclado con gemidos. Folofó observaba las enfermas de las otras camas. Pensó en si ellas tendrían hijos y si esos hijos les traerían naranjas como hacía él en ese día. Se fijó bien: no había ni una sola visita de niños. Pensó que si ellos no venían a dejarles frutas era porque quizá fuesen malos y que se jugaran el pisto a los dados, como había hecho él. Pero ahora estaba muy arrepentido y no volvería a repetirlo; jamás jugaría su dinero y compraría muchas frutas para su mamá, aunque no estuviera enferma. Sería un buen hijo.

Por estar viendo a las mujeres enfermas y pensando en sus posibles hijos jugadores de chivo, se había ido caminando y no se percató de que sus acompañantes ya se marchaban de la sala. Corrió detrás de Catica, con las naranjas al hombro. ¿A dónde iban? Mónica, como conocedora, guió a los hermanos por diferentes corredores. Habló con una enfermera, luego con otra, hasta tener noticia de la enferma que buscaban.

— Natalia Cueto fue operada hoy. Ahora está bajo la acción de la anestesia.

— Queremos verla; estos son sus hijos.

— No se puede. Será hasta la tarde, cuando despierte y si los médicos lo autorizan. Fue una operación muy delicada.

Catica se sintió desconsolada. Esa operación ¿cómo sería? No tenía una idea cabal sobre esos puntos. Y, puesto que no dejaban verla, era porque estaba muy mal o quién sabe si no habría muerto y se lo estaban negando. Lloraba en silencio. Mónica la consolaba, mientras Folofó, insistente, hacía preguntas:

—¿Se murió mi mamá? ¡Yo quiero ver a mi mamá!

—Está viva —le explicó la enfermera con no oculta incomodidad—. La operaron, pero está viva. Mástarde podrán verla cuando salga del coma.

Mónica les invitó a regresar a Casamata para volver por la tarde; mas, Catica se negó rotundamente. Regresaría hasta después de ver a su madre; quería enterarse por sus propios ojos.

—Bueno —dijo Mónica—, si ustedes quieren quedarse hasta la tarde, pueden hacerlo, pero yo tengo que volver para ir preparando mi negocio en casa.

—¡Señorita, señorita! —Folofó, con alegría, se dirigió a otra enfermera que venía con ciertos aparatos entre las manos.

—¡Ah! ¿Eres: tú, muchacho? ¡Cumplido! —dijo ella, luego reconociendo al lustrabotas y viendo a las demás personas, saludó—: Buenos días. ¿Son ustedes también familiares de la señora Natalia?

—Esta es su hija —señaló Mónica. Yo soy sólo una vecina. Queríamos verla, pero nos dicen que está operada.

—Es verdad. Aún duerme.

—¡Señorita —suplicó Catica—, por favorcito, déjenos siquiera verla un tantito!

—¡Sí, señorita Estela —secundó Folofó, cumpungido—, sólo una mirada de lejos.

La enfermera se sintió, quizá, conmovida por los dos muchachos descalzos; dijo algo a la otra enfermera que parecía no estar de acuerdo, pero, al fin, llamó a los tres visitantes, guiándoles hasta una sala apartada.

—Entren callados. Allí está, adormecida, Natalia.

En efecto, la enferma estaba en una camilla, entre ropas blancas, destacándose su rostro oscuro y cobrizo. A Catica le pareció hermosa. Se aproximaron más. La enferma respiraba normalmente.

—¿La ven? Ahora van a salir porque es prohibido entrar a los particulares. Orden del doctor.

—¿Y podremos venir por la tarde?

—Sí; de tres a cuatro.

—Muchas gracias, señorita.

—No hay de qué —y estaba a punto de decirles que no se preocuparan, pero recordó que aquel era un caso perdido y que no correspondía crearles esperanzas sin fundamento. Se despidió simplemente de ellos.

Ya para salir, Folofó recordó que llevaba sus naranjas. Volvióse rápido a la enfermera, explicándole:

—Yo le traía a mamá estas frutas, señorita.

—Muy bien; si quieres, déjalas aquí para entregárselas cuando despierte. ¿De acuerdo?

—Si me hace el favor . . .

—Dámelas. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Folofó . . . Folofó Cueto, para servirla, señorita.

La enfermera le dio las gracias, sonriendo, y Folofó salió tras Mónica y Catica. No iba muy contento porque él deseaba entregarle personalmente las naranjas a su madre para demostrar el cumplimiento de su palabra.

—¿Por qué no te vas a trabajar, Folofó?

—Aún no; es muy temprano.

—Pues debieras irte ya; estás perdiendo tiempo.

Pero el muchacho daba vueltas y más vueltas, tratando de abordar a Catica para que le prestara veinte centavos. Quería evitar que ella se diera cuenta del empeño de su caja a Poyoyo y de los cuatro días que éste permanecería usufructuándola, porque contarle eso daría lugar a contar sobre el juego de dados, asunto que en su casa debían ignorar, ya que él estaba dispuesto a no volver a repetirlo, ni siquiera apostando estampitas. Si su hermana se daba cuenta, le propinaría una buena zurra, como le había pasado a Lalo con su madre por la pesca con dinamita. Pensando en eso optó por renunciar al empréstito y, disimuladamente, en un momento en que Catica entró al cuarto, se fue corriendo a la calle.

—En el parque conseguiré algunos centavos —pensó y, a grandes pasos, se fue a pie por la calle que iba hacia el centro.

Chorreando sudor y resoplando llegó al parque, donde encontró muy contento a su socio, Lalo. Poyoyo andaba por ahí y Folofó vio que la caja que utilizaba era la suya, la empeñada por medio lempira, Sintió remordimiento por haberla enajenado, ya que ello constituía una gran pérdida para él.

—¿Ha-ha-ha-has comido? —le preguntó Lalo.

—Sí, vengo de la casa. Fui a ver a mamá al hospital.

—¿La-la-la la viste? ¿Cu-cu-cu-cuándo sale?

—La vimos, Lalo; está operada; la vimos, pero estaba dormida.

—¿Co-co-co-cómo es una o-o-o-opera-a-a-ación?

Folofo ignoraba tanto como Lalo; sin embargo, hizo una descripción tan patética ante su amigo y otros lustrabotas que todos quedaron convencidos de la sabiduría del compañero quien ahora hablaba mucho del milagro de la ciencia y de los doctores. El zaparrastroso concluyó con gesto y acento de importancia:

—¡Y ahora, ella está todavía en la magnesial!

—¿Qué es eso? —preguntó Miguelito, que venía llegando—
¿Una cuestión que le dan a uno cuando está con dolor de barriga?

—No, Miguelito; la magnesial que le pusieron a mi mamá es como una sábana blanca, limpiata. Yo la vi con estos ojos.

Como siempre, entre los lustrabotas imperaba el mismo afán con los clientes que llegaban o pasaban por el Parque Central; eran porfiados y necios, como los vendedores de billetes de lotería, pero ellos tenían su propia técnica. La clave estaba en un conocimiento instintivo de las gentes por su presencia, por su físico, por una serie de pequeños detalles captados instantáneamente. Con unas personas insistían con palabras cordiales, a otras ni siquiera les ofrecían lustre. Tenían gran paciencia y cuando les salía algún ensoberbecido y grosero, se hacían los disimulados ante las frases hirientes y despectivas.

—¡Lustre! ¡Lustre! ¿Lo lustro, señor?

Miguelito se enteró de la hora, por el reloj de la Catedral y se despidió de sus amigos; se aproximaba el momento de ir a sacar los periódicos para venderlos voceados en las calles. Folofó lo siguió, deteniéndole para hablarle confidencialmente.

—Mirá, Miguelito, estoy quebrado; empeñé mi caja de lustrar a Poyoyo por cuatro días. ¿Podés prestarme plata para sacar unos diarios y probar a venderlos como vos hacés? ¡Fijate que tengo a mi vieja en el Hospital San Felipe y, operada!

Miguelito, el pelirrojo de cuerpo enjuto por la joroba, quería mucho a Folofó; además, lo había defendido de las zarpas de Pachán, *El Catreco*. Llevaba dinero, el justo para sacar diez

periódicos.

—Hagamos una cosa, Folofó: vendamos cinco cada uno; si los vendés me devolvés su valor y te quedará para sacar otros cinco diarios que ya serán todos tuyos. ¿Entendés?

Folofó comprendió y fueron juntos. El periódico que salía más temprano era *El Cronista*. Venderían ése y, más tarde, podrían ir a sacar números de *El Día*. Eran los que más compraban en la capital.

Frente a la casa de *El Cronista*, que estaba en la calle La Fuente, se aglomeraban unos treinta o más muchachos como Folofó, esperando que el diario saliera de las rotativas. Andaban descalzos, sucios, desgredados, con ropas muy usadas. Unos estaban sentados en la acera y otros jugaban de cualquier modo. A esa hora, que era cuando volvían los empleados a sus oficinas, el bullicio de la chiquillada llegaba muchas veces al escándalo. Los transeúntes evitaban pasar junto a ellos porque algunos no tenían respeto para los mayores, como si creyeran que de su vida pobre y desorientada eran responsables los adultos, los señorones. Para los conductores de vehículos constituía un gran dolor de cabeza pasar por ahí a esa hora, pues los chicos, correteando se adueñaban de la vía sin detenerse ante el peligro de ser arrollados.

Miguelito era muy popular en ese ambiente. Su llegada, acompañado de Folofó, fue recibida con gritos y bromas. Poco después comenzaron a entregar el periódico. Se amontonaban en la puerta, queriendo cada uno ser de los primeros para vender más rápidamente. Era una competencia a codazos, que a veces sacaba de quicio al encargado de distribuir los ejemplares. Casi todos eran conocidos de la casa y sus nombres figuraban en listas, pues regularmente sacaban el mismo número de diarios, aunque algunos días, de noticias sensacionales, la compra aumentaba.

El Cronista era, entonces, un periódico que leía mucho el pueblo hondureño por su antigüedad y por mantener una posición más o menos favorable a los intereses de las masas. Al lado opuesto se encontraba *El Día*, pues éste era un defensor empedernido de los intereses de los monopolios extranjeros y de la reacción interna, por lo cual no gozaba de simpatías populares y su venta se basaba en el sensacionalismo.

Miguelito salió con los diez periódicos y entregó a Folofó la mitad en forma precipitada.

— ¡Nos juntaremos aquí! —le dijo a Folofó.

— No; vamos juntos mejor. Esto se vende ahorita.

Otros chicos salían corriendo con los periódicos bajo el brazo. Miguelito y Folofó se adentraron en las calles.

— ¡*El Cronista*! ¡*El Cronista*!, con buenas noticias!

Allá por el Jardín Italia, Miguelito preguntó a su compañero:

— ¿Sabés leer las noticias?

— ¡Nones! Burro soy como los de Comayagua.

— Estamos iguales. Te preguntaba porque así podías ver qué noticias buenas trae el diario. Cuando el periódico habla de matados y de grandes robos, la gente lo compra al momento.

— ¿Por qué?

— ¡Qué sé yo! La verdá es que a muchos les gustan esas cosas. *El Día* por eso se vende.

— Bueno, Miguelito, me has dado una luz; ya veremos lo que pasa. —Folofó se paró en la esquina, gritando con estridencia—: ¡*Diario El Cronista*! ¡Cinco muertos y diez heridos en un choque de buses! ¡Cinco muertos y diez heridos! ¡Buenas noticias! ¡*Diario*!

Miguelito se quedó viéndole con curiosidad y lanzó una carcajada. Estaba engañando al público y, sin embargo, antes de que él vendiera dos, ya Folofó había vendido los cinco y corría hacia la casa de *El Cronista* a comprar más periódicos. Miguelito quedó intrigado, pensando si el método de su amigo, que era novato en la venta de periódicos, sería bueno o malo. A él nunca se le había ocurrido hacer tal cosa. La verdad es que Miguelito no necesitaba gritar, mucha gente lo prefería sin necesidad de trucos. Unos, porque le conocían; otros, por ser jorobado, cuyo encuentro, según pensaban, traía buena suerte.

Folofó se entusiasmó con la venta del periódico. Le gustaba gritar en plena calle ofreciendo la mercancía. Le compraban. Y, debido a ello, cuando menos pensó, eran ya más de las cuatro de la tarde. Había perdido la oportunidad de volver al hospital con Catuca. Vaciló unos momentos ante la alternativa de ir a engañar al portero otra vez o quedarse obteniendo unos dieces más. Optó por lo primero y ya estaba en marcha,

cuando recordó que tal cosa era hoy imposible: ¿cómo engañar al portero, si no tenía su caja de lustrar? Eso lo hizo regresar a las zonas céntricas, bastante preocupado. Así llegaba a la conclusión de que la caja de lustrar era algo fundamental en su vida.

Más tarde, cuando se volvió a encontrar con Miguelito en el Parque Central, Folofó pagó a su amigo el dinero prestado, añadiendo un búfalo por los réditos, según explicó; pero el jorobadito rehusó aceptarlo porque no le había prestado dinero a interés.

—Te salió bien la treta, Folofó —le dijo Miguelito— pero esas mañas tienen el inconveniente de no durar mucho; te chotea la gente y después, aunque digás la verdad, no te compran el periódico.

—Bueno, Miguelito, vos sabés mejor estas cosas de vocéar; pero yo no pienso dedicarme a ésto; sólo es por mientras me devuelve mi caja Poyoyo. Yo no tengo genio para vender periódicos: es trabajo para chigüines. Yo soy lustrador y cuando esté grande voy a ser un chofer de primera.

—Si yo quisiera, también lustraría zapatos; pero, la verdad, no me gusta el trabajo sucio.

Folofó no atendió a la pulla que Miguelito le devolvía, para ir detrás de Lalo, que se retiraba. Miguelito le siguió. Lalo iba alegre; se notaba que había ganado sus búfalos e iba chupando una paleta. Al chico le gustaban muchos los dulces, los helados y en ellos gastaba más. La única vez que había querido pelear con otro lustrador fue, precisamente, por una paleta. La cosa había sucedido así: estaba comprándola cuando otro muchacho, por detrás, se la arrebató y escapó con ella. Lalo le había perseguido y, al no alcanzarle, recogió una piedra de la calle y se la pegó en una pierna. El otro, mayor que él regresó a vengarse. Iban a reñir, pero los separaron los mayores y *Fierabrás* oblió al pillastre a que sacara cinco centavos para pagarle a Lalo su paleta.

— ¡Ya-ya-ya-ya ratos que te-te-te busco!

— ¿Para qué?

— ¡Ho-ho-ho-hoy quemaremos el to-to-to toro fue-e-e-ego en mi ba-ba-ba-barrio! ¡Va-va-va-vamos que estará mu-mu-mu-muy bonito!

—No me acordaba, Lalo. ¿Y quién se los hizo?

—U-u-u-un carpintero.

Folofo había mostrado mucho interés por el toro-fuego que en La Chivera venían preparando con anticipación los muchachos del barrio, amigos de Lalo. Pensaba estar presente cuando le metieran fuego y reventaran todos los coheteros y candelas romanas que le ponían, mientras uno de ellos, con el armatoste encima, corría por la calle. Pero ahora Folofo no se encontraba entusiasmado por ese juego.

—¿Vas a ir vos, Miguelito?

—Está muy distante la casa de Lalo y más la mía. Mi mamá se enoja cuando llego tarde.

—¡Sos un maricón, Miguelito; ya estás grande para salir de noche como nosotros!

Miguelito calló. En su interior le daba la razón a Folofo. Deseaba ir porque nunca había visto un toro-fuego, ni de cipotes ni de hombres, pero no podía quedarse más. Por otra parte, si perdía el autobús, tendría que irse a pie hasta la Colonia Veintiuno de Octubre. De pronto, Folofo se quedó ante Miguelito.

—Hacés bien, Miguelito. Si tu mamá se enoja porque llegás tarde, debés estar temprano en tu casa. Hay que obedecer.

—¡Qué raro te estás volviendo, Folofo —dijo Miguelito—, vos en cuanto repicás, doblás!

—No me hagás caso. —Y, dirigiéndose a Lalo, que había tirado el palo de la paleta y se limpiaba la boca con la manga de la camisa, dijo: —yo tampoco voy, Lalo, tengo que volver a casa.

—¡Pe-pe-pe-pero, hombre...!

Cómo era posible que un hombre como Folofo se perdiera de la quema de un toro-fuego? ¡Inaudito! Sin embargo, era así, y los dos chicos comprendieron cuando Folofo les explicó con desencanto:

—No puedo. Mi mamá está en el hospital operada. Estamos solitos con Catita —y, con entonación resuelta—: ¡y, ahora en mi casa, yo soy el hombre!

Después de dicho esto, Folofo, como temiendo ceder a sus íntimos anhelos de acompañar a Lalo o que descubrieran que el jefe en su casa era su hermana, se alejó casi corriendo para ir a tomar el autobús de Casamata. Lalo se encogió de hombros, apenado porque su amigo no participara en el juego.

—Yo también me voy a casa —dijo Miguelito, y, dándole una palmada en la espalda a Lalo, se fue a esperar su bus.

—Pu-pu-pu pues yo sí voy a mi to-to-to-toro-fue-fue-fuego. Corriendo, Folofó pasó por el mercado Los Dolores, saludó a Ña Panchita y cuando ella le preguntó por qué no había venido Catica en la tarde, le contestó:

—Se fue a ver a mamá al hospital porque hoy la operaron.

—¡Ah, con razón no vino, la pobre! ¿Fuiste tú también?

—Fui en la mañana, Ña Panchita; en la tarde he tenido que ir a vender periódicos. ¡Adios, Ña Panchita!

—Adiós, cipote. ¡Portate bien; mirá que ahora están solitos!

Folofó dio la vuelta al mercado. Mucha gente humilde andaba en sus quehaceres. Saludó a Mónica, que ya estaba sentada vendiendo yuca con chicharrón. Le contó que había ido a vender periódicos y ahora iba ya para la casa. Mónica le ofreció un poco de comida, que Folofó tomó en un papel y, comiéndola, siguió hasta la parada del autobús.

Aún era temprano cuando Folofó llegó a Casamata. Ya sus amigos corrían siguiendo el predilecto juego de "policías y ladrones" y, como siempre, allí perdían los representantes del orden. Folofó no quiso jugar y se quedó sentado en el borde de la acera, junto a Chito, quien no podía correr porque un tobillo se le había dislocado, precisamente por andar jugando de jefe de la policía dos noches antes.

—¿Es verdad que se murió tu mamá? —le preguntó.

—No ¿Quién te lo dijo? Hoy la operaron en el hospital.

—Yo oí decir en la trucha del *Panza de bombo*.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Mentira, Chito. Yo la fui a ver con Catia hoy. Le llevé naranjas. Está muy enferma, eso sí. Dicen que tiene cáncer.

—¿Y qué es eso, Folofó?

—Cáncer es cáncer, Chito. Dolor de barriga, no más.

Folofó estaba pensativo. Era ya de noche y ahora las sombras le provocaban recelo y temor. Allí había luz, pero en el patio de su casa, sólo el candil. Ciertamente hacía luna, pero, "la noche es la noche" y es cuando se evidencia el poder de los espíritus malignos, pensaba el muchacho.

En algunos cuartos de los vecinos se escuchaba la música de los radiorreceptores; en otros, las consabidas radionovelas. Allí, en la vivienda de la Magdalena, la primera víctima del

espectro del difunto Crescencio, rasgueaban guitarras en el patio. Folofó jugaba con una vara, golpeando la tierra polvorienta. Poco a poco fue percibiendo un olor desagradable y conocido: suciedad de gato. Folofó olió el extremo de la vara y se enteró de que estaba sucia porque con los golpes había desenterrado el excremento de un gato. Le acercó la vara al rostro del muchacho y éste protestó:

— ¡No seas puerco, Folofó! ¡Esa vara está embarrada de caquegato!

— ¿Querés ganarte un tostón? —le propuso en broma—. Decime ¿era gato o gata?

— ¡Si no serás penco vos! ¿Cómo se va a saber eso?

— Ya ves, te hubieras ganado cincuenta centavos.

Folofó tiró la vara a la calle, pero luego fue a recogerla, regresando adonde estaba el muchacho del pie dislocado. Había recobrado su habitual espíritu gozoso y tenía una idea.

— Oí, Chito —le dijo en voz queda— ¿querés que juguemos “al Cusuco” y embroremos algún maje de éstos?

— ¿Qué es eso de “al cusuco”? Yo nunca he visto jugar eso.

— Vení conmigo y aprenderás. —Folofó se llevó a Chito hacia donde jugaban los otros, disparando con pistolas, fusiles y ametralladoras de palo, como en una batalla campal. Folofó le daba instrucciones a su amigo. Varias voces lo llamaron.

— ¡Vení, Folofó, jugá con nosotros, que somos los ladrones!

— ¡No! ¡Mejor venite de policía, porque los ladrones son muchos y no podemos con ellos! ¡Casi a todos nos han metido a la cárcel y si no nos salvás, nos van a ahorcar!

Folofó no les hizo caso y la emprendió con insultos altos y groseros contra Chito, quien contestó con no menos virulencia. Los demás callaron ante la disputa inesperada y pronto estuvieron rodeando a los dos que parecían dispuestos a darse de puñetazos. Les interesaba ver esa pelea, pues Folofó y Chito eran de una misma camada. Sería un encuentro muy digno de verse. Comenzaron a estimularles, azuzándoles, a pesar de ignorar el motivo de la riña. Uno de ellos, muy desarrapado, se interpuso entre los dos y, estirando su diestra, invitó:

— ¡El que toque primero mi mano, es más hombre!

Los dos muchachos peleadores la tocaron violentamente al instante: ambos eran hombres. El mismo azuzador que andaba

todo empolvado y sudoroso, prosiguió atizando el fuego de la discordia. Hizo una raya en la tierra, entre ellos, y dijo:

— ¡El que ponga el pie primero en la raya, es más hombre!

Chito y Folofó pusieron su pie al mismo tiempo, mientras seguían retándose mutuamente para dirimir la disputa a sopapos.

— ¡Veamos ahora quién le unta primero con saliva la barba al otro! —invitó, insistente, el muchacho provocador!

Y, al momento, Chito y Folofó se escupieron la mano y se hicieron el insulto que para los cipotes era ya lo último que podía soportar la dignidad. Después de que alguien le tocara la barba a otro con mano ensalivada ya no quedaba más recurso que los puñetazos. Chito, repetía:

— ¡Estás golillero, Folofó; como me ves con un pie enfermo! ¡Pero, aún así, yo no te tengo miedo!

— ¡De cualquier modo, vos no me cabés entre las patas!

— ¡Decís eso porque tenés ese garrote en la mano! ¡Tíralo y verás cómo te rompo el hocico!

— ¿Por qué lo voy a tirar? ¿No sos hombre, acaso?

— ¡Soy más hombre que vos; pero dejá ese garrote y, mano a mano, veamos quién tiene los güevos más rayados!

— Es verdá, Chito —dijo el más instigador de los muchachos—. ¡Tirá ese garrote, Folofó! ¡Hay que pelear de igual a igual; sólo los cobardes buscan ventaja! ¡Y vos no sos ningún cobarde, Folofito!

— ¡Además —gritó otro, recordándole—, mirá que Chito tiene una pata zafada!

— ¡Bueno, pues! ¡Si yo, con garrote y sin garrote soy muy hombre! —y Folofó, estirando la vara hacia el muchacho azuzador, que era el más interesado en que hubiera pelea, le pidió: — ¡Guardame el palo!

El chico, entusiasmado ante la perspectiva de efectuarse la riña a trompada limpia, se adelantó estirando la diestra para tomar la vara por el extremo. Pero, aún no la había afianzado, cuando Folofó la retiró, deslizándola por toda la palma de la mano.

— ¡Cusuco! ¡Cusuco! ¡Cusuco! —gritó Chito, cambiando su gesto de cólera por una carcajada estrepitosa, la cual fue seguida de otra de Folofó.

Los demás muchachos rodearon al azuzador para

comprender lo que sucedía, ya que Chito y Folofó habían hecho comedia engañándoles con su falso pleito y ahora les señalaban la mano del provocador.

— ¡Olete las manos! ¡Olete, cusuco! ¡Olete! ¡Olete!

El jovencito, amohinado ante ese giro imprevisto de la situación, se llevó maquinalmente la diestra a la nariz, pues sentía una materia húmeda y viscosa. Al instante se la apartó de la cara, llevándola al pantalón para limpiarse. Muy tarde se arrepintió de este último acto instintivo, pues el peculiar hedor de la suciedad de los gatos le hizo ver que había caído ingenuamente en una trampa y que, ahora, hasta sus ropas estaban sucias. Andaba visiblemente desconcertado. Y los muchachos, que iban comprendiendo el artificioso engaño, reían a carcajadas, apartándose de él y gritándole:

— ¡Caquegato! ¡Es caquegato! ¡Te trabaron Folofó y Chito!

El incauto azuzador, que había ido por lana y salido trasquilado en el conflicto aparente de los dos chicos, se limpiaba en el polvo de la calle, renegando en voz baja y avergonzado por la repentina broma. Sentíase humillado con el papel de chompipe de la fiesta cuando él había creído que Chito y Folofó iban a darle el espectáculo de la noche. Las risas, las carcajadas, los gritos continuaban insistentes. ¿De dónde había sacado Folofó aquella tontería?

— ¡Cusuco! ¡Cusuco! ¡Cusuco para toda la vida!

Cueto, con la euforia del triunfo, reía a costa del muchacho vecino. Tiró la vara sucia y, dando un par de gritos, se alejó hacia el callejón.

— ¡Me la vas a pagar, Folofó; me la vas a pagar!

— ¡No te debo nada! ¡Te pasó por adelantado y empujador!

— ¡Es verdad, te pasó por andar de empujador de pleitos!

— ¡Adiós, Cusuco! —se oyó la voz festiva de Folofó— ¡Andá a bañarte con arena para que te salga el tufo, caquegato! ¡Cusuco! ¡Cusuco!

Aún al llegar a la casa iba riendo por la broma hecha al cipote. Catita lo increpó por haberse tardado tanto en la calle y no haber ido al Hospital San Felipe con ella. Había tenido que ir con Felito, el nieto de don Roque. Pero Folofó, entregándole setenta centavos de su ganancia, le explicó la

manera de hacer ese dinero con los periódicos. Para rebajar el disgusto de su hermana, le contó el método de vocear que se había inventado y por el cual había vendido pronto los diarios; pero Catica no celebró su agudeza.

—Mirá, Folofó —dijo con palabra grave— ¡Vos lo que estás haciendo es volviéndote más sinvergüenza y vago! ¡Ya estás grande!

—¿Y qué creés vos, Catica? ¿Que la plata se la regalan a uno en la calle? ¡Bah! ¡Si uno no busca mañas se muere de hambre! ¿Y cómo hace toda la gente que tiene pisto? ¡E! que mejor engaña, más gana!

Catica le entregó con duro gesto el plato de la comida y entró en el cuarto, silenciosa. Folofó intuyó que su hermana estaba disgustada con él, pero que era mayor la preocupación y la tristeza. De haber sido únicamente lo primero estaba seguro de que le hubiera dado sus coscorriones y, hasta ese momento, ni siquiera lo había intentado. Después de comer, quiso contarle lo del cuzuco, más ella no le puso atención y le interrumpió:

—Mañana debemos ir al hospital muy temprano, Folofó.

—Está bien.—Y entre ambos se abrió un silencio lleno de presagios y temores, el que, al fin, rompió el muchacho, preguntando—: ¿Le entregarían las naranjas a mamá?

—Sí; se las entregaron.

—¿Y se había despertado de la magnesía?

—Sí; se despertó.

—¿Y viste a la señorita enfermera?

—Sí; la ví.

Folofó se arrepintió de no haber regresado temprano para acompañar a su hermana al hospital. Notaba en ella algo raro, que no venía únicamente de su disgusto. Luego justificó su actitud, pues de no haber ido a vocear los periódicos no habría obtenido esos centavos para la casa y, además, después de las cuatro de la tarde y sin llevar su caja de lustrar, no hubiera podido entrar al hospital engañando al portero. La visita terminaba a esa hora.

Como durante la noche anterior, Folofó se acostó en el catre, junto a su hermana, y, pronto, se quedó dormido. Catica, una vez acostada, comenzó a llorar incontinentemente. Esa noche el miedo había disminuido en ella, pero la golpeaba

reciamente la pena. Había visto a su madre en una situación que sólo hacía pensar en la muerte. Apenas la reconoció. Estaba casi inmóvil y miraba de una manera extraña, sin llanto y sin palabras. Le había tocado el rostro, las manos y las piernas y no tenía calor; estaba fría, como una madrugada.

Esto fue para Catica un golpe tan rudo que pareció como si la hubiera despertado de un largo sueño, plantándola bruscamente en la realidad y haciéndola comprender la hondura de su problema. Estaba segura de que su madre moriría pronto. Ni siquiera la enfermera se lo había tratado de ocultar con falsas esperanzas. Le había dicho:

—Es una desgracia que aún la ciencia no ha descubierto un remedio eficaz para curar el cáncer. Sigue siendo incurable.

¿Qué más claro podía estar el problema? Ello quería decir que lo tan temido estaba por llegar de un momento a otro; a lo mejor en esa misma hora. La noche anterior consideraba la muerte de su madre como algo que tal vez podría suceder y temblaba queriendo apartar esa idea de sus pensamientos, inclinándose, confiada, al poder de fuerzas sobrenaturales. Sin embargo, esta noche, ya la posibilidad, aparentemente tan lejana, tan irreal, tomaba la forma de un hecho inevitable, inminente.

Eso hacía que Catica Cueto pensara hoy de manera distinta, con más seriedad, como si de un estirón se hubiera hecho mujer.

El joven corazón de Catica no se había equivocado desde la tarde del día anterior que fuera a ver a su madre en compañía de Felito. Comprendió o adivinó la fatalidad que se avecinaba. Natalia ya no hablaba y casi no la reconoció. La enfermera le dijo que todo se debía a la operación, mas Catica interpretó los hechos en su justo significado.

A las nueve de la mañana, junto con Folofo, llegó al centro hospitalario. En la portería presentó un papel que le entregara Estela y con el cual podía pasar a ver a la paciente. La enfermera, como si ya les esperara, fue a su encuentro y les condujo a un lugar aparte. Estaba muy seria y nerviosa, queriéndoles explicar con evasivas, pero sin saber cómo comenzar. Al fin, dijo:

—Muchachos: la verdad es que tengo muy malas noticias . . .

Catica se encogió, como si le fueran a dar un golpe.

—¿Qué noticias? ¿Cómo amaneció mamá? ¿Empeoró anoche?

—Empeoró, Catica. Se hizo todo lo posible por salvarla, pero fue imposible. A la madrugada, casi amaneciendo . . . murió . . .

El grito lastimero, desgarrador y angustiado que lanzó Catica, repercutió por el largo corredor. Varias personas volvieron a verla, sorprendidas. La muchacha se ahogaba con los brazos en alto y Folofo repetía, chillando:

— ¡Mi mamá . . . mi mamita . . . demen a mi mamita . . . !

Inmediatamente, la enfermera, considerando el estado crítico de Catica, la atendió, llevándola a una habitación próxima, en donde, con rapidez y pericia, le puso una inyección; pero Catica continuó dando alaridos, imitada por su hermano.

— ¡Mamá... mamá... mamita... !

Los enfermeros y practicantes que presenciaban aquel cuadro desgarrador, estaban conmovidos. La enfermera, sin darse cuenta, derramaba lágrimas. Patética expresión del dolor infinito de aquellos dos pequeños seres que, de pronto, se quedaban a la deriva, desprendidos como frutos en agraz del árbol maternal. Allí, en el Hospital General, estaban acostumbrados a presenciar el dolor y el llanto frente a la muerte constante; pero, esta vez era tan lastimero y sencillo aquel llanto infantil que causaba profundo impacto en su sensibilidad humana.

— ¡Quiero ver a mamita! . . . ¡Demen a mi mamita . . . !

Les llevaron a un lugar sombrío, donde, cubierta con una sábana de los pies a la cabeza, estaba la autora de sus días. Catica se abrazó a ella con desesperación, como si quisiera dar alcance a los distantes ecos de los últimos latidos de aquel corazón apagado; y Folofó, asido de la enagua de Catica, lloraba enronqueciendo, miedoso, estirando sus pequeñas manos para palpar el frío cadáver de su madre.

— ¡Mi mamita . . . ! ¡Ay, mi mamita que se fue . . . !

— ¿Por qué nos dejás solos, mamita . . . ? ¿Por qué . . . ?
¿Por qué, mamita . . . ?

La enfermera retiró a Catica, dificultosamente, de la morgue; los hijos no querían abandonar a su madre. Costó mucho para que Catica pudiera serenarse un poco y que Folofó dejara de gritar sus ayes.

— ¿La vas a llevar a tu casa? — preguntó la enfermera.

— ¡Sí, sí! ¡A la casa! ¡A la casa! ¡Sí, sí!

Catica contestó aquello, pero ignorando lo que significaba esa determinación para ella. Estaba como fuera de sí y hablaba maquinalmente. La enfermera le preguntó si tenía dinero para hacerle el entierro y, hasta entonces, Catica volvió a la realidad.

— ¡No, no! ¡Aquí está todo! ¡Mire usted: cuente! —y le entregó un puñado de monedas envuelto en un pañuelo no muy limpio.

La enfermera Flores se sintió más conmovida ante la ingenuidad de la niña que estaba entrando a la adolescencia bajo un signo tan fatal. Tres lempiras era todo lo que poseían los hermanos Cueto para hacerle frente a los funerales de su madre. La enfermera intentó explicarles su impotencia.

— Catica, yo sé que ustedes no tienen ningún familiar; no pueden hacerle frente a los gastos necesarios para el entierro. Si la llevan a casa, ¿cómo pagarán el carro fúnebre, el ataúd, todo lo que se necesita en estos casos? ¡No, hijita! Yo te aconsejo que la dejés aquí. La arreglaremos bien y el entierro y todo será por cuenta del centro. Hoy por la tarde será el sepelio.

— ¿Pero, cómo? ¿Sin volver a la casa? ¿Sin . . .

— . . . sin despedirse? —concluyó Folfo.

— Piensa, Catica; piensa tú que eres la grandecita. Es necesario que el cadáver quede aquí. Yo te ofrezco ir contigo a la hora del entierro. Iremos los tres con tu hermanito, con alguna amiga que desee acompañarte.

La enfermera, angustiada también, con su sensibilidad humana vibrando ante aquella realidad despiadada, pero normal en el ambiente, logró convencer a Catica, evitándole un problema que era incapaz de resolver si llevaba el cadáver a su residencia.

Catica y Folfo salieron casi corriendo del Hospital General para tomar un autobús allí, al final de la línea, e ir a dar la noticia a sus vecinas de Casamata, a Rosaura y Mónica. En el mercado se separaron, Folfo, corriendo, fue al Parque Central, y Catica pasó por los puestos de venta permanentes, donde estaba Domitila, a quien le informó llorosa, de la brutal noticia.

— ¡Ay, muchachita, qué desgracia! —se lamentó Domitila, elevando los brazos, y casi a gritos—: ¡Comadre Faustina, murió la Natalia Cueto en el Hospital San Felipe!

— ¡Ay, pobrecita! ¡Qué Dios la haya perdonado! ¿Y sus chigüines?

— ¡Aquí está Catica, comadre!

La noticia circuló con extraordinaria rapidez y muchas

mujeres y hombres rodearon a Catia en el Callejón Los Dolores. Eran personas que habían tratado a Natalia en ese mismo mercado; gente de trabajo humilde, como el de la extinta.

Folofo llegó corriendo al Parque Central.

— ¡Compas: murió mi mamita! ¡Se murió anoche en el hospital!

Era la palabra infantil del lustrabotas llevando el mensaje atormentado a sus amigos y hermanos de miseria. Le rodearon al momento, junto a la estatua del héroe, silenciosos, como asustados por la noticia, sin las bromas hirientes, sin el sarcasmo y la burla, sin los insultos que tenían a flor de labio. No, ahora no se podía hacer bromas ni chistes ante el dolor de Folofó que lloraba, sin acordarse de sus balandronadas frecuentes, con una puerilidad propia de los seres de su edad.

Por primera vez se vio a Folofó Cueto llorar, pero callado, ante todos sus colegas, que guardaban silencio, respetuosos, como si el golpe recibido por el compañero cayera igualmente sobre ellos. Casi todos estaban presentes en esa mañana; los grandes y los menores. Y hasta Pachán, su adversario, se le aproximó sin rencor, como para hacerle sentir ahora el verdadero calor de la amistad y el cariño que había sincero bajo el artificio de sus disputas y rivalidades. Pachán hacía mucho que había quedado huérfano y no recordaba cómo había sido su madre ni su padre. Todos los muchachos sentían algo, pero no sabían cómo expresar su sentimiento al compañero.

— ¡Folofó, pobre Folofó, pobrecita su mamá!

Ignoraban las formas estereotipadas de los pésames luctuosos, acostumbrados por los adultos en la sociedad, y decían palabras comunes, simples; así, sin mayor sentido, pero pletóricas de sinceridad.

— ¿Cuándo entierran a tu mamá?

— Hoy en la tarde. La llevarán del hospital al cementerio.

— ¡Iremos todos nosotros al entierro ¿verdad, compas?

— ¡Sí, todos iremos al entierro de tu viejita!

Folofó tampoco sabía decir gracias, como las gentes grandes. Junto a los demás muchachos no sentía aquella soledad tan pesada como cuando iba a acostarse con su hermana en las dos últimas noches que su madre estuvo en el

hospital. Folofó se sentía distinto con los lustrabotas, como si todos ellos fueran su familia.

Fierabrás y Poyoyo conversaron con todos sus compañeros. Se necesitaba poner una contribución voluntaria para ayudar a Folofó en su desgracia. Ese sentimiento de solidaridad lo habían adquirido allí, en las aceras del parque, en las calles, en el barro, en lo que era su vida. Entre todos, aportaron nueve lempiras y cinco centavos. Un verdadero capital, reunido con voluntad y compañerismo. Luego pasaron a una gran discusión porque unos opinaban que con ese dinero se comprara una corona grande, como las que solían poner a la estatua de Morazán, para llevarla y colocarla sobre la tumba de Natalia. Otros creían que era mejor la compra de velas grandes, con unas cintas negras, para alumbrar a la muerta, pues, según decían algunas gentes, los muertos necesitaban luz para su viaje por el desconocido camino de la otra vida. Alguien sugirió que se mandara a oficiar una misa de cuerpo presente por el alma de la extinta. Discreparon. Discutieron a gritos. Regañaron, formando bandos antagónicos, como hacían con el fútbol.

— ¡Nada de todo eso! —les dijo Poyoyo, con autoridad—. Todas esas cosas de nada servirían a la finada. Eso está bueno para la gente de pisto; para pelados como nosotros y como los Cueto, no. Estos nueve lempiras y cinco centavos los entregaremos a Catita y Folofó. ¡Ellos sabrán en qué los gastan! ¡Así será ayuda y no mojiganga!

— ¡Hombre, esta es la verdad! —apoyó *Fierabrás*.

— Sí, compas, los vivos necesitan más que los "dijuntos" —sentenció *Cara-de-hacha*, que no había querido decir "finados" para no mencionar su nuevo apodo.

Pero, como había algunos que todavía apoyaban otros criterios. Poyoyo pidió que el asunto se sometiera al arbitraje de un chofer amigo. Fueron en su busca. Era el mismo que una vez separara a Pachán y a Folofó cuando reñían. Le plantearon el problema.

— ¡Claro! —dijo al momento el árbitro—. Es mejor darles la plata. Eso de coronas, velas y misas es puro relumbrón.

Y el chofer, después de saber la cantidad que habían colectado, contribuyó también completando los diez lempiras.

Así fue. Todos los muchachos, con sus cajas de lustrar en las manos, acompañaron a Folofó hasta su casa en Casamata,

donde Catica estaba inconsolable, siendo atendida por Rosaura, Mónica, Ña Panchita y otras vecinas. De una de las mesitas habían hecho una especie de catafalco, cubriéndolo con una sábana y poniendo un cristo de gran bulto, llevado por Ña Panchita, junto a los otros santos de la familia. Lo adornaron con coronillas de hojas de naranjo y de ciprés. Las velas fueron colocadas sobre el piso, en el pico de botellas de cerveza, por no haber candelabros. En la cocina oficiaban otras mujeres. La choza tenía ya aspecto funeral.

Los lustrabotas se agruparon en la barraca y en el patio bajo los árboles. Fue Poyoyo el que le entregó la plata a Catica.

—Los amigos de Folofó —le dijo suavemente— traemos esto para que les sirva de algo. Y, nosotros, pues, aquí estamos y vamos a ir al entierro. Y si hay algo que hacer, pues, nosotros ayudamos.

Catica recibió el dinero, les dio las gracias y les dijo que se sentaran, aunque, en verdad, no había dónde. Allí se quedaron y, ¡cosa rara! , sin hacer ruido.

Por la tarde vino personalmente la enfermera a buscar a los dos chicos en un automóvil de alquiler. Les acompañaron Rosaura y Mónica. Catica y Folofó querían ver a la madre por última vez, pero cuando llegaron al hospital ya la muerta estaba en un ataúd de pino. Catica se encogía, como si la hubieran castigado. Se había puesto un vestido negro, que Rosaura le hizo en un rato. Folofó iba limpio; el calzón y la camisa lavados y en el brazo una cinta negra, en señal de luto. La enfermera se había despojado de la cofia y guardapolvo blanco y llevaba un traje azul oscuro, casi negro.

Del hospital salieron en el automóvil que Estela había alquilado. Ellos solos siguieron al coche fúnebre del Hospital General y que transportaba varios ataúdes; uno de ellos acogía a Natalia Cueto. Junto a los otros, no se sabía cuál era el de ella. No hubo cortejo fúnebre por las calles de Tegucigalpa y Comayagüela y los dos vehículos iban con la rapidez que permitía la aglomeración del tránsito a esa hora. Tampoco siguieron la ruta que era tradicional para los entierros de categoría, sino la más corta y directa al cementerio general. Este quedaba al occidente, en la falda de un cerro de Comayagüela.

Durante el trayecto, Mónica y Rosaura conversaban. Hacían

reminiscencias de otros muertos y otros sepelios de amigos, conocidos y parientes. Y para todos tenían una misma expresión:

— ¡Que Dios lo haya perdonado!

En el cementerio les esperaba un grupo numeroso: los lustrabotas, varios vecinos de Casamata y mujeres del mercado Los Dolores. Y, para sorpresa de Catica, el hombre más antipático del mundo: don Angelo. Este grupo presenció el entierro, mientras Catica y Folofó, ya sin lágrimas, se mantenían en silencio grave, mucho más elocuente que todos los gemidos. Pero, cuando el ataúd fue descendido al fondo de la sepultura por las cuerdas de los enterradores y cayeron las primeras paladas de tierra sobre él, no pudieron permanecer más en silencio. Folofó, gimió:

— ¡Mamita mía . . . mi mamita . . .!

Y Catica pidió contritamente:

— ¡Que mi Diosito le abra las puertas del cielo! ¡Que papá Salvador la venga a encontrar! ¡Adiós mamita de mi alma . . .!

— ¡Adiós mamita, ..! —repetía Folofó al borde del trágico agujero.

— Vaya, hijos —ordenó Rosaura— échenle un poco de tierra. Es deber de los hijos enterrar a sus padres.

Catica y Folofó obedecieron y, con las manos, tomaron varias puñadas de tierra rojiza, lanzándolas sobre el ataúd de pino, el que produjo un ruido seco y quejumbroso.

Mónica se puso a rezar en voz alta y luego otras personas la secundaron. Atardecía. Oro de crepúsculos en los cipreses, en las lápidas y en las cruces . . . Pájaros haciendo signos interrogativos en el cielo. De la ciudad llegaban los mil rumores en la vida sin término, como un río en torbellino. Por allá, otros grupos realizaban entierros de otras categorías, en los cuales los difuntos quedaban dentro de nichos o de tumbas espléndidas, elevadas en el centro de la ciudad de los muertos. A Natalia Cueto, aún difunta le seguía correspondiendo, como en la vida, un lugar en el suburbio, en donde las tumbas eran anónimas y sin lápidas.

— ¡Descansa en paz, buena mujer! —fue lo último que se oyó.

Algunas coronas de hojas y flores naturales quedaron sobre el pequeño promontorio de tierra removida de la tumba y dos maderos rollizos, atados en forma de cruz. El grupo buscó hacia la salida del viejo cementerio. En la puerta se disgregaron los acompañantes. La enfermera llevó de nuevo a los huérfanos y a las dos señoras hasta Casamata. Ya era de noche cuando abandonó el barrio. Viéndola alejarse, Mónica murmuró afirmativa:

— ¡Yo lo digo siempre: a nadie le falta Dios!

Más tarde la barraca volvió a estar llena de gentes. Unas se retiraban y otras venían a dar el pésame a los Cueto. Ña Panchita se había hecho cargo de la cocina. Temprano habían matado las dos gallinas de Natalia para dar de comer a las personas que les acompañaban. Pero, en la noche, que parecía como velorio sin cuerpo presente, habían aparecido provisiones que Catica no sabía de dónde. Eran obsequios de los vecinos y de las amigas del mercado que deseaban expresar a los huérfanos su sentimiento, aunque fuera con una media libra de café molido, un puño de sal o un terrón de azúcar. Las gentes pobres sabían de las necesidades de los pobres.

—Yo soy tu amigo, Catica; yo te ayudaré en lo que tú quieras.

Tembló la adolescente, como tocada por un látigo, al escuchar aquel timbre de voz. Sin levantar la cabeza supo que eran palabras de don Angelo. Le había puesto un billete de cinco lempiras sobre las piernas, disimuladamente. Catica quedó confundida y, cuando intentó devolver el dinero a don Angelo, éste ya iba saliendo del patio.

Para Natalia Cueto, dura mujer del pueblo, había llegado la hora inexorable del ocaso: para sus hijos comenzaba el día con una madrugada repleta de negros presagios.

—“Sí, hija, ahora comienza tu nueva vida, sola, junto a tu hermanito. Tenés que ser una verdadera mujer”.

Esas palabras le quedaron prendidas a Catica en su memoria. Se las había dicho Rosaura Pinos al dejarlos en la noche, después de rezar Las Siete Palabras con Mónica, Ña Panchita y otras vecinas. Estando presentes los muchachos, compañeros de Folofó, que habían vuelto después del entierro así como los chicos del barrio, el patio aparecía lleno de voces y del hormigueo de la gente.

Catica recuerda ahora los sucesos de esa primera noche de su orfandad. Hace un recuento de las personas que estuvieron visitándoles, de lo que les oyó hablar, de sus consejos; porque, ella no sabía por qué todas las gentes tenían la costumbre de aconsejar a los demás y, especialmente, lo habían hecho con ella en esa noche.

Roque Pinos había llevado un litro de aguardiente para que se les diera una copita a los visitantes. Lo mismo hicieron otros hombres del barrio que, por cierto, hasta entonces, apenas si se habían saludado en la calle. Todo lo que se hizo fue como un velorio. Lo único que faltaba era la presencia de la muerta. Ya tarde, las gentes se habían ido marchando hasta quedar Rosaura por último y quien tuvo que llevar en brazos a Felito porque éste se había dormido. Al salir le había dicho aquellas palabras que ahora le martillaban el cerebro. Tampoco podía

olvidar lo que Lucero le expresara al llegar tarde de la noche desde su trabajo. Lucero era un gran amigo; para ella quizá el primero, y sin embargo, él nunca le decía cosas de mucho afecto. La trataba como a una niña que entraba en la adolescencia. Para Catia, hasta la menor palabra de Lucero tenía un significado esencial.

Y cuando se fue la última vecina y quedaron solos Catia y Folofó frente a los santos iluminados por las velas, desde esa esquina del tiempo una nueva vida se alzaba para ellos. Una vida que comenzaba con la soledad. ¡Qué noche tan larga, tan llena de extraños sonidos, de voces misteriosas y lejanas, entre las que Catia parecía distinguir claramente la de su madre! ¡Cuántas visiones fantásticas provocaba el pánico ante ese hecho fatídico: la muerte; y, ante ese otro hecho, para ellos no menos fatídico, denominado vida! Muy apretujados entre sí, se acostaron los dos hermanos. Ella hacía esfuerzos para que él no se durmiera y le diese valor con su vigilia, pero fue en vano todo, porque Folofó cayó vencido por el sueño a los pocos minutos.

Entonces se sintió rodeada de todo aquel gran silencio, como en un mundo extraordinario, poblado de visiones, de sombras, de cosas invisibles. Allí estaba ella y sus pensamientos. Ella y su llanto silencioso. Ella y su amor de hija, sin madre. Ella y los vívidos recuerdos. Ella y las sombras del futuro impenetrable. Ella y la vida, como dos enemigos frente a frente. Y, más allá de esas imágenes subjetivas, provocadas por el dolor y la angustia, estaba la presencia de la realidad, de la verdad; el molino, el viejo molino de moler el nixtamal para hacer las tortillas cotidianamente. Porque no había otro camino; ella no veía ninguno más que el de continuar realizando esa labor, aunque con su producto no se pagara la casa y demás asuntos fundamentales.

— ¡Mamá...! ¡Mamita de mi alma...! ¿Por qué nos dejaste solos? ¿No nos querías ya? ¿Es que no éramos obedientes? ¿Por qué te fuiste, mamita, así, hasta sin decirnos adiós...?

Y volvía el llanto a raudales. Desde donde estaba, miraba la mesita de los santos: el Crucifijo grande de Ña Panchita, la Virgen de Suyapa, Santa Marta, San Antonio, los cuales aparecían indiferentes, fríos, ante sus penas. Ahora sentía un

profundo resentimiento, casi enemistad infantil, principalmente hacia la Virgen de Suyapa, a la que hiciera una gran promesa para que salvara a su madre, sin ser atendida.

— ¡No nos quiere a nosotros la Virgencita! ¡No quiso escuchar mis pedimentos! ¿Por qué, Virgen santa, por qué? ¿Es que lo que te prometí era muy poco para poder hacerme el milagro? ¡Ay, Virgencita de Suyapa: no me oíste porque soy muy pobre, porque no soy como Gladys, por que no tengo más que mi corazón...! ¡Mamá siempre decía que eras buena,, que te pidiera con devoción porque tú estabas con los buenos, y yo lo creía verdad! ¡Pero, ahora, cuando necesitaba de tu ayuda, me has fallado y has fallado a mi mamá! ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te ha hecho Folofó? ¿Qué te hizo mi mamita? ¿Acaso no hemos sido siempre tus fieles devotos? ¡Sí, ya lo veo, ya comprendo: como somos pobres y no podíamos ofrecerte grandes cosas, te has vuelto enemiga, igualita a la Gladys!

¡Cómo se torturaba Catuca murmurando sus reproches a la Virgen que no la había escuchado ni atendido sus pedimentos! ¡Qué enorme el abismo que comenzaba a abrirse entre sus ingenuas creencias y la realidad circundante!

Cantaron los primeros gallos y Catuca, por costumbre, se incorporó. Luego, se volvió a enroscar en el catre, junto a Folofó. Cantaron de nuevo los gallos en el naranjo del patio. Sólo se dio vuelta. Y, de pronto, se quedó sin imágenes, sin ensoñaciones gratas ni ingratas, dormida, pesadamente dormida, como un tronco. Tres noches tenía de no cerrar los párpados.

Despertó hasta cuando Folofó la apremiaba, dándole tirones.

Se levantaron. Era ya de día. Quizá por primera vez lo hacían al mismo tiempo que se levantaba el sol. Ese día tampoco fue al mercado. Ambos se quedaron en casa. Ella sumida en sí misma, atolondrada por el golpe, indecisa ante la nueva senda que se le presentaba. Rosaura vino temprano a verles; a enterarse cómo habían pasado la noche, a conversar, porque era malo que la niña se quedara sin una compañía grande que la aconsejara y distrajera de sus penas.

Al día siguiente, Catuca y Folofó reanudaron su vida habitual. Rosaura le aconsejó:

—¿Por qué no vas donde don Plutarco Romo y le pides a su esposa que te dé trabajo? En las casas de los ricos necesitan muchachas de tu edad para los quehaceres pequeños. Andá, hija, dicen que los Romo no son personas duras de corazón, aunque parezcan altaneras.

La idea no estaba mala. Si lograba entrar de sirvienta en casa de su ex compañera del primer grado primario, sería un camino excelente. Estaría muy cerca de casa; tendría asegurados los alimentos y podría pagar el alquiler al señor Telmo, que era el propietario de la pocilga que ocupaban y a quien ya debían más de dos meses. Si esto fuera posible, significaría reanudar la amistad con Gladys y la serviría como se sirve a una hermana: con cariño, celo y lealtad. Esa idea fue tomando cuerpo durante los días siguientes.

Durante nueve días consecutivos rezaron el Novenario a la finada Natalia. Por las noches llegaban algunas vecinas. Hablaban de muchas cosas, siempre malas: de desgracias, de enfermedades, del sufrimiento de las gentes. Eso iba demostrando a Catuca que no sólo ellos vivían con penas, que por todos los rumbos las gentes del pueblo trabajador gemían con desesperanza por más oraciones que muchas personas rezaran y promesas que hicieran a los santos de su devoción. Las desgracias ajenas ayudaban a consolar las desgracias propias. Después de esas conversaciones comenzaban a rezar el Novenario que dirigía Ña Panchita. En estos días, Catuca dejó de ir al mercado por las tardes para poder estar atenta a las personas que llegaban especialmente al rezo.

Folofó se comportaba bien; no le provocaba a su hermana ninguna contrariedad y seguía trabajando en la calle, con los demás lustrabotas. Había recobrado su caja de labor el día siguiente del entierro de su madre, sin pagar el tostón a Poyoyo, aunque la deuda quedó en pie. Poyoyo, con elocuente gesto de compañerismo, había venido de manera especial a entregársela en consideración a su desgracia, sin esperar a que se cumpliera el plazo establecido en el convenio. Folofó ahora sentía mayor estima por su colega. Trabajaba, pero al atardecer estaba en casa a donde llegaban Chito y otros muchachos del barrio para jugar con él en el patio. Asistían al Novenario y no pocas veces las personas mayores tenían que hacerles callar mientras rezaban.

Como aconsejaba Rosaura, había que arriesgarse a presentar la solicitud de trabajo en el hogar de la familia Romo. Catica no sabía que para entrar de sirvienta se necesitaban cartas de recomendación y la cédula de identidad. Con las manos vacías se presentó una mañana a casa de don Plutarco. Estaba la esposa, la madre de Gladys. La residencia era confortable y lujosa. Catica nunca había entrado en una casa similar y quedó deslumbrada, cohibida, ante aquella fastuosidad que ni en sueños conociera. La madre tenía rostro bondadoso. Observó con detenimiento a la muchacha descalza y vestida de luto. La había visto muchas veces en la calle.

—¿Tú eres la hija de una señora que murió en la vecindad?

—Sí, señora Romo: soy Catica, la hija de Natalia Cueto, que en paz descanse. Murió de cáncer en el Hospital San Felipe.

—Lo siento, muchacha. Es triste quedarse mota a tu edad. Pero debes tener familia que te proteja ¿no es así?

—No, señora Romo; Folofó y yo somos únicos, sin familia.

—¡Pobrecita, te compadezco! ¿Y qué deseas en esta casa?

Catica vacila. Ante la dama muéstrase muy nerviosa y tímida. No está acostumbrada a alternar con esa gente y piensa que cada palabra puede ser una malacrianza de su parte; pero la mirada sin enemistad de la señora le ayuda para expresarse.

—Yo tengo, señora Romo... digo, yo quiero suplicarle... un favorcito. La niña Rosaura me ha aconsejado que venga. Yo no tengo a nadie más que a Folofó. Yo quisiera que usted me tomara como sirvienta. Sé cocinar, lavar, aplanchar, hacer todo en la casa. Yo...

—Comprendo, muchacha; quieres trabajar en mi casa —la señora toma asiento, mientras Catica queda de pie, tímidamente—. Necesitas trabajo honrado para vivir. Quizá...

La mujer no concluye y queda pensando largo rato. En ese momento entra Gladys en la sala, envuelta en una fina bata y con la cabellera suelta. Catica la ve y reconoce que realmente su vieja amiga es bonita, aunque no tanto como Domitila. ¡Qué fino talle tiene Gladys! ¡Y cómo ha crecido! Cuando estaban en la escuela eran del mismo tamaño, aunque Gladys un poco mayor de edad. Y ahora ¡qué alta, erguida, elegante! Es una señorita.

Gladys ve a Catica y en su rostro de mejillas rosadas aparece un gesto imperioso de engreimiento y sorpresa. Detiene e!

paso, mientras Catica escucha esperando la interrumpida palabra de la dama.

—¿Te anda pidiendo limosna ésa? —pregunta Gladys, despectivamente.

—No; quiere trabajo, de sirvienta, y yo pienso que quizá...

—¿Aquí? ¿En esta casa? ¡Calla, madre! ¡No prosigas! —la señorita avanza por la sala, hasta su madre; en sus ojos hay un brillo de dureza, como el de los cuchillos recién afilados—. ¿Cómo vas a tener de sirvienta a una fulana de la calle, que el primer día te puede robar?

—¡Gladys! —exclama la madre, como improbando aquellas duras palabras de su hija—. Es casi una niña, mota por añadidura; vecina.

—Tú siempre con tus cosas, madre. Como si no pensaras. Aquí no hay trabajo para placeras de mercado. ¿Es que tú no conoces quién es ésa? ¡No, madre! ¡Démonos nuestro lugar! ¡Pídele que se retire inmediatamente! ¡Me ofende su presencia! ¡Si no lo haces tú, lo haré yo!

Catica no espera más. Las palabras de Gladys, de su ex compañera de escuela, la insultan y humillan hasta el extremo de no serle posible contener sus lágrimas y, antes de que la echen, sale corriendo, sollozando, mordiéndose los labios, destrozado su amor propio, ofendida su dignidad.

—¡Me ha dicho fulana, placera y ladrona! ¡No me quiere! ¡Me odia!

¡Cuánta desilusión y angustia le produjo aquel incidente! .

Catica relató a Rosaura lo acontecido y ésta, modificando su antiguo criterio, hizo duras críticas a la familia Romo y comprobó la opinión que Roque tenía de las gentes de arriba, en quienes miraba a los representantes de una clase social que iba de pie sobre la suya, sobre el pueblo humilde y trabajador. ¿Cómo era posible tal ofensa, sin motivo?

Cuando vino Folofo, encontró a Catica llorando, acostada en el catre. Venía alegre por haber hecho varios lustres.

—¡Hoía, hermanita! ¡Levantate y no llores! ¿No ves cómo yo no lloro? Con llorar no vamos a resucitar a mamita. ¡Levantate y tomá! —con gran optimismo le entregó unas monedas de plata, comentando—: Con lo que ganemos los dos, tendremos para pasar como cuando vivía mamita.

Catica se puso de pie y abrazó a Folofó. Era una demostración de cariño que el chico muy pocas veces había recibido de su hermana en los últimos días, y sabiéndose amado, también la abrazó fuertemente.

—Tenés razón, hermanito. Ya no lloraré más. Estamos solos y debemos trabajar para vivir. Tenemos que trabajar honradamente.

—Eso digo yo: honradamente, lustrando, vendiendo tortillas, juntando platita para pagar la casa, antes que nos tiren a la calle.

El muchacho comenzó a hacer cuentas fantásticas sobre lo que podría ganar diariamente y lo que aportaría Catica. Al final, expuso:

—Si nos salen así de bien los negocios, quizá dentro de un tiempo podremos comprar esta casita. No debe ser cara, pienso yo. ¿Querés que le preguntemos a don Telmo si la vende y por cuánto?

Catica afirmó con la cabeza para no contrariarlo. Ella sabía que eran puras ilusiones de su hermano, entusiasmos pueriles por haber ganado unas monedas de plata. Ni siquiera le contó lo sucedido en casa de Gladys Romo. ¿Para qué?

Este día sábado hay un baile en la vecindad. La música llega a la barraca de los Cueto, clara y bullanguera, entre las voces y risas de los bailadores. Folofó ha ido a curiosear y a jugar con los cipotes del barrio. Para ellos es un acontecimiento inusitado. La fiesta es en una casa particular, con puerta a la calle; precisamente donde Magdalena, la muchacha a la que primero apareció el espectro del finado Crescencio. Magdalena es mujer alegre y muy dada a las fiestas y hoy, que es su cumpleaños, ha organizado un baile en casa. Ameniza una marimba de barrio. Hay muchas parejas en la sala; y, afuera, desde la calle, muchos mirones esgrimen sin descanso las tijeras de la crítica. ¡Ah, lo que allí se dice . . . !

Que unas mujeres andaban muy pintadas y que, por eso, debían ser prostitutas . . . Que otras eran ballenas bailando o viejas embarazadas . . . Que los hombres no bailaban, sino que se montaban y cabalgaban sobre sus compañeras . . . Que unos bailaban como puros gringos, algo que no era ni vals, ni tango, ni rumba, ni nada parecido a baile, sino que hacían piruetas como boxeadores que se volvieron locos en el estrecho espacio del ring . . . Que unos ya andaban bolos; que otros sólo buscaban a la Magdalena para pedirle copas de licor y que el licor que brindaba la Magdalena era pura cususa con coca-cola . . . Que éste, quién sabe quién era; que aquél que usaba corbata y andaba peinado como galán de cine, no

llevaba calcetines . . . Que ésta, que la otra; que por aquí, que por allá. Nadie escapaba al filo de aquellas voraces tijeras.

Hay muchas risas adentro y afuera y los muchachos se meten entre los adultos para llegar hasta la primera línea en la puerta del baile; algunos entran y van ocupando espacio en la sala, lo que reduce aún más la pista, por lo que Magdalena, con frecuencia, les grita:

— ¡Cipotes, dejen bailar! ¡Vamos, afuera, afuera pedorros!

— ¡Está bien, niña Magdalena, si es que empujan de atrás!

Los bailadores con más frecuencia salen a la calle a empinarse en la penumbra las pachas de guaro; otros van hasta la próxima agencia fiscal que, en esta noche, está haciendo buena venta de licor. De manera que, al avanzar las horas, las voces se hacen más altas, los rostros se vuelven más alegres con ojos relucientes para ver con más apetito a las parejas de baile, que también se toman más inquietas y ardorosas cuando se trata de amantes o novios.

De pronto se hace un escándalo mayúsculo. Gritos e insultos de hombre. Los chicos pugnan por salir y los mirones corren presurosos porque adentro se ha armado el primer jaleo de la noche entre dos de los asistentes por una bailadora coquetona y rumbera.

— ¡Apártense que tienen pistolas esos jodidos!

No pasa nada. Luego vuelve la calma, prosigue la música y las risas. Se reanuda el baile con más animación y más espacio porque los mirones van ya despejando la puerta para buscar sus casas. Los cipotes comentan el incidente y relatan, inventando, cómo fue el pleito de los enamorados rivales. La Magdalena ha hecho transar a los díscolos y ahora ambos se encuentran tomando un vaso de licor.

Catica había quedado en la cocina, esperando que estuviera el sancocho del maíz para lavarlo y quitarle la cernada. Los gatos la acompañan ronroneando. Oye la música alegre de la fiesta y eso le causa pesadumbre y, aunque le molesta, piensa que la gente tiene derecho a divertirse: el luto sólo es suyo y de Folofó.

Las cosas andan mal. No encuentra trabajo de sirvienta y no tiene persona de alcurnia que la recomiende. Ha continuado elaborando las tortillas y llevándolas al mercado. La ayuda de los lustrabotas y de don Angelo fue oportuna; pagó al truchero

la deuda y ha podido seguir su labor. Sin embargo, el problema no es sólo pasar la vida mediante la obtención de unos cuantos centavos para los frijoles del día: tiene que pagar también la vivienda. Ese es el gran problema que la preocupa a toda hora. Se ha cumplido ya el tercer mes de alquiler y no ha podido pagarle a don Telmo.

Catica concluye su labor; lava los trastos de la cocina; apaga el fuego de la hornilla de tierra, el ocote del tiesto y va a encender el candil en el cuarto. De un baúl viejo saca unos trapos usados, un vestido que era de su madre; probará a rehacerlo para ponérselo. Busca las tijeras y una aguja. Esa noche el viento sopla como amenazando tormenta. Lejanos, por el oriente, hay tijeretazos de relámpagos. Entrecierra la puerta. El tiempo de las lluvias se anuncia. El techo tiene muchas goteras y habrá que taparlas pronto. Es tarde y Fololo no llega por estar viendo el baile de Magdalena.

De pronto, Catica experimenta estupor. Por la puerta y ocupando la entrada con su cuerpo regordete, aparece silencioso un fantasma. Catica queda inmóvil; de sus manos caen las tijeras, el trapo y la aguja. El aparecido es don Angelo. ¡Sí! Es él, con su sonrisa maligna y sus ojos de culebra. Catica, al fin, hace un esfuerzo y se pone de pie haciendo rodar el banco.

—Buenas noches, Catica. ¡No te asustes! ¿Acaso vengo a molestarte?

—¡No, no, don Angelo! Sucede que me asusté. Me entró miedo. Mándese a sentar. ¡Ay, estoy tan nerviosa que hasta los ratones me hacen saltar!

—Te comprendo, Catica. No es para menos después de la desgracia.

—Don Angelo cierra la puerta y, al ver el asombro en el rostro de la muchacha, explica—: Cierro porque hace mucho viento, te puede apagar el candil. No tengas miedo. ¡Yo soy amigo, más que amigo! Dije: voy a ver a Catica, la pobrecita debe estar muy triste. Porque es muy duro perder uno a su madre en tal edad. A lo mejor, pensé, tal vez le pueda ser útil en algo.

La muchacha le escucha; parece serenarse y hasta sonríe, pero en su interior siente verdadero miedo por la presencia intempestiva del visitante que despidе fuerte olor a

aguardiente. En su pensamiento repite: "¡Ay, Diosito, que venga pronto Fololo!"

—Yo sé que ahora estás muy solita, sin protección, abandonada. Es ahora cuando necesitas la ayuda de un hombre. Hace mucho que te vengo ofreciendo mi ayuda, mi dinero; porque yo tengo dinero, Catita, mucho para salvarte de la ruina y la miseria.

—Oígame, don Angelo, yo le agradezco, pero...

—Escúchame, Catita. La vida es dura. Tú estás muy joven para comprender. Con las tortillas no vas a poder vivir con tu hermanito. Yo vengo a ofrecerte mi ayuda —y don Angelo saca unos billetes, mostrándolos a la niña—. No será necesario que dejes esta casa. Yo pagaré los alquileres; soy muy amigo de Telmo, pero has de complacerme. Amor con amor se paga. Yo no te pido que me sirvas en casa, como mi señora; no, las lenguas de la vecindad son muy largas; pero sí, de cuando en cuando, estamos juntitos un buen rato, gozando.

—Don Angelo, yo no...

—No me cortes la palabra, Catita, eso no se hace con los mayores —el hombre se ha venido emocionando de manera que habla y se va poniendo frenético. Deja la silla. Está de pie, nervioso, con una sonrisa bárbara, con el deseo sexual exasperante y lascivo. Va acercándose a la muchacha que, sorprendida y huraña, no le desprende la mirada como temiendo verle saltar, igual que un tigre. Las palabras del hombre salen precipitadamente—: ¡Eres una mujercita bien hecha: bonita, buena, formal, así como Dios manda! ¡No me rechaces! ¡Cede a mis deseos y serás feliz! ¡Tendrás todo lo que necesitas: zapatos, vestidos, polvos, colorete y cuando ya tengas unos años más, nos casaremos!

Ha dicho esas palabras con la sonrisa satánica que a Catita tanto asusta porque es el reflejo de algo extraño, que ella no comprende todavía; pero le causa horror.

—Don Angelo, váyase usted de mi casa.

—¡Cómo va a ser eso, muchacha tonta! ¡Yo te deseo, yo te quiero para mí, sólo para mí! ¡Y hoy vas a serlo! ¡Yo te daré muchos lempiras! ¡Aquí están; no es mentira ni engaño! ¡Tómalos: tuyos son todos!

—¡Salga de aquí, don Angelo! ¡Si no me deja sola voy a gritar!

¡Tonterías! ¡Hoy tienes que dejarte hacer...!

El hombre da un salto impropio de su gordura y logra tomar a Catica de manera violenta. Ella se resiste, forcejeando entre los puños macizos del sátiro. Ve cerca de su rostro la boca aguardentosa, los ojos lúbricos que relumbran como llamas, como ojos de culebra.

— ¡Suélteme! ¡Suélteme, viejo desgraciado! —grita Catica.

— ¡Cállate, cipota cimarrona! ¡A mí no me hagas escándalo!

Le tapa la boca con su boca babeante y la toma por el talle haciéndola rodar y rodando él por el piso de tierra.

— ¡Ayyyyy! ¡Socorro!

— ¡Cállate, cállate!

— ¡Folofo! ¡Niña Rosaura!

— ¡Cierra la boca! ¡Si viene gente te arrepentirás! ¡Yo soy autoridad! ¡Te metería en la cárcel!

Don Angelo no había previsto encontrar tanta dificultad, pero es tarde para retroceder. Ha ido a eso y lo hará. Su morbosa sexualidad le ciega con ímpetus patológicos. El desenfreno de su bestialidad le puede arrastrar al crimen, al asesinato.

— ¡Ayyyyy! ¡Luceeeero! ¡Don Roooque!

Don Angelo es una fiera y no escucha que en el patio se oyen ruidos. Catica percibe la voz de Folofo y sigue resistiendo y atacando con uñas y dientes. Golpean la puerta. Folofo ha llegado y la empuja pero inútilmente. ¿Por qué gritará su hermana como si la hubiera atrapado un fantasma?

Al no poder abrir la puerta corre al otro lado y ve por la ventanilla entreabierta. Se entera de la lucha en el suelo. Folofo se encoleriza. Saca apresuradamente su honda y lanza la primera piedra contra don Angelo. La segunda da en la nuca del agresor. La tercera le golpea la espalda. El sátiro se pone de pie. La puerta está cerrada, pero un nuevo disparo le hace blanco en pleno rostro. Se siente sangrar. Ve a la muchacha que se ha puesto de pie con las tijeras en la mano. Todo su fuego ha desaparecido y, abriendo la puerta, sale a grandes pasos hacia el zaguán respirando como un animal selvático. Aún Folofo logra colocarle un hondazo en las gordas posaderas.

— ¡Catica! ¡Hermanita! ¿Qué sucedió?

Catica está pálida y muy asustada; cierra la puerta, tirándose a una silla con agitación en el pecho.

— ¡Ese demonio de don Angelo me quiso hacer cosas malas!

Folofo queda callado. Pasa su mirada, de Catica al retrato de su padre, con gravedad de hombre. De su diestra aún pende la honda que tan oportuna intervención ha tenido contra el sátiro. Folofó en ese momento desea ser hombre, siquiera como Poyoyo, para ir en busca del canalla. Con voz sorda, dice:

— Mañana iré a la policía a denunciarlo.

— ¡No, no, Folofó! ¡No vayás! ¡Nosotros estamos solos! ¡No somos nadie, Folofó! ¡No tenemos ni madre que nos respalde! ¡El es autoridad! ¡Ay, qué desgraciados somos, Folofó! ¡Mamita, mamita de mi alma: si estuvieras viva...!

— Yo quiero ir a la policía, hermanita; ese viejo puede volver.

— ¡No volverá, Folofó! ¡Nadie se ha dado cuenta de esto! ¡Es mejor callar! ¡Don Angelo tiene mucho cuello, es del gobierno! ¡Dejemos que la pague con Dios!

Los vecinos de la otra casa, que ya se habían acostado, no se enteraron de la agresión impúdica, pues en el baile los gritos eran más fuertes y con ellos se confundieron los llamados de Catica.

Esa noche, ni Catica ni Folofó concilian el sueño.

Allá, en su habitación, don Angelo se había encerrado y se limpiaba en el lavabo la sangre de la pedrada que Folofó le asestó en la mejilla. Busca en su mente cómo justificar ante sí su fracaso y cómo justificar al día siguiente, ante sus amistades, la aparición de esa herida en la cara.

— Mala suerte —se decía—, otra vez será. ¡Qué fierecilla, cómo me mordió! ¡Pero estas son las palomitas que me ha recetado el doctor!

Se lava los mordiscos que aparecen amoratados en su pellejo blanco y sonríe ante el espejo con esa sonrisa diabólica que tanto temor causa en Catica.

La fiesta bailable duró hasta las horas de la madrugada, ya sin marimba, con la vitrola de Magdalena, y, aún después de que la dueña de la casa se despidió de sus invitados y cerró las puertas, el escándalo de los hombres siguió en la calle, frente a la agencia fiscal, con borrachera y disputas.

Folofo se ha constituido en guardián de su hermana. En la mañana, al mediodía y al atardecer, la acompaña al mercado a la venta de las tortillas que, cada día, van mermando en cantidad y en ingresos, porque ya no pueden comprar todo el maíz que compraban en épocas anteriores. Folofo ha perdido su alegría y parece como si fueran más los años que carga sobre sus débiles espaldas. Le preocupa Catia desde la noche en que don Angelo intentó ultrajar su honor. Folofo sabe, más o menos, lo que don Angelo quería hacer de su hermana por la fuerza: era lo mismo que *Garañón* hacía con las mujeres callejeras.

Ese cambio tan brusco en el lustrabotas ha sido notado por sus colegas, especialmente por Lalo y Miguelito. Para ellos, desde el fallecimiento de Natalia, su amigo aparece muy distinto, con esa seriedad que en los últimos días se ha hecho irascibilidad e intolerancia. Y está sucediendo algo raro en los muchachos también, pues a pesar de la antigua amistad y confianza, ninguno lo molesta ni trata de zaherirlo por su cambio temperamental. Inclusive Pachán le mira con respeto. Ahora no permanece todo el día buscando clientes para lustrarles sus zapatos; un par de horas en la mañana y otro en la tarde va al parque. Nadie lo ve al mediodía, al atardecer y menos por la noche. Y es que todo ese tiempo se lo dedica a su hermana. Diríase, por su nueva conducta, que Folofo está

disgustado y rencoroso contra todos, contra la humanidad, y que lleva en su corazón de niño un veneno de adulto para inyectar a los que le rodean.

Ciertamente, en el corazón de Folofó han puesto una dosis de veneno, de malquerencia, de odio prematuro: se lo ha dejado gradualmente la vida de miseria y abandono, pero ha sido don Angelo quien se lo ha hecho aflorar. Todo su rencor es sólo para ese hombre, aunque se ha tornado intolerante y arisco para todos. Su mundo se ha reducido y permanece como **acorralado**, a la defensiva, en espera de la agresión por quién sabe qué lado.

En la casa, Folofó también permanece huraño, como huraña está Catica. Da vueltas y vueltas por el patio, entre las yerbas, recogiendo piedras, disparando su honda, hablando sólo de cosas raras, ensañándose con los reptiles que encuentra. A pesar de eso, no apedrea a los pájaros y cuando les lanza algún proyectil es con el deliberado propósito de no pegarles. A veces se sube a los naranjos y allí permanece quieto, como escondido, en asechanza de su enemigo. Asimismo, se pasa largos momentos mirando el retrato de su padre y el de su madre, tratando de comprender por qué Salvador Cueto nunca había peleado con nadie. Se lo había dicho su madre y no obstante, se resistía a creerlo. Y de sus dudas hablaba a Catica. ¿Cómo era posible que nunca hubiera peleado cuando en el mundo había tanto perverso?

La desilusión que priva en los dos hermanos se hace más profunda. Se sienten como dos animalitos en quien nadie pusiera atención, ni siquiera los santos. Porque Catica, desde la muerte de su madre está muy resentida con la Virgen de Suyapa por no haberla oído en sus peticiones. Hace varios días que no le compra velas; tal vez sea especialmente por falta de dinero; pero es cierto también que ya no siente aquella confianza de ayer; se encuentra defraudada y eso le remuerde un tanto la conciencia.

Un día se presenta el propietario de la barraca, don Telmo. Se han cumplido cuatro meses de alquileres no pagados. Les habla con suavidad, pero es concreto en sus intenciones de lanzarlos a la calle si no hacen, por lo menos, un abono importante para dentro de tres días.

—Yo no puedo esperar más —dijo don Telmo—. Acuérdense que ustedes no son hijos míos, ni siquiera parientes, para estarles dando casa de balde.

Catica conversa con sus amistades en el mercado sobre esa situación desesperante: si no abonan, saldrán de la barraca. La solución que ve la muchacha es entrar a trabajar en alguna casa de familia, tal como le aconsejó Rosaura, porque solamente con las tortillas nunca podrán ahorrar. Las compañeras del mercado le dan orientaciones de familias que buscan sirvientas o que posiblemente puedan necesitarlas; pero todo eso es inútil. Son muchas las mujeres que andan como ella en busca de colocación, más siempre le ganan la partida porque son gentes mejor presentadas, usan zapatos y no andan con ese vestido negro que ya está descolorido; además, ellas llevan cartas de recomendación y sus cédulas de identidad. Sin embargo, a la mayor parte le sucede igual que a Catica y muchas suelen reunirse en el mercado a comunicarse desilusiones.

Una grata sorpresa le ha dado hoy Domitila. En la mañana, cuando Catica vendía las tortillas, la llamó con cierto misterio. Para la huérfana sigue siendo Domitila la mujer más hermosa del mundo y su simpatía no merma, sobre todo cuando ha visto que su amiga se ha reconciliado con el *Colocho*. Domitila, le dijo:

—Catica, deseo ofrecerte una cosa. Pero antes quiero decirte que lo hago porque te tengo cariño y porque sé que lo necesitas.

—Ustedé dirá . . . —No podía imaginarse de lo que se trataba.

Domitila sacó un paquete envuelto en un periódico y se lo entregó, diciéndole:

—Te las regalo. Sentate en ese banco y medítelas.

Catica desenvolvió el paquete con presteza.

—¡Sandalias! —exclamó, con alegría— ¡Qué bonitas son! ¡Y están como nuevas! ¿Y de verdad, me las regala, ustedé?

—¡Sos tontuela, Catical! ¿No te las estoy dando, pues? Ayer me las vinieron a vender, pero son muy pequeñas para mí, no me quedan; pensé en voz y las compré. Me las dejaron muy baratas. Fue una venta por necesidad; por hambre.

—¡Cuánto le agradezco, Domitila! Yo nunca he podido . . .

—No me digás que yo sé cómo vivís con Fololo.

¡Medítelas!

Catica estaba muy emocionada por el obsequio. Se sentó en el banco; se pasó la mano por la planta endurecida de un pie y se puso una de las sandalias; luego la otra. Eran color café, con hebillas grandes y brillantes, como de plata. Ella nunca había usado zapatos. Sintió que sus pies estaban seguros, aprisionados por el suave correa. Era una extraña sensación que la hacía sonreír ingenuamente, sobre todo al verse los pies oscuros, que ya no parecían los suyos. Se los observó con gran curiosidad, como si hasta hoy descubriera que los posee. En el rostro hermoso de Domitila hubo una sonrisa de complacencia.

—¿Ves, Catica? Como si los hubieran hecho especialmente para vos. Andá a vender tus tortillas ¡y que te duren mucho!

—¡Muchísimas, gracias! ¡Qué buena es usted...!

Domitila quedó sonriendo, maliciosamente, como si no estuviera de acuerdo con la opinión que de ella tenía Catica. La muchacha sentía deseos de prenderse del cuello de Domitila y estamparle un beso en esa mejilla sonrosada, pero su timidez no se lo permitió. Casi llorando de la emoción regresó a su puesto, sorprendiendo a las otras tortilleras que la rodearon, haciéndole preguntas.

—¡Vaya —dijo con voz metálica Domitila, desde su puesto—, como si nunca hubieran visto una persona calzada! ¡Alharaquintas!

Así la dejaron en paz y ella ha seguido vendiendo sus tortillas y mirándose a cada momento las sandalias en sus pies, que no parecen suyos y que la hacen sonreír.

—¡Tortillas! ¿Va a llevar? ¡Están calientitas!

Ña Panchita queda viéndola y piensa que Catica se está haciendo mujer o, al menos, así, con sandalias, da esa impresión. ¡Cómo crece la gente de estos tiempos! ¡Suben como la espuma! Así piensa la anciana al recordar, que no hace mucho Catica era chigüina agarrada a la falda de su madre.

Las dos hermanas, Concha y Benita, las que siempre andan con los labios pintados, después de vender sus tortillas se llevan a Catica a la parte alta del mercado. Le tienen una buena noticia: hay una oportunidad de trabajar.

—¿Dónde? ¿Están seguras ustedes que me aceptarán? —dice Catica, mirándose los pies como si ellos fueran ahora los

determinantes— ¿No me pedirán recomendaciones?

—Nada, Catica. No hay necesidad de eso. Es allá, en Comayagüela, en una casa de la Once Calle.

—¿Conocen ustedes a esa familia?

—Seguro; no es familia como las otras; es un establecimiento y necesitan sirvientas para trabajar en la noche.

Catica medita. ¿Trabajar de noche en esa parte de la capital, tan distante de su vivienda? ¿Dejar solo a Folofó? En fin, con tal de obtener trabajo, no importaría; y tal vez sería mejor de noche, pues así podría ocupar el día para otras labores productivas. Recordaba que su madre había trabajado de esa manera en algún tiempo.

—¿Aceptás, Catica?

—Pues sí. Lo difícil es que me acepten. ¿Daré con la casa?

—Nosotras te podremos acompañar esta noche. Te presentaremos a doña Dorita, es la dueña del establecimiento. De aquí nos iremos juntas, después de vender las tortillas. Te pagaremos el bus.

Catica queda muy contenta y agradecida con las muchachas que se preocupaban por su trabajo ¡Y hasta le pagarían el autobús para enseñarle el lugar! Baja las escaleras del mercado, casi corriendo, y repercuten en sus oídos de una manera especial sus propios pasos como antes no habían repercutido. Es un ruido nuevo, con las hermosas sandalias que protegen sus pies. En la acera aún están otras vendedoras de tortillas y Folofó no ha llegado.

— ¡Tortillas calientitas! ¿Va a llevar? ¡Cómprame a mí!

Catica va a sentarse junto a Ña Panchita, esperando a su hermano. La anciana tiene una silla al lado de la puerta del mercado. Quién sabe cuántos años hace que todos los días ocupa ese lugar. Conversa con ella, contándole la bondad de Domitila al hacerle tan interesante obsequio. La vendedora de frutas es una mujer de buenos sentimientos, pero de mala fortuna; así opina Ña Panchita.

—Ya la ves, trabajadora como pocas, pero torcida, más torcida que un cusco, en cuestión de amores. Yo le he conocido tres maridos y de los tres no se hace uno. Todos, lo que han hecho es vivir a costa del trabajo de ella.

—¿Y también el *Colocho*?

—También: ése es un lana. Yo me alegré cuando el otro día lo tiró a la calle: se quitaba un parásito de encima. Pero, ya vez: volvió a metérsele. ¡Pobre Domitila! —y, como para sí misma—: No toda mujer tiene suerte para hacer hogar.

Después, Catica le refiere que al fin va a encontrar trabajo, que esa noche irá con Benita y Concha a una casa de la Once Calle, en Comayagüela, donde necesitan una sirvienta para trabajar de noche; que es donde una señora llamada Dorita, que tiene un establecimiento comercial. Ña Panchita la escucha con atención. Ella fue muy amiga de Natalia y allí, en esa acera, vendieron tortillas juntas.

—¿Es trabajo nocturno y se llama doña Dorita? —pregunta la anciana, como dudando.

—Así me dijeron las muchachas y ellas mismas me van a llevar a mostrar la casa. Son buenas las muchachas ¿verdad, Ña Panchita? ¡Me van a pagar hasta el autobús!

—Trabajo en la noche... —repite, con seriedad Ña Panchita—. ¡Ay, Catica, Catica, por la memoria de tu madre muerta, no vayas!

—Yo necesito trabajar, Ña Panchita. Nos pueden echar de la casa.

—Yo sé que es así, hija, y debes buscar un trabajo, pero... ¡que sea honrado! Estás muy cipota todavía, hija, y sos inocente y buena. Eso yo lo sé. Pero esas picaritas lo que quieren es embrocarte a lo que no debés. No te dejés engañar, son mujeres malas. Su conducta es sucia, muy sucia, Catica.

—No comprendo...

—Ese lugar a que te quieren empujar —dice la señora en voz baja—, no es decente: es un burdel. ¿Sabés qué es eso?

—No, Ña Panchita...

—Es un lugar donde están las prostitutas. Esa Benita y esa tal Concha se encargan de llevar muchachas que andan necesitadas como tú; las llevan con engaños, las enlodan y las dejan para siempre en esa vida de degeneración. Yo tengo ojos, Catica; ya estoy vieja, pero todavía no se me va chancha con mazorca. Esas dos que ves aquí, muy inocentes, vendiendo tortillas en el día, por las noches no las reconocerías.

—Pero eso es como un cuento suyo, Ña Panchita.

—Desgraciadamente es un cuento real. ¡Ay, hija, ya irás aprendiendo a medida que crezcas! Ojalá que esas desvergonzadas no se atravesen más en tu camino. Yo fui amiga de tu madre y no quiero que terminés en una casa de mujeres podridas.

La revelación de la anciana ha provocado una extraordinaria impresión en Catica. Está asustada. Ha recordado la figura diabólica de don Angelo, con su boca babeante y sus ojos malditos. ¡No! Ella no se dejará manosear de los hombres. Si el trabajo es en una casa de mujeres malas, no irá. Será preferible quedarse en la calle, como los pordioseros que duermen en las aceras.

— ¡Jesús, Ña Panchita! ¡Lo que me ha contado me da miedo!

—Da miedo, hija, esa triste verdad. No tenés una idea de las muchachas que se pierden por la necesidad de ganar unos centavos y que caen en las manos sucias de las alcahuetas y de los alcahuetes. ¡Ay, Catica, este mundo está perdido: no tiene salvación! Y lo peor es que yo no veo cómo enderezarlo. ¡Pensar que quizá no tengás ni catorce años y que ya te quieran entregar al vicio...!

—Le agradezco mucho, Ña Panchita. He decidido no ir con ellas ésta ni ninguna otra noche. ¡Preferiré morirme de hambre!

— ¡Que Dios te bendiga, Catica, y te aparte de toda perversidad! —y, como para sí misma, concluyó con cierta irritación—: ¡Qué Dios, ni qué ocho cuartos: en estos mejengues ni Dios ni el Diablo tienen nada que ver! —y la anciana queda murmurando con visible disgusto—.

Folofo llega sudoroso. Se había retrasado y pensaba que ya su hermana podía haberse ido sola. Juntos se van a la parada del autobús. Catica nada dijo a su hermano de la propuesta de las tortilleras; en cambio, desde el primer momento, el tema de la conversación es el regalo de Domitila.

—¿Y sabés una cosa Catica? —dice Folofó cuando iban hacia Casamata, con palabras muy serias y actitud de hombre—. Desde el otro día yo he andado pensando en que debía comprarte unos zapatos. Ya estás grande. Y, a lo mejor, no has conseguido trabajo porque te han visto chufia. A los que andamos así la gente nos ve como a gusanos. ¡Vaya, lo

que son las cosas! ¡Cómo si Domitila hubiera abierto mi cabeza para ver lo que yo pensaba!

Catica le sonríe y hay en su semblante toda la expresión de su fraternidad. Ella sabe que Folofó, con el trabajo de lustrabotas, no podrá jamás reunir fondos para la compra de zapatos, ni para él. Pero siente agradecimiento por su deseo y la enorgullece su manera de pensar y de interesarse en esos problemas.

Lo temido por los hermanos Cueto, ocurrió de manera infalible: don Telmo, el propietario de la casa, llegó exacto, al tercer día, como les dijera. Folofó no estaba y Catica se sintió agotada por la desesperanza.

— ¡Ay, señorcito, aún no hemos logrado reunir el dinero, pero yo le prometo que muy pronto le entregaremos una parte! ¡Háganos una esperita más, por favor!

— No es posible, muchacha; si fuera únicamente un mes o dos, accedería ipero son ya cuatro meses! He esperado suficiente; así, que si no tienes el pago, aunque sólo sea de una mensualidad, tengo que sacarlos de aquí.

El señor no se mostraba agresivo, incluso parecía amigable. No obstante, era intransigente y férreo en su determinación.

— ¿Y qué voy a hacer con mi hermanito, si usted nos tira a la calle?

— Muchacha, ése no es asunto mío. Lo mío es el alquiler y es lo que reclamo. ¿No hay dinero? Bien, entonces, esto se acabó: hoy mismo les quito la casa, porque si yo la he construido es para ayudarme y no para darla "de gorra" a nadie.

— Don Telmo, yo le pido una tregüita siquiera. Con mi hermano obtendremos la plata y le pagaremos justo. Pero no nos deje en la calle, tirados como perros.

Bajo aquella aparente benevolencia, don Telmo se mantuvo

inflexible y frío ante las súplicas. Entró en los cuartos, observando lo que había en ellos, quizá para pagarse con algo de valor. Luego, protestó:

— ¡Cómo me tienen la vivienda; si ya está para caerse!

Catica siguió suplicando, fervorosa, con lágrimas, pero inútilmente; don Telmo no se conmovía con palabras. De repente, prestó atención a los pies de Catica y sonrió:

— La niña no tiene con qué pagar el alquiler de la casa y, sin embargo, tiene para comprarse sandalias lujosas...

— ¡Ay, don Telmo, si usted supiera...! ¡Estas me las han dado de caridad!

— ¡De caridad! Caramba, muchacha ¿y de caridad no podrían darte unos lempiras también esos tus... tus caritativos amigos?

Catica comprendió la insinuación de don Telmo y sintió vergüenza. Nada contestó, mientras él proseguía:

— Muchacha, yo quiero esta casa para alquilarla a un amigo. Ya me ha pagado con anticipación. Lo que te conviene hacer, a mi juicio, es hablar con ese amigo, suplicarle para que te permita ocupar uno de los cuartos. El es bueno, soltero y yo creo que aceptará, si tú se lo pides.

— ¡Ay, don Telmo, yo no conozco a ese señor, amigo suyo!

— Es una buena persona, muy honrado y hace mucha caridad a los pobres. Tú lo debes conocer porque ha estado viviendo en esta vecindad; se llama don Angelo.

— ¡Ah!

La exclamación de la chica no sorprendió al hombre de palabra suave y de resoluciones drásticas. Catica se mordió los labios; quedó viendo inquisidoramente el rostro inexpresivo del casateniente, como para escarbarle sus pensamientos. Catica iba hacia la pubertad, estaba entrando en la adolescencia; era ingenua, sin instrucción ni roce social, pero ante aquella declaración, una sospecha saltó a su mente. No podía ser que don Angelo, el cobrador de impuestos, que decía tener mucho dinero, viniera a alquilar esa barraca miserable, viviendo en una casa mejor.

No siguió suplicando. En su rostro sencillo apareció un gesto de seriedad, de disgusto, de adultez. ¿Qué pretendían de ella? ¿Por qué este otro hombre venía a proponerle convivir en la misma casa con su agresor? ¿Pensarían que acosándola por la

necesidad iba a permitir ser juguete en las manos sucias de don Angelo? ¿La quería acorralar para entregarla al viejo perverso? No tuvo ninguna vacilación la muchacha: prefería la calle, la mendicidad, la total desgracia, antes que ir a suplicar a don Angelo.

—¿Lo conoces, verdas? Pues anda y platica con él.

—No, don Telmo, se equivoca usted. Catuca Cueto no irá hoy ni nunca a platicar con ese don Angelo que de ángel no tiene ni la sombra. Si mi salvación del alma estuviera en sus manos, créame que preferiría mil veces ir a quemarme a los infiernos.

El casateniente se encogió de hombros. Parecía no importarle el asunto, mas su sonrisa bondadosa ya no encubría sus verdaderos rasgos.

—Está bien, muchacha. Tienes que salir ahora mismo.

—Necesito un corto tiempo para buscar dónde meter mis cosas.

—No te preocupes. Como me debes cuatro meses, entonces, esos cachivaches que tienes aquí, quedarán en mi poder hasta que me hayas cancelado la cuentecita. ¡Yo no puedo perder mi dinero!

Catuca quedó helada. ¿Dejarle sus pobres pertenencias? ¿Dejarle todo como pago de la deuda? Era el colmo. Y, sin embargo, aceptó.

—Bueno, pues, quédese con mis chunches, don Telmo —expresó, resignada; mas, luego, reaccionó con resolución—: ¡Quédese con los pobres chunches, pero con mis retratos, mis santos, mis cobijas, mi molino: de ninguna manera! ¡Esos me los llevo yo, aunque usted eche chispas de bravo!

Y, siguiendo la acción a la palabra, entró precipitadamente a la casa, a recoger sus prendas personales y las de Folfo. Con todo ello hizo un paquete que envolvió en una sábana y lo sacó al patio, bajo el naranjo. Desatornilló el molino e iba a tomar el comal de barro, pero don Telmo le golpeó la mano, haciendo caer el objeto que se quebró en muchos pedazos.

—¡Basta! ¡Ni una cosa más sale de esta casa! —Sacó de su bolsillo un candado y después de cerrar la puerta de la barraca, se lo adaptó en las viejas armellas, asegurándose de su cierre.

Bajo el naranjo del patio Catuca quedó pensativa, mirando al hombre que tenía cara de persona bondadosa; luego, deteniendo su vista en la casa cerrada y su comal destruido.

Su resistencia se agotó. Era demasiado infortunio y prorrumpió en llanto. Don Telmo, vio en silencio que todo quedaba resguardado y, sonriendo, tranquilamente se retiró. Al pasar frente a Catica, repitió:

—Mi amigo don Angelo es el que te puede atender. Anda, suplícale. A él le queda la llave.

La huérfana se mordió el labio inferior. Iba a lanzar una imprecación violenta, pero se contuvo. Cuando el hombre desapareció por el zaguán sin volver la cabeza, Catica tomó el bulto y el molino y fue a la vecina morada de Rosaura. La señora estaba acostada, con un fuerte resfrío. Catica le contó lo sucedido y pidióle, por favor, permiso para dejar sus pertenencias mientras solucionaba el problema.

—¡Ay, hija, qué situación! ¿Qué hacer? Yo te daría donde vivieras con nosotros mientras consigues un lugar fijo, pero imirá cómo estamos, casi unos encima de otros! —Era una sola pieza, dividida por pequeños cancelos y atestada de pertenencias. —¡Esos casatenientes, hija, son verdaderas sanguijuelas! ¡No ha terminado el mes cuando viene el recibo de don Telmo! ¡Qué ingrato con ustedes! Dejé tus cosas debajo de ese catre porque no hay otro lugar dónde ponerlas.

—Muchas gracias. Ahora voy a buscar a Folofo.

—Está bien, Catica. ¡Ay, Dios! ¿Qué puedo hacer? —Y cuando la muchacha salió a la calle—: ¡Ah, Natalia Cueto, amiga mía, si vieras a tus hijos...! Y Roque ¿qué irá a decir de esto...?

Catica iba muy nerviosa, con el rostro encarnado de la emoción. Al salir a la calle, vio que por ella subía el automóvil de don Plutarco y, en el timón, conduciendo, Gladys, la que la llamara fulana, placera y ladrona. No sintió esta vez el impulso generoso de saludarla, como otras veces; algo distinto la rasguñaba: la enemistad. Tuvo un mal pensamiento: ¿si le lanzara una piedra y le quebrara los vidrios al vehículo? Mas, sólo fue el mal pensamiento.

Cuando salió a la siguiente calle, al pasar frente a la vivienda de don Angelo para ir a la parada del autobús, su irritación tomó altura porque allí estaban don Telmo y el cobrador de impuestos, conversando y riendo a carcajadas. Ella no pudo callar:

—¡.....!

Nunca se había oído decir una expresión así a la hija de Natalia. Ni ella se daba cuenta de que la estaban enseñando a vivir en una sociedad de lobos, que era como un infierno en la tierra.

En aquella situación tan desesperada, Catica se dirigió en primer lugar al Parque Central en busca de su hermano, quien, después del almuerzo, saliera a su trabajo. Lo encontró en compañía de Lalo y Pachán. Le llamó aparte y le refirió la desgracia. Cuando Folofó levantó la cabeza para ver a su hermana, tenía una mirada de hombre en la que afloraba el acerado chispazo del rencor.

—Todos están contra nosotros, Catica.

—Así es, Folofó. —Luego rectificó, pensando en sus amigas—: No sé. Hay gente buena, pero a nosotros todo nos sale mal, como si un demonio nos persiguiera.

—Un demonio que no se ve y nos anda coleando —murmuró el chico y, ya con voz quebrada, como preludio de llanto—: ¿A dónde vamos?

—¡Qué se yo! En fin, vamos a ver a Ña Panchita o a la niña Mónica, tal vez nos puedan ayudar. Por lo menos que nos den un consejo.

—La vaina es que ellas están casi como nosotros. Viven arrimadas a otras gentes o amontonadas como donde la niña Colacha, la mamá de Lalo.

—De todas maneras, vamos. . .

Sin despedirse de sus compañeros, Folofó se marchó con su hermana hacia el mercado Los Dolores. No había llegado Ña Panchita y esperaron un rato. El mundo en esa tarde tenía un aspecto muy distinto para Catica, que se enroscaba en sí misma con una timidez extraordinaria, como si su situación pusiera una barrera ante los demás seres que la rodeaban.

Cuando llegó Ña Panchita y enteró de los sucesos infortunados, experimentó sincera pesadumbre. El desamparo de los muchachos la conmovió. Ya estaba muy anciana y había sido madre y perdido su único hijo en la guerra del veinticuatro. ¿Cómo evitar que sus ojos se humedecieran ante la tragedia que hoy tenía enfrente?.

—¿Qué puede hacer por ustedes esta vieja inútil? Yo no tengo recursos. Vivo arrimada a una amiga que, por

caridad, sin duda, me da un rincón donde tirarme en las noches. A cambio de eso vendo aquí sus tortillas. Es caridad y es negocio. Pero yo agradezco la caridad. Voluntad y sinceridad sobran a Ña Panchita, pero nada más. ¿Qué aconsejarles? La anciana comenzó a llorar en silencio por su impotencia, por lo que ella llamaba su inutilidad en la vida; y, con disimulo, trataba de ocultar sus lágrimas a la vista de los hermanos Cueto.

—Hola, Catica —saludó Benita, que llegaba—. ¿Por qué nos dejaste esperando para llevarte al establecimiento donde podés trabajar?

—Vos si que andás buscando trabajo y rogando a Dios no hallarlo —expresó Concha, con una sonrisa amigable.

Catica vio de soslayo a Ña Panchita, que se restregaba los ojos y movía los labios como hablando consigo misma. Contestó:

—No me quedó tiempo; tuve qué hacer en casa . . .

—¿Vamos ahora? No perdás la oportunidad. Ve que andan muchas como vos. Doña Dorita es buena con las que le trabajan. Y, así como vos, tendrás enganche inmediatamente. Hoy en la mañana Concha le habló de vos y dijo que te lleváramos.

—Iré otro día; por ahora, muchas gracias . . . —Y, pensó: “¡Si mi mamacita estuviera viva, no me encontraría en esta situación de vagabundeo, expuesta a ir a dar hasta a los burdeles!”.

Ña Panchita, al escuchar la negativa de Catica a la invitación de las hermanas, experimentó tal alegría que no pudo disimular y dijo con acento de triunfo:

—¡Catica es muchachita honrada y ninguna perversa la corromperá! Si su destino es perderse, que se pierdan pero cuando sea mujer y conozca el bien y el mal. ¡Bien hecho, hijita, muy bien hecho!

Benita y Concha, ante las palabras de la anciana, claramente comprendieron que si Catica rehusaba ir al trabajo que le insinuaban, era por culpa de ella. Benita, que era la más atrevida, perdiendo el respeto a las canas, la increpó:

—¿Y por qué tiene que meterse usted en lo que no le importa, vieja habladora? ¿Es hija suya ésta para que le

ande cuidando el culo?

—¿Y vos —saltó Catia, encolerizada— por qué insultás a Ña Panchita? ¿Creés que yo no sé a dónde me querían meter? ¡Vergüenza las debiera de dar ser empujadoras!

—No te hagás la inocente —dijo Concha con sarcasmo—. Parecés una mosca muerta, pero bajo esa cara de hipócrita ¡ay, lo que escondés!

—¡Cho, deslenguadas! —ordenó la anciana— ¡Largo de aquí!

—¡Cállese usted, vieja lengualarga!

Se hizo el barullo dentro del mercado. Hablaban a un tiempo, profiriéndose mutuas ofensas. Por primera vez se oyó en el ambiente la palabra de Catia en abierta discusión y con visibles impulsos de pelear. Participaron otras mujeres, también en defensa de Ña Panchita y, como conocían las actividades callejeras de las dos hermanas, el peso de los argumentos, lanzados concisa y tajantemente, causaron la derrota de las alcahuetas.

Folofó, viendo aquello preparó rápidamente su honda y sus proyectiles, porque ahora él no permitiría que nadie pusiera las manos sobre su hermana; nadie: ni hombre ni mujer.

La bulla concluyó y sólo quedaron los comentarios. En los puestos de venta, los compradores regateaban los precios de las mercancías en un forcejeo verbal con las astutas expendedoras. La voz de Domitila se oía con sonoras modulaciones:

—¡Aguacates, piñas, mangos! ¡Naranjas dulces, como la miel! ¡Si va a comprar, compre, señorón, pero no me toque tanto las frutas porque se magullan y después nadie las compra! ¡Fruta magullada es como novia con velo, pero ya tocada! ¡Mangos, piñas, aguacates...!

Por la avenida Jerez marchaba la línea de vehículos, cuyos choferes perdían la paciencia, metiendo frenos y pitando para no arrollar a los peatones que, al pasar frente al mercado, se tiraba a la vía sin ninguna precaución.

¡Qué horas más desesperantes para Catica y Folofó Cueto! Anduvieron de la ceca a la meca en busca de un techo dónde cobijarse temporalmente. Necesitaban un sitio para trabajar y también para dormir. Todo inútil.

Se sentían apocados en medio de tanta gente. A pesar de haber nacido allí, a pesar de ser de los hijastros descalzos de las calles, quien los viera en esa tarde los encontraría como sencillos campesinos, recién venidos a la ciudad. Folofó, al principio, hizo muchas sugerencias, llevado por su impericia; mas Catica, consciente de la realidad, le hacía desistir de aquéllas que tenían carácter utópico. Otras sugerencias las rechazaba Catica por su timidez y complejo de inferioridad.

Sentados en una banca del Parque Herrera, dialogaban.

—Es que vos, Catica, como que le tenés miedo a la gente. La gente no come ni muerde.

—No come ni muerde, pero . . . —y la muchacha cortó su réplica porque vinieron a sus recuerdos la Gladys, don Angelo, don Telmo, las hermanas alcahuetas. Lo que todos ellos le habían hecho era más que mordidas y dentelladas.

—Mirá, Catica, vamos a Comayagüela, allá es más fácil entenderse con la gente. ¿Cómo no vamos a hallar dónde meternos esta noche? Hay muchas cuarterías viejas y pensiones baratísimas.

—¿Y la plata?

— ¡Achís! —a Folofó se le había olvidado ese detalle—. Es verdad. En cualquier parte siempre hay que sacar el pisto; es lo primero.

—No tenemos ni siquiera dónde poner el molino...

—Ni dónde hacer el nixtamal tampoco, Catuca...

—Ni comal ni fogón ni nada; sólo el molino...

—¿Por qué no vendés ese molino? Allá, en el mercado, te lo compran.

—¿Vender el molino de mi mamá...? ¿Y después con qué muelo el nixtamal? Lo vamos a necesitar.

—Ese es el asunto —y, con seguridad en sus palabras, agregó—: El molino es para vos como la caja de lustrar para mí. Sin eso, quedamos peor que los tuncos.

Más tarde Folofó dijo a su hermana que en vez de estar perdiendo el tiempo, sentados, sería preferible ir a trabajar. Tal vez obtenía algunos centavos y podrían alquilar un cuarto en cualquier rincón de Comayagüela; pero Catuca se opuso:

—No te vayás, Folofó. ¿cómo me voy a quedar sola?

—¡Bah! ¿Y qué te va a pasar? ¿No ves tanta gente por todos lados?

—Por eso mismo, yo tengo miedo. Quedate conmigo y... pensemos.

Folofó meditó. Él era el único defensor de su hermana. Cierto que había gente; pero, como ella decía, quizá algún demonio les andaba rondando, empujándoles a la desgracia, sin dejarse ver. Porque, de otro modo ¿cómo era eso de recibir tantos males sin que la gente tratara de evitarlos? ¿Quién estaba provocándoles desde un sitio invisible? Solamente un demonio.

—Catuca, *treintero* parado no gana flete: movámonos. ¿Querés que nos agarre la noche, plantados aquí como majes?

—Vaya, pues, ¿y qué hacemos?

—Vendamos el molino.

Catuca vacilaba. Era la herencia de su madre. Por fin, se resignó.

—Andá, pues, donde la niña Rosaura y lo traés. Está junto con el bojote, debajo de un catre. O, mejor, traé también el bojote.

— ¡Así se habla, Catíca! ¡Ya vuelvo! —Hizo impulso de marcharse, pero, después de unos pasos, se volvió y le dijo—: Vení, mejor quedate en el mercado y allá me esperarás.

—¿No estarán ya otra vez esas alcahuetas, tales por cuales?

—Me esperarás frente a la iglesia.

Se marcharon juntos, hasta el mercado. Catíca quedó sentada en el atrio de la iglesia Los Dolores, mientras Folofo partió hacia Casamata. A un lado de la puerta mayor del templo se acurrucaba un grupo de mendigos, aprovechando la entrada de fieles al atardecer. Catíca pensó en el trabajo de doña Dorita. Quién sabe, a fin de cuentas, si no hubiera sido preferible probar. Sin embargo, prevalecía en ella la influencia de los consejos de Ña Panchita.

Folofo no tardó mucho. Regresó, cargado con la maleta y el molino atado a la caja de lustrar.

—¿Viste a Lucero? —le preguntó, como al desgaire.

—No; a esta hora está trabajando en el cine. Tampoco había llegado don Roque. La niña Rosaura me dijo que esperara a que llegara su marido, pero preferí venirme antes de que se haga más tarde.

Anduvieron por las cocinas y comedores del mercado proponiendo el viejo molino. No encontraban comprador. Lo más que les ofrecieron, y a regañadientes, fue tres lempiras. Les daba pena desprenderse de tan querido, como importante aparato. Con él se quedaba la fabricación de tortillas y quién sabe hasta cuándo podrían comprar otro.

—“Perdóneme, mamita Natalia —suplicó en su mente Catíca—, pero la necesidad nos hace vender su molino”.

Con los tres lempiras en la mano marcharon hacia Comayagüela, donde, según afirmaba Folofo, podrían encontrar albergue barato. No fue tan fácil hallar una pensión al precio que ellos la requerían. Ya era de noche cuando pudieron obtener el cuarto buscado con tanto afán. El establecimiento tenía un nombre pomposo: *Pensión Imperial*, escrito con letras negras en un tablero clavado sobre el dintel de una puerta ancha, como portón de garaje, iluminada por una luz mortecina.

Un hombre en camisa les atendió con no poca indiferencia. Preguntaron por los precios de los cuartos. Costaban, por

una noche, cincuenta centavos. Después de discutirlo entre ambos hermanos, decidieron, para tener más segura la sombra, pagar de una vez cuatro noches. Les quedó un lempira para la comida del día siguiente o, para hacer más plata, como dijo Folofo, sabedor de que el dinero atrae más dinero.

El cuarto que les dieron era estrecho y no tenía cama, solamente un colchón viejo y muy sucio. Las paredes eran de madera y también de madera un par de bancos y una mesita de pino, sin pintar, que renqueaba de una pata, por lo cual había que tenerla arrimada a la pared. No obstante, sólo el hecho de tener dónde meterse, era un respiro; allí podían sentarse a pensar y a planificar lo que harían al día siguiente; además, y esto era muy importante para Catica, allí estaban ocultos de las miradas de la gente y hasta podrían comer cualquier cosa sin avergonzarse.

Se acomodaron en el cuartucho, cuya luz no era de energía eléctrica, sino de velas, porque la bombilla estaba quemada y el propietario, por lo visto, no gastaba en comprar nuevas. Se acostaron sin desnudarse y fue acertado porque, momentos después, las chinches les atacaron con una ferocidad de fascistas. Resultaba mejor acostarse en el piso que en el mal oliente colchón.

Antes de la medianoche, Catica tuvo la impresión de que había sido un error albergarse en esa pensión. Habían comenzado a llegar hombres y mujeres de ingrata conducta. Bebían puro aguardiente y el vocabulario era grosero, soez, intolerable. Nadie podía equivocarse de que sus actividades debían estar a tono con sus palabras.

— ¡Ay, Folofo, yo tengo miedo de estar aquí!

— No tengas miedo, Catica: así, con la puerta bien cerrada, nadie puede entrar, ni siquiera aquel hijo de mala madre de don Angelo.

Más tarde llegaron varios hombres a tocar la puerta, con violencia. Catica no abrió y los intrusos se retiraron lanzando blasfemias para ir a tocar otras puertas. Folofo, a pesar de sus buenos deseos de permanecer como vigilante y defensor de su hermana, iba siendo vencido por el sueño. Entre tanto, la muchacha meditando intranquila, ponía una frontera de uñas contra la invasión de las chinches. Ni siquiera tuvo la

idea de rezar y, aunque entre sus pocas cosas andaban los santos, no los buscó; estaban aprendiendo ya a no pedirles nada, porque se hacían los sordos con los pobres como ella.

—Folofo, no te durmáis; tengo miedo.

—Si no estoy dormido, Catica, sólo tengo los ojos cerrados.

En un cuarto contiguo, apenas separado con sucia pared de madera, se oían conversaciones que hacían palidecer a Catica. ¡Cómo era el mundo! ¡Hasta dónde podían llegar ciertas mujeres por unos cuantos tostones! ¡Quién sabe si no andarían por ahí las alcahuetas, Concha y Benita, con sus novios. La muchacha se hacía una serie de preguntas que en su totalidad quedaban sin respuesta. No podía comprender por qué tenían esas mujeres que tomar tales caminos o si los mismos eran una necesidad a la que ella también tendría que recurrir. Todo parecía demostrar que eso era obligatorio en la vida; sin embargo, gentes como Ña Panchita y Rosaura opinaban de distinta manera. Finalmente, el lustrabotas se durmió, aunque, a cada momento, se removía a causa de los clavetazos de las chinches. Catica iba también adormeciéndose e ignoraba qué hora podría ser, cuando sucedió algo extraordinario en la *Pensión Imperial*. Se oyeron voces altas, órdenes, gritos, protestas, insultos de mujeres que iban evacuando los cuartos. Catica oyó claramente cuando la pareja que estaba ocupando la habitación vecina se levantó, apresurada. Una voz masculina, decía:

— ¡Anda la policía! ¡Están levantando a las muchachas!

— ¡Ay, carajo, ya caí otra vez en chirona, papacito! —dijo la mujer.

Repercutían los golpes dados en las puertas cerradas y el abrir de éstas con estrépito.

— ¡Abran pronto! ¡Es la autoridad!

Catica despertó a su hermano para que escuchara lo que sucedía en la pensión. Pero instantes después, en la puerta de ese cuarto suyo, se repitieron los golpes y las órdenes.

— ¡Arriba! ¡Todos arriba! ¡Es la autoridad!

La muchacha tardó unos momentos en abrir. Hombres de uniforme estaban parados frente a la puerta, observando hacia el interior. Creyeron encontrarla con un hombre y la encontraban con un muchacho. El delito era mayor:

corruptora de menores. Tal fue la primera idea de los policías, bajo cuyos rostros fieros anidaba una burla.

— ¡Vamos, afuera! ¡Quedate vos, hombrecito privilegiado!

Folofo, semiadormecido, no comprendía aquello; pero se calló y obedeció porque era orden de la policía y, de no atenderla, recibiría lo natural: golpes. Catica salió con timidez y, temblando, siguió a las demás mujeres. Todas fueron sacadas de la *Pensión Imperial* y las metieron en dos camionetas patrulleras que estaban estacionadas en la calle.

— ¿Y por qué me llevan, señor policía? Yo no he hecho nada malo.

— Allí en la dirección darás explicaciones mañana.

— ¡Callate vos —dijo una de las hetairas—, estás todavía mamona y ya querés engañar a las autoridades!

— Ahora estás con papadas —se burló otra que iba junto a Catica y que despedía intenso olor a perfume barato y a licor—. Te querés hacer la honrada y te echás encima hasta cipotes de teta.

Otras mujeres rieron con sarcasmo del llanto de Catica. Las borrachas gritaban diciendo palabras obscenas, sin atender las órdenes de silencio de los guardias. Fueron conducidas a la central de policía. Su entrada despertó a todo el barrio por el escándalo que hicieron. A dos de ellas tuvieron que meterlas a la fuerza y casi a rastras.

Catica, entre ellas, pasó a una celda iluminada y en la que había algunas tarimas. Las mujeres no se impresionaban por la prisión y la tomaban, unas con cierta alegría, otras con disgusto porque les habían interrumpido su negocio y ahora tendrían que pagar multa. Estas insultaban a los policías y aquéllas se burlaban impúdicas. Entre ellas mismas se trataban con palabras irrespetuosas.

La muchacha, enrolada injustamente entre aquellas callejeras, se sentó en una esquina, al lado de otra que se había tirado indolentemente al piso, con intenciones de dormir. El llanto era inconsolable en Catica. Otra mujer vino y se aproximó a la huérfana, dirigiéndole la palabra, con familiaridad, para darle valor en aquella situación. La consideraba como una de su misma categoría; pero, sin duda, nueva en el negocio: una principiante que ingresaba muy

joven a la vida alegre.

—Lo que te puede hacer daño —le dijo— es que estás pichona.

—¡Si es que yo no soy... no estaba haciendo nada malo...! ¡Estaba con mi hermanito, Folofo, allí... porque no tenemos dónde dormir...! ¡Alquilamos un cuarto muy barato... por eso nos quedamos...! ¡Mi mamá hace poco que murió... en San Felipe! ¡Yo le juro que no... que no soy...!

—Muchacha tonta ¿y por qué te metiste en la *Pensión Imperial*? ¡Ah, cipota, parece que venís bajando de la montaña!

La mujer comprendió que había en realidad un gran error y abandonó su suspicacia. Le aconsejó que se acostara en el piso, pues ahora no podría resolver el problema, sino hasta el amanecer. Catica le obedeció; pero no pudo dormir un solo instante. ¡Los pensamientos que agitaron en esas horas su enfebrecida cabeza!

Cuando amaneció, fue aquella mujer la que apeló ante los guardianes para que sacaran a Catica antes que a las demás, porque ella no era prostituta. Catica, al oírla, le echaba bendiciones en silencio.

—Bonita estás —le criticó otra, la misma que olía a perfumes baratos y desde temprano rogaba a los guardias que le dieran una copa de licor—. A mí no me engaña una mosquita muerta como esa.

Las dos mujeres discutieron por Catica, pero ésta fue llevada en primer término ante un inspector en las oficinas de la policía. Catica explicó la verdad y mencionó a todas las personas que la conocían en el mercado y en Casamata. Quisieron mandar a traer a Folofo, pero éste ya se encontraba frente a la Dirección, en espera y con el bojote de sus pertenencias y su caja de lustrar. Lo hicieron entrar y también le tomaron declaración, la que coincidió totalmente con lo dicho por su hermana. Se esclareció el error.

—Lo siento mucho, jovencita —dijo el inspector—. Yo le aconsejo que no vuelva a meterse en esos antros de perdición porque es fácil confundirla con esas otras. Además, allí usted corre *mucho* peligro; le faltarán al respeto y usted está aún muy joven. Debe buscar los caminos de la honestidad. Hay

que trabajar, joven, el trabajo dignifica e impide estos problemas.

—¿Y dónde trabajar, señor? . Lo peor es que no tenemos ni dónde vivir —dijo Folofó, con palabras tímidas—. Yo gano algunos centavos con mi trabajo, pero Catita ya no puede echar tortillas y no encuentra dónde servir de criada.

— Hay que buscar —repitió el jefe de policía con indiferencia, y, haciendo una señal a un guardia, le ordenó: Pongan en libertad a esta muchacha y llame una por una a esas otras.

La pusieron en libertad. Seguida de Folofó, salió de la central de policía, muy de prisa; se sentía avergonzada, como jamás lo estuviera en su vida. ¿Caer en una redada de mujeres callejeras cuando ella era, cierto que muy pobre, pero honrada y andaba en busca de una familia dónde poder ganarse el sustento con dignidad? ¡Ella, que no había aceptado trabajar donde doña Dorita para evitar el contacto con las prostitutas! . Era el colmo de su desgracia.

Ya no lloraba, pero sufría intensamente. Se sentía humillada, ofendida, maculada, como si don Angelo hubiera logrado sus insanos propósitos; como si Benita y Concha hubieran pisoteado su alma. Le parecía que todas las personas que encontraba en las calles, al verla, pensaban: "Esa es de las que anoche pusieron presas en la *Pensión Imperial*. ¡Tan pequeña y tan degenerada!" Y tales pensamientos la amargaban dolorosamente por saberse inocente de toda culpa.

— ¡Ay, mi mamita, si estuvieras viva!

Folofó, una vez que la policía iba quedando más lejana, de igual manera iba recobrando su valentía. Ahora expresaba a Catita toda su inconformidad y su rencor de hombre contra las autoridades que no sabían distinguir entre una persona honrada y una prostituta. Sin embargo, en cuanto aparecía un guardia uniformado por la calle, se callaba y se apretaba a las piernas de su hermana.

En la *Pensión Imperial* les esperaba otra sorpresa. Cuando dijeron al propietario o empleado que dejaban el cuarto y que les devolviera el pago adelantado, se los negó rotundamente.

—Aquí no se devuelve dinero a nadie. ¡La ley es la ley!

Las súplicas de Catita y las amenazas de Folofó de ir a denunciarlo a la policía fueron inútiles. No les quedaba más

que abandonar el sitio porque no estaban dispuestos a seguir de inquilinos en la pensión, después de lo sucedido.

—Quédese con nuestra plata —dijo Folofó al salir—. ¡Que le sirva para que le compren velas cuando entregue los caites.

Van ahora a la deriva; ella con el atado en su cabeza y él con su caja de lustrar, pendiente del hombro. ¿Hacia dónde? Esa es la pregunta que como tizón encendido les quema la cabeza.

—Pues vamos al mercado, Catica. Allí te podés quedar mientras yo voy a hacer "la conseguida".

Calurosa está la mañana y ellos van de Comayagüela a Tegucigalpa. En el puente Carías les alcanza Lalo. ¡Qué alegría encontrarse con el compañero! Lalo ignora lo que les ha sucedido y le pregunta:

—¿Va-va-va-vas al pa-pa-pa-parque?

—Sí; después de que vaya a dejar a Catica a Los Dolores.

—En-en-en-entonces voy con-con-con vos.

Los tres continúan. Catica adelante y los dos chicos atrás, conversando de sus problemas profesionales. En una bocacalle les interrumpe una muchedumbre. Es una manifestación popular. Se oyen vivas y gritos de júbilo. Folofó, Lalo y Catica se detienen, como muchos otros transeúntes, a esperar que pasen los manifestantes. Son numerosos muchachos y muchachas de uniforme; escolares y colegiales; van en apretadas filas, llevando cartelones y banderas. Catica observa los rostros alegres de las muchachas, que son de su misma edad, limpias, calzadas, saludables, felices.

—¡Gladys! —exclama sorprendida— ¡Mirá, Folofó, ahí va Gladys!

Folofó se empuja y logra ver a la muchacha que va sonriente con sus compañeras de un colegio privado. Catica recuerda lo que dijo en presencia de su madre, cuando fue a buscar trabajo a su casa. Algo muy sensible le está doliendo a Catica ante esa reminiscencia ingrata. Endurece las facciones de su rostro adolescente y muerde sus labios.

—¿No nos van a dejar pasar esas gentes?

—Es que son de varios colegios y escuelas —dice un transeúnte.

—¿Y en qué andan? —pregunta Folofó, limpiándose el sudor de la cara con el dorso de la mano.

—Quizá van a encontrar a algún baboso —contesta otro señor,

con un tono zumbón—, como el otro día que obligaron marchar a los escolares hasta Toncontín para recibir a un gringo, bajo un sol bruto. Y hubo como cincuenta niños desmayados.

El mismo transeúnte que antes contestara a Catica, les informa como si no hubiera escuchado lo anterior:

—Esos colegiales andan anunciando la Ciudad de los Niños.

—¿Ciudad de los Niños? ¿Van a tener ciudad propia los escueleros?

Folofo y Lalo saben que ellos son hombres de trabajo y, por lo tanto, eso no les incumbe; los niños son como Miguelito; ellos son lustrabotas, personas que se ganan la vida trabajando cotidianamente. Sin embargo, les gusta el nombre: Ciudad de los Niños. Las palabras suenan bonitas. Folofó se las repite a su hermana, que también ignora su significado. Ella se encoge de hombros y resopla por el calor; su pensamiento está en aquella prostituta que en la cárcel la trató con amabilidad ¡y ni siquiera le preguntó su nombre!

—El presidente de la República ha dicho que la Ciudad de los Niños será una realidad en este mismo año. Ya señalaron el lugar —dice un hombre bajito, conversando con otro que lleva una cartera de piel en la diestra.

—¡Son papadas! Esos políticos de las oligarquías sólo hacen promesas y propaganda para engañar al pueblo. ¡Pura demagogia!

—¡Eso es cierto, vos! Colorados y azules son igualitos, como cortados con la misma tijera . . . ¡y por el mismo barbero!

—¿No te acordás del escándalo propagandístico de la Ciudad Hospitalaria? Y total: inones! ¡Pura demagogia de tanto lépero!

—¡Vaya, al fin nos dejan pasar, Lalo!

—Co-co-co como que no ti-ti-tienen que ha-ha-ha hacer . . .

—Sigamos, que este sol está que arde —invita Catica, avanzando.

—¡Qué cosas! —señala Folofó, sonriendo—. Lo que la gente se inventa, compa Lalo. ¡La Ciudad de los Niños...! ¿Oíste los gritos?

Aún se oye el eco de los vivas de los colegiales manifestantes. En torno de los tres muchachos se agita la

muchedumbre comentando el proyecto que el Gobierno
pregona por todos los rumbos del país.

La noticia de que Catica Cueto había sido llevada a la policía en una redada de mujeres callejeras, ya era conocida en el mercado. ¿Cómo había llegado antes que ellos? Era un misterio para Catica, y lo que pensaba mantener como un secreto, era ya vox populi. Las vendedoras le hicieron rueda para saber cómo había sido el acontecimiento. Tuvo que relatarles los hechos. Muchas condenaron la actitud de la policía y del propietario de la pensión; otras, como Benita, llegaron hasta la calumnia.

—Ya lo decía yo: ustedes no conocen a esa cipota. Ahí donde la ven, apajuilada, tiene más experiencia que cualquier grande.

Pero Benita tuvo que callar su vil propaganda porque Domitila, que la escuchó, le ofreció ponerle la cara verde a trompadas si continuaba con tales insultos. Meterse con Domitila era algo muy serio, pues ni siquiera el *Colocho* resistía a sus golpes.

Mientras Catica se quedaba en el mercado, Folofo se marchó con Lalo a buscar clientes por los alrededores, para luego ir a su centro: el Parque Morazán. Más tarde, Ña Panchita, llamó a Catica para regalarle unas tortillas con queso. Al entregárselas, le dijo:

—No te aflijás, hija. Desde anoche he estado hablando con doña Meches, esa señora que me compra tortillas, para que te

lleve a su casa como sirvienta, aunque sea ganando poco, o bien, que te dé un lugarcito en su vivienda a cambio de que le ayudes en algunos quehaceres. Así viven muchas, como hijas de casa y no viven mal, Catica. Doña Meches es una buena mujer, muy seria y respetuosa. Al mediodía vendrá otra vez. No te andés muy lejos.

—¿Y usted cree que me llevará a su casa?

—Eso lo veremos pronto. Tal vez Dios le ablanda el corazón.

—Muchas gracias por todo, Ña Panchita. Por ahí voy a estar en las cocinas. Yo por encontrar dónde meterme con Fololo hago cualquier cosa.

—Está bien. En estos casos hay que decidirse, pero... sin perder la compostura decente, hija, porque la honradez en las personas es como un vaso de vidrio: si se te quiebra, ya no tiene remiendo.

—No lo olvidaré, Ña Panchita...

En las cocinas había poca claridad y Catica se refugió allí, más que todo para ocultarse de las demás tortilleras que iban llegando. Sentía gran vergüenza por su desgracia de la noche anterior. ¿Ser detenida por sospechosa de ejercer la prostitución? Era como para morir de pena y amargura. Entre todas sus preocupaciones había una mayor: lo que pudiera decir su amigo, Lucero Pinos, al saber lo sucedido. Quizá hasta podría perder su amistad para siempre.

Puntualmente, como todos los días, llegó la señora Mercedes Nuila a comprar las tortillas para el almuerzo. Vivía cerca, a unas pocas cuadras, por el barrio El Jazmín. Era robusta, ya de bastante edad, de andar lento; usaba anteojos y sus vestidos amplios le llegaban hasta los tobillos. Tenía dos hijos adultos y varios nietos. Habitualmente compraba las tortillas a Ña Panchita y muchas veces conversaban largos minutos, como viejas amigas.

—¿Qué me dice, al fin, doña Meches? —preguntó la tortillera, al entregarle su mercancía— Hágase una buena caridad recogiendo a esos dos huérfanos. Dios se lo pagará.

—¡Ay, Ña Panchita, voluntad no me falta —contestó la aludida— pero vaya usted a saber qué clase de muchachos son...!

La anciana relató encomiásticamente las virtudes de Catica, su gran predisposición para el trabajo y su desenvolvimiento

como cabeza de casa.

—Ella mantuvo a la madre enferma y a su hermano que trabaja lustrando en la calle.

—Cipote de la calle no me conviene; tienen unas costumbres que asustan hasta a la gente grande. Pero a la muchachita, si fuera así como usted dice, pues tal vez la llevaría a casa. ¡Claro, yo no lo haría más que por caridad! ¡Hay que servir a Dios, Ña Panchita!

—Espere, ya la llamaré.

Ña Panchita, con rapidez increíble a sus años, fue en busca de Catica. Un momento después regresaba con ella.

—Aquí la tiene, doña Meches. Véala usted, es una mujercita hecha y derecha. Eso sí: muy honrada. ¡Yo se lo garantizo!

—Ven, muchacha, ya te conocía, aquí mismo.

La señora quedó observándola minuciosamente, como si se tratara de la compra de un objeto; le tocó los brazos, sintiendo bajo la presión de sus dedos, que eran fuertes. Hasta los dientes la hizo mostrar, no fuera que tuviera piorrea. Mercedes vio que la muchacha podía ser una excelente sirvienta, como le decía Ña Panchita. Después, habló:

—Bueno, muchacho, pareces estar en condiciones saludables.

—Y, dirigiéndose a Ña Panchita—: Yo la podré ayudar como pobre que soy, pero con la condición de que sea obediente y bien portada; porque hay muchas que son desagradecidas por más favores que se les hagan. — Y, con palabra más pausada, invitó a la muchacha—: Bien, Catica, si quieres venirte conmigo como hija de casa, anda y trae tus cosas.

— ¡Oh, señora, yo le agradezco mucho su buena intención! Iré con usted y le ayudaré en todo lo que pueda. Yo sólo necesito un lugarcito para dormir con mi hermano, Fololo.

— ¡Ah, olvidaba esto! Esa es la única dificultad que hay, muchacha. Yo soy pobre. A tí te puedo dar un lugarcito, pero no a tu hermano. Si quieres venir, ha de ser sola. No puedo comprometerme a más.

— ¡Caramba, Ña Panchita! ¿Y mi hermanito?

— ¡Ay, hija ¿qué hacer? —Ña Panchita temía que ahora Catica rehusara la oferta de doña Meches—. Mira, Catica: tu hermano ya está grandecito y es hombre. El podrá arreglarse en cualquier parte, con sus camaradas; pero tú, no. La mujer es mujer y necesita un lugar seguro y de respeto. —E iba a decirle

sobre lo sucedido en la noche, pero tuvo prudencia y se lo guardó, no fuera que doña Mercedes cambiara de parecer al enterarse de la detención policial.

—Entonces . . . ¡ay, qué pena! Bueno, cuando venga Folofó usted le cuenta todo, Ña Panchita, y ¡se lo recomiendo! ¡Pobrecito!

—Así lo haré, Catica. Anda, trae tus cosas. Al fin, Dios te ha puesto un buen camino. Contaré a Folofó todo lo sucedido. ¡Anda, hija!

Minutos después Catica, con su lío sobre la cabeza, dejaba el mercado siguiendo los pasos lentos de doña Mercedes Nuila, quien le hablaba con acento plañidero acerca de sus pobreza. Catica ponía completa atención a su protectora, sobre todo cuando ésta le hablaba de la caridad cristiana como obligación ineludible de toda buena católica.

En el barrio El Jazmín, en un edificio de una planta, entraron. Se oían voces de niños en un corredor interno. Era la hora del almuerzo. La casa estaba limpia; contaba con varias habitaciones; una cocina también muy aseada y con una estufa de hierro, cuya chimenea salía por un agujero labrado en la pared de adobes. Más allá de la cocina, una despensa y los servicios sanitarios. Un pequeño patio con gallinero; todo cercado de alto muro; el portón quedaba hacia el lado de la calle.

— ¡Abuelita! ¡Llegó la abuelita con las tortillas!

Eran tres niños; el mayor de cinco años y la menor de uno, que apenas caminaba. Fueron al encuentro de la abuela y se sorprendieron al ver a la joven desconocida. Una mujer maciza, de unos treinta años, salió de la cocina con un delantal puesto y el rostro enrojecido por el calor. No era fea, pero tenía el semblante muy severo.

—Creí que le había sucedido algo, doña Meches . . .

—No pasó nada y sí pasó —contestó la aludida, señalando a Catica—. Aquí te traigo una ayudante en los quehaceres, hija.

—Al fin encontró una sirvienta —dijo la mujer, observando a Catica con seriedad, como disgustada—. Con tal que no nos salga como la otra. ¿Y cuánto cobra por mes? ¡Porque, para pedir . . .!

Mercedes le contestó en voz baja para que Catica no oyera:

—No cobra nada. Es mota y no tiene dónde meterse, y yo,

de corazón blando, dispuse hacer esta caridad cristiana. ¡Aquí la tienes! —Y, dirigiéndose a la muchacha—: Catita, esta es Sara, mi nuera y a quien tienes que obedecer como si fuera a mí misma. Es la esposa de mi hijo, Rodrigo. ¡Ah! y también tengo una hija grande, se llama Esther, a quien igualmente debes obediencia. Estos chigüines son mis nietecitos; los vas a atender bien, ellos te van a querer mucho ison un encanto!

—Está bien, doña Meches, yo le agradezco de todo corazón...

—Vení —dijo Sara, con seriedad, llevándola a la cocina—: veremos si sos capaz de hacer algo. Estarás como hija de casa, pero has de ganarte la comida, ayudándome.

—Yo sé trabajar en la cocina; mi mamá me enseñó desde así —y Catita extendió su diestra, a la altura de la rodilla.

—Es que hay muchas que no saben ni lavar un plato.

Catita depositó su maleta al pie de una columna de madera y pasó a la cocina. La rodearon los tres chicos con cara risueña y miradas maliciosas, como queriendo aproximarse y hablarle.

—Mirá, cipota —dijo la señora del delantal—, para comenzar, pasá aquella leña que está en el zaguán a esta esquina de la cocina. Andá y después barrés el zaguán. La basura se echa allá, en aquel cajón.

Catita obedeció al momento. En los brazos se ponía la leña y la iba trasladando al lugar indicado. Cuando llevaba los últimos palos, al pasar la puerta de la cocina, sus piernas se enredaron en algo y, sin poder guardar el equilibrio, cayó con la carga en el piso, haciéndose daño.

—¡Ayyyyy... me caí...!

La risa de los niños grandes secundó su lamento. Entonces vio Catita que el mayor era el culpable de su caída: le había metido entre las piernas el palo de la escoba. Sara también se dio cuenta. Dijo:

—Como que no andás muy fuerte de las piernas. Te caés de gusto.

—Fue ese palo de escoba —e iba a decir que por culpa del niño, mas se calló y, viéndole reír, ella también se rió mientras el chico ya con gran confianza, se le acercaba, explicándole:

—¡Esta escoba es muy mañosa, vos! ¡Hasta mi papi se ha caído aquí!

—Oí, cipota —previno Sara—, tené cuidado con este

chigüín. Tiene la manía de hacer caer a la gente con esa escoba.

Así son los niños, doña, muy juguetones.

Luego fue a barrer el zaguán y a tirar la basura en un cajón grande.

—Llevé la comida al comedor —le ordenó Sara—, pero antes lavate las manos. Después ponés estos frijoles en el fuego, con suficiente agua. Lavás estos platos que están sucios desde anoche. Fregás el piso, pues no he tenido tiempo de hacerlo desde la semana pasada. Cuando terminemos de comer, traés la vajilla y la lavás con cuidado. Se pone aquí, bien seca. ¡Ah! y tené cuidado, pues no hay que gastar mucho jabón.

—Está bien, doña.

En silencio, Catica comenzó a trabajar. Llegó el marido de Sara. Era un hombre joven, de buena presencia, quien trabajaba en una casa de seguros. Se oía su voz alegre, en el comedor, jugando con los hijos. Después llegó Esther. Era menor que Rodrigo. Mecnógrafa en un Ministerio. No era fea, pero se desenvolvía con una petulancia chocante y su palabra sonaba drástica e imponente. La presencia de Catica fue recibida con cierta indiferencia por los miembros de la familia Nuila. Más tarde, cuando había terminado todos los trabajos que le asignaran, Sara y doña Meches inspeccionaron la cocina quedando muy satisfechas. ¡Habían hecho una buena adquisición!

De los sobrantes del almuerzo le llenaron un plato para que comiera en la cocina. Tenía hambre y dejó limpia la vasija. Después lavó toda la vajilla con una pericia que sorprendió a Sara. Mercedes le mostró un cuartucho que quedaba contiguo al baño. La hicieron llevar allá un catre viejo que sería su dormitorio. El lugar estaba muy sucio pero ella barrió y limpió todo.

Por la tarde, continuó laborando en la cocina. En presencia de Sara, preparó arroz, carne, huevos y frijoles fritos, así como otras cosas que le ordenaron hacer. Sara estaba sorprendida de que una cipota que apenas tendría catorce años fuera tan capaz en las faenas de la cocina. Quizá se desenvolvía con mayor efectividad que la propia Sara y que doña Meches. En cuanto a Esther ¡ni hablar! Con Sara no andaban muy

cordiales las relaciones de la cuñada porque todo el trabajo de la cocina y, en general, de la casa, se lo dejaba a ella, mientras Esther se iba de paseo, tratándola como a una sirvienta. Mucho se debía a eso que el carácter de Sara fuese tan propenso al disgusto.

A las diez de la noche, Catica dejó la cocina para acostarse en el c a t r e. Estaba cansada, pero tenía un sitio seguro donde dormir. Allí había espacio suficiente para Folofo, mas, doña Meches no quería que él viviera en su casa. Se sentía sola, muy sola entre esa familia extraña que recién conocía. Sin embargo, se durmió tranquila, sin temores por su seguridad, pensando únicamente en la suerte de su hermano, de quien nada supo en el resto del día. ¿Con cuál de los muchachos lustrabotas se había ido a dormir?.

Al amanecer, antes de que se levantara la familia, Catica estaba de pie y fue a la cocina. Hizo el fuego, puso agua y preparó café. Barrió el comedor, el patio y la sala de recibo. cuando se levantaron los Nuila, ya Catica estaba preparando el comedor.

—Parece que ha tenido buen ojo —encomió Sara a su suegra.

—La caridad, hija, la caridad con desinterés resulta siempre premiada por la mano divina.

La familia había obtenido una sirvienta muy eficaz y, sobre todo, gratuitamente, aunque doña Meches, decía:

—Vivirás aquí como hija de casa. Lo hacemos sólo por favorecerte. Hoy día a la gente no le gusta hacer caridad. Así que, pórtate bien.

Y Catica Cueto, humildemente, ofrecía un comportamiento digno de tan humana bondad.

Todo el resto de la mañana, hasta mucho después del mediodía, anduvo Folofó con su socio, Lalo, recorriendo lugares propicios para ganar centavos lustrando zapatos a los caballeros. Fueron por los ministerios, entraron en numerosas barberías y cantinas, sin obtener mayor provecho. Lalo se retiró del parque por que dijo tener hambre. Folofó marchó al mercado Los Dolores y llegó allá cuando ya las tortilleras se habían ido. En una cocina compró un plato de frijoles y un par de tortillas. Durante largo rato estuvo sentado esperando que Catita apareciera, pues consideraba que se había ido con Ña Panchita, quizá para ayudarle a echar las tortillas de la tarde.

Como su hermana no llegara, se fue a dar otra vuelta por el Parque Central y anduvo con *Cara-de-hacha* y otro chico por el barrio Palmira, más por vagabundeo que por esperanza de encontrar clientes. Retornaron a su centro ya por la tarde, cuando hacía mucho que Miguelito voceaba periódicos en la esquina del Café de París. Logró hacer un par de lustres y, antes de que la noche se viniera encima, fue de nuevo al mercado para ver a su hermana y planear, juntos, cuál sería el rumbo que tomarían en esa otra noche.

Allí estaba Ña Panchita y cuando le preguntó por Catita, la anciana le informó lo sucedido por la mañana y que se encontraba trabajando en casa de doña Mercedes Nuila. Folofó se alegró mucho. Esa era una buena solución. No pensó

en su problema personal, por lo que, al saber que solamente a Catica daban albergue, no tuvo ningún asomo de queja ni resentimiento. Claro que a él le gustaría estar con su hermana, pero si eso no se podía, no importaba.

Na Panchita le dio las señas de la casa de los Nuila y Fololo marchó allá con el objeto de verla. Se paseó largo rato por el frente, sin poder verla. Se sentó en la acera y vio cuando una señorita salía, acompañada de un joven, en automóvil. Sin duda iban para el cine. Estuvo hasta tarde y oía voces, pero Catica no salió. Una vez oyó que la llamaba una mujer y le pareció escuchar la contestación. Convencido de que no era posible hablarle, se retiró con enfado.

Sin darse exacta cuenta, se encontró pasando el puente Carías. Levantó la cabeza y sus ojos se tropezaron con el río. Entonces sintió hambre. Siguió recto hasta el mercado San Isidro. Estaba ya cerrado; en la calle, una mujer vendía café y tacos. Compró dos y una taza de café y, sentado en el borde de la acera, comió con avidez. Compró otros dos tacos y los envolvió en un papel, guardándolos en la caja de lustrar. Fue por la calle y, en los bares abiertos, entraba para proponer lustre a los que allí estaban tomando, jugando billar o simplemente observando. Así anduvo por Comayagüela durante largo rato. Había mucha luz en las calles, mas la gente iba siendo menos. Pensó entonces en dónde pasar la noche. Si se iba a Casamata, tal vez podría encontrar algún sitio con cualquier amigo, quizá en la casa de los Pinos, pero a esa hora sería difícil. Por otra parte, yéndose a pie posiblemente llegaría después de la medianoche, lo cual implicaba pasar frente a la casa de don Sebastián, allí donde salía el azoro del finado Crescencio.

Fue bajando por la calle Real de Comayagüela, deteniéndose a cada rato y levantando objetos tirados en las aceras. Tenía la costumbre de jugar al fútbol con los desperdicios, pero ahora iba poniendo atención a todo con diferente finalidad: podía encontrarse algo de valor. Por allí pasaban muchas personas en el día y bien pudiera suceder que algo perdieron y él encontrarlo. Alguna moneda, alguna joya, cualquier cosa.

Viendo el pavimento comenzó a pensar en que también era posible encontrarse tirada una cartera repleta de billetes. Esta idea, que era un deseo, estimuló su imaginación y le fue

obsesionando. Ya no atendía a las personas que encontraba para proponerles el lustre, pues iba ensimismado, siguiendo su sueño. Con el rollo de billetes alquilaría una buena casa para vivir con Catita. Lo principal sería darse un gran banquete e invitar a todos sus colegas del Parque Central. Incluso invitaría a Pachán, *El Catreco*, con quien, desde la muerte de su madre, estaban en muy buenas relaciones, ya que él también era huérfano. Esa condición había limado la vieja enemistad. Compraría ropa de la que aparecía exhibida en las vitrinas; zapatos, calcetines y hasta un sombrero, aunque a él no le gustaban los sombreros. Catita también vestiría como gorguera, igual o mejor que la hija de don Plutarco. Se miraba como un muchacho de los que había visto uniformados en la manifestación de la Ciudad de los Niños. No podía tener una idea de cómo sería esa ciudad, pero, estando bien presentado, no le importaba lo que fuera. Sabía que bien vestido, lo dejarían entrar en cualquier parte. Los buenos vestidos y los buenos zapatos eran de mucha importancia para las gentes.

— ¡Hola, Fololo! ¿De dónde diablos venís y hablando solo?

Se detuvo, sorprendido, mientras huían rápidamente sus ideas. Sentado en el quicio de una puerta, estaba *Fierabrás*, con otro muchacho, al que no conocía. *Fierabrás*, según decían los otros lustrabotas, desaparecía del parque por las noches y nadie sabía donde se ocultaba, ni siquiera dónde era su residencia.

— Vengo de ahí, de andar a la zumba marumba.

— Vas a llegar tarde a tu casa. Ya a esta hora no hay bus.

— Es igual, si no tengo dónde meterme.

— ¿Qué? ¿No tenés dónde poner las costillas? ¡Vaya, qué poca confianza conmigo! Bueno, la verdad es que yo, casi ando igual, pero para pasar una noche, yo sé donde hacerlo.

— Llévame, pues.

Fierabrás habló algo al oído de su compañero y después invitó:

— Sentate aquí, con nosotros, hombre. Todavía es temprano.

Fololo se sentó, pensando en si sería cierto que su amigo tuviera dónde dormir y que le diera un lugar; sin embargo, pronto se enteró que entre los dos tenían entre manos algún asunto y, aunque aparentaban indiferencia por él, supuso, por

unas palabras sueltas que alcanzó a oír, que *Fierabrás* quería que le hiciera algún mandado o tal vez que le pagara algún búfalo por darle dónde dormir. Luego éste propuso:

—Oí Folofó: queremos hacer una aventurita, pero tememos que la jura nos estorbe. ¿Querés quedarte un ratito aventando ojo en la esquina? Si viene la jura pegás un silbido o cantás. ¿Sí, Folofó?

—No me gusta meterme con los cuilios —dijo el chico, recordando la desgracia de la noche anterior, en la *Pensión Imperial*. Estuvo inclinado a contarle el caso a *Fierabrás*, pero reparando en el desconocido, cambió de idea y se justificó—: Se lo llevan a uno a dormir a chirona, lo pijeán y hasta le hacen cosas como mujer; así dice el *Garañón*. ¿Y qué van a hacer ustedes, entre tanto?

—Nada malo. Es que a mi compa le prometió salir una cipota esta noche; ella vive en aquella casa amarilla. Yo lo voy a acompañar, por si se despierta el viejo.

—Bueno; él va a estar con su jaña, y yo ¿qué gano?

—¡La dormida, hombre! ¡En el suelo, pero dentro de casa!

Sin embargo, Folofó observó la casa amarilla que le indicara su colega y reparó que en ella había una tienda de un chino que, por cierto, no tenía familia. Folofó inmediatamente comprendió que no se trataba de ninguna novia y que lo estaban engañando.

—Sólo será un ratito, Folofó; en cuanto mi compa converse lo que tiene que conversar con su novia, regresamos y juntos nos iremos a la casa que yo te digo. ¡Casa buena: no entran ni zancudos!

—Mirá, *Fierabrás* —contestó levantándose—. Yo soy tu amigo y no es la primera vez que te hago un volado; pero ahora, mejor no. Y, en cuanto a lo de la casa, pues eran bromas: voy a dormir con mi hermana, que ya está trabajando. —Y, con cierta malicia—: Bien está el Papa en Roma, aunque no coma, dice Ña Panchita. Ustedes me creen maje. —Se fue alejando, mientras vaticinaba—: ¡A tiros te va a recibir ese chinito de la tienda por "ladrillo"!

—Vos perdés por papo —dijo *Fierabrás*, riendo.

Folofó no regresó. Pensaba que los dos muchachos querían meterse a la tienda del chino para robar. Era ya muy

tarde. Pocas gentes andaban en las calles y esas pocas tenían aspecto desagradable, que daba temor. Llegó al mercado San Isidro. En torno del edificio estaban parqueados muchos vehículos, especialmente camiones. Por ahí rondaban perros y algunas figuras humanas se miraban dispersas por las aceras, hechas ovillo. Se oía algún ronquido de mendigo. Folofó dio la vuelta al edificio y, por el costado sur, se sentó en un umbral con la espalda apoyada en una puerta. Sentía que los párpados le pesaban por el sueño. Allí estaba un poco oscuro. Puso la caja de lustrar a un lado y se acostó con la cara hacia la calle. Recordó que tenía dos tacos en la caja y, con presteza, la abrió, los extrajo y los fue comiendo despaciosamente.

Mas, de pronto, una idea olvidada volvió a su memoria: el finado Crescencio. Llegaban ruidos extraños que imponían temor. El recuerdo de su madre muerta le provocaba tristeza, pero nunca miedo. En cambio, sin poderlo evitar, vinieron en tropel las consejas, los viejos cuentos de duendes y diablos, de La Sucia y el Cadejo que aparecían en las noches para dañar a las personas. Abrió los ojos y ¡oh, desventura! ¡Dos llamas infernales estaban allí, cerquita, casi rozándole la cara! Folofó dio un salto y las llamas desaparecieron: era un gato negro. Sí, era eso y, para colmo negro más que la noche! Ya no pudo soportar aquello y, aunque no lanzó el grito que estuvo a punto de salirle de la garganta, tomó su caja y huyó hacia la esquina, donde había un poco de luz.

Al otro lado de la calle, frente a un establecimiento comercial que tenía amplio alero, se miraban varios cuerpos tirados en la acera. Folofó fue allá, junto a ellos. Eran hombres y también muchachos. En la penumbra no pudo reconocer a ninguno. Se sentó, ya sin miedo. La noche estaba fresca. Tomó un pedazo de papel que estaba por ahí para usarlo como sábana. Si hubiera hablado con Catita, le hubiera pedido algo con qué cubrirse. Apretando fuertemente su caja, se fue quedando dormido.

La vieja ciudad parecía también dormir bajo la austera vigilancia de los cerros. Pero en muchos lugares no había sueño. Los cabarets, los night-clubs, los hoteles de lujo, las cantinas de los arrabales estaban abiertos y en ellos fluía una vida delirante. Llegaban ecos de músicas con el viento suave

de la noche y de cuando en cuando, voces altisonantes de alcohol. Decenas de gentes, desparramadas por las ciudades gemelas, rodeaban el inconsciente sueño de Folofó; decenas, metidas cada una en su propio caparazón de individualismo, con todos sus ventanales cerrados, atrancados, sellados, como con el cemento y la arena de los viejos puentes.

...Estaba en Casamata con su madre a la hora de la comida. La madre había matado varias gallinas y un cerdo porque se daba una fiesta en honor de Catica. Ella andaba muy bien vestida y con zapatos de tacón alto; todos los asistentes estaban con trajes de domingo. El único descalzo era *Fierabrás*. ¡Se casaba Catica con Miguelito, el jorobado! Todos estaban alegres, cantando canciones muy conocidas. Pero Lucero Pinos se levantó y se puso a llorar porque había dejado sus pescados en el río; Catica lo fue a consolar; entonces Lucero se alegró y bailó sobre una mesa, riéndose como la Magdalena...

...Cuando iban a comer, llegó don Angelo con ojos colorados, como de gato negro, y quiso agarrar a Catica; pero Miguelito, con el chilinchate de Folofó, le clavó una pedrada en la frente. Don Angelo dio un grito y cayó al suelo. Los lustrabotas calzados iban a patearlo; pero ya don Angelo se había convertido en Gladys Romo. Ella iba descalza y lloraba, extendiendo las manos, porque tenía hambre. Nadie le quería dar, mas Natalia, dijo: "¡Hay que hacer caridad con los pobres!" Entonces le dieron de todo y a Folofó ya no le quedó comida en el plato. Después que la Gladys comió, salió corriendo por la calle, convertida en automóvil... Folofó se puso a llorar frente al plato vacío...

— ¡Cho, zoquete! ¿Qué te pasa a vos, cipote chillón? ¡Carajo, que uno ni dormir tranquilo puede!

Un viejo, gruñendo, levantó los cartones que le servían de cama y se pasó al otro lado de la calle, donde, en la acera, nuevamente arregló su lecho para seguir durmiendo. Era una desgracia tener que escuchar llantos de vagos cuando se estaba en reposo.

Folofó se sentó, agitado, sin saber exactamente lo que ocurría. Sudaba, como si tuviera una fiebre de cuarenta grados. Todo había sido un sueño, una pesadilla. Sintió dolor

en el estómago y unos deseos irresistibles de evacuar. Corrió hacia una parte más oscura del corredor y, con presteza, se puso en cuclillas. Cuando el chico regresó a su puesto, gozaba de un gran alivio. Se acostó de nuevo, encogiéndose, porque hacía frío. Era ya de madrugada y ponían en marcha los motores de unos camiones. El ruido lo despertó. Unas mujeres vinieron a vender café a la esquina del mercado. El olorcillo llegaba hasta Fololo. Contó los centavos que eran todo su peculio. Podía comprar una taza de café porque era barato. Estiró los miembros y se sacudió el trasero. Fue a la esquina y pidió la bebida. La tomó con lentitud, a pequeños sorbos, sintiendo el grato calor que daba a su estómago. Comenzaba un nuevo día.

Temprano aún, pasó por la casa de los Nuila, sin lograr ver a su hermana. Fue a Los Dolores y, en una canilla pública, se lavó las manos y la cara. Esperó hasta la llegada de Ña Panchita. Más tarde, en busca de tortillas y provisiones, llegó doña Meches, y, detrás de ella, Catica, con un cesto.

— ¡Fololo, hermanito!

— ¿Qué tal te va en esa casa? —preguntó él con seriedad, pero interiormente regocijado.

— ¡Bien, muy bien! ¡Es buena gente, Fololo! ¿Dónde pasaste la noche?

— Por ahí... con mis compas.

— ¿Pero, dónde dormiste?

— Allí... allá, con mi compa *Cara-de-hacha*.

— ¿Y te dieron cama?

— Y también sábana —dijo sonriendo, malicioso—; pero mejor me vas a dar mi cobija para no molestar al amigo...

Mientras doña Meches compraba las tortillas y conversaba con Ña Panchita sobre la buena impresión que estaba dando Catica en su familia, la muchacha con su hermano hablaban con alegría. Quedaron de verse por la noche, en el portón de la casa de los Nuila. La señora, seguida de Catica, fue a los puestos de verduras para continuar sus compras.

Muy contento Fololo, se marchó en busca de sus colegas del Parque Central. Ese día fue el primero en llegar, aunque no por eso obtuvo trabajo abundante. Poco a poco fueron apareciendo los demás lustrabotas, con sus cajas a cuestas. Poyoyo fue el que llegó más tarde y llevaba una noticia

sensacional. Todos le rodearon al pie de la estatua del General Morazán.

—Desembuchá, desembuchá ¿qué hay de nuevo?

—Ni se imaginan siquiera: ¡una desgracia!

—¡Contá! ¡Contá! ¡Contá, hombre!

—¡*Fierabrás* está en la cárcel!

—¡Ooooooh...!

—¡Fíjense, compas; anoche lo agarraron “echando las cinco” en la tienda de un chinito, en Comayagüela, junto con otro! Dicen que era robando... ¡a lo mejor, no, el compa *Fierabrás* era honrado!

—¡Claro que es honrado! ¡Es que los policías se inventan babosadas!

Folofo guardó silencio, con miedo. ¡De la que se había escapado! ¡Qué buen olfato había tenido para evitar meterse en ese lío!

Sin embargo, Folofó no dijo ni una palabra de su encuentro con *Fierabrás* ni de la propuesta que le hiciera a cambio de darle dormida en su casa. En asuntos donde la policía andaba metida resultaba siempre en perjuicio de las personas, por eso, era mejor callarse. “En boca cerrada, no entra mosca”, solía decir su mamá Natalia, y él, aunque hizo largos comentarios con Lalo y los otros colegas, se guardó de decir lo que sabía.

Junto con Lalo y durante el día, hicieron largos recorridos por las dos ciudades. Contrario a su costumbre, Folofó andaba preocupado, cabizbajo. Lalo, con insistentes preguntas, logró averiguar parte de lo que aquejaba a su amigo. Al enterarse, pensó al momento en cooperar en la solución del problema de Folofó y le ofreció su casa en forma espontánea; no obstante, fue el propio invitado quien, con una pregunta, le recordó algo fundamental que había olvidado.

—¿Y dónde puedo dormir en tu casa? Acordate de aquella vez, cuando el huracán.

Lalo guardó silencio, viéndole como con vergüenza. Recordó aquello... Cierta tarde, una lluvia con viento huracanado cayó de improviso, cortándoles el juego frente a la cuartería donde él vivía en La Chivera. Esperaron a que

pasara y, aunque el viento aminoró, la lluvia continuó recia hasta muy tarde. Lalo había propuesto que Folofó se quedara durmiendo en el cuartucho, mas se había opuesto su madre, Colacha, porque no había espacio dónde acostarlo, ya que allí vivían hacinados. La madre de Lalo era lavandera y, además de tener que alimentar a éste, tenía dos gemelitos de apenas dos años de edad, también hijos naturales, como Lalo. En la casa vivía, asimismo, la abuela, mujer ya muy vieja, que sólo pasaba tosiendo.

Por si esto fuera poco, el cuartucho era ocupado también por dos primas hermanas de Lalo, mujeres mayores, una de las cuales ya tenía un hijo pequeño, sin padre reconocido, que caminaba, pero no hablaba; decían que iba a ser mudo porque tenía frenillo en la lengua. Por lo visto, era esa una enfermedad de familia, pues la propia Colacha, a veces, también tartamudeaba, sobre todo cuando estaba colérica, cosa muy frecuente en ella. Con dificultad se amontonaban en el cuartucho y debían hacerlo así para lograr entre todos pagar el alquiler mensual que, de otra manera, les sería muy difícil, por lo poco que ganaban en diferentes menesteres.

Recordó Lalo lo sucedido aquella noche del huracán en que Folofó tuvo que marcharse bajo la lluvia hasta Casamata, donde le esperaban con suma inquietud. Debido a aquel suceso, Lalo había estado durante muchos días acongojado y, al mismo tiempo, rabioso con su cuarto por estrecho y mísero y fue entonces cuando comenzó a pensar mucho en los motivos que existían para que ellos no vivieran en una casa grande y confortable, como otras gentes de la ciudad. Después había olvidado el suceso. Mas, ahora, con las palabras de Folofó, ha vuelto a surgir en su pensamiento y se siente avergonzado de no poder ayudar a su amigo cuando éste tanto necesita encontrar un alero donde pasar las noches.

En su preocupación por el problema de Folofó, llegó Lalo hasta pensar en lo que tanto se mencionaba por esos días: la Ciudad de los Niños. Luego pensó que eso tampoco era solución, pues, aunque hubiese la tal Ciudad, seguramente la misma sería para los cipotes calzados; para los escueleros que salían a la calle uniformados y con banderas y música, y no para hombres como Folofó y él, trabajadores del lustre. De

eso estaba plenamente seguro, tanto como de que en su casa de La Chivera resultaba imposible albergar a su socio.

—Compa Lalo, yo creo que a veces es mejor estar como *Fierabrás* — comentó Folofó, con seriedad, dejando perplejo al tartamudo.

¡Qué ideas tenía Folofó! ¿Quién podía estar mejor en chirona que libre, haciendo su voluntad? Lalo quedó muy sorprendido pensando si no andaría medio chiflado su compañero; para él y para todos los lustrabotas del Parque Central, Folofó Cueto era hombre de abiertas entendederas, pero lo que ahora le señalaba venía a echar por tierra todo ese buen concepto sobre su inteligencia. Folofó, le explicó:

—En chirona hay tarimas dónde dormir y los cuillos les dan comida a los encarcelados, todo gratis. Ningún preso se preocupa por eso.

La explicación de Folofó desvaneció los temores de Lalo sobre la presunta chifladura que le había atribuido. Eso era cierto. Los presos tenían techo y comida sin pagar. No obstante, a Lalo no le podía entrar de ninguna manera que fuese mejor estar allá, como el pobre *Fierabrás*, víctima de los sabuesos, en vez de andar sueltos, libres, buscando clientes como andaban en ese día. ¡No! No podía estar de acuerdo con Folofó, por más que la chirona cubriera esas necesidades vitales.

Almorzaron juntos en el mercadito de Belén y después se tiraron a la acera, detrás de unos fardos de tabaco. Mientras Folofó meditaba con los ojos cerrados, Lalo durmió buen rato y sólo despertó asustado, cuando, junto a ellos y casi sobre ellos, una docena de perros callejeros que seguían a una hembra en celo, entablaron escandalosa riña, disputándose la presa a dentelladas. Lalo, ya repuesto del susto, comentó:

— ¡Lo-lo-lo que son lo-lo-lo los perros po-po-po por las perras! . . .!

—Así también es la gente, compa; yo vi a *Garañón* darse de sopapos con tres hombres por una mesera de cantina. —Y, mostrándole el cielo plomizo, cambió de tema—: Vámonos al parque, compa; parece que va a llover.

Se fueron al Parque Central. Era un día de mala suerte, según el criterio de los lustrabotas, porque comenzó a caer

una llovizna tenue, pero persistente. El parque quedó abandonado y los vendedores y lustrabotas se refugiaron en los corredores de varios establecimientos comerciales. Con lluvia, las gentes no lustraban sus zapatos en la calle; nadie se preocupaba de eso. El día se puso lúgubre. Por las calles se fueron formando corrientes, charcos sucios que las ruedas de los vehículos hacían saltar a las aceras y no pocas veces bañaban de lodo a los transeúntes desprevenidos.

Fofofo y Lalo, con otros muchachos, permanecieron allí hasta la noche, la que llegó más temprano y más negra.

—Ya e-e-e es tarde, Fo-Fo-Fo-Fofofo y . . .

—Yo también me voy —dijo Cueto, adivinando lo que Lalo le iba a comunicar con su tartamudeo.

Se separaron entristecidos. La lluvia continuaba. Pasaban gentes emparaguadas o con impermeables, caminando con rapidez. Por costumbre, Fofofo se dirigía al mercado Los Dolores, pero recordó que tenía que verse con su hermana en el portón. Cambió de rumbo para tratar de localizarla y que le entregara la sábana. Fue en vano. Varias veces pasó por el frente de la casa de los Nuila y largo rato estuvo arrimado al portón. Catuca no salió y él no se atrevió a llamar a la puerta.

Recordaba la noche anterior, con los mendigos y el gato negro. Reconstruyó aquel sueño tan raro, del que despertó llorando. Y, ahora, encogido en el portón, sintió nuevamente miedo, contemplando cómo caía la lluvia sobre la acera y el pavimento; un miedo que pronto se fue haciendo amplio, general, extraño. Miedo a la noche, a los gatos negros, a los "aparecidos", a los policías, a los pordioseros que podían ser criminales embozados, al pitar de los autos, al reflejo de sus faroles en las aceras y ventanas, a los pasos de las personas. Jamás, ni cuando murió su madre, Fofofo había sentido ese tipo de miedo que le hacía hostil todo lo que le rodeaba.

Cuando en la casa de los Nuila se apagaron las luces, Fofofo se retiró apresuradamente, casi corriendo bajo la lluvia, chapoteando el agua con sus pies descalzos. Se cobijó en el iluminado porche del teatro Clámer, donde un grupo de personas esquivaba la lluvia, mientras, de adentro, salían las risas de los espectadores de la película que exhibían. Durante un largo rato se puso a ver los cuadros de

propaganda. De pronto, a sus espaldas, una voz le distrajo:

—Folofo, ¿qué hacés por aquí, a estas horas?

Al volver la cabeza, se encontró frente a un joven descalzo, pero limpio, que fumaba indolentemente un cigarrillo. Debía ser de la edad de Poyoyo o *Garañón* y, como éste, cuidaba de su cabello, lustrándolo con brillantina.

—Y vos ¿en qué andás aquí, Liruzá?

—Paseando; pero con este tiempesito no se puede.

Era uno de aquellos tipos que se paseaban en el parque sin hacer nada. No vendía billetes de lotería ni lustraba y, menos, cargaba bultos. Folofo lo conocía y conversaron un rato. La palabra de Liruzá era amigable y se interesaba por Folofo. Compró dos enchiladas y le obsequió una. Más tarde, al enterarse de que Folofo no tenía dónde pasar la noche, le propuso:

—Mirá, yo tengo un lugar dónde dormir con otros cuates. Si te parece, te invito. Allá podrás dormir tranquilo y sin mojarte. Sólo que está larguito, hacia Toncontín. Es buena casa. ¿Qué decís? Yo lo hago porque me da lástima verte a la zumba marumba, en una noche así...

Liruzá no era de su palomilla en el Parque Central, pero era un conocido, un descalzo afín, no malo, casi de su propia clase. Se podía tener confianza en él. Y, además, la oportunidad llegaba como anillo al dedo. La propuesta le alegró.

—Vamos, pues; se ve que eres un compa macanudo.

Bajo una llovizna de chubasco, partieron los dos rápidamente arrimados a las paredes.

Folofo entró a un cuarto mediano, siguiendo a Liruzá con suma timidez. Sólo por aquel miedo tan extraño a pasar la noche en la calle, le había seguido a lugar tan distante y obscuro.

Ahora Folofo se muestra tímido, sin querer apartarse de su caja de lustrar en esa habitación iluminada con luz eléctrica. Hay dos catres con ropa de cama deshecha y en desorden, varias valijas y sillas sobre las que han tirado las ropas al azar, aunque hay un guardarropa cerrado. En una mesa, botellas, vasos y platos con bocadillos, todo revuelto, junto a un pequeño aparato de radio, del que sale una música metálica, como chirrido. En una esquina, un espejo; y, al frente, una mesita con objetos de tocador. En el piso hay una alfombra de colillas de cigarrillos y escupitajos. Huele a perfume de mujer y a aguardiente bajo la chocante cortina de humo.

— ¡Salud, héroes del guaro! ¡Salud, aprendices del amor!

Tal es el saludo desarrapado de Liruzá a cuatro personas que están en ropas menores. Esto, en principio, sorprende a Folofo; luego, comprende que quizás por ser ya tarde de la noche se disponen a dormir. Un hombre maduro, delgado y de rostro feo, sin rasurar, en el que se ve una auténtica borrachera, enseña su cuerpo velludo y fibroso; está en

calcetines, sentado frente a la mesa, con un vaso en la diestra y un trozo de queso en la siniestra.

— ¡Bienvenido seas, Lirucita, a esta tu casa!

Así ha contestado una mujer joven, de cara bonita, muy bien pintada; usa el pelo recortado, como hombre; está casi desnuda, en ropas menores. Sus pies descalzos y sus manos muestran las uñas relucientes de pintura. Debe estar borracha, por las contorsiones y requiebros que hace al caminar. Los dos restantes, son jóvenes, adolescentes como Liruza. Ellos también se encuentran semidesnudos y, aunque no están borrachos, se nota que han tomado aguardiente y fuman cigarrillos.

Las risas se cortan por un momento y, luego, al reconocer a Liruza, se reanudan, contestando con algazara su saludo. Se comprende que son amigos de confianza, pues el hombre feo le ofrece licor, que es aceptado al instante por el conocido de Folofó.

—Traigo un amigo —dice Liruza, con cierta ambigua sonrisa—. El pobre no tiene dónde pasar la noche y yo le dije: "venite conmigo y pasarás la noche en buena cama".

— ¡Bienvenido, jovencito lindo! —saluda el más viejo, y agrega—: ¡En buena cama y buena compañía!

— ¡Ay, pero si este es un pichoncito virgen! —dice la mujer, acercándose a Folofó con un andar raro y sinuoso que, al par de risa, provoca en el lustrabotas una instintiva prevención.

—Pichoncito, pero ya con querida —hace la broma, con voz enronquecida, el hombre feo, y acota alborozado—: ¡Son los que a mí me ha recetado el doctor!

—¿Serías capaz de una vil traición con un pepinillo como éste? —pregunta la mujer, con modulaciones artificiales en la voz, volviéndose al hombre con gesto melodramático, de fingido resentimiento— ¿Serías capaz, Albertito?

—¿Y, acaso vos no me traicionás en mi propia cara, Paquita?

— ¡Jesús, hombre antipático! —expresa, con gesto despectivo la mujer, dándole la espalda, y, aproximándose a

uno de los jovencitos, lo abraza y lo besa, diciéndole mimosa—: Ese Albertote, hombre egoísta, está celoso como si mi corazón no fuera una montaña capaz de dar calor a un millón de chulitos como vos...

Folofo, que en principio creyera que la tal Paquita fuese la mujer del hombre feo, llamado Alberto, ahora piensa que no se trata más que de una prostituta; de esas callejeras, que no tienen marido fijo y que, por lo visto, el cuarto es alquilado por ella. Sin embargo, le choca verlos a todos desnudos. Recuerda los cuentos de *Garañón* sobre la abundancia de muchachas alegres que muchas veces hasta le dan dinero y mantienen a hombres vagos. Seguramente Paquita es una de éstas. El hombre feo llama a Folofo y éste se aproxima, no sin temor, apretando fuerte su caja de lustrar, como si en ella encontrara el valor que necesita.

—Vení acá —llama Alberto y, con violencia, lo toma del brazo, sentándoselo en las piernas, como un padre al hijo—. Cómo te llaman?

—Folofo Cueto; para servirle...

—Bien, Folofo: tomate un trago de guaro por nuestro encuentro —invita el borracho, mientras le soba las piernas y le echa el aliento fétido, pues le besa la nuca, pinchándole con los pelos del bigote. Folofo siente asco—. ¿Qué? ¿No bebés todavía? ¡Probá! ¡Bebé el dulce néctar de la caña! ¡Después se lo agradecerás toda la vida a tu papi Albertito por haberte iniciado!

Folofo rehúsa tomar el licor y, con grandes esfuerzos, se desprende de las manos de aquel hombre repulsivo, que le ha besado con su boca babeante.

—A mi cuate Folofo —interviene Liruzá— hay que ofrecerle mejor algo para el estómago—. Y, escogiendo en los platos de la mesa, le brinda panecillos y queso.

Liruzá habla con uno de los jóvenes muy confianzudamente y, sin apresuramiento, se quita la camisa y el pantalón, quedando en cueros, pues no tiene calzoncillos. Alberto, cuando Folofo ha concluido de comer, vuelve a acercársele, intentando acariciarle. El muchacho, avisado, rehúye las repulsivas caricias hombrunas, con gesto de

dignidad ofendida. Paquita, que ha visto el desdén de Folofó para el hombre feo, se desprende de los brazos del joven, lanza una carcajada y viene hasta Folofó con su sinuoso andar.

— ¡Me alegro que despreciés a ese antipático egoísta porque es capaz el bandido de dejarme plantada por vos! . Se agacha hasta besar a Folofó, quien, tomado de sorpresa, se echa hacia atrás, disgustado, limpiándose con la mano la mejilla donde le quedan restos de rouge. — ¡Bah! ¡Como que vos también sos antipático! ¡Huy, ni me hablés, mocoso presumido!

Sólo entonces nota Folofó, a la luz de la bujía que pende del cielo raso, toda su equivocación. La tal Paquita: ¡es un hombre! ¡No hay ninguna duda! La sorpresa, la curiosidad, la inquietud afloran juntas en el muchacho que no hace más que repetir en su pensamiento:

— “ ¡Es un marica! ¡Es un maricón! ”

El nunca había creído que hubieran hombres así, tal como decían los mayores en el parque. Una vez, yendo con *Fierabrás* por la avenida Cervantes, encontraron un par de hombres jóvenes, con un peinado raro, y su colega había dicho que eran maricones, pero aquellos andaban vestidos de hombre. Y ahora, lo que él creía puro cuento, allí estaba, ante sus propios ojos. ¡Lo que va a contar mañana a sus compañeros en cuanto los vea!

— ¡Dejen de joder tanto a mi amigo! — protesta Liruzá, cuando Paquita se retira del lado de Folofó—. ¡Ofrézcanle dónde dormir y San Seacabó! Las cosas vienen solas y como son, y no hay por qué apresurarlas.

Alberto, que se ha servido otro trago y anda con él en la mano, se dirige a Folofó con una sonrisa de sátiro:

— Acostate allí, pichoncito lindo, y descansá, dormí tranquilo; eso sí: quitate la ropa. Aquí nadie puede dormir vestido... el calor... la humedad... pero tirate una colcha encima porque la noche está fría, afuera llueve, querubincito!

Folofó, timorato y asustadizo, llega al borde del catre que le ha señalado el hombre feo; no intenta desnudarse ni deja su caja de lustrar porque ha tomado, al instante, otra determinación: huir en cuanto se descuiden un poco. No

sabe qué le podrán hacer, pero presiente que todos esos son gente maligna y el hombre feo, aunque quiere hablar con dulzura, tiene ojos de matador, ojos de gato negro. Folofolifica a las personas desconocidas por sus ojos.

La radio chirriadora propala música agitada y el hombre pintado de mujer arrastra a bailar a uno de los jovencitos, diciéndole ternezas y acariciándolo, como si en realidad fuese una mujer. Folofol se ríe de las carantoñas del maricón. Sólo ve la parte ridícula del espectáculo y eso le tranquiliza, al grado de sentarse en el catre para presenciar mejor la escena. Tal vez no sean más que borrachos que hacen payasadas y no tengan malas intenciones para él. Además, allí está Liruzá, que es su conocido, y no ha de permitir que lo atropellen.

Es difícil a veces para Folofol entender bien el sentido de las conversaciones porque el argot que usan le es extraño. Las palabras son normales, pero su significado es distinto y las puede interpretar más que todo por los gestos obscenos.

— ¡No, yo no aguanto más esta pasión devoradora y aunque esté presente mi Albertito, te voy a chupar como pirulín, ricurá!

El maricón se desprende de los brazos del adolescente con quien baila y, tirando de un cordel, apaga la luz. Arrastra a su compañero al otro catre y se oye la caída de los dos cuerpos, restregándose, mientras la voz ronca de Alberto domina sobre las risas de todos:

— Esta Paquita debiera estar mejor en un burdel. ¡Me las pagarás, traidora! ¡Yo también tengo mi pasión devoradora y hoy mismo la voy a saciar con mi pichoncito nuevo! ¡Ya lo verás, Paquita! ¿Dónde estás, querubincito de mi alma?

Folofol escucha y, en la tenue claridad que se expande desde el aparato de radio, observa que el hombre se dirige hacia él, extendiendo los brazos. Se incorpora sigiloso y, en puntillas, se dirige a la puerta.

— ¿Qué te hiciste, pichoncito lindo? ¡Ya vas a ver lo sabroso que es tu papi Albertito! ¡Jamás lo olvidarás en tu vida, así como una mujer no olvida al primer hombre...!

— ¡Maricones! ¡Carga de bolos! ¡Putos!

— ¡Se te escapa el pichoncito! —grita una voz.

Es tarde; Folofol, dando un portazo, repite sus insultos y

matador? Quizá sean sus propios pasos. Se da valor y deja de correr por la calle silenciosa.

De pronto escucha voces cercanas. Es en una cantina cerrada; en su interior muchas personas beben y hablan alto. Las voces le estimulan con su eco. ¡Ya no está solo! Pero en cuanto ve que por la calle se acercan sombras, vuelve a sentir miedo y prosigue calle abajo, con rapidez. ¡Si fuera ya de día!

En el parque La Libertad hay más iluminación y, aunque no se ve alma alguna, se siente más seguro. Se aproxima a una glorieta; va a entrar para preservarse de la llovizna y se detiene asustado. ¡Qué de bultos hay en el piso! Quiere retroceder, mas se percata de que son personas que duermen sobre costales o periódicos, como en las aceras de los mercados. No les tiene miedo porque esas son gentes descalzas como él, sin casa ni cama, sin pan ni café. Instintivamente, se siente solidario con esos desgraciados y, sin hacer ruido para no despertarles, busca un sitio y se sienta. El pavimento está muy frío y húmedo. No; debe buscar algo para acostarse, pues de lo contrario, pescará un dolor de costado. Siente impulsos de quitar a un vecino un periódico que le sirve de cobija; pero no lo hace. En las paredes hay carteles de propaganda. Arranca uno y lo lleva a su sitio. Si Fololo supiera leer podría enterarse que el cartel dice: *El Gobierno de la Segunda República hará realidad este año la Ciudad de los Niños*. Pero Fololo, como decenas de millares más de su edad, es analfabeto. Se acuesta; la mitad de su cuerpo queda en el piso frío. Piensa que debieron hacer más grande el cartel para que le hubiera servido con efectividad. Agarra fuerte su caja, su instrumento de trabajo. Quiere pensar, meditar, soñar, esto nada cuesta. Recuerda a su hermana y añora su sábana sucia y rota. ¡Qué felicidad si pudiera estar en este momento arropado con ella!

Poco después duerme pesadamente Fololo, sin sueños ni pesadillas.

Despierta empapado de agua y sudor. Le duele la cabeza y lanza un estornudo. No siente deseos de levantarse, a pesar de que en torno suyo ya no hay nadie; sólo han quedado huellas de pies descalzos en el sucio pavimento, unos periódicos rotos y, muy cerca de él, un detritus humano y

un charco de orines. Al ver esto salta; pero sin abandonar por completo el mojado cartel. Siente el cuerpo como si le hubieran pegado una paliza. Es de día y por las calles pasan los trabajadores a sus quehaceres. Se oyen las campanadas de una iglesia vecina, las que, luego, son eclipsadas por el estridente silbido de una fábrica. Siente hambre y malestar físico. Se pone en pie por completo, da un bostezo, ensaya un par de estirones desperezadores y, con su caja de lustrar colgante de un hombro, se marcha.

El aire es grato en la mañana diáfana. El Picacho y demás cerros muestran orgullosos sus trajes verdes, lavados por la lluvia de la noche. En el mercado Los Dolores ya se repite la monótona canción de las tortilleras, como una plegaria de miseria;

— ¡Tortillas calientes! ¿Va a llevar? ¡Cómprame a mí!

— ¡Vaya, al fin te veo, Folofó! —es Ña Panchita que, al tener cerca al muchacho, se asusta—. ¡Qué cara tenés hoy! ¿Estás enfermo?

—No, Ña Panchita, estoy bien —y hace esfuerzos para no estornudar.

— ¡Gracias a Dios, hijo! Oíme, vino ayer a buscarte un joven que dijo ser vecino de ustedes. ¿Cómo se llama? ¡Ay, qué memoria la mía...! Me lo dijo varias veces. No hay duda, es la vejez. ¿Cuándo a mí se me han olvidado las cosas? No pasan en balde los años y las necesidades. Y, a propósito ¿has comido? .

Folofó siente vergüenza y quiere decir que sí, que desayunó en el mercado San Isidro. Nunca le ha gustado pedir un pan o dinero, como hacen numerosos cipotes de su edad, y aun mayores, en las calles de la capital, porque le da vergüenza. El es un lustrabotas y no un mendigo; pero Ña Panchita es amiga de confianza y dice la verdad.

La mujer saca tortillas de su calabazo y se las entrega, después de rociarles un poco de sal. Se sienta a un lado y come con voracidad. ¡Qué buenas están esas tortillas de Ña Panchita!

—Ya me acuerdo, Folofó: ¡es Lucero, sí, Lucero me dijo que se llamaba ese muchacho! Quiere verte. Que lo fueras a buscar por la mañana o por la tarde al cine Pálace o que fueras a su casa, en Casamata. ¿No has ido por allá? —y,

pensativa, sin esperar contestación, inquirió—: ¿dónde dormiste anoche?

—Por ahí, Ña Panchita, por ahí, con amigos . . .

— ¡Jummm, por *ahí*, por *ahí* con amigos . . .!

— ¿Vendrá Catica hoy, Ña Panchita?

— Quién sabe. Debe venir con la niña Meches. Ella viene siempre a eso de las ocho o al mediodía.

Tiene tiempo para ver si andan por el parque sus colegas. Va pensando si será correcto contarles lo de la Paquita y los desnudos. ¿Qué irán a decir Poyoyo, *Cara-de-hacha* y los demás mayores? Quizá sea mejor no decir nada, como en el caso de *Fierabrás*. "En boca cerrada, no entra mosca".

La vida sigue allí igual y la presencia de sus colegas y, especialmente, del tartamudo Lalo, le revitalizan el espíritu. Sin embargo, se siente cansado, muy cansado, no tanto del cuerpo como de otra parte, de adentro, de algo que no se ve ni se toca.

Más tarde, cuando considera que Lucero está trabajando en el cine pintando anuncios de propaganda, va allá, acompañado de Lalo. Lucero trabaja en el cine Pálace y es dirigente de un sindicato. Folofó, antes de localizarlo, ronda el edificio, queriendo entrar en él, pero sin conseguirlo.

— ¡Esperame allí, afuera, Folofó! —grita Lucero Pinos desde algún lugar oculto, pues no le ven—. ¡Ahora bajo!

Los dos chicos esperan, entreteniéndose con los cuadros que anuncian nuevas películas. Es bonito el cine; sin embargo, para ellos es difícil poder entrar. Cuando logra ir es a galería, donde van todos los descalzos. Sólo cuando Lucero le ha dado a Folofó la entrada, ha sido cuando ha estado en luneta. Una vez se escurrió sin pagar; pero, al repetir la hazaña, le descubrieron y si no hubiera corrido a tiempo, el portero le hubiera dado un puntapié.

¿Dónde se han metido? ¡Los he andado buscando!

Lucero Pinos, limpiándose la pinta de las manos fuertes, le ve con sonrisa. Folofó le cuenta parte de sus andanzas e inventa otras. Hace hincapié en la buena suerte de su hermana que ha encontrado trabajo en casa de los Nuila.

— ¿Y por qué vos no has vuelto a Casamata, como si te hubieran echado perros bravos? Mira, Folofó, ya el problema de Catica está resuelto temporalmente ¿y vos? Eso

de lustrar no saca cuenta, Folofó, es más el tiempo que perdés en vagabundeos. ¿Te gustaría trabajar en otra cosa?

—Sí, pero la verdad, es que yo sólo sé lustrar . . .

—Con mi papá hemos hecho algunas gestiones para que trabajés en lugar fijo. Hay mucha gente que quiere trabajar, adultos y menores. En principio hemos obtenido un chance para vos. Pero necesitamos llevarte para que te conozcan. Con ese fin te buscaba. A lo mejor ya estarías garruchando como cobrador de un busito.

—¿Cobrador de un busito?

—¡Co-co-co-co . . ! —Lalo no puede concluir la palabra por lo inesperado de la noticia porque ese trabajo era muy solicitado por los lustrabotas y muy difícil de obtener.

Folofó está a punto de abrazar a Lucero, que le observa su perplejidad con sonrisa maliciosa.

—Regresá a las doce e iremos a mi casa. Después te llevaré a la empresa de transportes y veremos si tenés suerte.

Al dejar el Pálace con su socio Lalo, Folofó lleva en el pecho todo el aire optimista de El Picacho. Se siente ágil, ligero, como si estuviera en los días en que vivía su madre. ¡Qué noticia para llevarle a Catica!

— ¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

— Oye, muchacho: ¿pasa este busito por la Escuela Argentina?

— ¡Sí señor! ¡Pasa por detrás del edificio! ¡Belén! ¡Belén!

Folofo Cueto, sin la caja de lustrar, sube y baja en cada parada del bus que conduce un hombre en camisa, de manos ágiles para el volante y de mirada perspicaz para las vías.

— ¡San Felipe! ¡San Felipe! ¡San Felipe!

El autobús es pequeño. Prácticamente es una camioneta, muy propia para las angostas calles de Tegucigalpa. Popularmente se les denomina busitos y son los que hacen el transporte urbano usufructuado por empresas privadas. Este en que trabaja Folofo como cobrador, tiene al frente y atrás, en la carrocería, rótulos que dicen: *Belén-San Felipe*. Los cobradores de tales vehículos son siempre niños en edad de asistir a las aulas. Los chicos gritan las rutas de sus respectivos busitos, a pesar de llevarlas escritas con letras grandes, como si ellos comprendieran que sus gritos son una *gran* ayuda para los analfabetos.

Folofo entra en la parte media del vehículo y cierra la portezuela con estrépito; estira la diestra a los pasajeros que han subido y recibe las monedas del pasaje.

—Tome, jefe —dice al chofer que, sin dejar de manejar, recibe

Los catorce años de Catica se han cumplido y se abren en ella las características de la adolescencia. Sus senos han madurado ya. El óvalo de su rostro se perfila con el sello de su estirpe indígena. Su físico de niña se va transformando, como un milagro, en las formas naturales de la mujer hecha y derecha. Más espigada, más amplia de pecho y de caderas y muy flexible de cintura. El continuo ejercicio de los trabajos cotidianos la proveen de agilidad y fortaleza física. A pesar de su vestimenta, que proviene de viejos trajes de doña Meches y de Esther, nótanse en Catica esos nuevos rasgos sugestivos que anuncian la juventud criolla, desbordante aun en la miseria.

Sin embargo, Catica no ha desarrollado en igual forma sus aptitudes mentales, debido a las condiciones en que su existencia se ha desenvuelto. La pobreza, la miseria, que ha sido su nodriza, le ha enseñado otras formas expresivas con su realismo. Apenas sabe leer y escribir. Lo demás que conoce, lo ha aprendido en el ambiente humillante de la barriada, envuelta en las nieblas de los prejuicios ancestrales del abandono cultural. Catica es pura y buena, como una florecilla entre la hojarasca de la selva. Fue amoldada con religiosidad y se le hizo creer que la resignación ante las injusticias, es compensada con grandes premios en la otra vida.

el dinero y da el cambio cuando es necesario—. Treinta vueltos.

Las calles son angostas, pero la mayoría es de doble vía, lo cual hace más peligroso el tránsito. El chofer echa las monedas en una bolsa que cuelga junto al disco del reloj; saca los treinta centavos y se los entrega a Folofó, quien, a su vez, entrega lo justo a los pasajeros.

Folofó anda descalzo y sin peinar, pero ya no está peludo ni anda sucio de betún y polvo, incluso lleva limpios los pies. Desde que Lucero Pinos se lo llevó a su casa, Folofó tiene otro aspecto y ha cambiado el rumbo de su vida. Le hicieron bañarse. Rosaura le lavó los pantalones y la camisa y le hizo algunos remiendos necesarios. Le arreglaron dónde dormir con Felito, pegado al catre de Lucero. La noche primera del lanzamiento de los Cueto de la barraca, al regresar Roque y Lucero y enterarse del problema de los huérfanos, llegaron a un acuerdo: llamar a los muchachos para que, por lo menos, mientras encontraban un sitio permanente, se quedaran allí. El único lugar era la cocina, ya que el corredorcito interior quedaba desabrigoado y resultaría como si durmieran bajo los árboles.

—Serán una dura carga, Rosaura —había dicho Roque—, mas ¿cómo podemos permitir que los hijos de nuestros compañeros muertos, aún tan pequeños, anden como perros en las calles?

—Es una razón, y especialmente Catíca, a su edad, es muy peligroso dejarla...

—¡...a los lobos! —concluyó Roque, como un rugido—. ¿Qué dices tú, Lucero? ¿Crees que podremos con esa otra carga?

—Yo creo que sí, papá. El asunto no es sólo de traerlos aquí por caridad. El problema es de buscarles trabajo. Yo he conversado con un camarada del sindicato de Transportistas urbanos y sé que se puede obtener una plaza para enganchar a Folofó como cobrador en algún busito. En cuanto a Catíca, el problema es más difícil. Que se quede con mamá, mientras le conseguimos de aprendiz en algún taller o fábrica. Hay mucha gente sin trabajo; por cierto, los desempleados de esta ciudad están haciendo una organización, son decenas de millares. El caso de Catíca tal

vez sea posible, pues los patronos prefieren dar trabajo a muchachas como ella porque les pagan menos y las explotan más.

Habrían llegado a una solución favorable para los chicos; sin embargo, ellos no regresaron a Casamata. Lucero les buscó en el mercado Los Dolores y en el Parque Central, hasta que, al fin, se entrevistaron en el cine Pálace. Pocos días después había comenzado a trabajar en esa línea que hacía el recorrido desde Belén al hospital San Felipe, atravesando las partes céntricas de las dos ciudades. Folofó conocía muy bien la moneda y, aunque era analfabeto, la práctica cotidiana le había enseñado a contar.

Le correspondió trabajar con un chofer muy consecuente: Lencho Castro, hombre que disfrutaba de mucho prestigio en el gremio de conductores. Era originario de la Costa Norte. Había trabajado para la United Fruit en Puerto Cortés, Tela y La Lima, pero después de las huelgas de Mayo del año cincuenta y cuatro, fue despedido por su participación franca y decidida. Lencho tenía un carácter alegre y gustaba mucho de las bromas; era difícil de disgustarlo. Lencho vio con simpatía a Folofó y cuando, por sus conversaciones con él, se enteró de que su afán era llegar a ser chofer, le ofreció enseñarle poco a poco a conducir. A su edad no le permitirían desempeñar ese oficio.

Para Folofó el nuevo trabajo no era un trabajo: era una gran satisfacción, un placer que realizaba con toda capacidad. Si se lo hubieran ofrecido sin pago de salario, quizá Folofó lo hubiera aceptado, tal su interés por las máquinas rodantes y su entusiasmo por viajar. No había sido tan fácil, como lo esperaba Lucero, obtener el puesto para el muchacho, pues eran innumerables los que deseaban trabajar en los busitos. Pronto Folofó estuvo capacitado para cobrador. Le era muy fácil realizar esa tarea a un chico dinámico e inquieto como él. En cada parada reglamentaria gritaba el nombre de la ruta, ya fuera hacia Belén o hacia San Felipe. No aceptaba más de los diez pasajeros y, cuando alguno pretendía entrar de más, respetuosamente le decía:

—Favor de esperar el otro busito, caballero ivamos completos!

Trabajaban todo el día, teniendo un corto tiempo después

de las doce para tomar el almuerzo en alguno de los mercados de la ruta o en la terminal. Al concluir la faena, Folofó iba con Lencho a la contaduría de la empresa para entregar el dinero correspondiente al ingreso diario, de acuerdo al chequeo de los inspectores. Folofó nada tenía que hacer en la entrega del dinero, mas él se consideraba también responsable por el manejo de los ingresos de la empresa, pues tales ingresos pasaban infaliblemente por sus manos. Este hecho hacía que ahora Folofó se sintiera una persona necesaria, un hombre que realizaba un trabajo más útil y de mayor responsabilidad. Esto era distinto a lustrar zapatos, sin tener que rendir cuentas a ningún patrón. Aquí comenzaba la vida ceñida a la disciplina, a un horario determinado, a una labor productiva para una empresa privada y por la cual le pagaban mensualmente veintidós lempiras y cincuenta centavos.

Al concluir la faena, caminar al lado de Lencho algunas cuadras era para Folofó como si ya estuviera de su misma edad y fuera un obrero calificado. Frecuentemente caminaba hasta Tegucigalpa e iba a ver a su hermana en el barrio El Jazmín. Ella salía por el portón y conversaban de sus asuntos. Luego él se marchaba a tiempo para tomar el último autobús de Casamata. En casa de los Pinos desayunaba en compañía de Lucero y don Roque. Al concluir salía junto con éste: el uno hacia la fábrica de cerveza y el otro a iniciar la jornada en el busito, con Lencho Castro. A los muchachos del barrio, cuando tenía oportunidad les hablaba de su trabajo, de cosas que sucedían en otras zonas de la ciudad y, como llegaba tarde, no tenía tiempo para jugar como antes.

Ya Folofó conoce todas las paradas de su línea. Sabe a qué horas el tránsito es más intenso y cuándo las calles quedan en calma. Asimismo, va teniendo conocimiento de muchas personas que toman diariamente el autobús en tal o cual parte y bajan en tal otra porque trabajan en determinado lugar. A Folofó se le están ampliando en forma increíble sus horizontes. Está haciéndose amigo de sus nuevos colegas. Son numerosos los muchachos que trabajan como cobradores y, generalmente, todos han llegado por el mismo camino de lustrabotas, aunque hay algunos que saben leer y escribir, que han estado en la escuela primaria, pero

que no han podido continuar por carecer de posibilidades económicas, que son hijos sin padre, de los calificados en la sociedad como "naturales". Algunos usan zapatos y no dicen malas palabras.

— ¡Hola, Folofó, cuánto me alegro de verte! ¿Qué es de Catica?

Ese saludo inesperado lo recibió el segundo día de trabajo por la tarde, al final de la línea en San Felipe. Era Estela Flores, la enfermera que atendió a su madre y que tan buena actuación tuvo al suceder el hecho fatal. Se aproximó a él y le acarició la cabeza, alborotándole más el pelo rebelde. Ella sólo llevaba la cofia puesta.

— ¡Señorita Estela! ¡Vea que ahora estoy trabajando de cobrador en este busito! ¡Ya no lustro en el parque! ¡Catica trabaja en casa de doña Meches Nuila! Dice que la tratan bien; pero no gana plata.

— ¿Y eso, Folofó? ¿Por qué no gana?

— Pues ella dice que doña Meches la ha llevado a su casa por caridad; que la tiene como hija de casa.

— Imagínate —dice, interviniendo el chofer, como si fuera antiguo amigo de Estela, lo que pasa desapercibido para Folofó—, que a la hermana de mi cuate la hacen trabajar como cocinera sin pagarle y dicen que es una caridad. ¿Qué te parece, Estela?

— Bueno, el asunto nada tiene de extraño. Bajo el nombre de caridad cristiana se cometen mil sinvergüenzadas.

Estela se sentó junto al chofer. Parecía que eran amigos; pero a Folofó pronto eso lo dejó sin cuidado, porque Estela entabló conversación muy animada con él. Se preocupaba de todo lo que al chico había sucedido en ese tiempo y hablaba de él con palabras que sonaban como una música celestial. Siempre en las terminales de la línea, permanecían varios minutos en espera de que llegaran otros vehículos para emprender el nuevo recorrido dentro del tiempo justo. Luego salían con un intervalo de cinco minutos. Así debían llegar también a la otra terminal, pero eso sucedía muy raras veces, pues los choferes volaban por las calles, se aventajaban unos a otros y el itinerario no se cumplía. Siempre andaban adelantados y, por eso, les quedaban muchos minutos extras en las terminales.

A lo largo de su conversación, Fololo ponía énfasis en su nuevo trabajo, como queriendo manifestar que ahora ya era, según él mismo suponía, un verdadero trabajador. A lo que Estela aplaudió, concluyente:

—Tienes razón, Fololo: ahora eres todo un hombre y hasta puedes tener novia y casarte.

Estela viajó en el busito hasta el Teatro Nacional, pues vivía una cuadra más abajo. Al separarse, le dijo a Fololo:

—Un día has de venir a visitarme a casa. Un día que tú y yo tengamos libre. ¿Me lo prometes, Fololo?

El chico, muy contento, prometió llegar. Ya cuando iban hacia Comayagüela, Lencho le dijo con sorna:

—Se ve que esa chavala te topa. No sabía que eran tan amigos.

Fololo le fue contando algunos aspectos de los sucesos referentes a los últimos días de vida de su madre y cómo la enfermera los había acompañado al cementerio, pagando ella el automóvil. Como comentario final, Fololo afirmó caluroso:

¡La señorita Estela es macanuda! ¡No hay otra igual!

—Macanuda y muy hermosa ¿verdad?

—¡Sí; es una enfermera muy linda!

Así ha cambiado ahora la vida de Fololo Cueto; de su andar de lustrabotas, descalzo por las aceras sin alma, ha pasado a cobrador y vuela, hora tras hora, metido en el busito por las mismas calles donde gritó tantas veces su oferta de lustrar. Y ahora también grita, pero su voz se oye más ronca:

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

La vida de los dos hermanos Cueto, bifurcados por la necesidad, van paralelas en la misma dirección de la clase trabajadora, pero creando en uno y otro sentimientos diferentes. Mientras que para Fololo la nueva ocupación es causa de regocijo y le abre nuevas perspectivas, para Catia, en cambio, crea cierto sentimiento de pena, de pesadumbre, porque, a pesar de su infatigable quehacer, se ve colocada en unas condiciones bastantes humillantes; quizá no comprendía el significado de la explotación, pero sí la escala tan ínfima en que se mueve.

Catica trabaja desde el alba hasta muy tarde de la noche, en la casa de su protectora. Realiza todas las labores domésticas con eficiencia y buena voluntad. Confecciona los alimentos de la familia, asea las habitaciones y servicios, acompaña a doña Meches a comprar las provisiones al mercado y tiendas de comestibles, lava ropa y aplancha por las noches, y, sobre todo, atiende a los niños de la señora Sara. Va encariñándose con los tres hijos de Rodrigo y ellos depositan su infantil confianza en la nueva sirvienta, haciendo de esa manera que Catica tenga un lenitivo en su duro bregar cotidiano.

Cuando se acuesta por la noche lo hace muy fatigada, rendida hasta el agotamiento y duerme unas cuatro horas para estar de nuevo en pie, al comenzar el nuevo día. Ahora lleva el café a la cama a toda la familia. Todos son sus patrones, todos la mandan y a todos obedece con sumo respeto. Y, no obstante, hay en Sara y Esther una creciente hostilidad para la muchacha. Un día Sara le propinó un puñetazo por haber llegado un poco más tarde de comprar unos cigarrillos para su marido. Rodrigo, que vio la injusticia, protestó y criticó a su esposa. Eso resultó más bien en perjuicio de Catica, pues Sara agudizó su hostilidad en la cocina.

Pero el mayor problema de todo esto reside en la propia Catica: en su concepción de la gratitud. Sabe que doña Meches la ha llevado a su hogar por hacerle un bien, por caridad, para que no ande rodando en la calle. Esto, en su conciencia, tiene una valoración muy alta, ya que su madre la había creado con respeto a los compromisos, con gran sentido de la reciprocidad y teniendo como un inmutable principio la gratitud a las personas que le prodigarán algún bien.

—Nada es más despreciable —había enseñado Natalia a sus hijos— que una persona desagradecida.

Y hoy Catica no puede aceptar caer en la lista de las personas despreciables. Ve en Mercedes Nuila a una protectora, a un ser que la ha amparado cuando tenía necesidad y, en correspondencia a esa actitud, debe, obligatoriamente, servir a toda la familia, sin excusas, sin un solo gesto de mala voluntad, aun cuando le lluevan los

puñetazos de Sara y las humillaciones de la señorita Esther. Nadie podrá decir nunca que Catica Cueto es una vil desagradecida.

El tratamiento que le da Sara es una abierta hostilidad de enemiga. Catica no puede comprender por qué, a pesar de toda su solicitud y su obediencia, despierta en la patrona tanta indignación. Esto le causa infelicidad. Si solamente fuera el engrimiento de Esther, nada importaría porque son pocas las horas que permanece en casa. Pero Sara, la consorte del hijo de su protectora, es la que todo el día permanece allí y está con sus ojos y hasta sus manos puestas sobre ella. Pero debe soportarlo todo: la gratitud lo manda.

Las relaciones en la familia no son muy cordiales. Catica ha notado que existe entre Sara y Esther algo así como una enemistad que aumenta. Sara, como esposa de Rodrigo, se considera la ama de casa y le es chocante que su cuñada no se dedique en absoluto a los problemas del hogar y deje todo por las diversiones. Mas, Esther no admite críticas y hace lo que desea como mujer libre. También Sara mantiene para su suegra mala voluntad. Allá, en la cocina, dice cosas ofensivas contra la anciana. Y, de todo esto, el que parece sentirlo y tener pesadumbre, es Rodrigo. Dicen que es un buen trabajador y, en la casa, es él quien aporta los fondos para el sostenimiento. Catica, al pensar en él, considera que es un buen hombre. Nunca le ha dirigido una mala expresión ni tampoco le ha faltado al respeto. Ciertamente que ni siquiera pone atención en su presencia y que ni le dirige mucho la palabra, pero una vez reprendió a Sara por golpearla y eso basta para tenerle gratitud. La gratitud es para Catica lo fundamental.

Pero tampoco Rodrigo es feliz en esa casa, aunque siempre demuestra alegría. Ha oído algunas veces conversaciones entre el matrimonio y no muy cordiales. Sara es tan celosa como Domitila con el *Colocho*. Sara cree que detrás de su marido andan todas las mujeres del mundo; que si llega un poco retrasado es porque ha estado con alguna mujer; que si desea ir al cine solo, es porque tiene cita con la querida; que si no tiene hambre y come poco, es porque ya ha comido con otra en alguna parte. Sara vigila y persigue a su marido. Catica no puede saber si tiene o no razón la esposa, pero cree que Rodrigo es un hombre honrado y trabajador. No puede ser malo porque no se parece con don Angelo ni vive arrimado a su mujer, como el *Colocho*.

sale en carrera. Se oyen los gritos de Liruzá, que desnudo, se asoma a la puerta, llamándole:

— ¡Folofo, Folofo, no te vayás, son bromas, todos somos amigos! —y, viendo que se ha perdido en las sombras del barrio suburbano, reconviene—: Son papos ustedes; está “bueno” el cipote ése y lo asustan antes de tiempo. Después no digan que no les consigo pichones...

— ¡Mejor —dice desde el catre Paquita, con voz agitada—, así no tendré rival con mi Albertito! ¡Ay, ricura, cómo sos tú de inmenso, de machote! ¡No encedás la luz, Liruzá! ¡Poné la radio más alta!

Sin detener la carrera por las callejas en sombras, bajo la lluvia, Folofo avanza, guiándose por su instinto hacia la claridad que en el cielo negro proyectan las luces del centro de la ciudad. Le palpita el corazón de manera extraordinaria y respira fuerte y hondo. Se aleja del barrio y, pronto, casi deja escapar un grito de alborozo al salir de inmediato a una calleja con luz mortecina, pero que significa su salvación del peligro. Aún continúa corriendo con la caja de lustrar, de la que sale un ruido de latas. Se detiene casi exhausto. La llovizna continúa impertinente.

Sigue caminando. En su pensamiento sólo hay una palabra que repite: ¡Maricas! ¡Maricones! Y sale al fin a la avenida del aeropuerto, donde dobla hacia el centro.

Camina y camina, chapoteando a veces en los charcos, resbalando en las aceras frías. Llega al parque del Obelisco. Se deja caer en una banca, sin preocuparse de la llovizna. Pasan algunos automóviles con extraordinaria velocidad. Aparecen muy pocas gentes encapotadas y ligeras, que ni siquiera se fijan en Folofo. Al ser más consciente de su situación, como una desventura más, le vuelve la inquietud del miedo a la noche y a la ciudad. Alguien, a quien no conoce, lo quiere atrapar como a *Fierabrás*. Da un salto y vuelve a correr, ahora por la Calle Real. Alguno que otro policía encapotado se resguarda en un portal, dormitando más que vigilando. Folofo pasa frente a ellos sutilmente, sin ruido, con el alma en vilo, no sea que lo quieran poner preso por no tener dónde dormir o lo confundan con los rateros. Luego se detiene y mira hacia atrás. ¿Quién lo va siguiendo? ¿Será algún cuilio? ¿Será el hombre feo de los ojos de

Por las noches, ya sabe la hora en que Folofó lanza un silbido en la calle y ella, si no está ocupada, va a conversar con él o a decirle que no puede salir, que la espere o que vuelva otro día. Aún las dueñas de casa no le han dado permiso para que Folofó entre a visitarla. Catica está muy contenta con el trabajo de su hermano y al escucharle cuando le cuenta sus actividades de hombre trabajador, ella se siente muy complacida porque va buscando el camino que su madre deseaba para él. Hay en la fraternidad de Catica mucho de amor maternal.

Le ha causado risa, mucha risa ingenua, el hecho de que Folofó le haya relatado su encuentro con Estela Flores. Pero la risa es porque Folofó cada día tiene algo nuevo que contarle respecto a las cualidades de la enfermera. ¡Y con qué entusiasmo se refiere a Estela! La encuentra casi todos los días, pues ella toma siempre el busito que conduce Lencho Castro. En la noche, Folofó cuenta a Catica hasta las palabras que ha dicho la enfermera. Pero lo más sorprendente y provocador de la risa enigmática de Catica es al ver que ahora Folofó ya se preocupa de su presencia: constantemente se peina, lleva en el bolsillo de la limpia camisa un peine con enganche y hasta ha comprado un espejito redondo, con una artista de cine en el reverso. Eso le crea una sospecha a Catica: su hermano anda enamorado y, posiblemente, ese enamoramiento es con la enfermera. ¿Cómo no sentir deseos de reír cuando su hermano va hacia los once años.

Este domingo, después de haber conversado con Folofó, Catica piensa en esas cosas, cuando, ya terminadas sus faenas del día, se ha metido en el cuartucho cercano al inodoro, dispuesta a dormir. Durante las primeras horas de la noche ha habido en casa una discordia entre Rodrigo y Sara. El ofreció venir temprano para llevarla al cine, pero regresó muy tarde, cuando, ya disgustada la esposa, no esperó más y se marchó sola a ver la película, según dijo. Esther había salido desde por la tarde y doña Meches, doliente del reuma, se acostó temprano. Los niños, atendidos por Catica, pronto quedaron reposando en sus cunas.

Recordó Catica que su delantal único estaba raído y se puso a costurarlo despaciosamente. La luz que daba a su

habitación era la misma que servía para el baño y se encendía con un cordel tirado hasta su catre. Pensando en su hermano, Catica concluyó su labor y se dispuso a descansar para estar lista, por la madrugada, a comenzar sus tareas.

La casa está tranquila; la puerta entreabierta, por la que entra un vientecillo fresco, precursor de la lluvia. Casi todas las noches llueve, pues es el tiempo del chubasco. Sin desnudarse, Catica va durmiéndose poco a poco y se olvida de apagar la luz y cerrar la puerta. ¿Cuánto tiempo duerme? ¿Por qué no despierta, ni siquiera cuando comienza a caer la lluvia sobre el techo de zinc del galínero? No, Catica duerme más profundamente con el aire refrescante de la lluvia.

Despierta, sorprendida, porque escucha en el vecino baño que anda alguna persona y ve su puerta de par en par. Se incorpora asustada. Mira a Rodrigo que sale del inodoro, metido en una bata de dormir. En ese momento oye la palabra recia de Sara que viene agitadamente por el pasillo, al encuentro de su marido.

— ¡Así quería agarrarte! ¡Ahora veo por qué no viniste a llevarme al cine! ¡Querías que te dejara el campo libre! ¡Desvergonzado!

Catica queda a medio camino de la puerta que le abrió el viento. Al fin, la patrona ha desatado la riña de manera escandalosa. Hasta ahora solamente habían sido pleitos en voz baja, en su cuarto, cuando no estaban presentes los demás. En esta noche la discordia se hace pública ¡Qué cosas tenía la vida de las gentes casadas! ¡Qué cosas se sucedían por causa del amor...!

— ¿Qué te está pasando, Sara? ¿Estás loca o borracha?

La voz de Rodrigo era recia, pero en tono de contrabajo, como si temiera que la gente lo escuchara. En cambio, altisonante y agresiva, es la expresión de su consorte.

— ¿Me vas a decir que no estabas metido con esa putilla? ¿Tendrás cara de negar lo que mis ojos están viendo? ¡Desgraciado! ¡Hombre cochino! ¿Meterse hasta con las sirvientas en su propia casa?

Catica queda suspensa. Su sonrisa se quiebra en una mueca de incompreensión y de miedo. ¿Será posible que esto vaya con ella? ¿Puede dar crédito a sus oídos? ¿Llegará hasta esa

calumnia la celosa mujer de Rodrigo? ¡Pero no! ¡No puede ser semejante falsedad!

—¿Lo ves? —y dirigiéndose a Catica—: ¿Estás esperando, gran putilla, que vuelva tu querido? ¡Desvergonzada! ¡Muerta-de-hambre! ¡Hipócrita! ¡Prostituta y perversa!

—¡Pero, doña Sara...!

—¡Toma! ¡Toma tu merecido! ¡Toma! —Sara, de manera agresiva, lanza bofetadas tras bofetadas a Catica que, poniéndose las manos en el rostro, trata de esquivar el castigo, gimiendo, no tanto por los golpes, como por el gran insulto, por la enorme calumnia a su dignidad.

—¡Yo no he estado con él...! ¡Yo le juro, doña... por mi mamacita!

—¡Hipócrita! ¡Malvada! ¡Destructora de hogares! ¡Putilla!

Rodrigo regresa. Se ve que tiene el rostro desfigurado por la cólera. No se contiene. No puede ya permanecer impasible ante la actitud de su propia mujer, que castiga e insulta a la sirvienta, sin haber un motivo razonable. La toma de un brazo y la saca del cuartucho. Un golpe de viento cierra la puerta del baño y se confunde con el golpe de la diestra de Rodrigo en el rostro de su esposa.

—¡Esto es lo que tú necesitas!

Sara se tambalea, pero no cae al piso. Contempla a su marido con pupilas plétóricas de odio. Rodrigo va a repetir el golpe, pero Catica se interpone, suplicando al hombre que no castigue a la señora. Rodrigo no puede contener el puño y da en el mentón de Catica que, sin fuerza para sostenerse, cae a los pies de la dama.

—¡Ayyy, don...!

El involuntario golpe hace recapacitar a Rodrigo. Ve a la muchacha que ha evitado el puñetazo a Sara y se retira a pasos largos hacia su dormitorio. Sara, ante el generoso impulso de Catica, no reflexiona, no quiere razonar, no quiere aceptar que ha cometido una torpeza, considerando que Catica estaba con su marido. Pero ya no la golpea más. Y, con un rencor de irreconciliable enemiga, le ordena:

—¡Ahora mismo te vas de esta casa! ¡No permito que sigas aquí ni un momento más! ¿Engañarme en mi propia casa? ¡Descarada! ¡Prostituta! ¡Así son todas las que

viven de callejeras! ¡Fuera de esta casa!

Sara ha dado sus últimas órdenes. Ha extendido su brazo hacia el portón del zaguán. Luego, altiva, como reina ofendida, se dirige hacia su dormitorio y cierra la puerta con estrépito. Un niño llora; pronto calla. Doña Meches quizá sigue durmiendo o, enterada del asunto, aparenta dormir. Esther aún no ha llegado con su novio. Catuca se incorpora, sintiendo como si la realidad fuera una pesadilla sin nombre. La lluvia ha pasado; sólo queda una llovizna que el viento empuja hacia el corredor, donde Catuca, de pie, arrimada a la puerta del cuartucho, llora sin lágrimas porque el fuego que le quema el cerebro las evapora en sus propias fuentes. Entra en el cuarto y se sienta sobre el catre. Se toca el mentón donde Rodrigo le colocó el puñetazo destinado a la injusta Sara.

— ¡Mamita...! ¡Mi mamita...! ¡Mamita mía...!

Largo rato se lamenta. Luego, rehace en su mente los sucesos imprevistos que han tenido lugar independientemente de su voluntad. La hoja de la puertecilla se agita por el viento. En la calle se oye el ruido de un automóvil que se detiene frente a la casa, la voz de Esther despidiéndose alegremente, el golpe de la puerta de la casa al cerrarse y, con su cuerpo, de espaldas, sostiene la hoja. Esther viene taconeando y canturreando al cuarto de servicio. Catuca siente el olor de su perfume. La señorita regresa y entra en su dormitorio. De nuevo la casa queda en silencio. Ya debe ser más de la medianoche, puesto que ha regresado la hija de doña Meches.

— ¿Me ha tirado a la calle? Pues me voy... ¡Me voy para siempre!

Por un momento piensa en doña Meches. Tiene intención de ir a hablar con ella, a contarle su desgracia, a decirle que todo es falso, que ella es limpia y nunca Rodrigo le ha dicho una palabra falta de respeto. Mas, zumban en sus oídos los vocablos de Sara insultándola y lanzándola a la calle, como a una mujer perdida, y se sobrepone su dignidad a la gratitud que tanta influencia tiene en sus acciones. Ella no es desagradecida, ella sabe cumplir como su madre aconsejaba siempre, pero también ella es persona, ella tiene honor, ella

tiene sentimiento y orgullo y no puede más que abandonar esa casa y buscar otro rumbo en la calle.

¿A dóndeir en esta noche lluviosa y a hora tan intempestiva?

¡Iré donde la niña Rosaura Pinos! ¡Iré donde vive Folofol! ¡Los Pinos son los que me pueden ayudar! ¡Lucero, que es un hombre macanudo, me ha de hacer el favor! ¿Qué se ha creído esta Doña...?

Prepara sus haberes. Hace un lío de ellos y va a la puerta del zaguán, queda a la calle. Abre. Afuera los faroles públicos se reflejan en el pavimento mojado y en algunos charcos. Nadie pasa en ese momento y Catica vacila un poco. Deben ser como las dos o las tres de la madrugada. Irse sola por esas calles resulta un peligro. El mundo está lleno de hombres con alma de don Angelo. ¿Qué irán a decir los Pinos cuando les cuente su nueva desgracia? ¿Le creerán la condenarán, como Sara? Da un tirón a la puerta y ésta se cierra con estrépito. Ha quemado las naves. Ahora se encuentra de nuevo sola y en plena calle. Si la encuentran los policías ¿qué irán a decir de ella...?

— ¡Mamita! ¡Mi mamita! ¡Ay, mamita mía...!

Esas palabras son un estímulo a su valor y, dejando la residencia de los Nuila, avanza con seguridad hacia el norte. Lleva miedo. Teme malos encuentros. Pero las calles están casi desiertas; hasta los taxis son muy raros. Algunos trasnochadores, haciendo equis por las aceras, van a sus casas envueltos en la niebla del alcohol. Unos la sorprenden porque van hablando solos. En unos corredores, hechos nudo de miseria, duermen hombres y perros. Ya es la madrugada porque van apareciendo gentes que se dirigen, sin duda, a sus trabajos. Autobuses extraurbanos andan recogiendo pasajeros. En los mercados aparecen luces en las cocinas. ¿Cuántas mujeres en la ciudad estarán echando tortillas a esta hora?

Casamata está distante y cuando Catica llega al hogar de don Roque, ya la familia está en pie, han desayunado y el obrero cervecero y Folofol se aprestan a salir porque pronto pasará el autobús que va al centro.

— Buenos días...

— Buenos... ¡Pero sí es Catica!

—¿Qué te pasa, muchacha?

—¿Y en qué andas a estas horas, hija?

Catica, humildemente, tira su bojote al piso y cuenta su infortunio. Teme que no le crean la verdad; que puedan tener una duda y considerarla culpable. Pero sus dudas no se confirman. Ninguno la considera culpable. Don Roque tiene dibujada en el rostro cierta cólera que no se sabe contra quién es.

—¡Maldita injusticia, que nos ahoga por todas partes! No, no es posible que esto sea eterno! —Su voz es ronca y de su aliento sale un olor peculiar, el de quienes bebieron aguardiente la noche anterior.

—¡Qué mala suerte de Catica! —deplora Rosaura.

—¡La quebraremos! —afirma Roque, dando con su gorra en la mesa—. ¡Juro que acabaremos con ella!

¡Tienes razón, papá —aprueba Lucero, encarándosele con seriedad—. Tenemos que liquidar este mundo de infamias, pero ¿crees tú que lo haremos con explosiones de odio individual? ¿Crees que vamos a construir una nueva sociedad con hombres que sábado a sábado, domingo a domingo, se embrutece con el guaro?

—¿Lo dices por mí? —pregunta Roque, echándose hacia atrás, sorprendido por la dura crítica que su propio hijo le hace como corolario de sus palabras de protesta— ¿Lo dices por mí, Lucero?

—Tú sabrás comprenderlo, papá. Me gustaría que meditates sobre mis preguntas. Quizá podría creerse que un hijo no debe criticar a su padre, pero tú y yo sabemos que es posible, que es necesaria cuando el padre se olvida de dar el ejemplo y se desliza por el atajo. Espero que en vez de violentarte, me comprendas.

La noche del sábado don Roque había llegado muy ebrio y el domingo, por la tarde, para quitarse la goma, se volvió a emborrachar en la agencia fiscal del barrio. Lucero, al regreso de su trabajo, lo había tenido que llevar a casa. Lucero nada le había dicho por su estado y, ahora, cuando el padre, ante el caso de Catica, lanzaba su protesta contra el régimen social existente, le salía al paso, no como un hijo, sino como un compañero de trabajo, como un obrero consciente.

Roque no contesta. Medita, arrugando la gorra entre sus

fuertes dedos. Rosaura ve a los dos hombres que están serios. Ella está del lado de su hijo y, si es necesario, apoyará su crítica como otras veces lo ha hecho. Roque va hacia la puerta, mas, regresa, dirigiéndose a los muchachos que se muestran sorprendidos de esas palabras entre padre e hijo. Catica teme haber llegado en hora inoportuna.

—No se aflijan, muchachos. Está visto que la vida es la que ordena. Quédate aquí tú también, Catica. Aunque sea en el suelo te arreglaremos para que duermas; pero aquí, en nuestra choza, nadie te zoqueteará. —Y, con acento condescendiente, dice a Rosaura—: No debemos dejarla ir a la deriva. Es una muchacha que requiere cuidado de padres. Si nosotros no se lo damos, se perderá en esas calles.

—Eso estaba pensando —expresa Rosaura—. Nos arreglaremos de la manera que podamos.

—¿Qué dices tú, Lucero?

—Nada tengo en contra. Esto ya lo habíamos discutido antes. Si Catica no vino con Folfo fue por haber encontrado familia dónde permanecer. Ya que no pudo seguir allá, pues el camino es que se quede con nosotros. El problema no es simple, pero debemos afrontarlo. Ya ni nosotros cabemos aquí, mas no se puede dejarla en la calle. Y, además, lo importante es el futuro de estos muchachos.

—Me gusta oírte, hijo, me gusta. Tenés corazón. Yo digo . . .

—No digás, papá. Quiero solamente recordarte que ya que te interesas por los cipotes, debés aportar los lempiritas que te gastas en las copas para la economía de mamá. ¿De acuerdo?

Roque sonrío. Le pone la diestra en el hombro y dice:

—Si fueras campisto no habría potro que se te escapara: sabés acorralar y lazar. Por eso, yo digo . . .

—No digás, papá. Convencen más los hechos que las palabras. Y no te quedés más, llegarás tarde a la fábrica.

Roque se dirige de nuevo a la puerta, ya sin detenerse. Detrás sale Folfo, sonriente y jubiloso porque su hermana volvía a vivir junto a él como, en el tiempo anterior, casi en la misma barraca que aún seguía cerrada con el candado de don Telmo.

—Bueno, Catica —dice Lucero—, amoldate a vivir con

nosotros y por algún tiempo. Yo espero que lograremos conseguirte trabajo en una fábrica o en un taller. Vos no debés buscar enganche de doméstica. Es mejor que te hagás una obrera.

Catica se sentía como si en el pecho le florecieran jazmines. ¡Cómo era la vida! Iba como dando saltos bruscos, cayendo y levantándose y sin saber por qué se caía y por qué se levantaba.

Catica no se había equivocado; su instinto femenino sobre las pasiones humanas le había descubierto lo que pasaba en su hermano. Folofó, efectivamente, estaba enamorado, terriblemente enamorado, con la ingenua pasión de los once años. Desde la época de lustrabotas él se consideraba un hombre mayor, mas, al entrar de cobrador del busito bajo la dirección de Lencho Castro, su concepto de la hombría sufrió una modificación sustancial. Ahora miraba a sus ex colegas del Parque Central como a niños menores; él, en cambio, estaba ya en la categoría de los adultos, de los trabajadores con salario fijo, horario y responsabilidad. Podría suponerse que un chico como Folofó, acostumbrado a la vida de vagabundaje, como era la de todo lustrabotas, tendría dificultad de adaptación a la vida de trabajador asalariado, de obrero del transporte. Pero no fue así. La disposición del muchacho al nuevo trabajo, era natural, dependía de su origen, de su vida azarosa, la que, en sus sueños infantiles, deseaba superar.

Por eso, Folofó resultó un cobrador muy activo y el cotidiano contacto con las gentes de distintas categorías, le estimuló el desarrollo de su inteligencia y de sus características personales. Su afán ahora, además de realizar su labor con eficiencia, era convertirse en chofer. Todo esto le hacía considerarse un hombre completo, y, como tal, sin

darse cuenta él mismo, despertó al amor, al anhelo humano de una mujer. ¡Pero, qué extraño su primer amor!

La cosa había llegado sutilmente, con paso de cipote descalzo. El día que Estela Flores le dijo que era ya un hombre, capaz de tener novia y casarse, comenzó en Folofó a germinar una dulce atracción hacia la enfermera. La encontraba muy hermosa, con sus ojos azules y su palabra alegre. La confianza con que lo trataba y los cariños que le hacía, más las sugerencias de Lencho, que maliciosamente le azuzaba, todo eso fue haciéndole formar ilusiones de noviazgo con la enfermera. Y el asunto tomó más realismo para Folofó cuando, un domingo, lo invitó a su casa y comió con ella y la familia. Ese domingo no podría jamás olvidarlo porque fue cuando tomó mayor ímpetu su pasión amorosa, una pasión tan desbordante que ocultaba a su razón hasta la enorme diferencia de los años entre él y la amada.

Ahora Folofó creía que si Estela buscaba el busito conducido por Lencho y no otro para ir y regresar de su trabajo, era por él, era porque ella también estaba enamorada. Hasta las palabras más sencillas de la enfermera eran interpretadas con un sentido especial por Folofó. ¡Cuántas demostraciones de cariño le prodigaba la enfermera! Como muchacho de la calle, había visto un sin fin de mujeres de todo tipo. Sin embargo, ninguna le había despertado una pasión como la que ahora lo dominaba. Sus grandes cariños hasta ahora habían sido los de su madre, Natalia, y su hermana, Catica; en menor grado, en el renglón de la amistad, estaban sus compañeros de lucha, como Lalo y Miguelito. Todo eso era diferente. Lo de ahora es algo sin paralelo, algo que nunca había sentido en su vida, llena toda de una sola imagen, una sola ilusión: Estela Flores.

Y este amor trajo también otras consecuencias en la vida de Folofó. Comenzó a reparar en su figura, en su presentación física. ¿Cómo podía presentarse ante la amada con sus ropas sucias, despeinado y con los pies negros de tierra? . No. El hombre debe presentarse ante la novia en las mejores condiciones porque de otra manera ella se puede desilusionar. Y Folofó ahora andaba siempre aseado, aunque descalzo, y, a cada instante, alisándose el cabello con el peine que llevaba prendido en el bolsillo de la camisa.

Y, un día, cuando le pagaron su trabajo, compró sus primeros zapatos, de bajo precio y broncos, pero que le daban un aspecto distinguido. Este paso trascendental en su vida, aun cuando a nadie se lo contó, era impulsado por su enamoramiento. ¡Y cómo se sintió en la tarde, al llegar Estela a tomar el busito y verlo usando sus flamantes zapatos! Folofó se sintió orgulloso cuando ella hizo elogios de él y de sus zapatos nuevos. Ciertó que le molestaban, que estaba incómodo con aquella prisión de sus pies, nunca antes experimentada, y que en los primeros días le hicieron andar de un modo muy distinto al habitual, además de que le hicieron no pocas ampollas; pero los zapatos daban personalidad y, sobre todo, lo hacían más agradable a los ojos de la enfermera.

Mas, el cambio fundamental estaba en su interior, en la sencillez de su espíritu de niño, pues de la noche a la mañana, se sintió todo un hombre. La amargura y el viejo rencor que inconscientemente se habían ido formando y acumulando en su vida por el infortunio y la miseria, cedían lugar o eran superados por estos nuevos sentimientos que originaba su noviazgo. Folofó, sin notarlo, se hacía más bueno y generoso con las gentes, más cordial y atento con los pasajeros. Andaba alegre como un pájaro y conversaba entusiasmado con Lencho, su jefe, y hasta con personas desconocidas. Este carácter abierto le hacía simpático y atractivo.

Esto no podía pasar desapercibido para Lencho y Estela. Comprendieron lo que estaba sucediendo en el alma del chico y le siguieron la broma, estimulándole sus ilusiones.

—¿Y no ves, Lencho —decía Estela, guiñando un ojo al chofer— que por ahí anda un caballerito enamorado de mí? ¡Está loquito de amor!

—¡No me lo digas! ¿Y qué? ¿Te ha piropeado o te ha escrito cartitas perfumadas?

—Nada me ha dicho; es muy tímido mi enamorado, pero yo conozco que se muere de amor por mí.

—¿Y tú le correspondes, Estela? ¿Lo aceptarás como novio?

—Pues eso yo no puedo contestarte, Lencho. Es asunto muy serio. Para amar a ese caballerito, para darle el sí,

tendría que preguntar y consultar a mi madre. ¡El amor es cosa seria, Lencho! .

Y, en el asiento de atrás, Folofó no perdía sílaba convencido de que se refería a él, a su amor, a sus ilusiones. ¿Quién otro podía ser ese "caballerito enamorado"? Por eso aparentaba no escuchar, con el objeto de que ella continuara hablando de esa manera tan dulce, tan soñada, tan llena de esperanzas. Cuando iba Estela en el busito, Folofó hacía su trabajo con mayor energía y eficacia. Sus gritos eran más altos y con frecuencia entonaba coplas amorosas que, en su fuero interno, iban dedicadas a su amada. Sin embargo, como era natural, ese amor de Folofó sólo tenía vida en su ardorosa imaginación y era tan intenso que no le permitía ver la realidad que allí mismo, frente a sus ojos, en el asiento delantero del busito sucedía.

Cuando Folofó llegaba por la noche a su residencia donde la familia Pinos, iba de muy buen humor. A veces encontraba a los chicos aún jugando en la calle, pero ya no participaba como antes en las peleas de "policías y ladrones". Se consideraba hombre serio y se aproximaba a los grandes, en la trucha de don Chombo, donde se solían reunir y conversar de sus trabajos, de sus sindicatos, de los despidos. Hablaba con don Chombo de problemas tan profundos como la aritmética de la balanza, en la que el "truchero" era un sabio.

Cática vivía bajo la protección de la familia. Trabajaba en los quehaceres hogareños y había comenzado a aprender a costurar con Rosaura. Esta tenía máquina vieja, aún en estado de servicio. Una vez que adquiriera conocimientos de costura podría pasar a laborar en algún taller de confección. Esto causaba a Cática profunda alegría. La perspectiva de trabajar como obrera, así como quería Lucero, era un gran consuelo y anhelada esperanza. Se deshacía por demostrar su agradecimiento a Rosaura y su familia que la estaban tratando en verdad como hija de casa, como parte de la familia, tan diferente a como la habían tratado en el hogar de los Nuila.

En las noches conversaba con su hermano sobre las perspectivas de ir a trabajar a una fábrica, de hacerse obrera, de ganar dinero así como ya estaba ganando él dejando de

ser muy pesada carga. Folofó contaba sus experiencias y soñaba con llegar a ser un buen chofer, como Lencho Castro. No obstante la intimidad fraternal, en estas últimas noches, desde que Catica ha recobrado sus esperanzas, encuentra a su hermano muy cambiado. Este la oye pero no la escucha. Anda como ausente y cuando habla es para llegar a un mismo tema: la enfermera.

—Decime Folofó: ¿qué te está pasando con la señorita Estela? ¿Es que no tenés otra cosa de qué hablar? ¡Estela por aquí, Estela por allá y vuelve Estela! Cualquiera diría que estás enamorado. ¡Vaya, un cipote de teta metiéndose a cosas de hombre!

—¿Y a vos qué te importa si estoy o no estoy de novio de Estela?

Y lo dijo con tal tono y tal seriedad que Catica abrió desmesuradamente los ojos y lanzó después una sonora carcajada que, caracoleando, fue a golpear el amor propio de Folofó.

—¿No se puede tener novia, pues?

—¡Qué majadero estás, hermanito! ¿No te has dado cuenta que la señorita Estela puede ser tu nana? ¿Para qué quiere una mujer grande a un novio que es un chigüín, apenas destetado? ¿Dónde has visto eso? ¡Ni siquiera en las películas! Folofó estaba disgustado con su hermana. Y lo peor fue que lo hizo pensar en algo que hasta entonces no se había fijado: la edad. No podía ser cierto eso que Catica decía. ¿Qué diablos tenía que ver la edad con el amor? El amor era el amor, ser novios era ser novios, y lo demás valía un camino. ¿Quién sería el tonto que se pusiera a pensar en años para buscar novia, para casarse como él proyectaba hacer con la linda enfermera? Catica nada sabía de esas cosas o ¡vaya usted a saber si Catica no era sabia!

—Uno quiere a quien quiere y a nadie le importa —afirmó Folofó.

—¡Qué loquito estás, hermano, loquito hablando de novia cuando todavía necesitas quién te limpie el trasero! —y con acento burlesco— ¡Con razón andas con el espejito y el peine! ¡Ajá, Folofó: vos tenés novia! ¡Tenés novia!

Catica se había acordado de las burlas que Folofó le había hecho cuando la descubrió viéndose al espejo, y ahora, con

el mismo tono picaresco, le molestaba.

— ¡Bien peinadito para que lo vea la señorita enfermera! ¡Huyhuyhuy!

— ¡Te voy a dar un moquete chigüina de porra! ¿Es pecado verse en el espejo y peinarse, pues?

— ¡Tiene novia el muy zonzo, una novia grandota que a lo mejor ya tiene marido y quizá hasta hijos mayores que el tal novio!

— ¿Y vos creés que yo no te veo? —Folofo tenía las orejas calientes, como cuando perdía en el chivo y hacía tronar los dientes como presagio de cólera, pero luego encontró el desquite, diciéndole—: ¡Ah, si yo sé que vos también estás enamorada hace tiempo! ¡Se lo voy a decir a la niña Rosaura!

— ¿Qué, qué, qué vas a decirle?

— ¿Creés que yo no tengo ojos? ¡Bah, Catita tontuela! —y bajando la voz con gesto misterioso, pleno de picardía—: ¡Lucero! ¡Lucero te tiene ¡chifladita! ¡Lucero te trae de una ala!

— ¡Estás loco, Folofó! ¿Creés que yo soy como vos para hacerme ilusiones tontas con la gente grande? ¡Brruuuu! ¡Majadero!

Sin embargo, la broma de Folofó, que venía en verdad a descubrirle su antiguo secreto, la hizo cortar sus burlas y dejar en paz a su hermano con su amor, su noviazgo y sus ilusiones. ¿Cómo había llegado Folofó a desentrañar ese sentimiento que ella venía ocultando desde tanto tiempo? Y, por primera vez, razonó que esos sueños suyos eran algo imposible, una quimera, una tontería, porque su caso tenía las mismas características del amor de Folofó para la enfermera. Y esto le causó cierta pesadumbre. Catita ya no era una niña y veía la vida de manera más realista que su hermano, pero durante un tiempo ella también había sido así de soñadora, creída de ingenuidades. Se propuso firmemente no volver a molestar a Folofó por su ilusión respecto a la señorita Estela. Sentía como si su tejado fuese también de vidrio.

Folofó seguía su enamoramiento muy en serio. Un día tubo una conversación con Lencho, que hizo poner en

guardia a éste sobre la conveniencia o inconveniencia de continuar haciéndole la broma con Estela. El chico tomaba aquello con mucha seriedad.

—¿Cómo se hace cuando dos personas se casan? ¿Es cierto que el novio le compra el vestido a la novia, que van al cabildo y a la iglesia? ¿Cuánto de plata se necesita para casarse?

Lencho le explicó todo correctamente y, por último, le dijo como al desgaire, como si no se refiriera a su caso:

—Es muy hermoso el matrimonio, Folofó. Toda persona debe hacerlo al llegar a cierta edad. Ya de los dieciocho años un hombre o mujer están en la edad matrimonial; antes no se puede.

—¿Y, por qué, Lencho?

—Porque las personas se casan hasta cuando han desarrollado; por eso la misma ley prohíbe matrimonios entre menores.

Folofó quedó íntimamente conmovido y con una gran tristeza reflejada en sus brillantes ojos negros. Luego, preguntó con voz muy suave:

—Compa Lencho ¿y quién es el que hacen las leyes?

—Los diputados. En el Congreso Nacional hace las leyes.

—Poyoyo y *Fierabrás* dicen siempre que las leyes son los garrotes de los policías —y como para sí mismo concluyó—: Es verdad, compa Lencho, *Fierabrás* está en chirona y yo...

Lencho comprendió el claro sentido de las palabras del cipote y quedó sorprendido de su alcance. Folofó quería decir que la ley del matrimonio que prohibía los enlaces de menores de edad era para él un garrote de la autoridad que lo estaba golpeando. Lencho comprendió muy bien al muchacho y más viéndole cómo había quedado tan sumido en la tristeza. Y, entonces, también el chofer vio que no era conveniente continuar haciéndole bromas respecto al noviazgo de Estela. Folofó había tomado como realidad sus anhelos de cariño, comprensibles a su edad, pero aún inconscientes. Debía hablar con Estela y cortar el peligroso juego con el cobrador.

Folofó se encerró en sí mismo. ¿Cómo era posible que todo lo que él había pensado realizar como novio fuera

prohibido? ¿Por qué la gente y las autoridades se oponían a su dicha? Ciertamente que él estaba pequeño, más ya trabajaba como hombre y ganaba más que los lustrabotas. Además, Estela era grande. Recordó las palabras de Catica, haciéndole burla. Ella, sin duda, tenía razón.

Cuando Estela abordó el busito esa tarde, dirigiéndole afectuosas palabras, Folofó la estuvo observando largo rato. En verdad ella era una mujer grande, pero bonita y para él eso era lo importante, así como la manera de hablarle y tratarlo. Se mantuvo cabizbajo y no pudo escuchar lo que Lencho le decía porque era en voz baja y ella estaba, como siempre, muy cerca de él, tan cerca que casi le rozaba la oreja con su nariz. Entonces pensó en algo que hasta ahora no había reparado. Eso fue porque se puso a comparar lo que sería la edad de Lencho y la de Estela. Ellos sí estaban propios para casarse, ellos sí tenían la edad. ¿Y por qué Estela se acercaba tanto a Lencho y casi le besaba la cara? El muchacho comenzó a recordar que eso sucedía siempre que ella subía al busito; nunca iba atrás, sino junto a Lencho y también le decía palabras bonitas y cariñosas, como las que le dirigía a él, que era su novio.

— ¡Ah, ¡chispas! —pensó, llevándose la diestra a la cabeza— ¿No será que mi compa Lencho me la quiere quitar...?

Luego meditó. No debía pensar eso porque Lencho era para él un verdadero amigo, un compañero, más que jefe, y lo trataba con mucho cariño, como si fuera un familiar. No; Lencho no podía hacerle un mal de esa manera tan vil.

—Hasta mañana, Folofó. —Estela se despidió esta vez con mucha seriedad al dejar el busito; hizo un impulso como para decirle algo, sin decidirse, y se alejó con rapidez.

—Hasta mañana, señorita.

De nuevo Folofó volvía a decirle señorita, con respeto, como cuando la conoció en el Hospital General. Al concluir la jornada, Folofó quería hacerle una pregunta a Lencho y no se atrevió. Sin embargo, fue el chofer quien dijo:

—Compa Folofó, espérame. Nos iremos juntos. Quiero hablarte de algo importante.

Después de entregar el dinero, ambos tomaron hacia

Tegucigalpa, a pie. Iban como le gustaba a Folofó: a la par, como dos trabajadores iguales; con el cansancio de la jornada del día. Folofó esta vez marchaba impaciente, por saber lo que tenía que decirle su amigo.

—Oíme, compa Folofó: hace como un año que yo comencé a trabajar en esta línea Belén-San Felipe. Entonces tenía otro cuate de cobrador. Era un buen cipote, muy listo, pero tenía la maña de olvidarse de entregar los búfalos y dejárselos en su bolsillo. Yo le aconsejaba que no hiciera eso porque no era honrado. Prometía portarse bien, pero siempre seguía haciendo lo mismo. Por eso lo sacaron del trabajo.

—Era ladrón. ¡Pero yo no le agarro ni un centavo, compa!

—¡Yo lo sé! Vos son un cipote distinto. Vos sos *muy* honrado. Y eso me gusta. Lo saben bien los patrones. Así debés ser siempre. Nosotros, los trabajadores, debemos ser muy rectos. Nuestra honradez debe ser igual a nuestra firmeza. Cuando estés grande, cuando seas un chofer o lo que llegués a ser, comprenderás estas cosas que son fundamentales para nuestra clase. Pero, yo no es sobre esto que quiero hablarte.

Lencho se detuvo a encender un cigarrillo. Por la calle cruzaban transeúntes bajo la luz de los faroles públicos. Se oían músicas en los muchos bares y en algunas residencias.

—Te decía que hace un año que comencé a trabajar en esta línea. Un día subió al busito, en la terminal de San Felipe, una muchacha que se sentó adelante, junto a mí, pues el bus estaba lleno. Comenzó a conversar conmigo. Era muy amable y me gustó su palabra, me gustaron sus ojos azules. Yo no dije nada, mas quedé, como se dice, flechado. Pasó una semana y no la volví a ver. Pero otro día apareció. Se volvió a sentar junto a mí y conversamos más. Entonces supe que era enfermera del Hospital San Felipe.

—Esa era la señorita Estela... —afirmó Folofó, sin sorpresa.

—Ella era. Yo soy un hombre solo, compa Folofó. He sufrido mucho en la vida, así como ustedes. Pues sucedió que me enamoré de Estela y le hablé de mi amor, de mis intenciones de casarme con ella. Fue buena. No tenía novio

y poco a poco me fue queriendo también. Convinimos en casarnos. Pero han venido pasando los meses y aún no hemos ahorrado lo suficiente para formar hogar. Somos solamente novios. La vida es dura y nosotros los trabajadores no podemos hacer lo que deseamos... al menos, por hoy.

Folofo caminaba callado. Eso era lo que en la tarde había querido pensar cuando vio a Lencho con Estela muy juntos. ¿Por qué él no se había dado cuenta? Si era así, ello quería decir que Lencho no se la estaba quitando, sino que, más bien, había sido él, Folofó, quien se la había querido quitar a su amigo. Era una maldad. ¿Cómo quitarle su novia a su mejor amigo y compañero? No era honrado. Y, probablemente, esa conversación iba a concluir en un reclamo de Lencho por haberle intentado quitar su amor. De antemano le daba la razón a su amigo.

—Cuando comenzaste a trabajar conmigo —prosiguió el chofer como si se dirigiera a otro hombre y no a un cipote—, cuando me enteré que vos eras amigo de Estela, lo celebré. Pero hice mal al no decirte que era mi prometida, mi novia. Eso hubiera evitado este problema. Con Estela nos dimos cuenta de que ella te gustaba y como vos estás niño aún, creímos que una broma pasaría sin ninguna consecuencia. Yo pensaba que vos te estabas dando cuenta de nuestro amor. De haber sabido que lo tomabas en serio, inmediatamente nosotros te lo hubiéramos dicho, porque no es bueno que vos vayás a creer ahora que yo o Estela te hemos jugado mal. No, Folofó. Yo respeto a mis amigos, aunque sean pequeños y no me gusta hacerles daño.

—No me han hecho ningún daño, compa. Yo decía también que ella y yo estábamos bromeando. —Se sonrió de manera fingida, parpadeando seguido para no llorar—. Si yo sabía que ustedes eran novios...

—¡Macanudo! Así es mejor, Folofó. De todas maneras yo quería que aclaráramos esto como lo deben hacer los compañeros. Así que, ya lo sabés, dentro de algún tiempo, Estela y yo nos casaremos.

—Yo me alegro mucho. Debe ser muy bueno eso de tener novia y casarse. ¿Verdá, compa?

—¡Ciertó! Y vos, cuando crezcás, vas a tener una novia

bueno y linda, una muchacha honrada y digna de tu persona. No te apresurés, que ese día llegará. Yo espero verlo.

Folofo, imaginativo, se puso a hablar del futuro. Conversaba con animación. Se sentía hombre. La palabra formal de Lencho le proporcionaba orgullo. Habían hablado de hombre a hombre, de compañero a compañero. ¡Eso resultaba formidable! ¡Y cómo se abría la confianza entre ellos! Folofó, con la palabra tomada, se explayó contando casos de mujeres que él había visto con *Garañón* hasta llegar a revelar lo que le sucediera una noche, cuando Liruzo lo llevó a una casa de maricones, donde conoció a una tal Paquita, que era un hombre pintado de mujer. Con ninguno de sus compañeros del parque había conversado sobre eso. La formalidad de Lencho ameritaba confianza.

Se separaron en el puente Mallol. Folofó iba satisfecho, silbaba como siempre que estaba alegre. En el Parque Central andaban sus ex colegas y se oían sus voces altas que le eran tan conocidas.

— ¡Lustre! ¡Lustre! ¡Lustre!

Le recibieron con algazara, rodeándole al pie de la estatua del Héroe. Ya no estaba Lalo y menos Miguelito, pues la noche avanzaba. Hizo bromas con Pachán y *Cara-de-hacha* y se alejó gritando jubiloso. La ciudad, las calles, las aceras ahora no le daban miedo y sentía gusto pisar fuerte para oír sus propios pasos de hombre calzado.

Sin embargo, cuando llegó a la casa de los Pinos, de nuevo lo aprisionaba una vaga pesadumbre. Estuvo muy parco en la conversación con la familia de Roque y con su hermana. Anduvo por el patio interior, allí donde había sido su residencia y donde viviera su madre. Seguramente aún don Telmo guardaba en ella sus pobres pertenencias decomisadas por el alquiler. Estuvo arrimado a uno de los naranjos. Quería ir hasta la barraca, como si pudiera encontrar a Natalia y, como ayer, refugiarse en sus brazos, pero tuvo miedo porque la barraca estaba sola y llena de sombras. Suspiró profundamente y regresó al lado de su hermana.

La primera ilusión amorosa de Folofó se había quebrado como un cristal por el impacto de una piedra.

Es noche de luna, aunque a ratos, oscurece por el paso de grandes nubes; en el callejón que no tiene luz eléctrica se notan mejor esos cambios. El viento tiene olor de resedas y se siente grato, cual una caricia. En la calle están jugando un partido de fútbol los muchachos y sus gritos alegran el barrio. Es un partido muy interesante: juega el equipo de Casamata con el de El Bosque y fue comenzado desde por la tarde. Los bosqueños llevan metidos como treinta goles, mientras que el equipo del patio ha quedado en diecinueve y sin perspectivas de llegar siquiera al empate. La pelota es de trapo y las metas están señaladas con dos piedras, separadas a capricho del portero.

Frente a la puerta de la casa de los Pinos se encuentra Folofó y su hermana. Varias comisiones han llegado, encabezadas por Chito y *El Cuzuco*, solicitando su prestigiosa colaboración en el juego para poder salvar el prestigio del equipo de Casamata. Pero Folofó se ha negado reiteradas veces a participar en el partido. Y no es por falta de voluntad sino por otra causa muy poderosa. Esa noche él está cumpliendo un cometido de gran importancia y no puede, por ningún motivo, distraer su atención.

—No, compas; hoy no puedo jugar. Acaben el partido porque entre más tiempo pase, más goles les van a meter.

Al fin, los chicos toman su consejo y dan por terminado

el encuentro, perdiendo por cuarenta goles a diecinueve. Ha sido un desastre para Casamata. La única disculpa que ponen por la pérdida es que no ha jugado Folofó, la estrella futbolística del equipo, que, de haber participado, el triunfo hubiera sido de ellos, ya que Folofó, a más de ser un gran delantero, usaba zapatos, particularidad que lo hacía imparable al tomar la pelota.

Folofó hubiera ido a jugar un rato para salvar el nombre del barrio; sin embargo, él se siente con gran responsabilidad en el papel de vigilante que se ha asignado cerca de la casa. A veces da una vuelta, hasta la esquina de la trucha de don Chombo y observa disimuladamente hacia todos los rumbos. Luego vuelve al lado de Catica y se sienta en un banco. Por allí se escuchan gritos:

*¡Don Chombo,
don Chombo
panza de bombo!*

—Ese es Chito —le dice a su hermana, sonriendo—. No tarda don Chombo en salir con la escoba echando maldiciones.

—Son muchachos muy malos. A los ancianos hay que respetarlos.

—A él le gusta que lo molesten. .. Los muchachos no son malos. Ni siquiera *Fierabrás*, es malo, —afirma, recordando a su amigo que cayó preso cuando pretendió robar en la tienda de un chino.

—¿Sigue en la cárcel *Fierabrás*?

—Sigue. Y dicen que lo van a llevar no sé a dónde. El nos contó hoy, cuando fuimos a verlo con Poyoyo y otros compas a la Penitenciaría.

—¿Y cómo los dejaron entrar?

—Allí es como en el hospital: hay días de visita. ¡Vieras que lástima me dio ver a *Fierabrás* encerrado con asesinos! Dijo que lo iban a mandar a una correccional.

—¿Y qué es eso?

—Yo, de verdad, no sé; pero Poyoyo dice que es peor que estar en la cárcel. —Luego le vino un recuerdo y cambió el tema:— ¿Te acordás, Catica, de aquellos escueleros que

andaban en la calle gritando "Viva la Ciudad de los Niños"?

—¡Cómo no me voy a acordar! Fue la mañana que salí de la policía.

—Pues, el otro día conversando con Lencho de ese asunto me decía que si hubiera Ciudad de los Niños, allí vivirían los muchachos que no tienen familia; así, gentes como *Fierabrás*, *Poyoyo*, *Cara-de-hacha*, y quizá como vos y yo. Dice que allí les enseñarían oficios y los harían personas honradas, pues los sacarían de burros.

—¿Y la hicieron, al fin, a la tal ciudad?

—¡Qué diablos! Si dice Lencho que aquello lo hizo el gobierno para propaganda. Nada han vuelto a decir. Lencho Castro sabe mucho.

—¿Tanto como Lucero?

—Eso quién sabe. A mí me gusta mucho conversar con Lencho. Lee periódicos y libros, así como Lucero. ¡Qué cosas las que me cuenta!

—¿Y es verdá lo que me contaste del casamiento de Lencho?

Folofo deja de sonreír y queda pensativo. Aunque no dice nada, él lleva por dentro, en el pecho, clavada una espina. Hay cosas que mejor es olvidarlas y, no obstante, son las que más permanecen en el pensamiento.

—Es cierto. También me lo ha dicho la señorita Estela. Y quieren que nosotros vayamos a su casamiento. Yo no sé si tenga tiempo...

Catica observa la pesadumbre de su hermano y se guarda el comentario. Folofo se pone en pie, mirando hacia la calle porque pasa un grupo de hombres. Vuelve a sentarse. Adentro de la casa se escuchan voces fuertes. Platica don Roque con dos hombres y se nota que están muy interesados en sus asuntos. Algunas veces hablan al unísono, elevando las palabras; pronto callan y la cabeza de don Roque asoma en la puerta, atisbando. Folofo atiende por algunos momentos lo que dicen.

—Lo más seguro, compañero Roque, es que al lanzarnos a la huelga manden a la policía a reprimirnos. Esto quiere decir que debemos prepararnos para una emergencia de ese tipo.

— ¡Natural, compañero! Por eso la organización de piquetes de guardia debe estar integrada por los camaradas más decididos y resueltos, de manera que a la hora que se caliente la miel no echen pie atrás. Ciertamente tendremos suficientes hombres en la fábrica, pero mucho dependerá de los que permanezcan en la vigilancia. Lucero dice que la organización previa es lo fundamental.

— La organización y la solidaridad de los otros sindicatos.

— ¡Ciertamente, cierto! Te contamos con los más combativos, los independientes, los de izquierda, porque...

Catica y Folofó escuchan las voces desde afuera. Don Roque está en esta noche con dos compañeros trabajadores de la cervecería. Folofó sabe que cuando ellos hablan en casa sobre asuntos de sindicatos y huelgas, de burgueses y proletarios, de imperialismo y revolución, están permanentemente atentos a la calle, temiendo que puedan llegar agentes de la policía de seguridad, que son enemigos de los obreros. A eso se debe que esta noche, por iniciativa propia, sin que nadie le pida su colaboración, se encuentra vigilando afuera, atento a las personas que pasan. Él oye las conversaciones de don Roque con Lucero sobre muchos asuntos de los trabajos, de los derechos y luchas de los obreros. También a Lencho y a otros choferes de los busitos. Y está comprendiendo, a su manera, los problemas de los trabajadores, que también son los suyos. Naturalmente, Folofó aún no posee la justa comprensión de todo esto, pero, instintivamente, se adhiere a la causa de los desheredados.

— Ayer, cuando Lencho me dio la primera lección para manejar el busito, me parecía que ya era un mero chofer. ¡Qué lindo es, Catica, ir manejando el timón con las manos, dándole a los pedales para que ande o se pare, y fuuuuu... zumbando el motor que huele a gasolina! ¡Qué lindo cuando yo sepa manejar, Catica!

— ¿Y me vas a llevar cuando manejes solo?

— Sí, pues. Y también a don Roque, a Doña Rosaura, a Lucero, a Ña Panchita, en fin, a todos los amigos. Y tal vez me toque hacer viajes por carretera, al Sur o al Norte. Allí no mandan los busitos, sino autobuses grandes que llevan

muchos pasajeros y carga. ¡Manejar, Catica, eso sí quiero saber!

—Todo requiere saber, Folofó. Por eso yo te digo, ahora debemos aprender todo lo que se pueda: leer, escribir y trabajar. Ya vez, yo en el próximo mes entraré a trabajar en la fábrica textil.

—¿Y cómo es eso? Doña Rosaura dice que no se necesita saber costurar. ¿Es verdá?

—Es verdá. En la fábrica donde me ha conseguido trabajo Lucero no se costura. Allí se teje, se hacen las telas de algodón. Tendré que aprender a manejar los telares. Pero no ha estado mal que doña Rosaura me haya enseñado a manejar la máquina de costurar. Si me echan de la fábrica de tejidos, podré ir a un taller de ropas.

—¡Qué noche más hermosa, muchachos! ¡Qué luna!

Rosaura ha llegado con su paso lento y se sienta junto a los dos hermanos en el borde de la acera. Folofó le ofrece el banco y ella no acepta. Continúa con palabra suave:

—Me acuerdo de mi pueblo, de mi Manto querido. ¿Cuándo volveré...?

—¿Es pueblo bonito? —pregunta Catica.

—Bonito y de gente buena, humilde y sin recovecos, como la de las ciudades. ¡Cómo es la vida, hijos! Cuando yo estaba chigüina como ustedes, ni en sueños podía pensar que dejaría mi casa, mi familia, mis amistades, mi lugar de nacimiento y que, después de rodar y rodar, vendría a clavarme en la capital.

—La gente es así: rueda y rueda, sin tener llantas...

En la sala los tres hombres siguen conversando. A veces la palabra de don Roque se eleva hasta el grito y luego baja hasta el secreto. Entonces los tres que se encuentran afuera, callan. Rosaura, a pesar de su entusiasmo en la conversación, no oculta su intranquilidad, pues sabe que los obreros hablan de asuntos que no gustan a las autoridades y, aunque aparentemente en el país hay ciertas libertades, en verdad ellas no son tan amplias para los trabajadores.

El partido de fútbol había concluido y los cipotes, cansados y sudorosos, durante un rato hicieron comentarios en grupo frente a la trucha, bajo el farol del alumbrado público, hasta que don Chombo salió con una escoba

retando a Chito. Luego se dispersaron. También se iban cerrando las puertas de las residencias. Hasta la agencia fiscal y la casa de la Magdalena entraron en silencio. Regresó la familia Romo del centro en su automóvil nuevo. Allí, lejos, brillaban muchos puntos en la parte oriental de la ciudad. Los tres obreros seguían conversando.

—Muchachos —dice Rosaura, levantándose con dificultad—, yo voy a la cama. Tengo mucho sueño.

—¡Mire! —exclama Catica, interrumpiéndola— ¡Ya viene Lucero!

—Eso quiere decir que es la medianoche, hijos.

Lucero, con paso rápido, llega echando el humo de un cigarrillo. Bajo el brazo lleva una cartera de cuero negro, con cierre de cremallera. Folofó va a su encuentro, saludándole y le quita la cartera para ayudarlo.

—¿Qué tal el día, Folofó; descansaste?

—No me gusta descansar haciendo nada, Por eso me fui al Parque Central y ayudé a Lalo a trabajar un rato, para no olvidar el oficio. Después fuimos con Poyoyo a ver al compa *Fierabrás*...

—¿Y la lección? ¿Aprendiste el abecedario?

—Todavía no —dice el muchacho, ocultando su mirada de culpable—. Hay algunas letras muy huidizas. No se dejan agarrar.

—En vez de irte al parque debiste dedicarte a estudiar más, hasta que las letras se cansaran. Cansadas es muy fácil atraparlas.

Lucero le pasó a Folofó la mano por la cabeza, riendo de lo que le había dicho acerca de las letras huidizas.

—Buenas noches, mamá. ¿Qué tal, Catica?

Las mujeres contestan y Lucero entra en la casa cuando don Roque, al escucharle, se asoma a la puerta, diciendo:

—¡Ya está aquí Lucero! ¡Entrá! ¡Te esperábamos!

Lucero, tomando la cartera de manos de Folofó, entra saludando a los hombres que le ven con deferencia y se ponen de pie, yendo a su encuentro. En la pequeña sala los cuatro están como apretados y para que Rosaura pase hacia su cama, Lucero tiene que pegarse a la pared. Abre la cartera y extrae varios papeles escritos.

—La solidaridad y apoyo de nuestro sindicato están

asegurados para la huelga de ustedes. Si es necesario, también haremos un paro en apoyo, cualesquiera que sean las consecuencias.

— ¡Magnífico! ¡Magnífico!

— ¡Ya lo decía yo —expresa Roque, jubiloso—, los sindicatos donde hay obreros de vanguardia saben cumplir con la solidaridad de clase! ¡Macanudo!

— ¡Mirá, compañero Zúniga, aquí tenés. Llevate esta resolución para tu sindicato.

Mientras los hombres siguen en sus asuntos, Rosaura se acuesta donde ya dormía Felito desde temprano. Vivían amontonados. En el otro extremo del cancel duerme Lucero y, el catre que antes ocupaba el nieto, ahora sirve para los hermanos Cueto. Durante las noches de calor era insoportable todo aquel hacinamiento.

Folofo sigue en su puesto de vigilante. Él piensa que así está prestando su colaboración a los trabajadores. Si vinieran los agentes de seguridad, con sombreros negros, revólveres en la cintura y anteojos, como aparecían en las películas detectivescas o en los paquines; en tal caso, él desempeñaría una misión fundamental: daría la voz de alarma y, si los agentes intentaban entrar a la residencia para prender a los obreros, se plantaría al frente para impedirles el paso, así, don Roque y compañeros se podrían evadir por la otra puerta, huyendo hacia el patio interior o hacia la barraca vacía. ¡Lo que dirían después esos obreros acerca de la valiente actitud de Folofó Cueto! ¡Lo que diría Lencho Castro y su novia, Estela Flores! ¡Ay, la señorita Estela, su gran amor, su ilusión grandiosa, su imposible...! ¡Lo que hablarían en los tales sindicatos! ¡Y quizá su nombre sería escrito en los periódicos por haber salvado de caer en manos de la policía a un grupo de obreros que preparaban una huelga por aumento de salarios!

— Folofó, no te duermás, andá mejor adentro.

— Si no me duermo, Catita; sólo tengo los ojos cerrados.

Por fin, los dos visitantes salen de la casa. Van satisfechos de la resolución que les ha comunicado Lucero. La huelga de los trabajadores de la cervecería comenzará al día siguiente. Roque se encuentra eufórico y llama a los Cueto:

— ¡Vengan mis muchachos! ¡Pasen adentro! ¡Pobres,

deben estar dormidos en la acera! ¡Vengan y alégrense porque mañana este viejo estará más joven que nunca! ¡Qué demontres! ¡Hay que luchar! La vida es eso: ¡la lucha por nuestros derechos! ¡Tal vez mejoramos, tal vez le arrancamos un mendrugo a la canalla!

Folofo no sabe quién es "la canalla", pero piensa que debe ser la que paga a los policías y a los diputados, autores de leyes contra la dicha de las gentes. Y, por eso, porque íntimamente se siente una víctima de quienes están contra los niños sin casa y los condenan a no poder casarse cuando quieren, o a la cárcel, como le ocurrió a *Fierabrás*, por eso siente esta noche mucha malquerencia para "la canalla" con quien mañana don Roque y compañeros se enfrentarán para arrancarle un mendrugo más.

—Nosotros no nos dormimos —dice Catica, cerrando la puerta.

—Yo estaba aventando ojo a la calle por si acaso venían los "orejás". Yo dije: ¡mientras esté aquí, no pasa nadie!

—¿De veras, Folofó? —pregunta alegremente don Roque, quitándose la camisa— ¿Eso estabas haciendo afuera? Te lo agradezco. ¡Claro! ¡Sí ya estás grandecito; ya comprendés el dolor nuestro en tu propio pellejo! ¡Vos sos también un trabajador, un explotado! ¡Vos también tenés la obligación de luchar!

—¿Y también luchan los chigüines? —pregunta Catica.

—Ya lo creo —contesta el padre—, pero ustedes es mejor que crezcan un poco más. Ya irán aprendiendo, hijos. La vida enseña. Desgraciadamente a nosotros nos enseña a golpes.

—Lo que es por golpes —dice Rosaura, terminando un bostezo—, Catica y Folofó son ya personas grandes, muy magullados. ¿Qué más van a aprender?

—Tienen que aprender a agarrar las letras —contesta Lucero, en broma—, porque Folofó dice que son muy huidizas.

—¿Se te escapan, Folofó?

—Las letras me huyen, don Roque; no todas, pero algunas...

Roque celebra las expresiones figuradas del muchacho. Los dos hermanos se acuestan en el mismo catre. No pueden

darse vuelta de tan estrecho que es. Lucero también se acuesta y cuando apagan la luz, tirando de un cordel, enciende una bujía muy pequeña y saca un libro que tenía debajo de la almohada.

—Pasen buena noche todos.

—Así la pase usted, don Roque.

Por el solar, allí donde está la derruida barraca de don Telmo, se oye maullar unos gatos. Rosaura se duerme muy pronto. Folofó piensa en Lencho Castro y en su novia, la enfermera. Suspira y cierra los ojos para no ver aquellas pupilas color de cielo. Prefiere verter su desencanto en el enojo y recuerda a su compa *Fierabrás* que está como loro enjaulado, esperando que lo manden isabe el Diablo a dónde! Duerme.

Catica, con los ojos entrecerrados, mira la pequeña bujía que apenas alumbra el rostro de Lucero, detrás del cancel. Lucero lee un libro de tapas rojas. Ella lo conoce porque lo ha visto en las mañanas, cuando le arregla la cama y se lo guarda debajo de la almohada.

—“¿Por qué leerá tanto hasta la madrugada? Un día que no esté doña Rosaura, yo también lo voy a leer. Debe ser un buen libro porque es bonito irojo como los claveles...! ¿y si no entiendo las letras...?”.

Don Roque da vueltas junto a Rosaura. No puede dormir. Sus pensamientos están muy agitados, queriendo descubrir lo que sucederá mañana, dentro de pocas horas, en la cervecería. ¡Tantos años de llevar en su pecho la granada de su protesta! Se duerme hasta después de que Lucero apaga con cautela su bujía. Por un agujero del techo se cuela un rayo de luna que va a pegar ahora en los pies descalzos y oscuros de Folofó. Roque Pinos se duerme, murmurando:

—Mañana... mañana... al fin, mañana...



EDICIONES
NUEVA UNIVERSIDAD